LYTTON STRACHEY

Victorianos eminentes

a v a t a r e s

VALDEMAR

Lytton Strachey

Victorianos eminentes



Traducción, prólogo y notas:

Dámaso López García

Valdemar / Avatares nº 30

Títulos originales:
Eminent Victorians

Maqueta de la colección:
Cristina Belmonte Paccini ©

Ilustración de cubierta:
Lord Leighton: *The Private View of the Old Masters Royal Academy,* 1888

C/ Gran Vía nº 69
28013 Madrid
Telf. y Fax: 91 542 88 97

ISBN: 84-7702-245-3
Depósito Legal: M-39.765-1998
Impreso en España

Índice

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Prólogo

Victorianos eminentes apareció en Inglaterra en 1918, su autor, Lytton Strachey, era un perfecto desconocido para el público. Tenía ya treinta y ocho años, y todavía no había escrito nada que justificase las esperanzas de sus amigos y las suyas propias. Era un antiguo estudiante de Cambridge, que se había licenciado con notas no muy brillantes, que había fracasado en su intento de conseguir un puesto de profesor en aquella Universidad, que había publicado cierto número de artículos en varias revistas literarias, y, en fin, que había escrito un breve manual de historia de la literatura francesa en el que de forma bastante parcial daba sus opiniones sobre autores y épocas, con un estilo distante que abundaba en paradojas. Este autor poco conocido es el que, con la publicación de *Victorianos eminentes*, según su biógrafo, Michael Holroyd, «como Byron, se despertó famoso una mañana». El éxito del libro fue extraordinario, y además señaló una inflexión en el arte de la biografía en Inglaterra.

Lytton Strachey pertenecía a una familia de ilustres militares vinculados a la administración de la India. Fue el undécimo de trece hijos, y nació en 1880. Su vida carece de acontecimientos destacados o espectaculares, si se exceptúa su paso ante un tribunal militar, durante la Primera Guerra Mundial, debido a sus convicciones pacifistas. Pero desde los tiempos de universitario en Cambridge, su personalidad se hizo notar entre compañeros y profesores. A lo largo de su vida estuvo vinculado al Grupo de Bloomsbury, al que llegó a representar ante los ojos de la crítica, y del que se le consideró uno de los miembros más representativos. Viajes no muy largos, temporadas prolongadas de reposo debido a una mala salud crónica, breves estancias en Londres para visitar a amigos y asistir a fiestas o al teatro son, en conjunto, las interrupciones breves de una vida que transcurrió fundamentalmente en el retiro del campo –en las casas de Tidmarsh y Ham Spray–. Al final de su vida, utilizando palabras del cardenal Manning, dirá que la suya ha sido una *vita umbratilis*, una vida apartado de la sociedad.

E.M. Forster convirtió a su amigo Lytton en Risley, un personaje no muy importante de su novela *Maurice*. Para su amiga Virginia Woolf,

con la que estuvo comprometido para casarse durante unos cuatro días, fue St. John Hirst, un personaje central de su novela *The Voyage Out.* Entre sus amigos de Cambridge es preciso mencionar a Leonard Woolf, el futuro marido de Virginia Woolf, a E.M. Forster, a John Maynard Keynes, etc. Fue un discípulo predilecto del filósofo G.M. Moore. Posteriormente su círculo de amistades se amplió en los años de su residencia en Londres, y, por mencionar el nombre de un escritor muy familiar para el lector español, mantuvo amistad con Gerald Brenan, a quien, en un viaje sin desperdicio, en 1920, vino a visitar a España. Estuvo, entre otras ciudades, en Córdoba, Granada, Toledo y Madrid. Tres años más tarde, cuando Virginia Woolf y Leonard se preparaban para viajar a España a ver a Gerald Brenan, Lytton se lo desaconsejó con vehemencia: «¡Es la muerte, la muerte!»

A lo largo del tercer decenio del siglo, Lytton Strachey mantuvo una posición dominante en los medios literarios ingleses. Su obra es de fácil y breve enumeración. Incluye una historia de la literatura francesa, tres libros de biografías, uno de biografías breves, tres libros que recogían ensayos y artículos aparecidos en revistas, una obra de teatro y algunos poemas. Nada sorprendente en un autor que se había propuesto hacer de la brevedad una virtud. El campo de su interés fue la historia, pero su talento se inclinaba decididamente hacia aquellos aspectos más artísticos de esta disciplina. Su aportación puede leerse como uno de los últimos epílogos del Modernismo. De forma irónica deja escapar en ocasiones algún lamento por la complejidad y dificultad del arte moderno, pero la ironía puede ocultar una insatisfacción más profunda de lo que parece revelar a primera vista. Hablando de Pope, dice:

> Todo es evidente. La dicción es una acumulación de *clichés*, los epítetos son los más vulgares posibles, las vacas mugen, los arroyos murmuran, las ovejas se pasean, los prados son verdes, las flores florecen. El ritmo es de mecedora, y los sentimientos son azucarados. Pero, ¡qué alivio!, ¡qué alivio haberse librado al menos por esta vez de *le mot propre*, de las complejidades de la dicción y el metro, de los estados mentales complicados, de las profundas oscuridades de Shakespeare y Mr. Eliot!, ¡qué bien poder entender, con tanta, tanta facilidad, todo lo que se dice![1]

---

(1) Lytton Strachey, «Pope», *Characters & Commentaries*, Londres, Chatto & Windus, 1941, pág. 290.

En cualquier caso, su contribución a las letras inglesas revistió la forma de un género poco susceptible de elaboraciones formales de carácter experimentalista. Y además, la biografía, acaso más que ninguna otra rama de la investigación histórica, permite esa elaboración artística de la que no podía prescindir Lytton Strachey.

La biografía se ha considerado en Inglaterra de forma tradicional como un arte. En ese país ha habido siempre, es decir, desde el siglo XVII, una atención considerable hacia este género. Por eso resulta tal vez sorprendente para un lector español que un libro de biografías pueda tener la importancia, incluso política, que puede llegar a tener en Inglaterra. Pero también en el contexto de su propia tradición *Victorianos eminentes* es un libro singular. Es singular porque marca una ruptura con la escuela ochocentista del enciclopedismo, y porque se orienta hacia la exploración de la psicología individual. Es singular porque prescinde de la acumulación desordenada de datos, casi una «acumulación caótica», y orienta sus investigaciones de forma que se produzca una condensación ejemplificadora. No se relatan todos los momentos de la vida de cada personaje, no se le cuenta al lector cada paso, cada acontecimiento, no se le hace recorrer toda la, a veces, vacua cadena del tiempo. El autor procede a hacer una selección rigurosa de aquello que considera relevante para la comprensión del carácter del personaje; hecha la selección, elabora una exposición metódica y artística en la que van interviniendo, como en una novela, los personajes que guardan alguna relación con los biografiados, y los acontecimientos que arrojan luces esclarecedoras sobre el carácter. Al tiempo, Lytton Strachey pone en contacto los acontecimientos individuales, las decisiones personales, con aquellos otros acontecimientos sociales y políticos dentro de los cuales se inscriben. La concatenación entre acontecimientos individuales y colectivos, entre intereses personales y públicos, que nos brinda el episodio de la proclamación de la Infalibilidad Papal, en la biografía de Manning, es un buen ejemplo de lo que quiero decir. Es una forma de narrar de la que quizá posteriormente ha abusado el periodismo. Lytton Strachey la inauguró. La brevedad y la concisión, otras dos características que distinguen a estas biografías, las toma Lytton Strachey directamente de la tradición francesa.

Victorianos eminentes es un libro en el que se reúnen las biografías de cuatro personajes que en su momento gozaron de gran popularidad, que se consideraron representativos de la clase de sociedad que se desarrolló en Inglaterra a lo largo del siglo XIX. No sólo pertenecieron a esa sociedad, sino que encarnan a su clase dirigente. No son ciertamente aquellos

personajes de los que emanan las direcciones políticas, sino aquellos que se sitúan en un segundo peldaño de responsabilidad, los que interpretan y a veces corrigen las órdenes de sus superiores, quienes las llevan a la práctica. Quienes proponen o impulsan reformas. Acaso quienes ante los ojos poco informados del público son los responsables directos de los acontecimientos entre los que discurren sus vidas. Los personajes son: el cardenal Manning, prelado inglés católico; Florence Nightingale, reformista del sistema sanitario inglés, fundadora de la escuela de enfermería moderna como profesión femenina; Thomas Arnold, director de la escuela de Rugby, reformista de la enseñanza en Inglaterra; y, en fin, el general Gordon, militar que tal vez sea mejor conocido en España por la película en la que se trataba sobre su trágico destino en Jartum. En torno a estos personajes, en torno a las incidencias de carácter y circunstancia en que se desenvuelven, el autor va desgranando opiniones, comentarios, críticas, juicios y, a lo largo de este proceso, el lector siente que la integridad apacible y complaciente de la organización de la sociedad se va disolviendo lentamente para recomponerse en un nuevo retrato en el que los rasgos más acusados son los del egoísmo, la ambición, los intereses poco confesables, la torpeza, la brutalidad, la incompetencia.

Bien puede uno de los personajes elegidos por Lytton Strachey representar al resto: Gordon, el general que sacrificó su vida en la defensa de Jartum, el general cuya independencia de carácter y política había sido admirada nada menos que por todo un rector de Salamanca: «...palabras de un noble caballero, de un noble general, de un místico también, del general Gordon, que por dos veces desobedeció noblemente al Gobierno de su patria»[2]. El general Gordon era, acaso en mayor medida que los demás que lo acompañan en este libro singular, uno de los menos estudiados desde el punto de vista de sus motivaciones psicológicas íntimas, y, a su vez, el más glorificado por los medios de propaganda de los sectores más conservadores de la sociedad británica. Hoy tal vez incluso en Inglaterra se haya olvidado la significación que el general Gordon representó en la imaginación popular de fin de siglo. Sin embargo, la muerte del general Gordon, en 1885, preludia los desastres de la guerra de los Bóers, que estalla en 1899, y que manifiesta, por primera vez ante el mundo, las graves deficiencias militares y defensivas del imperio colonial británico. La muerte del general conmovió a todo el mundo, y fue

(2) Miguel de Unamuno, «La guerra española y la neutralidad española», *Obras Completas*, IX, Madrid, Escélicer, pág. 361.

seguida de un río de publicaciones apologéticas y de novelas en las que se revestía de un ropaje romántico todo el episodio de la caída de Jartum. Los libros que se dedicaron a estudiar la personalidad de Gordon, o los acontecimientos en los que se vio envuelto Gordon en Sudán son incontables; pero no me refiero a los estudios de índole histórica, pienso en divulgaciones para el gran público, un verdadero diluvio de biografías doloridas, de exégesis románticas sobre la belleza del valor aliado a la integridad; se trata de obras que tienen títulos como el de G. Barnett Smith, *El general Gordon, héroe y soldado cristiano* (*circa* 1905), que concluye con un párrafo que casi parece parodiar, de forma ingenua, la ironía que Strachey regará con abundancia en su obra:

> Claro que el hombre de Jartum no era perfecto. Tenía en su propia naturaleza mucho contra lo cual luchar, porque era uno de esos seres en los que los elementos humanos y divinos se enfrentan con gran violencia. Pero al luchar contra la carne, como dijo su hermana, «Dios, que lo habitaba, le permitió resistir a lo largo de un conflicto al que sólo la muerte pudo poner fin. Ahora el hombre de verdad está con su adorado Dios». Si había algo impuro en la personalidad de Gordon, desde luego era muy inferior a lo que hay en la mayoría de los hombres. En cuanto a la Biblia, era su compañía a todas horas, su estudio diario. Fortificado con su consuelo, se acercó mucho al cielo, aunque el cuerpo lo encadenaba a la tierra[3].

Para entender la naturaleza del descubrimiento de Lytton Strachey, hay que tener en cuenta el contexto en el que se publica el libro: el siglo de Victoria era intocable, la opinión pública consideraba que había sido un siglo glorioso, el profesor Quiller-Couch había sentido cómo su «lealtad se había erizado»[4] al leer el retrato de la Reina por primera vez, lo censuró agriamente. Con el paso del tiempo, cambiaron sus opiniones, ya había una distancia crítica con la cual se podía establecer un punto de vista más objetivo, llegó a pensar que había hecho el tonto al criticarlo; es decir, el libro había producido el efecto deseado.

---

(3) G. Barnett Smith, *General Gordon. The Christian Soldier & Hero*, Londres, S.W. Partridge, s.a., pág. 160.

(4) Michael Holroyd, *Lytton Strachey and The Bloomsbury Group: His Work, Their Influence*, Harmondsworth, Penguin Books, 1971, pág. 283.

El interés por la psicología que advertirá el lector en el libro de Lytton Strachey lo fomentaban en aquella época los avances que en Alemania y Francia se estaban haciendo en el dominio de esa ciencia. Más aún, ya flotaba en el ambiente la atención hacia las motivaciones más íntimas de los actos humanos, la creencia en un mundo subconsciente que gobernaba algunos de los actos tenidos por inexplicables hasta ese momento, el mundo de los sueños y de la infancia. No hay, por supuesto, nada que pueda considerarse, con propiedad, psicoanalítico en este libro –si se exceptúa el hecho de que el propio Freud lo leyó y averiguó que su contenido al parecer consistía en unas variaciones sobre un solo tema que le daba cohesión, y que ese tema no era sino un tratado contra la religión–, pero se halla en él un claro deseo de profundizar en zonas del conocimiento que se habían convertido ya en aquel momento en centros privilegiados de atención, y que el prejuicio o el pudor habían vedado anteriormente a los investigadores. Wordsworth había dicho que el niño era el padre del hombre. En el Romanticismo ya hay indicaciones expresivas de un cambio de actitud en la consideración del significado de la infancia. Quien no quiera hacerlo no necesita acudir al psicoanálisis para encontrar en los primeros años de la vida de los hombres un depósito inagotable de informaciones.

Lytton Strachey habla de la infancia, pero no la considera un capítulo aislado de la existencia, es decir, no la considera un capítulo de un libro, como había sido la costumbre entre los biógrafos del siglo XIX. En la biografía de Manning se nos dice que el cardenal oyó a los seis años hablar del «lago que arde con fuego y azufre», o sea, del fuego eterno; y se nos dice que ese pensamiento lo acompañó durante toda su vida. En la biografía de Florence Nightingale se relaciona su afición morbosa a recomponer muñecas con su futura dedicación a la enfermería. El Dr. Arnold mostró desde la infancia la misma invariable determinación de la voluntad. Finalmente, el general Gordon se despide del mundo pensando que no ha sido el mejor de los hijos y entregándose a unos juegos y observaciones que nos traen a la memoria al cadete alborotador que había sido. Lytton Strachey encuentra en la infancia de los personajes que estudia algunas claves de su existencia. Y las documenta de forma persuasiva en algunos momentos particularmente significativos.

También se desvelan sueños, deseos insatisfechos, inquietudes que desembocan en estados neuróticos, galerías ocultas de la conciencia. El cardenal Manning elabora sus pensamientos hasta la obsesión patológica cuando tiene que decidir si su ambición es legítima o no. El primer

ministro Gladstone manifiesta una personalidad tortuosa en los motivos de sus decisiones políticas. La ambición política de Florence Nightingale se sublima en una obsesión insana por el trabajo. Thomas Arnold oculta sus limitaciones personales refugiándose en la voluntad divina. Todo esto son interpretaciones. Son interpretaciones cuya veracidad es imposible determinar de forma cierta. Aunque desde el punto de vista de la narración y de la construcción psicológica de los personajes no habrá lector que deje de disfrutarlas. Lytton Strachey afirmó en una ocasión que la única libertad que se había tomado al redactar las biografías había sido la de atribuir a Thomas Arnold unas piernas cortas. Una interpretación que, como puede apreciarse, altera suave y cómicamente el rigor crítico de la composición, pero añade un tenue matiz artístico de imperfección a un hombre dotado de toda suerte de perfecciones. Sin embargo, ¿cuántas de estas interpretaciones psicológicas, aún menos susceptibles de comprobación material, no se habrán llevado un poco más allá de lo que permiten los simples datos a disposición del historiador?

La arquitectura interior del libro es un modelo de contención y diseño. La inteligente repetición de personajes principales como personajes secundarios en otras biografías de las que integran el libro le confiere una unidad que no pasa inadvertida al lector. Una unidad que no es sólo de época, pues las apariciones posteriores de algunos personajes arrojan nuevas luces sobre su personalidad. Una clave para comprender esta obra es, sin duda alguna, este cuidado especial con el que se trata a los personajes secundarios: Gladstone, monsignor Talbot, Wilfrid Ward, Keble, Sidney Herbert, lord Panmure, lord Hartington, sir Evelyn Baring, etc. Cada uno de ellos es una muestra de sagacidad y talento descriptivo. Lytton Strachey escribió en una ocasión que la mejor prueba del talento de una persona consistía en su capacidad para hacer un resumen. En este libro todo parece indicar que se propuso hacer buena aquella afirmación.

Un punto en el que siempre llevarán la razón los historiadores frente a cualquier clase de defensa que se pueda o se quiera hacer de Lytton Strachey –y de *Victorianos eminentes* en concreto– es la clase de fidelidad que el autor tuvo respecto a sus propias fuentes de investigación. Mencionaré tan sólo dos ejemplos. Al final del capítulo seis de la biografía correspondiente al cardenal Manning, Lytton Strachey presenta uno de los *dénouements* emocionales de la narración: el momento en el que el cardenal Newman regresa a Littlemore. Era éste un pueblecito donde el

cardenal había estado retirado hacía más de veinte años, y adonde había vuelto de visita tras comprobar que sus esperanzas se habían frustrado de nuevo; allí le sobreviene una suerte de conmoción emocional que se resuelve en lágrimas; ningún lector de la obra olvidará fácilmente tanto la plasticidad de la escena como el *pathos* trágico que se refleja en ella. Pues bien, según Christopher Saltmarshe, la fuente utilizada por Lytton Strachey describe a Newman en compañía del padre St. John, y no hay en esta fuente indicio de que la alteración emocional del futuro cardenal fuese anormal, pues finalmente, Newman dio un paseo por el pueblo y visitó a algún viejo amigo. Lytton Strachey hace que la visita sea clandestina, insinúa que Newman no solamente iba disfrazado sino que además le hace negarse a sí mismo. Las lágrimas, el viaje de incógnito, la negación de sí mismo, son todos ellos elementos de la puesta en escena que al autor le parecieron adecuados para presentar un perfil del padre Newman que fuese más emotivo que una simple visita de regreso sin transcendencia alguna.

Otro ejemplo no menos llamativo lo proporciona la descripción de uno de los rasgos más sobresalientes de Gordon, al parecer puramente imaginario: su afición a la bebida. Para el historiador H.R. Trevor-Roper, este tratamiento que hace Lytton Strachey de la figura del general es precisamente un ejemplo significativo de sus excesos. Strachey se basó en un pasaje de las memorias de Chaillé-Long, distorsionó además otro pasaje de un artículo de Burton, y el resultado fue ese personaje absurdo en el que se combinan el puritanismo con el alcohol.

A pesar de estos y otros deslices en el tratamiento material de los datos, según Trevor-Roper, la crítica más justa que se puede hacer a Lytton Strachey como historiador no es la de inexacto, pues es más fiable de lo que parece a primera vista, sino la de haber adoptado un punto de vista para el que no lo avalaban sus conocimientos como historiador ni como conocedor de las determinaciones de los acontecimientos sociales. También se le puede acusar de mantener un interés exclusivo por crear un efecto mediante su narración histórica. Es inevitable dar la razón a Trevor-Roper en este punto. La capacidad de Lytton Strachey como biógrafo o como historiador tal vez haya quedado en entredicho a causa de la subordinación de lo histórico a lo artístico.

Afortunadamente la obra tiene otros centros de interés. El libro está lleno no solamente de ironías latentes o patentes, también está repleto de referencias literarias adecuadas a cada personaje. Por ejemplo, cuando Manning lleva la discordia al círculo íntimo de familiares y amigos

del cardenal Wiseman se describe este hecho con palabras de San Mateo 10,34: «también aquí trajo la espada el implacable preboste». Cuando Newman está a punto de aceptar el rectorado de la Universidad Católica de Irlanda se describen sus tribulaciones con una referencia a San Lucas 19, 12-27: «¿Cómo podría rehusar, si le viniese la llamada de sacar el talento del pañuelo?» Si es Florence Nightingale quien tiene una personalidad tan compleja que es difícil explicarla, se recurrirá a una posesión demoniaca análoga a la de Sócrates cuando se enfrenta con el tribunal que lo condenará a muerte. Cuando lord Acton tiene escrúpulos para aceptar la doctrina de la Infalibilidad Papal, se recuerda que antes había aceptado toda la doctrina del catolicismo, con palabras con las que San Mateo 23,24, recrimina a los escribas y a los fariseos: «Guías ciegos que coláis un mosquito y os tragáis un camello». Cuando se describe el catolicismo de este mismo lord Acton, se recurre a una frase de Harpagon, de *El avaro*, de Molière: «*Que diable allait-il faire dans cette galère?*» Cuando el coronel Ahmed Arabi encabeza una revolución que es finalmente sofocada por la intervención de Inglaterra, esta intervención se presenta con las conocidas palabras que Hamlet dirige a Horacio: «era de una clase con la que no había soñado la filosofía de Arabi». Cuando necesita describir el carácter de sir Evelyn Baring recurre a los siete primeros versos de un conocido soneto de Shakespeare; otro de cuyos sonetos, el 81, le sirve para describir el carácter de Gordon: «donde de verdad se alienta, en las propias bocas de los hombres»; y, en fin, cuando se habla de la lentitud de lord Hartington, se recurre al conocido verso: *the hurrying of Time's wingèd chariot* –la urgencia del carro alado del tiempo–, del célebre poema de Amdrew Marvell, «*To his Coy Mistress*». Este breve muestrario no agota, ni mucho menos, el repertorio. Cada lector puede hacer su propia antología de referencias cultas o literarias.

En el futuro, en sus obras futuras, Lytton Strachey hará disminuir el peso de estas referencias literarias que sirven para proporcionar un ropaje literario que a veces impide esa claridad a la que teóricamente tiende su prosa.

Pero no son las ironías, ni los sobreentendidos, ni la plasticidad de la narración, con ser todas ellas cosas muy importantes, las que cimentaron el éxito de esta obra de Lytton Strachey. Lo que hizo que el libro se convirtiese en un éxito de ventas fue la capacidad del autor para dar forma a través de unos ensayos biográficos a una suerte de manifiesto generacional, un cauce de manifestación de ciertos intelectuales vinculados a Cambridge y Oxford que ponían en tela de juicio los logros del reinado que

acababa de concluir, que hacían explícitas las intenciones más oscuras de los gobernantes, que criticaban las constricciones a las que sometía a sus miembros una sociedad atenta tan sólo hacia el prejuicio y las apariencias; se trataba de un manifiesto que reclamaba un enfoque más realista en el tratamiento de toda clase de problemas: sociales, estéticos, políticos, etc. El momento de la publicación de *Victorianos eminentes* puede decirse que señaló el comienzo de una etapa política en Inglaterra que ha durado hasta hoy mismo, y que ha condicionado buena parte de la conducta personal y social de los ingleses en el siglo XX.

Para comprender el éxito repentino de este libro en Inglaterra no puede limitarse el lector a explicaciones intrínsecas a él. Por ejemplo, puede hablarse del estilo, de la construcción, del interés propio de los personajes, de la novedad de la exposición; pero todo ello carece de valor cuando se compara con la importancia que tiene el hecho de que Inglaterra acababa de librar una guerra larga y sangrienta, una guerra que había provocado una honda conmoción en todos los medios sociales, y que alterará de manera profunda la estructura de la sociedad inglesa, las relaciones sociales y hasta las reacciones individuales. Según Leonard Woolf, con ese amor por los hechos objetivos que lo caracteriza, la guerra mató a cien millones de personas, costó sesenta millones de libras, más un coste indirecto de cincuenta millones de libras, y destruyó, en su opinión, los fundamentos de la civilización occidental[5]. Algunos de los cambios habrían ocurrido, con toda seguridad, con guerra o sin ella, pero para algunos otros fue decisiva, y para la mayoría fue un catalizador. Michael Holroyd ha descrito de manera concisa las consecuencias de la guerra: «La guerra, que pulverizó la cohesión de los valores victorianos y abrió fisuras irreparables en la frívola sociedad eduardiana, tuvo el efecto de acelerar y alterar el cambio violento e inevitable de hábitos y tradiciones. Lentamente aparecieron leyes nuevas. La emancipación política de las mujeres, la igualdad del sistema de impuestos, la consolidación de la clase trabajadora, el nacimiento del colectivismo y del control estatal, el crecimiento del Partido Laborista, los cambios de los vestidos, los modales y las actitudes públicas respecto a los asuntos de moral».

Y es precisamente cuando termina esta guerra cuando aparece *Victorianos eminentes*. Qué duda cabe de que su autor tenía mucho que decir acerca de los que habían hecho posible la guerra y a quienes indirecta-

(5) Leonard Woolf, *An Autobiography*, 2 vols., Londres, Oxford University Press, 1980, vol. 2, *1919-1969*, pág. 191.

mente se culpaba de haberla provocado. No es extraño tampoco que el público desease informarse de la clase de gente que había constituido el núcleo dirigente de Inglaterra en los años anteriores a la guerra. Tampoco es sorprendente que el autor de las biografías se tomase la molestia de explotar la comicidad de aquella seguridad inocente, aquella confianza imperturbable en el carácter absoluto de sus logros con la que se comportaban algunos ingleses en el siglo XIX. La reacción del público fue de alborozo. Bertrand Russell leyó el libro en la cárcel de Brixton adonde lo había recluido un juez que no compartía sus ideas pacifistas. «Me hizo reír tan alto que un oficial de prisiones se asomó a mi celda para decirme que recordase que la cárcel era un lugar de castigo». La reacción de Bertrand Russell es representativa. Había llegado el momento de conocer exactamente qué clase de personas eran las que habían dirigido los destinos del país en los últimos años. El mundo entero tenía que enterarse. Según Bonamy Dobrée, «Lytton Strachey pudo decir con la mayor eficacia justamente lo que el mundo estaba dispuesto a oír».

Sin embargo, es preciso anotar que, lejos de la experiencia directa de la historia del victorianismo, y del peso de su herencia, la lectura debe ser forzosamente diferente. Otro lector privilegiado en aquellos momentos, André Gide, aunque reconocía la importancia de la obra, no dudaba en afirmar que no podía soportar ni la «debilidad» del pensamiento ni la «amenidad» del estilo. Respecto del estilo, es preciso ser un muy fino juez de la prosa de la historiografía británica para captar los reflejos, las parodias, las alusiones, los homenajes; todo esto abunda en las páginas de Lytton Strachey. Sin embargo, puede rechazarse el estilo del biógrafo, como lo rechazaba la propia Virginia Woolf. Harina de otro costal es lo del pensamiento. No sé muy bien si el pensamiento de Lytton Strachey debe leerse como revisión o como continuación de las ideas de Nietzsche acerca del poder, no me sorprendería que pudiera ser ambas cosas a la vez. La obra de Lytton Strachey analiza las manifestaciones múltiples del poder; en el curso de su análisis descubre que lejos de ser los héroes de la historia como los representa la divulgación popular o la propaganda, éstos no son sino unos pobres infelices provistos de muy limitada capacidad de comprensión, de sí mismos y de los fenómenos en los que desempeñan papeles relevantes. En todo caso, la reflexión que otorga unidad al libro gira en torno a una meditación sobre el poder. Cada matiz de la psicología de cada personaje, cada una de las explicaciones humorísticas o trágicamente inocentes o, lisa y llanamente, trágicas de cada uno de los personajes hace más profundo el abismo

que separa el carácter, el apetito de poder, la autorreflexividad, la percepción de los fenómenos. El azar gobierna muchos (si no todos) de los desenlaces a los que asiste el lector, el capricho individual o colectivo corrige con fantásticas motivaciones el curso de los acontecimientos. Las autoridades son verdugos y víctimas simultáneamente, apenas dominan una parcela mínima de la esfera de sus atribuciones políticas, son prisioneros de circunstancias ante las que no tienen defensa, o son ciegos para las limitaciones propias. Los movimientos sociales se ven favorecidos o impedidos por alianzas impensables.

El célebre crítico ruso M.M. Bajtin habla de que en las obras de carácter histórico se recrea una imagen social que no era la de la propia sociedad, sino un reflejo de ésta a través de la ideología del escritor. En las obras literarias lo que aparece, a su vez, es una «refracción secundaria» de aquella sociedad. Acaso esto pueda predicarse de toda historia, y aun de la propia definición. Pues bien, la obra de Lytton Strachey estaría más cerca de ser una refracción secundaria que de ser un análisis histórico riguroso. Así debe ser, de todas formas, para quien establece desde el prólogo a su obra que se ha guiado por motivos de conveniencia y artísticos, y que desea exponer algunos asuntos tal y como él los entiende. El lector, en cualquier caso, preferirá saber que está leyendo un trabajo histórico en el que el autor es consciente de un grado variable de subjetividad. La alternativa consiste en leer a un escritor que después de decidir que desea ser objetivo elige aquellos datos que demuestren que es objetivo.

Nota sobre la traducción

He procurado que el número de notas a pie de página fuese lo más reducido posible. En el texto en inglés tan sólo hay dos. Sin embargo, me he visto obligado a anotar algún término de difícil traducción, e igualmente he puesto en notas algunas indicaciones de carácter general para situar en su contexto histórico a algunos personajes que tal vez sean poco conocidos para el lector español.

Especial dificultad me han planteado los topónimos y antropónimos en chino y árabe que tan abundantes son en la biografía de Gordon. He dejado en la traducción los nombres que emplea el propio Lytton Strachey. Algunos de ellos han podido cambiar ligeramente respecto de la

ortografía actual en inglés. Poner en el texto la transliteración correspondiente, en español, quizá habría inducido a errores al lector, en vano buscaría los nombres en la cartografía que se maneja en nuestro país. No hay cartografía mundial en español. No obstante, la Oficina de Asuntos Culturales de la Embajada China me ha informado de las equivalencias según el sistema más moderno de transcripción, y las doy aquí para el lector interesado. Los cambios de cargos o títulos son mínimos: Tien Wang, el rey celestial, debe ser en escritura fonética Tian Wang; el Taiping, o reino de la paz eterna, permanece como lo he escrito; y, por último, los Wangs, o reyes, se debe escribir Wang. Por lo que se refiere a los antropónimos, Hong-siu-tsuen, debe ser Hong Xiuquan; Li Hung Chang se convertiría en Li Hongzhang; y finalmente, Tseng Kuo-fan se escribiría Ceng Guofan. Los topónimos correspondientes a Taku, Tientsin, Nanking y Soochow son, respectivamente, Tagu, Tianjin, Nanjing y Suzhou. Por último, el río Yangtse Kiang debe escribirse como Changjiang.

En cuanto a los topónimos, antropónimos y aun frases enteras que se escriben en árabe me ha sido imposible dar con una solución satisfactoria para hallar una versión española aceptable. El Instituto Hispano-Árabe de Cultura me ha brindado gentilmente la transcripción de una parte de los nombres árabes, pero la lista completa sería muy difícil de conseguir a causa de las dificultades que plantea la localización exacta de la procedencia de los vocablos, de su momento de uso y de su dialecto. De manera que, muy a mi pesar, dejo la gran mayoría de las palabras árabes con su ortografía inglesa, pero los títulos documentados en español: *bajá* o *bey*, entre otros, los escribo según nuestra costumbre, al igual que los topónimos y los nombres que asimismo cuentan con cierta tradición en nuestra lengua, Jartum o Solimán por ejemplo.

Las citas que se hacen de la Biblia en el texto inglés las he compulsado, y he dado, generalmente, la versión española de la traducción de Nácar y Colunga, que, aunque quizá no sea la mejor, creo que es la más conocida. Las referencias, nombres y topónimos bíblicos suelen ser también los de esa traducción.

He traducido los títulos de los libros que se mencionan en el texto, pero, en general, no he traducido los nombres de las publicaciones periódicas, pues pienso que estas últimas suelen conocerse entre nosotros con su nombre inglés original.

El traductor es consciente de que tal vez algún matiz le haya pasado inadvertido a lo largo de su tarea; otros matices, sin embargo, no han

pasado a nuestro idioma por la pura imposibilidad del oficio. Por ejemplo, cuando Newman escribe *Elias* –el profeta Elías–, lo hace siguiendo la ortografía de la tradición católica inglesa que pervivió en el destierro de Douay, mientras que en otros lugares del texto aparece como *Elijah*, que es la ortografía de la tradición bíblica inglesa del anglicanismo.

Finalmente, no quiero dejar de decir que leer un texto de estas características requiere una información contextual que el traductor nunca sabrá si debe agregar o no en las notas. Por ejemplo, se da como sabido en el texto que la universidad inglesa se organiza en *colegios*, que nada tienen que ver con los «colegios» de la enseñanza primaria en España. Se da como sabido, también por ejemplo, que las «escuelas públicas», *public schools*, nada tienen que ver con la enseñanza universal y gratuita de los modernos sistemas educativos; las escuelas públicas británicas tomaron ese nombre para diferenciarse de las escuelas locales, cuando aún no había una red estatal de enseñanza –que, por otra parte, debe llamarse «instrucción pública» en español–, o acaso se empezó a usar el apelativo de «públicas» porque muchos de sus antiguos alumnos se convertían en funcionarios públicos. Bautizar como «privadas», ni, como en la actualidad se denominan, «independientes», a aquellas escuelas, equivaldría a perpetrar un anacronismo no muy diferente al de llamar fascista a Felipe II, o socialdemócrata a Carlos III. El traductor de ninguna manera podrá contar con lo que sepa o deje de saber el destinatario de la obra que traduce, porque eso exigiría de él unas dotes adivinatorias que sólo si cada lector se aviniera a ejercer de aquella bruja que debía averiguar el estado de ánimo de Malvolio, podría tener éxito, y aun así, dudoso. Estas consideraciones, en fin, me han inducido a ser lo más lacónico posible en el número y extensión de las notas.

VICTORIANOS EMINENTES

Prefacio

La historia de la Época Victoriana no se escribirá nunca, sabemos demasiado acerca de ella. A la vista de esto, la ignorancia es el primer requisito del historiador: ignorancia que simplifica y aclara, que selecciona y omite, con perfección serena, inalcanzable mediante el arte más elevado. Acerca de la época que acaba de pasar, nuestros padres y abuelos han aportado y reunido tal cantidad de información que la capacidad de trabajo de un Ranke naufragaría en ella, y la perspicacia de un Gibbon no sabría cómo hacerle frente. El explorador del pasado no puede abrigar esperanzas de describir esa época singular mediante el método directo de la narración lineal. Si es inteligente, adoptará una estrategia más sutil. Atacará al enemigo en lugares inesperados; caerá sobre un flanco o sobre la retaguardia; enviará de repente un rayo de luz reveladora hacia rincones oscuros, desconocidos hasta ahora; saldrá a remar por el gran océano de la información, y dejará caer, aquí y allá, un cubo en el que subirá a la luz del día algún espécimen representativo, proveniente de aquellas profundidades lejanas, para examinarlo con cuidadosa curiosidad. Guiado por estas consideraciones, he escrito los estudios que aparecen a continuación. A través de la biografía, he querido presentar ante los ojos del lector moderno algunas estampas de la Época Victoriana. Hay, en cierto sentido, imágenes fortuitas, es decir, mi elección de los temas no la ha dictado ningún deseo de construir un sistema, o de probar una teoría, sino que se debe a simples motivos de conveniencia y artísticos. Mi intención ha sido ilustrar antes que explicar. Hubiera sido inútil mantener la esperanza de escribir ni tan siquiera un *précis* de la verdad de la Época Victoriana, porque el más breve de los *précis* debe de ocupar incontables volúmenes. Pero en las biografías de un hombre de Iglesia, una autoridad en asuntos educativos, una mujer de acción y un aventurero, he intentado examinar y elucidar ciertos fragmentos de esta verdad que captaron mi imaginación, y me vinieron a la mano.

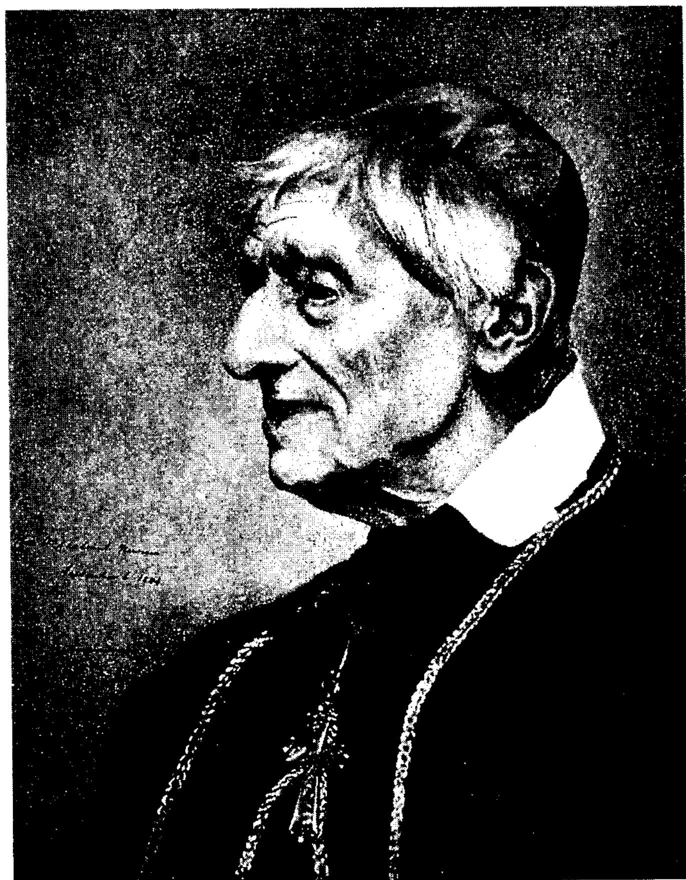
Espero, no obstante, que las páginas que siguen tengan algún interés, no sólo en cuanto al aspecto estrictamente biográfico, sino también

desde un punto de vista histórico. Los seres humanos son demasiado importantes para tratarlos como meros síntomas del pasado. Tienen un valor que es independiente de cualesquier procesos temporales, que es eterno, y que debe percibirse por mérito propio. El arte de la biografía conoce al parecer malos tiempos en Inglaterra. Hemos tenido, cierto es, unas pocas obras maestras; pero nunca hemos tenido una gran tradición biográfica como la francesa; no hemos tenido Fontenelles ni Condorcets, con sus *éloges* incomparables, que condensan en unas páginas, pocas y brillantes, las vidas múltiples de los hombres. Entre nosotros, la más delicada y refinada de todas las ramas del arte de la escritura se ha relegado a los aprendices de las letras; no nos hemos parado a pensar en que quizá es tan difícil escribir una buena vida como vivirla. Aquellos dos gruesos volúmenes, con los que es nuestra costumbre recordar a los muertos, ¿quién no conoce su masa de información mal digerida, el estilo descuidado, el tono de tedioso panegírico, la lamentable falta de selección, de independencia de criterio, de construcción? Nos son tan familiares como el *cortège* del enterrador, y tienen idéntico aire de barbarismo torpe y fúnebre. Se siente la tentación de imaginar, de algunos de aquellos libros, que los redactó el empleado este como último capítulo de su trabajo. Los estudios de este libro tienen una deuda, en más de un aspecto, con esos trabajos; trabajos que, en verdad, merecen ser conocidos como biografías al uso. Puesto que me han proporcionado no sólo mucha información indispensable, sino también algo más precioso: un ejemplo.¡Cuántas lecciones pueden aprenderse de ellos! Casi ni merece la pena descender a los detalles: he aprendido, por ejemplo, a mantener una conveniente brevedad –brevedad que excluye todo lo redundante y nada significativo–, éste, con seguridad, es el primer deber del biógrafo. El segundo deber, con no menor seguridad, es mantener la propia libertad de espíritu. La tarea del biógrafo no es hacer cumplidos, sino exponer los hechos del caso como él los entiende. Eso es lo que he intentado hacer en este libro, exponer los hechos de algunos casos, como yo los entiendo, desapasionada, imparcialmente y sin segundas intenciones. Con las palabras de un maestro: "*Je n'impose rien; je ne propose rien: j'expose*".

L.S.

Se ha añadido a cada biografía una lista de la bibliografía más importante de la que me he servido. Mencionaré, como honrosa excepción a la mercancía habitual, la excelente Florence Nightingale, biografía, *de sir Edward Cook, sin la cual, mi propio estudio, aunque compuesto con otra escala y desde un punto de vista sin duda diferente, no habría podido escribirse.*

El cardenal Manning



El cardenal Manning

Henry Edward Manning nació en 1807, y murió en 1892. Su vida fue extraordinaria por muchos conceptos, pero el interés que despierta en el investigador moderno depende fundamentalmente de dos consideraciones: la luz que su carrera arroja sobre el espíritu de su época, y los problemas psicológicos que sugiere su historia personal. Perteneció a ese grupo de eclesiásticos eminentes –de ninguna forma se trata de un grupo reducido– que se ha distinguido menos por su santidad y sabiduría que por un talento de naturaleza práctica. Si hubiese vivido en la Edad Media, no habría sido, con certeza, ni un San Francisco ni un Santo Tomás de Aquino, pero podría haber sido un Inocencio. Tal como fue, nacido en la Inglaterra del siglo XIX, habiendo crecido en el momento justo de la siembra del progreso moderno, habiendo llegado a la madurez con el primer empuje del liberalismo, y habiendo vivido lo suficiente para presenciar las victorias de la Ciencia y de la Democracia, él, sin embargo, por una extraña concatenación de circunstancias, casi pareció reencarnar, en su propia persona, esa larga lista de clérigos diplomáticos y administradores que cualquiera habría pensado que había terminado para siempre con el cardenal Wolsey. En Manning, al parecer, revivió la Edad Media. Daba testimonio de un singular estado de cosas, en verdad, aquella figura alta y enjuta, aquella cara de benévolo ascetismo, con los ropajes y la birreta, pasando triunfante de la misa mayor en el Oratorio a las reuniones filantrópicas en Exeter Hall, de los comités de huelga en los muelles, a los salones de Mayfair, donde las damas a la moda se arrodillaban ante el príncipe de la Iglesia. ¿Qué había sucedido?, ¿se había impuesto un carácter dominante a un medio hostil?, ¿o, después de todo, el siglo XIX no era tan hostil?, ¿había algo en este siglo, científico y progresista como era, que salía a dar la bienvenida al representante de una tradición antigua y de una fe incontrovertible?, ¿tenía, acaso, este siglo, un lugar en su corazón para personas como Manning, algo que podríamos decir que era un punto débil?, ¿o, por el contrario, había sido él flexible y conciliador, y había ganado con ingenio lo que nunca habría ganado por la fuerza?, ¿había sido él quien se las había arreglado, digámoslo así, para ser uno de los dirigentes de la

procesión, no tanto por méritos propios cuanto por una habilidad muy desarrollada para saber colarse en primera fila?; y, en cualquier caso, ¿qué extrañas oportunidades, qué cambios y luchas, qué combinaciones de circunstancia y carácter habían llevado a este anciano a donde estaba? Tales preguntas se hacen con más facilidad que se contestan; pero quizá sea instructivo e incluso divertido observar un poco más de cerca las complejidades de una historia tan curiosa.

I

Sin duda, lo más claramente sorprendente de la historia de la carrera de Manning es la terca fuerza de sus características innatas. A lo largo de todos los cambios de fortuna, el espíritu poderoso de este hombre trabajó sin desmayo. Era como si los hados hubiesen apostado que lo doblegarían, y era como si, al final, hubiesen perdido la apuesta.

Su padre era un rico comerciante de las Indias Occidentales, miembro del Parlamento, gobernador del Banco de Inglaterra, que se dirigía todos los días a la ciudad, desde la residencia rural, en un carruaje tirado por cuatro caballos, y no se quedaba satisfecho con nadie por debajo de un obispo para el bautizo de sus hijos. El pequeño Henry, como los demás, tuvo su obispo, pero se vio obligado a esperar por él durante dieciocho meses. En aquellos tiempos, e incluso una generación más tarde, como atestigua Keble, se descuidaba mucho lo del bautizo inmediato de los hijos. Este retraso lo ha señalado el biógrafo de Manning como el primer obstáculo en la vida espiritual del futuro cardenal, pero lo superó con éxito.

Su padre tenía más cuidado con otras cosas.

> Su refinamiento y delicadeza de mente eran tales –escribía Manning mucho más tarde– que nunca salió de su boca una palabra que no se pudiese repetir en presencia del más puro y sensible, excepto –añade– en una ocasión. Unos lo obligaron a repetir la historia de un negro que, aunque exenta de toda maldad *de sexu*, era poco delicada. Lo hizo después de mucha resistencia. Su ejemplo me hizo odiar ese tipo de conversaciones.

La familia vivía en una atmósfera de piedad evangélica. Un día el niñito entraba del patio, y su madre le preguntó si había visto el pavo. «Yo dije que sí, y la niñera dijo que no, y mi madre me hizo arrodillar y pedir a Dios que me perdonase por no decir la verdad». A los cuatro años, un primo de seis le dijo que «Dios tenía un libro en el que escribía todos los pecados que cometíamos. Me aterrorizó tanto durante unos días que recuerdo que en una ocasión, después de buscarme largo rato,

me hallaron sentado debajo de una especie de pupitre presa de un gran miedo. Nunca, en ningún momento de la vida, lo olvidé». Cuando tenía nueve años «devoré el Apocalipsis, y nunca en mi vida olvidé ese "lago que arde con fuego y azufre". Este versículo me ha acompañado como una voz clara toda mi vida y en todos los peligros de la juventud».

En Harrow aquellos peligros ya lo rondaban, pero no obstante seguía oyendo la voz clara. «En la escuela y en la universidad nunca dejé de decir las oraciones, hasta donde me llega la memoria, ni un solo día». Sufrió otra experiencia religiosa, leyó las *Pruebas*[1] de Paley: «Me creí todos los razonamientos –escribía Manning cuando tenía más de setenta años–, y doy gracias a Dios porque nada ha alterado mi fe en ellos». Pero puede decirse que llevaba, en general, una vida tan poco espiritual como la de cualquier otro escolar. Tenemos algunas imágenes de él en las que aparece como un muchacho elegante, jugando al críquet, o paseando con sus botas de Hesse, altas y adornadas[2]. Y, al menos en una ocasión, dio pruebas de una conducta inteligente, que merece la pena recordarse. Se salió del terreno de la escuela, y un profesor que montaba a caballo lo vio al otro lado de un campo, el profesor ató el caballo a un portillo, y salió corriendo tras el muchacho. El joven astuto corrió más que el profesor, dio un rodeo, llegó al portillo, saltó sobre el caballo, y se fue. Se le castigó por este hecho, pero ¿de qué servían los castigos? Los latigazos, por fuertes que fueran, no habrían erradicado del pequeño Henry una característica que estaba tan arraigada en él como el miedo al infierno, y como la fe en los razonamientos de Paley.

Su padre quería que Manning ingresase en la Iglesia, pero a él le disgustaba la idea; y cuando llegó a Oxford, sus gustos, sus aspiraciones y los éxitos en la Unión[3], todo ello parecía indicar que estaba destinado a la carrera política. Era un año más joven que Samuel Wilberforce, y un año mayor que Gladstone. En aquellos tiempos, la Unión era el centro donde se reclutaban los políticos jóvenes, los ministros se acercaban desde Londres para escuchar los debates; algunos años más tarde, el duque de Newcastle le concedió a Gladstone la representación de una

(1) *Evidences of Christianity [Pruebas de la fe cristiana],* de Paley, representante del utilitarismo teológico, es un libro en el que se hallan pruebas de la existencia del Dios cristiano en algunos fenómenos naturales y del cuerpo humano.

(2) *Tasselled Hessian top-boots,* son unas botas con adornos y con una tira de cuero de color diferente al resto en la parte superior; son originarias de Hesse, Alemania.

(3) *The Union,* 'La Unión', centros estudiantiles de debate.

circunscripción electoral por la energía del discurso que dio en la Unión contra el proyecto de Ley de Reforma. Ante aquellos tres jóvenes se abría el mundo. ¿No eran ricos, estaban bien relacionados, y estaban dotados de una capacidad inacabable para hacer discursos? Los resultados justificaron las esperanzas más elevadas de sus amigos, porque el menos distinguido de ellos murió siendo obispo. El único peligro se hallaba en otra dirección.

> Procura, mi querido Samuel –escribía el anciano Wilberforce a su hijo–, procura evitar con el celo más diligente hallarte indebidamente ansioso por querer darte a conocer; procura que los fracasos no te desanimen mucho, ni te envanezcan los éxitos. La solicitud indebida de la estima popular es una debilidad contra la que todos los cristianos auténticos deben precaverse con la observancia más rigurosa. Cuanto mejor retengas la impresión de que te hallas rodeado de una nube de testigos del mundo invisible, como se dice en las Escrituras, mejor armado estarás para combatir este pecado tentador.

Pero semejante advertencia, después de todo, parecía como si careciese de importancia para Manning, porque, al dejar Oxford, la copa rebosante se apartó con violencia de sus labios. Ya comenzaba a soñarse el solitario defensor de una causa importante cuyo triunfo sobrevendría al fin gracias a sus esfuerzos extraordinarios, cuando su padre se declaró en quiebra, los sueños de una carrera política terminaron para siempre.

En esta época Manning trabó una amistad íntima con la hermana de uno de sus amigos de la universidad, una dama piadosa a quien él solía describir como su madre espiritual. La convirtió en su persona de confianza, y paseando por un plantío de arbustos le reveló la amarga decepción a la que lo había arrojado el fracaso de su padre. Ella intentó animarlo, y después añadió que había todavía objetivos más altos y accesibles en los que él no había pensado.

–¿Qué quiere decir? –preguntó.

–El reino de los cielos –contestó ella–, las aspiraciones celestiales no le han cerrado el paso.

El joven escuchó, se quedó en silencio, y, al rato, dijo que no sabía cómo, pero que tenía razón. Ella le propuso una lectura conjunta de la Biblia, y, todas las mañanas, después del desayuno, es lo que hicieron a lo largo de aquellas vacaciones. Sin embargo, a pesar de aquellos ejerci-

cios de devoción, a pesar de una voluminosa correspondencia sobre temas religiosos con su madre espiritual, Manning todavía alimentaba esperanzas en el mundo secular. Ingresó en la *Colonial Office*[4] en calidad de oficinista supernumerario, sólo cuando se le ofreció un puesto en el Colegio Merton, si se consagraba a la carrera eclesiástica, fue cuando sus aspiraciones celestiales comenzaron a adquirir una forma más nítida. Justo entonces se enamoró de Miss Deffell, cuyo padre, que no quería tener ninguna relación con un joven sin futuro, le prohibió la entrada en la casa. Era demasiado evidente, ¿qué futuro tenía un oficinista supernumerario de la *Colonial Office*? Manning se fue a Oxford, y se ordenó sacerdote. Fue elegido miembro del Colegio Merton, y logró mediante la influencia de los Wilberforce un puesto de coadjutor en Sussex. En el último momento casi se arrepintió. «Me parece que, bien pensado, este último paso ha sido algo precipitado –escribía a su cuñado–. He cedido a la insistencia de mis amigos, y a las tentaciones de una coadjutoría agradable en muchos aspectos; quizá con más serenidad hubiera decidido otra cosa». Las aspiraciones desmesuradas, los sueños de servir a la sociedad, de honores, de poder, ¿iba a acabar todo eso en una modesta coadjutoría «agradable en muchos aspectos»? Pero nada podía hacerse ya, estaba hecho, y era obvio que los hados habían triunfado, se habían librado pero que muy bien de Manning. Lo único que podía hacer era sacar el mejor partido posible de un mal negocio. Y en consecuencia, en primer lugar, decidió que había recibido una llamada de Dios *ad veritatem et ad seipsum*[5], y en segundo lugar, olvidó a Miss Deffell, y se casó con la hija del párroco. A los pocos meses el párroco murió, Manning se metió en sus zapatos, y pudo decir que por lo menos no eran incómodos. Durante los siete años siguientes desempeñó las funciones de un cura rural. Era enérgico y devoto, educado y elegante, su fama se extendió por la diócesis. Por fin se empezó a hablar de él como el posible sucesor del arcediano de Chichester. Cuando Mrs. Manning murió de forma inesperada, al principio se mostró inconsolable, pero encontró consuelo en la distracción del trabajo redoblado. ¿Cómo habría averiguado que algún día contaría esta pérdida como una de las «mercedes especiales de Dios»? Y así sería. Años después, la memoria de su mujer parecía haberse borrado de su mente, nunca

(4) La *Colonial Office*, es el departamento de la administración británica que se ocupaba de los asuntos relacionados con las colonias.

(5) Latín: «a la verdad y a sí mismo».

hablaba de ella, destruyó todas las cartas y recuerdos de su vida conyugal; y cuando le dijeron que su tumba se hallaba en ruinas, «así está mejor –contestó el Cardenal– dejémoslo así. El tiempo borra todo». Pero cuando la tumba era reciente, el joven párroco se sentaba junto a ella, día tras día, a escribir los sermones.



W.E. Gladstone

II

Mientras tanto, en otro lugar de Inglaterra, ocurrían otras cosas, cosas que iban a tener un efecto no menos profundo sobre la vida de Manning que la misericordiosa muerte de su esposa. En el año en que tomó posesión de la coadjutoría de Sussex, comenzaban a aparecer en Oxford los *Tratados para nuestros tiempos*[6]. Había comenzado la vida pública del «Movimiento de Oxford». El nombre es familiar todavía, pero el significado ha quedado oscurecido por dos motivos: por el paso del tiempo y por la ambigüedad intrínseca de los temas relacionados con él. Tomemos prestadas por un momento las alas de la imaginación histórica, y, planeando de forma delicada sobre el Oxford del decenio de 1830, echemos una rápida mirada a vista de pájaro.

Durante muchas generaciones, la Iglesia de Inglaterra había dormido el sueño de... la comodidad. Los rumores hoscos de la disidencia, los gritos airados de la batalla de la Revolución, apenas habían alterado aquel pesado sueño. Clérigos obesos formalizaban su adhesión a los Treinta y nueve Artículos[7] con un bostezo o una sonrisa, y se hundían con tranquilidad en sus cómodas vidas; por la mañana cabalgaban alegremente con los perros de caza, como los caballeros, y, como los caballeros, por la tarde se bebían con discreción su par de botellas. Pertenecer a la Iglesia era, en realidad, dedicarse a una de esas profesiones que la naturaleza y la sociedad habían decidido que eran adecuadas para los caballeros y sólo para ellos. Los fervores de la piedad, el aliciente de la caridad apostólica, el entusiasmo de la renuncia personal, estas cosas estaban muy bien a su manera y en su lugar, pero su lugar no era ciertamente la Iglesia de Inglaterra. Los caballeros no debían ser fervorosos ni apasionados ni, por encima de todo, entusiastas. Es cierto que se encontraban en ocasiones, dentro de la Iglesia, algunos párrocos puritanos

---

(6) *Tracts for the Times [Tratados para nuestros tiempos]* son una serie de tratados de tema religioso, escritos por personajes relevantes de la iglesia británica del siglo pasado. Entre ellos: Newman, Keble, R.H. Froude y Pusey. Se publicaron entre 1833 y 1841. Fueron el medio de expresión del Movimiento de Oxford.

(7) Los 'Treinta y nueve Artículos de la fe' son los que suscriben los clérigos de la Iglesia de Inglaterra al ordenarse.

que eran *tories* radicales, párrocos que miraban hacia atrás, que añoraban los tiempos de Laud[8], o que hablaban de la continuidad apostólica. También había grupos de circunspectos evangelistas que se interesaban por la Pasión, confesaban tener un amor personal hacia Jesucristo, y parecían haber reglado hasta los más menudos detalles de conducta y lenguaje de sus vidas con referencia a la eternidad. Pero tales extremos eran las raras excepciones. La gran masa de los clérigos caminaba con gran calma por la cómoda carretera del deber ordinario. No perdían de vista a los pobres de la parroquia, y dirigían las celebraciones dominicales de forma adecuada; en cuanto al resto de las cosas, no diferían ni interior ni exteriormente de la gran masa laica, para la que la Iglesia no era sino una organización útil cuyo fin era mantener la religión, como si estuviese establecido por ley.

Al final llegó el despertar y fue bastante violento. Los principios liberales de la Revolución Francesa, contenidos inicialmente por el terror de la reacción, comenzaron a abrirse camino en Inglaterra. Los racionalistas levantaron la cabeza, Bentham y los Mill propugnaron el utilitarismo, se aprobó la Ley de Reforma, y hubo rumores en el extranjero sobre la separación de los poderes. Incluso el clero pareció haberse infectado. El Dr. Whately se atrevió a afirmar que, en la interpretación de las Escrituras, podrían permitirse opiniones diferentes en los temas que ofrecieran dudas; el Dr. Arnold esbozó un inquietante sistema para permitir a los disidentes[9] la entrada en la Iglesia, aunque es cierto que nunca fue tan lejos como para contemplar la admisión de los unitarios[10].

En esta época vivía en una parroquia rural un joven clérigo que se llamaba John Keble. Había ingresado en Oxford a la edad de quince años, donde, tras una carrera brillante, se le había propuesto ser miembro del Colegio Oriel. Luego volvió a la parroquia de su padre, y se ocupó en los deberes de coadjutor. Tenía un conocimiento completo del Libro de Rezos, de la forma de comportarse en una sala de convivencia de un centro educativo, de las conjugaciones de los verbos griegos irregulares y de las pequeñas bromas de una parroquia rural; y su falta de experiencia

(8) William Laud (1573 - 1645), arzobispo inglés, su nombre evoca el espíritu más tradicional y representativo de la Iglesia de Inglaterra.

(9) *Dissenters*, 'disidentes' o 'inconformistas'. Grupo autosegregado de la Iglesia de Inglaterra.

(10) *Unitarians*, 'unitarios', miembros de una tendencia teológica que cree en la existencia de Dios, pero niega la de la Santísima Trinidad.

en otras direcciones la suplían el entusiasmo y la piedad, que pronto probarían estar a la altura, y más que a la altura, de cualesquier requerimientos que se les solicitaran. La sobreabundancia de su piedad se desbordaba en verso. Y la santa sencillez del *Año Cristiano* llevó su nombre hasta los albergues más remotos de Inglaterra. En cuanto a su celo, sin embargo, necesitaba otra salida. Al contemplar las actividades de sus paisanos, desde las ventanas de la parroquia de Gloucestershire, Keble sintió que su alma entera se estremecía de disgusto, ira y horror. Los infieles se paseaban jactanciosos por todas partes. La autoridad era objeto de burla. Se predicaban abiertamente las doctrinas horribles de la democracia. Y por si fuera posible empeorar las cosas, la misma Iglesia era ignorante y tibia, había olvidado los misterios de los sacramentos, había perdido la fe en la continuidad apostólica, ya no se interesaba por los Padres de la Iglesia, y se sometía al control de los legisladores seglares, los cuales ni tan siquiera estaban obligados a profesar la fe en la Pasión. Ante semejantes enormidades, ¿qué podía hacer Keble? Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, pero era un hombre sencillo y sin ambiciones, y su ira, con toda probabilidad, se habría consumido inmitigada en su interior si no hubiera tenido la suerte de entrar en contacto, en el momento crítico, con un espíritu más impresionable y audaz que el suyo.

Hurrell Froude, uno de los discípulos de Keble, era un joven inteligente a quien le había correspondido una porción de confianza en sí mismo e intolerancia aún mayor de la que los jóvenes inteligentes suelen poseer. Lo que era singular en él, sin embargo, no era tanto su temperamento como sus gustos. La clase de ardor que impele a los jóvenes más normales a frecuentar los *Music Halls*, y a enamorarse de las actrices, tomó la forma, en el caso de Froude, de una devoción romántica hacia la deidad, y de un interés intenso por el estado de su propia alma. Estaba obsesionado por los ideales de la santidad, y estaba persuadido de la importancia suprema de la moderación en la comida. Llevaba un diario en el que anotaba los pecadillos, que eran muchos. «Hoy no puedo hablar bien de mí mismo –escribe el 29 de septiembre de 1826 (tenía veintitrés años)–. No he leído los Salmos, ni leí el Evangelio después del desayuno, lo cual tampoco había hecho antes, aunque tuve mucho tiempo para ello. Me habría gustado que se pensase de mí como un valiente por el ascenso que hice en el Puente del Diablo. Miré con gula para ver si había oca para la cena; y aunque lo que comí fue bastante vulgar, y no tomé ninguna otra cosa, sin embargo, incluso esto fue, en

parte, consecuencia de la casualidad; y, por cierto, me excedí mucho en la cantidad porque estuve pesado y somnoliento después de la cena». «Me permití disgustarme por la pomposidad de X –escribe un poco más adelante–, también sonreí al oír durante la lectura de la Biblia una alusión al ayuno. Espero que no fuese por orgullo o vanidad, sino por desconfianza; en todo caso no fue intencionado». Más tarde: «En cuanto a mis comidas, lo que puedo decir es que siempre me cuidé de que nadie cogiese nada antes de que yo me sirviese, y, en cuanto a la clase de alimentos, creo que un bocado de los restos fríos de un lenguado para desayunar, y un trozo de caballa para cenar son las únicas cosas que no coincidieron con la regla estricta de la sencillez». «Me veo obligado a confesar –anota, al darse cuenta– que en mis relaciones con el Ser Supremo me estoy volviendo más y más indolente». En ese momento exclama: «Tu ojo pone a prueba mi alma, y conoce mis pensamientos... Oh, si mis costumbres fueren tan piadosas que pudieran cumplir Tus leyes. Obedeceré Tus Mandamientos cuando Tú hayas liberado mi corazón».

Tales eran las preocupaciones de este joven. Tal vez habrían sido diferentes si hubiera tenido un poco menos de lo que Newman describe como aquella «idea solemne y elevada de la excelencia intrínseca de la virginidad», pero es inútil hacer conjeturas. Es natural que el celo apasionado e incandescente de Keble produjese un efecto profundo sobre su mente. Se hicieron amigos íntimos; y Froude, que había caído con avidez sobre las doctrinas del más maduro Keble, procuró darles toda la cantidad de notoriedad polémica que podía permitirse una sala de Oxford. Arrojó los misterios metafísicos de la Santa Iglesia Católica a la atmósfera de los partidos políticos. Los sorprendidos doctores en teología se encontraban de repente ante extrañas preguntas que nunca antes habían entrado en sus cabezas. ¿Era o no era la Iglesia de Inglaterra una parte de la Iglesia Católica? Si lo era, ¿no fueron los reformistas del siglo XVI unos renegados? ¿No era la participación en el cuerpo y la sangre de Cristo esencial para el mantenimiento de la vida cristiana y para la esperanza individual? ¿Fueron obispos Timoteo y Tito? ¿O no lo fueron? Si lo fueron, ¿no se seguía de ello que el poder de administrar la Sagrada Eucaristía era el atributo de una orden sagrada fundada por el propio Cristo? ¿No se refirieron los Padres a la tradición de la Iglesia como algo independiente de la palabra escrita, y suficiente en sí misma para refutar la herejía, incluso sola? ¿No era, por lo tanto, la palabra no escrita de Dios? ¿Y no exigía de nosotros igual reverencia que las Escrituras, y pre-

cisamente por idéntica razón, *porque era Su palabra*? Los doctores en teología estaban estupefactos ante unas preguntas que apenas sabían adónde podían conducir, no les resultaba nada fácil hallar respuestas adecuadas. Pero el propio Hurrell Froude proporcionó todas las respuestas con suma rapidez. Todo Oxford, toda Inglaterra deberían conocer la verdad. Los tiempos estaban dislocados y él se sentía más que satisfecho de haber nacido para recomponerlos.

Pero, después de todo, hacía falta algo más que la fogosidad de Froude combinada con la convicción de Keble para alterar de forma perceptible las vastas aguas en calma del pensamiento cristiano; y sucedió que eso que hacía falta también estaba allí: el genio de John Henry Newman. Si Newman no hubiese nacido o si su padre, cuando llegó el calesín en la mañana fatal, indecisos entre las dos universidades, hubiese dirigido por casualidad la cabeza del caballo hacia Cambridge, ¿quién duda que el Movimiento de Oxford habría dejado apagar su llama, sin testigos, en la sala de convivencia del Oriel? ¡Qué diferente, además, habría sido el destino de Newman! Él era un hijo del Renacimiento Romántico, un ser de emoción y memoria, un soñador cuyo espíritu habitaba aparte, en montañas deleitosas, un artista cuyos sentidos sutiles captaban, como la lluvia bajo la luz del sol, el arco iris impalpable del mundo inmaterial. En otros tiempos, bajo cielos diferentes, sus días habrían sido más afortunados. Podría haber ayudado a tejer la guirnalda de Meleagro, o a mezclar el *lapis lazuli* de Fra Angélico, o a perseguir la verdad a la sombra de una *palæstra* ateniense, o sus manos habrían dado forma a aquellas caras etéreas que sonríen en las hornacinas de Chartres. Incluso en su propio tiempo, en Cambridge, cuyos claustros parecen haber estado consagrados siempre a la poesía y al sentido común, podría haber seguido con tranquilidad las huellas de Gray, y haber hecho germinar aquellas semillas de inspiración que ahora están incrustadas en la devoción ajada de la *Lyra Apostólica*. En Oxford estaba condenado. No pudo resistir aquella última seducción de la Edad Media. En vano se zambullía en las páginas de Gibbon; en vano, con su amado violín, estaba en comunión con Beethoven durante largas horas. El aire estaba cargado de santidad clerical, se había vuelto espeso con los aromas de la tradición y con el calor agradable de la autoridad espiritual; su amistad con Hurrell hizo el resto. Todo lo que era más débil en él lo exhortaba a seguir hacia adelante, y todo lo que era más fuerte, también. Su imaginación, inquieta y exagerada, comenzó a construir vastos edificios filosóficos, partiendo de los escritos de monjes antiguos; y comenzó a perder el tiempo con visiones de visitas

angélicas, y con la eficacia del óleo de Santa Walburga. Su naturaleza emotiva se entregó cada vez más a las pasiones sectarias de un grupo universitario; y su inteligencia sutil se dedicó, con progresiva exclusividad, a cortar dialécticamente en dos algunos pelos dogmáticos. Su trayectoria futura estaba marcada con demasiada claridad, sin embargo, por una suerte singular, la verdadera naturaleza del hombre iba a renacer triunfante al final. Si Newman hubiese muerto a los sesenta años, hoy ya habría sido olvidado, excepto por unos pocos historiadores eclesiásticos; pero vivió para escribir la *Apología*, y para alcanzar la inmortalidad, no como pensador ni como teólogo, sino como un artista que ha endulzado con las mágicas especias de las palabras la historia punzante de un espíritu intensamente humano.

Cuando Froude logró despertar en Newman el interés por las ideas de Keble, nació el Movimiento de Oxford. El rasgo original y notable de estos tres hombres consistía en tomarse la religión cristiana *au pied de la lettre*. Esto no se había hecho en Inglaterra durante siglos. Cuando los domingos anunciaban que creían en la Santa Iglesia Católica, querían decir exactamente eso. Cuando repetían el Credo de Atanasio, en realidad, lo creían. Incluso cuando suscribieron los Treinta y nueve Artículos, lo hicieron en serio, o al menos pensaban que lo hacían así. Ahora bien, tal estado de la mente era peligroso; más peligroso, en verdad, de lo que habían pensado al principio. Habían comenzado suponiendo de forma inocente que la religión cristiana se contenía en las doctrinas de la Iglesia de Inglaterra, pero cuanto más examinaban el asunto, más difícil y lleno de dudas aparecía. La Iglesia de Inglaterra mostraba por todas partes, sobre sí misma, las señales de la imperfección humana; era el resultado de la revolución y del compromiso, de las exigencias de los políticos y de los caprichos de los príncipes, de los prejuicios de los teólogos y de las necesidades del Estado. ¿Era posible que este conjunto de remiendos se hubiese convertido en el receptáculo de los misterios augustos e infinitos de la fe cristiana? Éste era el problema con el que se enfrentaban Newman y sus amigos. Otros hombres podrían –y al parecer así sucedía– no ver nada extraño en semejante situación; y aún otros veían en el cristianismo apenas algo más que un añadido convencional y respetable de la existencia, mediante el cual se inculcaba un sistema moral sólido, a través del cual esperaban lograr la felicidad eterna. Para Newman y Keble era diferente. Veían una manifestación trascendente del poder divino, inmensa y compleja, que se prolongaba a lo largo de los tiempos; un ministerio eclesiástico consagrado, que se remontaba, a

través del símbolo místico de la imposición de las manos, hasta la propia divinidad; un universo completo de seres espirituales que venía a la comunión con lo eterno por medio de la eucaristía; una masa enorme de doctrinas metafísicas, al tiempo incomprensible y de importancia incalculable, enunciada con certeza infinita; veían lo sobrenatural en todas partes y en todo momento, lo veían como una fuerza viva que flotaba invisible en los ángeles, que inspiraba a los santos, y que revestía con propiedades milagrosas los objetos más comunes. No es sorprendente que hallaran dificultades para conciliar este espectáculo con la institución que se había desarrollado a partir del divorcio de Enrique VIII, de las intrigas de los parlamentarios isabelinos, y de la revolución de 1688. Por supuesto que se mostraron claramente satisfechos por haber tenido éxito en una tarea al parecer sin esperanza; pero las conclusiones a las que llegaron para ello fueron decididamente inquietantes.

La Iglesia de Inglaterra, anunciaron, era en realidad la única Iglesia verdadera, pero había estado en un eclipse desde la Reforma; en realidad, desde que había comenzado a existir. Cierto, había evitado las corrupciones de Roma; pero se había convertido en la esclava del poder secular, y se había degradado por causa de las falsas doctrinas del protestantismo. La religión cristiana se había conservado intacta entre el clero inglés, pero se había conservado, por así decirlo, de forma inconsciente; era un depósito inapreciable, heredado, sin saberlo, de generación en generación, y que subsistía no tanto por la voluntad del hombre, cuanto por el mandato de Dios, expresado en la virtud misteriosa de los sacramentos. El cristianismo, en pocas palabras, se había enredado en una serie de circunstancias desafortunadas de la que Newman y sus amigos tenían el deber evidente de rescatarlo. Lo curioso es que esta tarea hubiese sido reservada, de manera tan evidente, para ellos. Tal vez a algunos teólogos del siglo XVII se les había permitido algún atisbo de la verdad, pero nada más. No, las aguas de la fe verdadera se habían sumergido en el momento de la Reforma y allí seguían, esperando a que la cayada de Newman golpease la roca para volver a brotar a la luz del día. Todo este asunto, sin duda, era providencial, ¿qué otra explicación podría darse?

El primer paso, con toda claridad, iba a purgar a la Iglesia de sus ignominias y errores. Había que criticar a los reformistas, se debía sacudir el yugo del poder secular, el dogma debía instalarse de nuevo en su antigua preeminencia, y se debería recordar a los cristianos lo que al parecer habían olvidado: la presencia de lo sobrenatural en la vida dia-

ria. «Sería positivo para este país –observó Keble– que fuese más ampliamente supersticioso, más fanático, más sombrío, más fervoroso respecto a la religión de lo que es en el momento presente». «Lo único bueno que sé sobre Cranmer[11] –dijo Hurrell Froude– es que ardía bien». Newman comenzó a predicar, y pronto empezaron a extenderse las nuevas opiniones. Entre los primeros conversos estuvo el Dr. Pusey, un hombre rico y culto, profesor, canónigo del Christ Church, que, según se rumoreaba, había estado en Alemania. Entonces se comenzaron a publicar los *Tratados para nuestros tiempos*, bajo la dirección de Newman, y el Movimiento comenzó su vida pública.

Los Tratados se escribieron «con la esperanza de alertar a los miembros de nuestra Iglesia sobre el alarmante estado de ésta... como cualquiera podría dar la noticia de un fuego o de una inundación, para sobresaltar a quien escuchase». Puede decirse que tuvieron éxito en el empeño, porque la sensación que provocaron entre el clero de todo el país fue superlativa. Trataron gran variedad de temas, pero la intención subyacente a todos ellos era la de atacar la doctrina y la práctica oficiales de la Iglesia de Inglaterra. El Dr. Pusey escribió con erudición acerca de la redención bautismal, también escribió sobre el ayuno. Su tratamiento de este último tema le acarreó una crítica considerable que sorprendió al doctor. «No estaba preparado –dijo– para que la gente pusiese en tela de juicio, incluso en abstracto, el deber del ayuno; pensaba que las personas serias, al menos, creían que practicaban el ayuno de una forma u otra. Partí de la suposición de que era un deber reconocido y tan sólo pensé que se subestimaba». Ver para creer, incluso aunque uno haya estado en Alemania.

Otros tratados versaban sobre la Santa Iglesia Católica, el clero y la liturgia. Uno trataba de «si un clérigo de la Iglesia de Inglaterra está obligado ahora a hacer las oraciones de la mañana y de la tarde en la iglesia parroquial». Otro señalaba hacia las «Indicaciones de una providencia superior en la conservación del Libro de Rezos, y en los cambios que éste ha sufrido». Otro consistía en una colección de «Sermones de adviento sobre el Anticristo». Keble escribió un tratado largo y complejo «Sobre el misticismo atribuido a los primeros Padres de la Iglesia», en el que expresaba su opinión sobre un buen número de asuntos interesantes.

(11) Thomas Cranmer fue el primer arzobispo protestante de Canterbury, María I lo hizo quemar por hereje.

> De acuerdo con la manera de hablar habitual en los hombres –escribía–, se diría que fue una circunstancia accidental el que hubiese *cinco* piezas de pan, ni más ni menos, en la despensa de Nuestro Señor y de Sus discípulos con las cuales proveer para la fiesta milagrosa. Pero los intérpretes antiguos lo tratan como si estuviese planeado y fuese providencial, seguro que no erraban en esto; y su conjetura es que este hecho representa el sacrificio de todo el conjunto de los sentidos –y especialmente el sacrificio de la ley antigua, la cual, siendo exterior y sensible, podría llamarse la ley de los sentidos– al PADRE de nuestro SEÑOR JESUCRISTO, para ser una promesa y un medio de comunión con ÉL, de acuerdo con los términos de la ley nueva o evangélica. Llegaron a esta idea considerando el número cinco, el número de los sentidos, como el oponente místico del universo sensible y visible: τὰ αἰσθητὰ, diferente de τὰ νοητὰ. Orígenes formula la regla en términos explícitos. «El número cinco –dice–, con frecuencia, mejor dicho, casi siempre, se toma por los cinco sentidos».

En otro pasaje, Keble trata otro tema aún más recóndito. Cita la enseñanza de San Bernabé de que Abraham, que fue quien por primera vez circuncidó a los hombres, ejecutó mediante este acto una acción representativa y espiritual, con la esperanza de la venida del Hijo. Las razones de San Bernabé son las que siguen: Abraham circuncidó hasta 318 de los hombres de su casa. ¿Por qué 318? Observemos primero el 18, luego el 300. De las dos letras que representan el 18, 10 se representa mediante la I; 8, mediante la H. «Tenemos aquí –dice San Bernabé– la palabra de Jesús». En cuanto el 300, «La cruz se representa mediante la Tau, y la letra Tau representa este número». Desgraciadamente, sin embargo, la premisa de San Bernabé tenía una validez dudosa, como señaló el reverendo Mr. Maitland, en un panfleto en el que impugnaba las conclusiones del Tratado.

> Es muy sencillo –escribía–, cuando Abraham persiguió a Codorlaomor «armó a sus siervos, *nacidos en su propia casa*, trescientos dieciocho». Cuando, más de trece años después (de acuerdo con la cronología común, quince), circuncidó «a todos los varones de la casa, *nacidos en la casa* y *comprados con dinero* del extranjero», y en efecto ya eran varones en cuanto tuviesen ocho

> años, no se nos dice a qué cantidad llegaba el número. ¿Supondremos (por fidelidad a la interpretación) que la familia de Abraham había disminuido en este intervalo tanto que ahora todos los varones de la casa, hombres, esclavos y niños, igualaban única y exactamente el número de los guerreros de quince años antes?

La pregunta parece difícil de responder, pero Keble, en realidad, se había anticipado al debate en el pasaje siguiente, que al parecer había pasado inadvertido a Mr. Maitland.

> En cuanto a si los hechos fueron en realidad así o no (si lo fueron, seguro que lo fueron por una providencia especial), o sea, que si la casa de Abraham en el tiempo de la circuncisión tenía o no con exactitud igual número que antes; pues bien, a pesar de ello, la teoría de San Bernabé se mantiene. De la siguiente manera: la circuncisión tenía desde el principio una referencia a nuestro SALVADOR, al igual que respecto a otras cosas, de igual modo en ésta; es decir, que el número místico, que es la clave de Jesús crucificado, fue el número de las personas de la casa de Abraham que se circuncidaron por primera vez, y con cuya fuerza Abraham prevaleció contra los poderes del mundo. Así en San Clemente de Alejandría, citado por Fell.

Keble defiende sus puntos de vista a través de diez páginas de densa letra impresa, con referencias a Aristeas, San Agustín, San Jerónimo y el Dr. Whitby.

Escritos de esta clase no podían dejar de traer graves consecuencias. Los jóvenes piadosos de Oxford se sentían arrebatados por ellos, y comenzaban a congregarse bajo la bandera de Newman. El propio Newman se convirtió en jefe de partido; animaba, organizaba, persuadía. Su figura negra y larga, que se movía con delicadeza por las calles, se señalaba con admiración; sus sermones congregaban multitudes, sus palabras se repetían de boca en boca. «Credo in Newmannum» se convirtió en la frase del día. Se hacían chistes sobre la Iglesia de Inglaterra; y se resucitaron prácticas que habían estado olvidadas durante siglos. Los jóvenes ayunaban y hacían penitencia, recitaban las horas del Breviario Romano, y confesaban sus pecados al Dr. Pusey. El Movimiento no se había limitado a Oxford, se extendió en círculos cada vez más amplios por las parroquias de Inglaterra; la devoción dormida del país se desper-

tó repentinamente. La noción nueva y extraña de tomar el cristianismo de forma literal era deliciosa para las mentes inquietas; pero también era alarmante. ¡Querer decir en realidad lo que se decía cuando se repetía el Credo de Atanasio! ¡Qué maravilla! ¡Y qué vistas misteriosas y tentadoras se abrían ante su mirada! Pero, entonces, aquellas vistas, ¿adónde conducían? Supongamos –¡Ay, Dios mío!– ¡Supongamos que, después de todo, condujesen a...!

III

A su debido tiempo, los *Tratados* aparecieron en la remota parroquia de Sussex. Manning era unos años más joven que Newman, y en la universidad apenas se habían tratado; pero ahora, mediante amigos comunes, comenzó a cimentarse entre ellos una relación más íntima. Era razonable esperar que Newman estuviese ansioso por incluir entre sus seguidores al joven y prometedor párroco; y por parte de Newman había muchas razones que lo movían a prestar atención a las insinuaciones de Oxford.

Manning era un hombre de temperamento grave y enérgico, a quien era inevitable que lo atrajesen con fuerza los principios atrevidos y elevados del Movimiento. También había un elemento en su mente –aquel elemento que lo había aterrorizado en su infancia con visiones apocalípticas, y lo había animado a leer con fervor la Biblia después del desayuno– que ahora lo sedujo con las teorías del misticismo sacramental de Oxford. Además, el Movimiento tenía otro atractivo: otorgaba un mérito extraordinario y trascendente a la profesión a la que el propio Manning se había entregado. El clérigo no era como sus hermanos laicos, era una criatura aparte, elegida por voluntad divina y santificada por misterios divinos. Era un consuelo hallar que, cuando uno había supuesto que no era más que un clérigo, pudiera ser, después de todo, otra cosa, pudiera ser un sacerdote.

En consecuencia, Manning abandonó las convicciones evangélicas iniciales, comenzó una correspondencia muy viva con Newman, y muy pronto comenzó a trabajar para la nueva causa. Acumuló citas, y comenzó a traducir las obras de Optatus para el Dr. Pusey. También escribió un artículo sobre Justino, para el *British Critic*, la revista de Newman. Publicó un sermón sobre la fe, con notas y apéndices, que fue condenado por un obispo evangelista, y que atacó con saña nada menos que el célebre Mr. Bowdler. «El sermón –dijo Mr. Bowdler en un libro que dedicó a este tema– era bastante malo, pero el apéndice era abominable». Simultáneamente se afanaba por afirmar la independencia de la Iglesia de Inglaterra, se oponía a la educación secular, y sacaba a la luz panfletos en contra de la Comisión Eclesiástica, que se había nombrado por el Parlamento para

que informase sobre los bienes de la Iglesia. También lo hallamos en su *rôle* de director espiritual de almas. Las damas se reunían con él en la iglesia, tomando precauciones, y se confesaban. Acerca de un caso –el de una señora que se sentía arrastrada hacia Roma– consultó a Newman. Éste le aconsejó que profundizase en la doctrina de I Cor. 7:

> También creo que debe animarla a considerar la posibilidad de *ayudar* a la pobre Iglesia –por ella obtuvo el bautismo– quedándose en ella. ¿No se preocupa por las almas que la rodean, empapadas en el protestantismo y asfixiadas por él? ¿De qué forma las atendería mejor, complaciéndose en sus sentimientos de comunión con Roma, o negándose a sí misma, y quedándose para hacerles algún bien después de arrepentirse de sus pecados?

No se nos dice si estos razonamientos tuvieron éxito.

Durante varios años después de la muerte de su mujer, Manning se ocupó en estas actividades nuevas, mientras que su relación con Newman florecía en lo que parecía una amistad apasionada. «Y ahora *vive valeque*, mi querido Manning –hallamos a Newman escribiendo una carta fechada *"in festo S. Car., 1838"*–, como desea y reza, vuestro, afectuosamente, John Henry Newman». Pero con el curso del tiempo la situación se volvió más complicada. El tratadismo comenzó a suscitar hostilidades, no sólo entre los evangelistas, sino también entre los eclesiásticos moderados, quienes no podían dejar de advertir, en la intensificación del «catolicismo» del grupo de Oxford, los horribles avances de Roma. El influyente *Record* –un periódico evangelista– se ocupó del asunto, y halló que aquello olía a catolicismo romano por todas partes, de algunos clérigos decía que se habían «contaminado»; después de esto, las oportunidades de promoción de estos clérigos siempre parecieron pasar dejándolos a un lado. El hecho de que Manning pensase que sería más inteligente mantener en secreto sus prácticas confesionales era en sí mismo altamente significativo. Era necesario tener mucho cuidado, y Manning fue cuidadoso de verdad. El arcediano vecino, Mr. Hare, era un clérigo próximo al evangelismo. Manning hizo amistad con él, de forma tan apasionada, al parecer, como había hecho con Newman. Se escribían cartas, le pedía consejo sobre los libros que debía leer y discutían algunos aspectos de la teología. «En cuanto a Gál. 6,15, *no podemos discrepar*... con un hombre que lee y que razona yo no puedo mantener ninguna controversia; y usted hace ambas cosas». El arcediano Hare

estaba encantado, pero pronto le llegó un rumor que era, por decir lo menos malo, inquietante. Manning había estado quitando los bancos altos con respaldo de una iglesia de Brighton, y había colocado en su lugar bancos sin respaldo. Todo el mundo sabía lo que quería decir eso, todo el mundo sabía que un banco alto con respaldo era uno de los baluartes del protestantismo, y que un banco sin respaldo exhibía sobre sí la contaminación de Roma. Pero Manning se apresuró a explicarse.

> Mi querido amigo –escribió–, no he cambiado los bancos altos con respaldo por bancos sin respaldo, sino que he quitado los bancos con respaldo (igual número) de la nave central de la iglesia y los he dispuesto junto a las paredes de las naves laterales, de manera que la iglesia en conjunto tiene una disposición de bancos sin respaldo que ya existía (de forma irregular) con anterioridad... Hoy no me siento muy bien, se despide con respeto, siempre suyo, H.E.M.

El arcediano Hare se tranquilizó.

Y era importante que se tranquilizara, porque el arcediano de Chichester se hacía muy mayor, y la influencia de Hare sería extremadamente útil cuando hubiese una vacante. Y en efecto, así sucedió. Se nombró un nuevo obispo para la sede, el Dr. Shuttleworth, y el viejo arcediano aprovechó la oportunidad para retirarse. Manning se había significado de manera inequívoca como el sucesor, pero el nuevo obispo resultó ser evangelista, agresivamente evangelista; llegaba incluso a parodiar la moda tratadista de utilizar el santo del día para fechar las cartas. En la cabecera de las suyas escribía: «El Palacio, día de lavado». Y lo que era no menos grave, Mrs. Shuttleworth compartía sus opiniones, y ella ya había decidido que el joven párroco estaba «contaminado». Pero en el momento crítico, el arcediano Hare acudió en su ayuda, convenció al obispo de que Manning era seguro, y en consecuencia el acuerdo se llevó a cabo, a espaldas de Mrs. Shuttleworth. Ella se enfureció, pero fue demasiado tarde, Manning ya era arcediano. Cuando Manning llegó al palacio a presentar sus respetos, todo lo que pudo hacer la señora para manifestar su descontento fue colocar un ejemplar del libro de Mr. Bowdler en posición bien visible sobre la mesa de la sala de estar.

Entre las cartas de felicitación que recibió Manning, había una de Gladstone, con quien se había mantenido en términos de amistad íntima desde los tiempos de Oxford.

> Me alegro –escribía Gladstone–, por usted personalmente, pero más aún por amor a la propia Iglesia. Todos mis cuñados están aquí, y apenas están menos contentos que yo. Con gran alegría me dispongo a escribir su nuevo título, pero la ocasión en realidad reclama sentimientos más elevados, y tengo la seguridad de que es usted una de las personas a quien se le ha concedido en forma especial el estudio de la solución de aquel gran problema: cómo todas nuestras perplejidades de poca importancia nos abandonarán, se absorberán o se armonizarán mediante el poder del gran principio de la comunión con el cuerpo de Cristo.

Manning ya era arcediano, pero sus dificultades aún no habían terminado. Sus relaciones con los tratadistas comenzaban a trascender, y el periódico *Record* empezaba a abrigar sospechas. Si la opinión de Mrs. Shuttleworth sobre él fuese a generalizarse, en verdad sería grave. Nadie quería pasar toda la vida como un simple arcediano. Entonces, en ese mismo momento, ocurrió algo que hacía obligatorio dar un paso decisivo, en una dirección u otra. Se publicó el tratado nº 90.

Durante algún tiempo había sido evidente para cualquier observador imparcial que Newman se deslizaba cuesta abajo por un plano en cuyo fondo yacía una cosa y sólo una: la Iglesia Católica Romana. Lo sorprendente era el mucho tiempo que le había llevado llegar a ese destino inevitable. Pasaron años antes de que se diese cuenta de que su edificio grandioso de la Iglesia Universal se vendría abajo si una de las piedras angulares tenía que ser una intriga amorosa de Enrique VIII. Pero al final comenzó a ver a aquel monarca terrible mirándolo airado desde cualquier lugar al que dirigiese los ojos. Primero intentó exorcizar al fantasma con los períodos resonantes de los teólogos carolinos. Pero sólo consiguió que su arrogancia fuese más truculenta. Desesperado, se sumergió en el estudio de los Padres de la Iglesia, y buscó una salida a sus dificultades en el complicado laberinto de la historia eclesiástica. Después de pasarse meses estudiando la herejía monofisita, la alarmante conclusión comenzó a cobrar fuerza: quizá la Iglesia de Inglaterra era un cisma. Por fin leyó un artículo de un católico romano, sobre San Agustín y los donatistas, que parecía no dejar dudas sobre el asunto. San Agustín, en el siglo quinto, había indicado que los donatistas eran herejes porque el obispo de Roma lo había dicho. El razonamiento era aplastante, resonó en los oídos de Newman días y

noches; y aunque continuó retrasando la agonía durante seis años más, no fue capaz de hallar una respuesta adecuada. Todo lo que podía hacer era convencerse a sí mismo, y a quien quisiera escucharlo, de que profesar las órdenes anglicanas no era contradictorio con la creencia en el ciclo completo de la doctrina romana, tal y como ésta se estableció en el Concilio de Trento. De esta forma pensaba que evitaba al tiempo el pecado mortal de la herejía, y podía seguir siendo de forma consciente un clérigo de la Iglesia de Inglaterra; con esta intención compuso el tratado nº 90.

El tratado pretendía demostrar que no había nada en los Treinta y nueve Artículos incompatible con el credo de la Iglesia de Roma. Newman señalaba, por ejemplo, que se suponía en general que los Artículos condenaban la doctrina del purgatorio, pero no lo hacían, condenaban simplemente la *doctrina romanoide* del purgatorio; y *romanoide*, con toda claridad, no era idéntico a *romano*. De aquí se seguía que los creyentes en la doctrina romana del purgatorio podían suscribir los Artículos con plena conciencia. De manera análoga, los Artículos condenaban «los sacrificios de las *misas*», pero no condenaban «el sacrificio de la *misa*». Así, la misa podía celebrarse con pleno derecho en la Iglesia de Inglaterra. Newman se tomó la molestia de examinar con detalle los Artículos desde este punto de vista, y la conclusión a la que llegó, en cada caso, apoyaba su opinión de forma singular.

El tratado causó una sensación inmensa, parecía un golpe traidor y mortal dirigido contra el propio corazón de la Iglesia de Inglaterra. Es cierto que era mortal, pero no era tan traidor como parecía a simple vista. Los miembros de la Iglesia de Inglaterra habían imaginado en su inocencia, hasta ese momento, que era posible contener en un marco de palabras la esencia sutil de su complicado sistema doctrinal, que incluía los misterios de lo eterno y el infinito, por un lado, y las complicadas adaptaciones al gobierno temporal, por otro. No comprendían que las definiciones verbales, en tal caso, sólo ejecutaban sus funciones en tanto que no hubiese discusión acerca de los asuntos que intentaban definir, es decir, en tanto que no hubiese necesidad de ellas. Durante generaciones, éste había sido el caso de los Treinta y nueve Artículos. Su trayectoria era bastante clara, y nadie se había tomado la molestia de atender a su significado exacto. Pero en cuanto alguien decidía que era importante darles una interpretación nueva, ajena a la tradición, parecía que no eran sino un montón de ambigüedades que podría distorsionarse hasta decir casi lo que se le ocurriese a cualquiera.

Los clérigos ortodoxos se mostraron horrorizados y ultrajados cuando vieron que Newman, en el tratado nº 90, llevaba a cabo esta operación. Pero, después de todo, no hacía nada más que tomar a la Iglesia de Inglaterra por su palabra. A decir verdad, desde que Newman abrió el camino, la operación se ha convertido en algo tan común que, en nuestros días, ni el clérigo más ortodoxo pestañea ante ella.

En su momento, sin embargo, el trato que Newman dio a los Artículos parecía desplegar no sólo una archisutileza perversa de intelecto, sino, algo peor, un nada honrado temperamento intelectual. Fue entonces cuando se le atacó con aquellas acusaciones de insinceridad que alcanzaron su culminación, más de veinte años después, en la famosa controversia con Charles Kingsley, la que lo impulsó a escribir la *Apología*. La controversia no fue fructífera, sobre todo porque Kingsley estaba tan preparado para entender la naturaleza de la inteligencia de Newman como un suboficial de un regimiento de línea lo está para comprender a un brahmán de Benares. Kingsley era un protestante convencido, cuyo odio por el papado, en el fondo, era simplemente ético: un horror instintivo y sincero hacia las prácticas del clericalismo y hacia las costumbres de la superstición. Era muy natural que viese en aquellas distinciones innumerables y delicadas que Newman formulaba sin parar –en las cuales no solo no había pensado nunca, sino que ni siquiera podía comprenderlas– simplemente otra manifestación de la falsedad intrínseca de Roma. Pero, en realidad, nadie, en cierto sentido, era más sincero que Newman. La idea del engaño habría sido aborrecible para él, y, en verdad, era debido a su propio deseo de explicar exacta y completamente lo que tenía en su mente, con todos los refinamientos de los que era capaz su cerebro sutil, por lo que las personas como Kingsley se equivocaban al pensar que era un embustero. Desgraciadamente, sin embargo, las posibilidades de la verdad y de la falsedad dependen de otras cosas además de la sinceridad. Un hombre puede ser escrupulosa e impecablemente sincero, y, sin embargo, su respeto por la verdad, no puede negarse, puede ser insuficiente. Puede estar como el lunático, el amante y el poeta, «lleno de imaginación». Puede haber sido bendecido o maldito con uno de esos «cerebros en ebullición», con una de esas «fantasías de organización» que «aprehende más de lo que comprende la fría razón». Puede ser incapaz por naturaleza de examinar de forma minuciosa las pruebas, o, por inclinación, simplemente no sentirse dispuesto a ello.

Estuvimos allí –escribía Newman en una carta a un amigo, después de su conversión, en la que describía una visita a Nápoles, y las circunstancias milagrosas relacionadas con la licuefacción de la sangre de San Genaro–, pocos días antes de la festividad de San Genaro, y los jesuitas tenían interés en que nos quedásemos –poseen una confianza ilimitada en el milagro–, y tenían aún más interés porque muchos católicos tienen dudas, hasta que lo ven. Nuestro padre director de aquí nos dice que antes de ir a Nápoles él tampoco lo creía. Esto es, tienen ideas vagas acerca de medios naturales, exageraciones, etc., no, por supuesto, nada imputable a un fraude. Dicen que a menudo la consecuencia lógica son las conversiones que propicia. Se exhibe durante la octava, y el milagro continúa –no es una licuefacción simple, sino que a veces sube, a veces hierve, a veces se derrite–, nadie puede predecir lo que va a ocurrir. Dicen que es bastante emocionante, y la gente no puede reprimir los gritos al verlo. Entiendo que sir H. Davy asistía todos los días, y que fue la extrema variedad del fenómeno lo que lo convenció de que nada físico podría explicarlo. Sin embargo, nos queda ese hecho notable de que las licuefacciones de sangre son comunes en Nápoles. Y a menos que ser obstinado en la investigación sea una irreverencia hacia el gran autor de los milagros, la interrogante de si hay algo en el aire permanece. (Cuidado, yo no creo que lo haya –y hablando con humildad y sin haberlo visto, creo que es un milagro auténtico–, lo digo por discutir). *Vimos* la sangre de Santa Patricia, medio líquida, es decir, licuándose, el día de su festividad. La sangre de San Juan Bautista a veces se licúa el veintinueve de agosto; y así lo hizo cuando estuvimos en Nápoles, pero no tuvimos tiempo para ir a la iglesia. Vimos la sangre líquida de un padre de la Congregación del Oratorio, un buen hombre, pero no un santo, que murió hace dos siglos, creo; y vimos la sangre líquida de Da Ponte, aquel jesuita excepcional y virtuoso, quien, supongo, fue casi un santo. Aunque, si éste es el caso, estos ejemplos no dan la razón de la licuefacción en ciertos días. Pero el fenómeno más extraño es el de Ravello, un pueblo o villa por encima de Amalfi. Allí está la sangre de San Pantaleón. Está en medio del altar de piedra –no se puede tocar–, y el día de su festividad, en junio, se licúa. Y lo que es más, se excomulga a quienes introduzcan fragmentos de la cruz

> verdadera en la iglesia. ¿Por qué?, porque la sangre se licúa cada vez que eso sucede. Una persona que conozco, que ignoraba la prohibición, introdujo un fragmento, y el sacerdote que mostraba la sangre preguntó de repente «¿Quién tiene un fragmento de la cruz sagrada?» Te cuento lo que me contó un hombre religioso y serio. Es una coincidencia curiosa que al relatar esto a nuestro padre director de aquí dijo: «Ah, nosotros tenemos un poco de sangre de San Pantaleón en la Chiesa Nuova, y siempre está líquida».

Después de abandonar Nápoles, Newman visitó Loreto, e inspeccionó la casa de la Sagrada Familia, que, como saben los creyentes, se transportó allí en tres saltos desde Palestina.

> Fui a Loreto –escribía– con una fe simple, creyendo en lo que creí aún más cuando lo vi. Ahora no lo dudo. Si se me pregunta que por qué lo creo, es porque *todo el mundo* lo cree en Roma; cautelosos como son y escépticos acerca de otros asuntos. *No tengo ninguna dificultad previa en este asunto.* Quien hizo flotar el Arca sobre las olas del ancho mar, y quien encerró en ella a todos los seres vivos, quien ha escondido el Paraíso Terrenal, quien dijo que la fe movería montañas, quien durante cuarenta años alimentó a millares en el desierto estéril, quien se llevó a Elías, y lo mantiene oculto hasta el fin de los tiempos, también podría hacer este milagro.

Aquí, haya lo que haya, no hay indicios de un deseo de engañar. De hecho, ¿podría revelarse con una transparencia más absoluta el estado de una mente?

Cuando Newman era niño hizo una vehemente declaración: «quise poder creer que *Las mil y una noches* eran verdad». Cuando se convirtió en hombre, su deseo pareció haberse cumplido.

El tratado nº 90 se condenó de forma oficial por las autoridades de Oxford, y en la batalla que siguió, los grupos contendientes cerraron filas; de ahora en adelante, cualquier compromiso entre amigos y enemigos del Movimiento fue imposible. El arcediano Manning ocupaba una posición demasiado notoria como para poder permanecer en silencio, se vio obligado a pronunciarse, y no lo dudó. En unas instrucciones de la archidiócesis, divulgadas a los pocos meses de su nombramiento, repudió con firmeza a los tratadistas. Pero se consideró que la condena no era suficiente y hubo de repetirla un año más tarde con énfasis aún

mayor. Sin embargo, ni así cesaron los horrendos rumores. El *Record* comenzó a investigar estos asuntos, y su celo pronto se vio recompensado con un descubrimiento alarmante: se había administrado el sacramento en la catedral de Chichester un día de semana, y el «arcediano Manning, uno de los más eminentes y decididos tratadistas, había desempeñado un papel relevante en la ocasión». Estaba claro que la única forma de callar las murmuraciones malévolas sería alguna clase de manifestación pública de cuya importancia nadie pudiera dudar. El sermón anual que se predicaba el día de Guy Fawkes ante la Universidad de Oxford parecía brindar la clase de oportunidad que Manning necesitaba. La aprovechó. Forzó su propio nombramiento, y desde el púlpito de Santa María lanzó una virulenta arenga protestante. Esta vez, a decir verdad, no podía haber dudas sobre el asunto, Manning había gritado «¡No al papismo!» en la mismísima ciudadela del Movimiento, y todos, incluido Newman, se dieron cuenta de que al fin se había separado de sus viejos amigos. Todos, es decir, excepto el propio arcediano. Un día después del sermón, Manning se fue paseando hasta el pueblo vecino de Littlemore –donde Newman vivía ahora retirado con unos pocos discípulos escogidos–, esperando poder dar una explicación satisfactoria de lo que había hecho. Pero se quedó decepcionado, porque tras un intervalo embarazoso, apareció uno de los discípulos en la puerta y le informó de que Mr. Newman no estaba en casa.

Con el retiro en Littlemore, Newman entró en el período final de su carrera anglicana. Incluso él no podía dejar de darse cuenta de que el final era sólo cuestión de tiempo. Su progreso se vio acelerado de una forma agitada por la actividad indiscreta de uno de sus prosélitos: W.G. Ward, un joven que combinaba una aptitud extraordinaria para el razonamiento *a priori* con una devoción apasionada por la *Opéra bouffe.* De hecho era difícil decidir si la naturaleza interior de Ward se expresaba con mayor sinceridad cuando disparaba alguna serie de paradojas escolásticas sobre la eucaristía, o cuando entonaba las arias de *Fígaro*, y se sumergía en los trinos hilarantes del *Largo al Factotum.* Incluso el Dr. Pusey estaba desconcertado, a pesar de que era el director espiritual de Ward. Una vez, el joven penitente se acercó a visitarlo, y le confesó que comenzaba a afectar a su salud una promesa que había hecho de abstenerse de música durante la cuaresma. ¿No podría el Dr. Pusey hallar la forma de liberarlo de la promesa? El doctor decidió que un poco de música sacra no le haría ningún mal. Ward se mostró agradecido, y aquella noche se organizó una fiesta en las habitaciones de un

amigo. El concierto comenzó con las armonías solemnes de Handel, a las que siguieron las melodías sagradas del *O Salutaris* de Cherubini. Después vino la pompa y la elevación de «*Possenti Numi*» de la *Flauta Mágica.* Pero, ¡cuidado!, hay mucho peligro en Mozart. Se volvió la página, y apareció el dueto delicioso entre Papageno y Papagena. La carne y la sangre no pudieron resistir aquello, se sucedieron las canciones, la música devino más rápida y más ligera, hasta que al fin Ward no pudo resistir la alegría embriagadora del *Largo al Factotum.* Cuando hubo terminado, un golpeteo, débil pero persistente, se hizo oír a través de la pared, justo entonces los compañeros recordaron que las habitaciones de la puerta de al lado eran las del Dr. Pusey.

El *entrain* que arrebataba a Ward cuando se sentaba al piano, lo poseía cuando quiera que se embarcaba en una discusión religiosa. «Lo único que aborrecía por completo –decía uno de sus amigos– era quedarse a medias». Una vez sentadas las premisas, seguía las implicaciones con el celo implacable de un monje medieval, y cuando alcanzaba los últimos límites de la discusión estaba dispuesto a mantener cualesquier proposiciones que allí se hallasen hasta el último aliento. Tenía la inocencia extrema de un niño y de un matemático. Cautivado por la brillante retórica de Newman, se había tragado la concepción sobrenatural del universo que Newman había desarrollado, y la había aceptado como premisa fundamental, y, acto seguido, comenzó a deducir de ella cualquier cosa que pudiera deducirse. Sus primeras conclusiones comprendían pruebas irrefutables de (1) la providencia particular de Dios por el individuo, (2) la eficacia real de la oración intercesora, (3) la realidad de nuestra comunión con los santos fallecidos, y (4) la presencia constante y la ayuda de los ángeles de Dios. Más tarde explicó matemáticamente la importancia de las témporas. «¿Quién podrá medir –añadió– el grado de bendición que perdemos en estas tierras por menospreciar, como sólo nosotros entre todas las Iglesias cristianas lo hacemos, estos días sagrados?» A continuación procedió a acusar a los reformistas no sólo de rebelión, sino «–por mi parte no veo cómo podemos evitar llamarlo así– de perjurio». De día en día sus razonamientos eran más extremados, más exactos en su rigor, y más desoladores para su maestro. Newman se hallaba en la posición de un cauto comandante jefe a quien un impetuoso oficial de caballería exhorta a trabar combate en contra de su voluntad. Ward lo forzaba paso a paso hacia... ¡No!, no podía soportarlo, retrocedía con un escalofrío. Pero era inútil. En vano Keble y Pusey se

retorcían las manos de angustia, y extendían los brazos suplicantes hacia el hermano que ya desaparecía. El momento fatal se aproximaba con rapidez. Al fin Ward publicó un libro devastador en el que probaba de manera concluyente, mediante una serie de silogismos, que la única conducta adecuada para la Iglesia de Inglaterra era la de arrepentirse en público de su separación de la comunión con Roma. Una Universidad ultrajada despojó de su título al temerario autor, y unas pocas semanas después se le aceptaba en la Iglesia Católica.

Newman, en una suerte de desesperación, se había aplicado a tareas de compilación histórica. Sus opiniones sobre la historia habían cambiado desde los días de estudiante, cuando se deleitaba con las páginas mundanas de Gibbon.

> La religión revelada –pensaba ahora– provee hechos para otras ciencias, a los que éstas, por sí solas, nunca llegarían. Así le sucede a la ciencia de la historia; la salvación de nuestra especie en el Arca de Noé es un hecho histórico, al que la historia no llegaría nunca sin la revelación.

Con estos principios como guía, se sumergió junto con sus discípulos en un estudio extenso sobre los santos ingleses. Pronto aparecieron biografías de Santa Bega, San Adamnan, San Gundleus, San Guthlake, el hermano Drithlem, San Amphibalus, San Wulstan, Santa Ebba, San Neot, San Ninian, y Cunibert el ermitaño. Se describían con detalle sus austeridades, su virginidad y sus milagrosos poderes. El público se enteró con asombro de que San Ninian había convertido un palo en un árbol, de que San Germán había detenido el cacareo de un gallo, y de que un niño había resucitado de entre los muertos para convertir a San Helier. Esta serie se ha continuado con posterioridad por un escritor más moderno, cuya relación de la historia de San Maël quizá contiene incluso más materia de edificación que las biografías de Newman. En su momento, a decir verdad, aquellos trabajos produjeron un escándalo considerable. Los clérigos los denunciaron en panfletos. De San Cuthbert decía su biógrafo que «mantenía una prudencia ante las mujeres, característica de todos los santos, de todo punto extraordinaria». Se daba un ejemplo: cuando quiera que mantenía una conversación espiritual con Santa Ebba, «tenía el cuidado de pasarse las horas de oscuridad siguientes en oración, metido en agua hasta el cuello».

> Quienes inventan cuentos semejantes –escribía un indignado comentarista– arrojan sospechas muy graves y justas sobre la pureza de sus propias mentes. Y los jóvenes que hablan y piensan de esta forma corren el grave peligro de adquirir hábitos pecaminosos. En cuanto al volumen que tenemos ante nosotros, los autores, con sus fanáticos panegíricos sobre la virginidad, han hecho uso de un lenguaje francamente blasfemo.

Uno de los discípulos que residía en Littlemore era James Anthony Froude, el hermano menor de Hurrell, a quien correspondió la responsabilidad de la biografía de San Neot. Mientras la componía, comenzó a sentir algunos escrúpulos. Los santos que encendían fuegos con carámbanos de hielo, convertían a los bandidos en lobos, y flotaban por el Canal de Irlanda sobre altares de piedra, produjeron un efecto perturbador sobre su conciencia histórica. Pero había prometido ayudar a Newman, y decidió concluir el trabajo con igual espíritu al que tenía cuando lo comenzó. Así lo hizo, pero pensó que sería adecuado añadir la frase siguiente a manera de conclusión: «Esto es todo –en realidad es bastante más que todo– lo que los hombres saben sobre San Neot, pero no es más de lo que saben los ángeles del cielo».

Mientras tanto los ingleses católicos romanos comenzaban a impacientarse. ¿Es que no iba a llegar nunca la gran conversión por la que habían rezado con tanto fervor y durante tanto tiempo? El Dr. Wiseman, a la cabeza de los católicos, vigilaba y esperaba con ansiedad particular. Su mano estaba extendida bajo la fruta madura. El bocado delicioso parecía temblar en el tallo, sin embargo, no caía. Por fin, incapaz de soportar la curiosidad por más tiempo, envió a Littlemore al padre Smith –un antiguo discípulo de Newman que se había unido en los últimos tiempos a la comunión romana–, con instrucciones de que hiciese lo que pudiese, bajo el pretexto de una simple visita amistosa, para descubrir el estado del terreno. Se recibió al padre Smith con cierta frialdad, y la conversación discurrió por temas que no tenían ninguna relación con la religión. Cuando se separaron antes de cenar, el padre Smith ya había comenzado a pensar que su misión era un fracaso, pero al reunirse de nuevo se dio cuenta repentinamemte de que Newman se había cambiado de pantalones, y de que el color de los que llevaba ahora era gris. Tan pronto como pudo, el emisario regresó con gran velocidad a donde estaba el Dr. Wiseman. «Todo va bien –exclamó–, Newman ya

no se considera bajo la obediencia anglicana». «¡Alabado sea Dios! –respondió el Dr. Wiseman–, pero, ¿cómo lo sabe?» El padre Smith describió lo que había visto. «¡Ah!, ¿eso es todo?, querido padre, ¿cómo puede ser tan tonto?» Pero el padre Smith no se inmutó. «Lo conozco –dijo–, y sé lo que eso significa. Newman vendrá, y pronto».

El padre Smith tenía razón. Unas semanas más tarde, de repente, sin que nadie se enterara, Newman se convirtió en sacerdote, y todo terminó. Quizá habría seguido dudando más tiempo, si hubiera podido prever cómo iba a pasar los treinta años siguientes de su desdichada vida; pero el futuro estaba oculto, lo único cierto es que el pasado se había ido para siempre, y que sus ojos nunca hallarían descanso de nuevo entre las bocas de dragón del Trinity. Había terminado el Movimiento de Oxford. La Universidad emitió un ronco ruido de satisfacción, como el que sigue de costumbre a la digestión difícil de una pieza de materia dura en un organismo vivo. Y de nuevo se dedicó a la educación. En cuanto a la Iglesia de Inglaterra, había probado la sangre, y estaba claro que ya nunca volvería a mostrarse satisfecha con una dieta vegetal. Sus clérigos, sin embargo, mantuvieron la reputación de contemporizadores juiciosos, porque siguieron a Newman hasta más allá del punto en el que sus conclusiones eran lógicas, y, mientras cantaban, confesaban, esparcían incienso y prendían velas con el arrobo de los conversos, sin embargo, lograron hacerlo con ese matiz sutil que mostraba que ellos no tenían nada que ver con Roma. Algunos individuos padecieron cambios profundos. Varios habían precedido a Newman en su marcha a Roma; entre otros, un tal Mr. Sibthorpe, un infeliz, que acto seguido se arrepintió, y regresó a la Iglesia de sus mayores, y después –quizá era lo más natural– volvió a cambiar de idea. Muchos más siguieron a Newman. El Dr. Wiseman se vio complacido de forma particular con la conversión de un tal Mr. Morris, quien, como él dijo, «era el autor de un ensayo que había ganado el premio convocado para quien ofreciese el mejor método para llevar el cristianismo a los hindúes». Hurrell Froude había muerto antes de que Newman hubiese leído el artículo fatal sobre San Agustín, pero su hermano, James Anthony, junto con Arthur Clough, el poeta, sufrieron una experiencia que era mucho más desoladora en aquellos días que en los nuestros: perdieron la fe. Con una diferencia, sin embargo, porque mientras en el caso de Froude la pérdida de la fe resultó ser como si hubiese perdido un baúl muy pesado, de los que posteriormente suele descubrirse que estaban llenos de harapos y piedras; Clough, a su vez, tanto se inquietó por la pérdida de la suya que conti-

nuó buscándola durante el resto de su vida, sin que al parecer la hallase nunca. Por otra parte, Keble y Pusey siguieron durante el resto de su vida bailando de manera ejemplar sobre la cuerda floja del anglicanismo radical, de forma tan ejemplar, en verdad, que todavía hoy tiene la cuerda floja sus funambulistas.

IV

Manning tenía ya treinta y ocho años, y estaba claro que era la esperanza de la Iglesia de Inglaterra. Tenía muchas relaciones poderosas: era cuñado de Samuel Wilberforce, que había accedido al obispado en los últimos tiempos; era amigo íntimo de Mr. Gladstone, ministro del Gobierno, y era cada vez más conocido en los círculos influyentes de la sociedad de Londres. Su talento para los asuntos públicos se reconocía no sólo en la Iglesia, sino en el mundo en general; y se ocupaba de asuntos tan variados como la educación nacional, la administración de la ley sobre la indigencia, y el empleo de las mujeres. Mr. Gladstone mantenía una correspondencia íntima con él sobre éstos y otros temas, en la que mezclaba las anécdotas de la práctica del estadista con las observaciones del pensador religioso.

> Sir James Graham –escribía, en unos comentarios sobre algunas cláusulas acerca de los hijos naturales, en la ley sobre la indigencia– está muy complacido con el tono de sus dos propuestas. Está dispuesto, sin excluir el poner una prueba de trabajo no remunerado a la madre[12], a dirigir contra el padre putativo, de forma «real y efectiva», los gastos generados por el trabajo no remunerado. No estoy tan familiarizado con este asunto como para saber si sería aconsejable ir más allá. Usted no lo ha propuesto, y me siento inclinado a creer que sólo con una disciplina revitalizada y mejorada dentro de la Iglesia podemos tener esperanza de controlar de forma efectiva y generalizada la lujuria sin freno.

Estoy *completamente* de acuerdo con usted –escribe en una carta posterior– en lo que se refiere a la doctrina de la *purificación*. Pero a veces, aunque pueda parecer extraño, pienso, ¿en qué medida la Reforma (y, en especial, la Reforma en el Continente) la ideó Dios, en la región de las causas finales, para esa purificación de la Iglesia de Roma que en realidad se ha llevado a cabo?

---

(12) El trabajo no remunerado lo llevaban a cabo los indigentes a cambio de comida y alojamiento, la financiación de la institución benéfica era estatal.

En la archidiócesis, Manning vivía de forma plena la vida activa de un clérigo rural. La figura delgada y atlética se veía por todas partes, por las calles de Chichester, sobre el césped de las parroquias vecinas, galopando por los campos con pantalones de montar y polainas, o ejecutando brillantes figuras sobre el hielo. Era un juez excelente de la carne de caballo, y la pareja de corceles grises, que, por aquellos caminos, con tal facilidad tiraba de su faetón cubierto, era la admiración del condado. Sus rasgos comenzaban ya a adquirir un molde ascético, pero el espíritu de la juventud no los había abandonado, de manera que parecía combinar el atractivo de la dignidad con el de la gracia. Era buen conversador, oyente atento, un hombre que conocía el difícil arte de conservar todo el vigor del carácter viril, y, al mismo tiempo, sabía no ser ofensivo nunca. No es sorprendente que sus sermones arrastrasen a las multitudes, tampoco lo es que su consejo espiritual se buscase ansiosamente por un grupo siempre en aumento de penitentes, y, en fin, tampoco es sorprendente que se dijese, cuando se mencionaba su nombre, «¡Oh, Manning! ¡No habrá quien pueda impedir que sea obispo!»

Tal era la lozana apariencia exterior de la vida del arcediano, pero la realidad interior era diferente. Cuanto más activo, más afortunado, más llena de promesas de felicidad se volvía su existencia, con mayor insistencia se veía atormentada su imaginación por una visión horrible: el lago que arde eternamente con fuego y azufre. Las tentaciones del Maligno son muchas, Manning lo sabía; y también sabía que, para él, al menos, la tentación más sutil y terrible de todas era la tentación del éxito mundano. Había intentado calmarse, pero fue en vano. Confiaba sus pensamientos a un diario, sopesando de manera escrupulosa cada una de sus intenciones, examinando con búsquedas implacables las profundidades del corazón. Quizá, después de todo, sus deseos de protagonismo eran simplemente esperanzas legítimas de una «elevación a una esfera de utilidad superior». Pero, no, había algo más. «Me complacen –anotó– los honores, las distinciones, la elevación, la sociedad de los grandes; y todo esto es una vergüenza y es mezquino». Después de la conversión de Newman, casi se había convencido él mismo de que sus «visiones de un futuro eclesiástico», estaban justificadas por el *rôle* que desempeñaría como «restaurador de la armonía en la Iglesia de Inglaterra». Mr. Gladstone estaba de acuerdo con él, pero había Uno que era más importante que Mr. Gladstone y, ¿estaba de acuerdo?

> Me siento taladrado por pensamientos de ansiedad. Dios sabe cuáles han sido y son mis deseos y por qué se han frustrado... Me adulo con una fantasía acerca de la integridad y de la realidad. ... La gran pregunta es: ¿Dios es bastante para ti *ahora*? Y si continúas como eres ahora, hasta el fin de tu vida, ¿será suficiente para ti?... Cierto es que yo elegiría quedarme junto a Dios a sentarme en los tronos del mundo o de la Iglesia. Ninguna otra cosa alcanzará la eternidad.

En un momento de ambición, había solicitado la cátedra de Lincoln's Inn, pero, sin duda a causa de la influencia hostil del *Record*, el nombramiento había recaído en otra persona. Poco más tarde se le ofreció un puesto más importante: el de sublimosnero de la Reina, que el arzobispo de York acababa de dejar vacante, y que casi con toda certeza terminaría por convertirse en una mitra. La oferta arrojó a Manning a un doloroso examen de conciencia. Diseñó complejos gráficos, como Robinson Crusoe, consignando las razones a favor y en contra de la aceptación del puesto:

A favor	*En contra*
1. Que aparece sin solicitarlo.	1. No puede aceptarse. Semejantes puestos son tanto pruebas como avisos.
2. Que es un honor.	2. Siendo lo que soy, ¿no debería declinar la oferta: 1) como humillación, 2) como venganza sobre mí mismo por lo de Lincoln's Inn, 3) como testimonio?

Etcétera. Finalmente halló diez «razones en contra», y ninguna a favor para contrarrestarlas; después de una semana de deliberaciones, rechazó la oferta.

Pero la paz espiritual se hallaba tan lejos de él como de costumbre.

En primer lugar, le vino el pensamiento amargo de que «todo esto, Satanás me dice que estoy haciéndolo para que se piense de mí que soy un santo y me mortifico». A continuación se obsesionó con pensamientos aún más amargos de decepción incurable y arrepentimiento. Había perdido una oportunidad única, y poco consuelo le procuraba el considerar que «en la esfera de la conducta, de la mortificación, de la humillación, de la disciplina personal, de la penitencia y en la de la cruz», quizá había obrado correctamente.

La crisis pasó, pero la siguió una aún más turbulenta. Manning padeció una grave enfermedad, y llegó a estar convencido de que se moriría en cualquier momento. Las entradas de su diario se volvieron más complicadas que de costumbre: los remordimientos por el pasado, los compromisos futuros, y las afirmaciones de su sumisión a la voluntad de Dios llenaban página tras página, en columnas paralelas, epígrafes y subepígrafes, cláusulas numeradas y cuadros analíticos. «¿Qué provoca en mí la muerte?», escribía:

> Ciertamente, un miedo enorme,
>
> 1. A causa de la incertidumbre de nuestro estado ante Dios.
> 2. A causa de la conciencia de:
>   1) grandes pecados en el pasado,
>   2) impiedad enorme,
>   3) arrepentimiento muy superficial.
>
> ¿Qué haré?

Decidió mortificarse, leer a Santo Tomás de Aquino, y prolongar «las oraciones de la noche hasta cuarenta minutos, en lugar de treinta». Decidió que durante la cuaresma «no tomaré dulces (excepto los domingos y las fiestas), tales como pasteles y confitura», pero añadió una cláusula: «No incluyo las pastas normales». En frente de esta entrada, aparece la palabra «cumplido». No obstante, los incumplimientos fueron constantes. Una mirada retrospectiva le obligaba a consignar: «mal humor, dos veces», y también «visiones de autocomplacencia». Oyó que a su coadjutor se le felicitaba por llevar tantas almas a Dios durante la cuaresma y «no pude soportarlo». Pero el remordimiento fue terrible: «me aborrecí al momento, y me dirigí hacia lo alto para pedir ayuda». Hizo lista tras lista con las mercedes especiales que el Todopoderoso había tenido hacia él, en ellas incluía el nacimiento, la regeneración y nº 5):

La conservación de la vida seis veces que yo sepa:

1) Una enfermedad a los nueve años.
2) En el agua.
3) Un caballo desbocado en Oxford.
4) Otro caballo desbocado.
5) Casi caerme del techo de una iglesia.
6) De nuevo, caerme del caballo. Y no sé cuántas veces de caza, cabalgando, etc.

Por fin comenzó a convalecer, pero las experiencias espirituales de aquellas agitadas semanas dejaron una huella indeleble en su mente, y la prepararon para el gran cambio que se avecinaba.

El caso es que tenía otras dudas, además de las que lo atormentaban con respecto a la salvación propia, tenía dudas acerca de todo el edificio de la fe. Hallaba que la conversión de Newman había significado para él algo más de lo que había creído en un primer momento. Parecía haberse producido como una señal para redoblar sus actividades anglicanas, pero suponiendo que, en realidad, fuese un aviso para algo muy distinto: ¿para abandonar todas sus actividades? Podría ser una «prueba» o de nuevo podría tratarse de un «aviso», ¿cómo iba a saberlo? Incluso antes de la enfermedad estas dudas habían comenzado a apoderarse de su mente.

> Soy perfectamente consciente –escribía en el diario– de un sentimiento muy modificado hacia la Iglesia de Roma. ... La Iglesia de Inglaterra me parece enferma: 1. *Orgánicamente* (seis subepígrafes). 2. *Funcionalmente* (siete subepígrafes). ... Donde quiera que parece más saludable es porque se aproxima al sistema de Roma.

Entonces comenzaron a importunarlo unos pensamientos sobre la Virgen María:

1) Si Juan el Bautista fue santificado en el vientre materno, ¡cuánto más la Virgen Bendita!
2) Si a Enoch y a Elías se les redimió de la muerte, ¿por qué no a la Virgen Bendita del pecado?
3) ¡Extraña forma de amar al Hijo, hacer de menos a la madre!

Las razones parecían incontestables; y unas pocas semanas después, aparece la siguiente entrada:

Me han visitado pensamientos extraños:

1) He sentido que el episcopado de la Iglesia de Inglaterra está secularizado y encadenado sin esperanza...
6) Siento como si una luz hubiese descendido sobre mí. Mi sentimiento hacia la Iglesia de Roma no es intelectual. Tengo dificultades intelectuales, pero las dificultades morales mayores parecen desvanecerse.
7) Algo me vuelve de forma constante y me dice: «Terminarás en la Iglesia de Roma».

Anotó en total veinticinco de estos «pensamientos extraños». Su mente se ocupaba con ansiedad en:

1) La encarnación,
2) La presencia real,
   I. La regeneración,
   II. La eucaristía,
y 3) La exaltación de S.M. y los santos.

El pensamiento extraño vigésimo segundo era el siguiente: «¿Cómo sé dónde estaré dentro de dos años? ¿Dónde estaba Newman hace cinco?»

Fue significativo, pero apenas sorprendente, que, después de la enfermedad, Manning escogiese Roma para recuperarse. Pasó varios meses allí, y su diario se dedica por completo durante todo ese período a descripciones detalladas de las iglesias, ceremonias y reliquias, y a las informaciones minuciosas de conversaciones con sacerdotes y monjas. No hay ni una sola referencia a objetos de arte o a las antigüedades del lugar; pero hay otra omisión que es todavía más notable: Manning mantuvo una prolongada entrevista con Pío IX, y el único recuerdo de ella se contiene en una frase lacónica: «Hoy, audiencia en el Vaticano». Lo que sucedió con exactitud en esta entrevista nunca trascendió. Todo lo que se sabe es que su santidad manifestó una sorpresa considerable cuando se enteró por el arcediano de que en la Iglesia Anglicana se utilizaba el cáliz para administrar la comunión. «¡Cómo! –exclamó–, ¿idén-

tico cáliz al que utilizamos aquí?» «Recuerdo el dolor que sentí –dijo Manning mucho tiempo después– al ver cuán desconocidos éramos para el Vicario de Jesucristo. Me hizo sentir nuestra soledad».

A su regreso a Inglaterra, reanudó el trabajo en la archidiócesis con todo el entusiasmo del que fue capaz. Destrozado por las dudas, y absorto en sus pensamientos, sin embargo, se las arregló para mantener una apariencia exterior de calma imperturbable. Su único confidente era Robert Wilberforce, a quien, durante los dos años siguientes, contó toda la historia de sus tribulaciones espirituales en una serie torrencial de cartas, encabezadas por la rúbrica de «confidencialidad», para indicar que contenían secretos de confesión. La ironía de su posición era singular, porque durante todo este tiempo Manning cerraba el paso hacia la Iglesia de Roma a toda una hueste de penitentes atribulados, utilizando unas razones que, al mismo tiempo, él denunciaba como falaces a su propio confesor. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Cuando recibía, por ejemplo, una carta como la siguiente, procedente de una dama desasosegada, ¿qué podía decir?

> MI QUERIDO PADRE EN CRISTO:
>
> ... Estoy segura de que se apiadará, y de que le gustaría ayudarme si supiese en qué estado de desconsuelo y transtorno está mi mente; y la desgracia de estar *siempre y en todo lugar* entre quienes contemplan la unión con Roma como la «caída» más horrible que alguien pudiera concebir, y carecen de la más mínima *comprensión* sobre cómo una persona que tiene una educación religiosa puede hacer eso... Mis viejos amigos evangelistas, con todo mi amor sincero hacia ellos, no consiguen conmoverme lo más mínimo...
>
> Mi hermano acaba de publicar un libro titulado *Regeneración*, que todos mis amigos están leyendo y alabando mucho. Produce un efecto sobre *mi mente* muy contrario al que él desearía. Lo leo y entiendo en un sentido completamente diferente; y los hechos que cita acerca de los Artículos, tal y como se redactaron en 1536, y de nuevo en 1552, y de los Artículos irlandeses, me *sobresaltan* y me preocupan por la Iglesia Reformada de Inglaterra más que cualquier otra cosa, y esto me sucede desde que los leí por primera vez en el panfleto de Mr. Mackell (citado por Mr. Dodsworth).
>
> Espero que todavía alguna vez tenga el tiempo y el estado de ánimo necesarios para rezar por mí. Las cartas de Mr. Galton se convirtieron hace tiempo en notas formales y escuetas, que me

dañan y me enojan particularmente; y no respondí a la última, así que, en un sentido literal, no tengo a nadie a quien contar mis cosas, y de quien recibir ayuda, lo cual en cierta forma es un consuelo, cuando mis convicciones parecen conducirme *más y más* hacia adelante, y robustecerse a pesar de toda la mezquindad que me rodea.

Sabrá que no puedo dejar de sentirme intranquila y preocupada por la pobre hermana Harriet. Me temo que vaya a *volverse loca.* Se consuela de vez en cuando contándome todo; he recibido una carta esta mañana... Dice que la hermana May ha prometido al párroco que nunca hablará con ella ni le permitirá que le hable de ese tema; dudo si eso será bueno para ella, porque, aunque ha perdido la fe en la Iglesia de Inglaterra, ya no piensa en qué podría tener fe, y de forma resuelta, sin mayores averiguaciones, se ha determinado a no ser católica romana, así que ya puede comprender de qué forma permite a su mente dejarse ir y, lo que es peor, se deja ir sin ninguna clase de dirección.

Perdóneme por molestarlo con esta carta y créame ser siempre su hija afectuosa, agradecida y fiel,

EMMA RYLE

P.S. Desearía tanto verlo de nuevo.

¿Cómo iba Manning, director de almas y clérigo de la Iglesia de Inglaterra, a contestar que, sin incurrir en exageración, había muy poca diferencia entre el estado mental de la hermana Emma o incluso el de la hermana Harriet y el suyo propio? El dilema era doloroso: cuando un soldado lucha por una causa en la que ha perdido la fe, dejar de luchar es una traición; continuar, también.

Al fin, en la reclusión de la biblioteca, el afligido Manning dirigió la atención hacia aquellos viejos escritos que habían proporcionado a Newman tantos conocimientos y ayuda: tal vez los Padres podrían hacer también algo por él. Examinó con cuidado las páginas de San Cipriano y de San Cirilo; recorrió las obras completas de San Optatus y San León; exploró los vastos tratados de Tertuliano y de Justino Mártir. Se hizo colocar una lámpara en el faetón, de manera que no perdiese tiempo durante los largos viajes de invierno. Allí permanecía sentado, buscando en San Crisóstomo algún consuelo para la angustia, mientras pasaba veloz entre los setos, dirigiéndose hacia los lejanos feligreses a quienes

administraba en forma debida los sacramentos de acuerdo con los ritos de la Iglesia de Inglaterra. Regresaba con prisa para confiar al diario el análisis de las reflexiones, y para describir, bajo la fórmula mística del secreto, los intrincados trabajos de su conciencia a Robert Wilberforce. Pero, ¡ay!, él no era Newman, e incluso los catorce infolios del mismo San Agustín, por extraño que parezca, le proporcionaron poca ayuda.

El impulso final iba a venir de un lugar enteramente distinto. En noviembre de 1847, el Lord Chancellor nombró al reverendo Mr. Gorham beneficiado de Bramford Speke, en la diócesis de Exeter. El obispo, el Dr. Phillpotts, era de la Iglesia Anglicana ortodoxa, y tenía razones para creer que Mr. Gorham mantenía opiniones evangelistas; por lo tanto, lo sometió a un examen de doctrina que, en parte, tomó la forma de un interrogatorio verbal –que duró treinta y ocho horas–, y, en parte, la de una serie de ciento cuarenta y nueve preguntas escritas. Al finalizar el examen, el obispo llegó a la conclusión de que Mr. Gorham mantenía opiniones heréticas acerca del tema de la regeneración bautismal, y por lo tanto se negó a investirlo. Mr. Gorham, acto seguido, inició un proceso contra el obispo ante el Tribunal de los Arzobispos. Perdió el pleito y entonces apeló al Comité Judicial del Consejo Privado[13].

Los temas que se debatían se tomaron muy en serio por un gran número de personas. En primer lugar, estaba el propio asunto de la regeneración bautismal. Y no era, en absoluto, nada fácil desenredarlo; pero quizá esté claro que la doctrina del bautismo incluye: 1) la intención de Dios, es decir, Su intención al elegir a ciertas personas para la vida eterna: un tema muy controvertido y abstruso, sobre el cual la Iglesia de Inglaterra se abstiene de dar una definición estricta; 2) la acción de Dios, presente por medio de los sacramentos, o bien por otro medio; acerca de la cual la Iglesia de Inglaterra mantiene la eficacia de los sacramentos, pero no niega de manera formal que la gracia pueda otorgarse por otros medios, cuando concurren el arrepentimiento y la fe; y 3) el asunto de si la gracia sacramental se da instrumentalmente, por y en el momento del bautismo, o como consecuencia de un acto de gracia previo que volvía al receptor digno de aquella; es decir, si la gracia sacramental en el bautismo se da de forma absoluta o condicionada. Sobre este último aspecto era sobre el que la discusión estaba al rojo vivo en el caso de Gorham. Los partidarios de la Iglesia Elevada, representada por el Dr. Phillpotts, afirmaban que el simple acto del bautismo confería la

(13) El Tribunal Supremo para las apelaciones en Gran Bretaña.

regeneración al receptor, y lo lavaba del pecado original. A esto los evangelistas, con Mr. Gorham a la cabeza, replicaban que, de acuerdo con los Artículos, la regeneración no se produciría a menos que el bautismo se recibiese *correctamente.* Pero, entonces, ¿cuál era el significado de «correctamente»? Estaba claro que no sólo implicaba una simple administración legal, sino una recepción digna; la dignidad, por lo tanto, es la esencia del sacramento, y la dignidad significa fe y arrepentimiento. Ambos grupos aceptaban dos proposiciones: que todos los niños nacen con el pecado original, y que el pecado original puede lavarse con el bautismo. Pero, ¿cómo podrían ambas proposiciones ser verdad, argüía Mr. Gorham, si *también* era verdad que la fe y el arrepentimiento eran necesarios antes de que el bautismo produjese alguna clase de efecto? ¿Cómo podía decirse de un recién nacido que estaba en estado de fe y arrepentimiento? ¿Cómo podría, por lo tanto, lavarse mediante el bautismo su pecado original? Sin embargo, todo el mundo estaba de acuerdo en que así sucedía. La única solución a esta dificultad estaba en la doctrina de la gracia previa; y Mr. Gorham mantenía que, a menos que Dios ejecutase un acto de gracia previa, mediante el cual se dotaba al infante de la fe y el arrepentimiento, ningún bautizo podría ser efectivo, aunque a quién y bajo qué condiciones se otorgaba esta gracia previa, Mr. Gorham manifestaba que no sabría decirlo. La luz que arrojaba la Biblia sobre todo este asunto era muy insuficiente, pues mientras el bautismo de los discípulos de San Pedro en Jerusalén y los de San Felipe en Samaria se siguieron del don del Espíritu; en el caso de Cornelio, el sacramento siguió al don. San Pablo también se bautizó; y en cuanto a la opinión de San Juan 3,5; Romanos 6,3-4; y I San Pedro 3,21, admiten más de una interpretación. Sin embargo, no había duda de que la Iglesia de Inglaterra admitía la opinión del Dr. Phillpotts; el problema era si excluía o no la de Mr. Gorham. Si se decidía afirmativamente, quedaba claro para el futuro que habría muy poca paz para los evangelistas en el seno de la Iglesia.

Pero, en el juicio de Gorham, había otro aspecto más importante incluso que la misma regeneración bautismal. Una ley aprobada en 1833 había convertido el Comité Judicial de Consejo Privado en el Tribunal Supremo de apelación para casos semejantes; y este Comité era un cuerpo colegiado compuesto de forma exclusiva por laicos. Por lo tanto era obvio que la Supremacía de la Monarquía existía todavía, y que un conjunto de abogados, nombrados por la corona, tenía el derecho legal de formular la doctrina religiosa de la Iglesia de Inglaterra. En

1850 emitieron el fallo: rechazaron la decisión del Tribunal de los Arzobispos, y defendieron la postura de Mr. Gorham. Si las opiniones eran correctas desde un punto de vista teológico o no, dijeron, no era asunto suyo, su asunto era decidir si las opiniones bajo consideración eran contrarias o repugnantes para la doctrina de la Iglesia de Inglaterra, tal y como se prescribía aquella a los clérigos en los Artículos, Formularios y Rúbricas, y ellos habían llegado a la conclusión de que no lo eran. El fallo sigue en vigor, y hoy es el día en que cualquier ministro de la Iglesia de Inglaterra tiene libertad para creer que la regeneración no necesariamente se efectúa cuando se bautiza a un recién nacido.

Sobre nadie cayó el golpe con tanta fuerza como sobre Manning. No sólo la eficacia suprema del signo de la cruz sobre la frente del niño era una de sus doctrinas favoritas, sino que hasta aquel momento había estado convencido de que la Supremacía de la Monarquía era una simple casualidad –una usurpación temporal– que dejaba intacto, en lo esencial, el dominio espiritual de la Iglesia. Pero ahora la realidad horrenda se erguía ante él, coronada y triunfante; que una ley del Parlamento, aprobada por judíos, católicos romanos e inconformistas, fuese la autoridad última que decidiese sobre sutilezas de gran importancia de la fe anglicana, era una provocación excesiva. Mr. Gladstone también estaba profundamente afectado. Era absolutamente necesario, escribió, «rescatar y defender la conciencia de la Iglesia del odioso sistema actual». La agitación se extendió, y varios anglicanos influyentes, con Manning a la cabeza, escribieron y firmaron una protesta formal contra el juicio de Gorham. Mr. Gladstone, sin embargo, propuso otro procedimiento: «debe evitarse a toda costa –declaró– una acción precipitada»; y elaboró un sistema para asegurarse un retraso de las acciones, mediante ese sistema, un convenio comprometía a todos los que creían que se había abolido un artículo de fe por una ley del Parlamento a no hacer nada hasta que hubiera transcurrido un cierto tiempo. Mr. Gladstone esperaba que algo bueno saldría de esto, aunque en verdad no estaba seguro. «Entre otros –escribió a Manning–, he consultado a Robert Wilberforce y a Wegg-Prosser, y parecían inclinarse a favorecer mi propuesta. Podría, quizá, haber retenido a lord Fielding. Pero es un frívolo».

Manning, por supuesto, no apoyó la propuesta. Protestas y retrasos, los Wegg-Prosser que apoyaban, y los frívolos lores Fielding, todo eso era alimentar la charlatanería y la estupidez: había llegado el momento de la acción.

> No puedo continuar –escribía a Robert Wilberforce– bajo el juramento y la obediencia que me unen a la Supremacía de la Monarquía en las causas eclesiásticas, estando convencido de
> 1) que es una violación del oficio divino de la Iglesia;
> 2) que ha conducido a la Iglesia de Inglaterra a una separación de la Iglesia Universal, respecto a la cual no puedo evitar el apelativo de cisma;
> 3) que por esa causa se han estorbado y suspendido las funciones de la Iglesia de Inglaterra.

En vano suplicó Robert Wilberforce, en vano Mr. Gladstone le recomendó la significación de Juan 3,8[14].

> Admito –escribía Gladstone– que las palabras podrían entenderse si suponemos que Nuestro Señor quiso decir simplemente: «los hechos de la naturaleza son ininteligibles, por lo tanto, no temas si las verdades reveladas están de igual modo más allá de nuestro límite de comprensión»; pero esto me parece un significado pobre.

Semejantes consideraciones no pudieron detenerlo por más tiempo. Manning llevó a cabo la renuncia a su oficio y beneficio ante un notario público. Poco más tarde, en una pequeña capilla cerca de Buckingham Palace Road, arrodillado junto a Mr. Gladstone, hizo su último acto de adoración como anglicano. Treinta años después, el Cardenal contaba cómo, justo antes de que comenzase el servicio de la comunión, se dirigió a sus amigos con las siguientes palabras:

> No puedo volver a recibir la comunión en la Iglesia de Inglaterra. Me levanté y, poniendo la mano sobre el hombro de Mr. Gladstone, dije, «Ven». Fue la separación de dos caminos. Mr. Gladstone se quedó, yo seguí mi camino. Mr. Gladstone todavía está donde yo lo dejé.

El 6 de abril de 1851 se daba el paso decisivo: se aceptaba a Manning

(14) «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni adónde va; así es todo nacido del Espíritu». (N. del A.)

en la Iglesia Católica Romana. Ahora, por fin, después de una larga lucha, su mente estaba en calma.

> Sé lo que quiere decir –escribía a Robert Wilberforce– al advertirme de que uno siente a veces como si todo esto pudiera ser simplemente otra «tierra de sombras». Lo he sentido en el pasado, pero no ahora. La Θεολογìα desde Nicea hasta Santo Tomás de Aquino, y la unidad indivisa extendida por todo el mundo, de la cual la Cátedra de Pedro es el centro: cuenta ahora mil ochocientos años, y es más poderosa que nunca en todos los ámbitos: en talento, en ciencia, en separación del mundo; y más pura también, refinada por trescientos años de conflictos con la descreída civilización moderna; todo esto es más sólido que la tierra.



John Henry Newman

V

Cuando Manning ingresó en la Iglesia de Roma lo hizo movido por el impulso conjunto de las dos fuerzas dominantes de su naturaleza. Su preocupación por lo sobrenatural, sola, podría haberse aplacado en el seno de la comunión Anglicana, y otro tanto les habría sucedido a sus preocupaciones sobre sí mismo: aquélla habría hallado modo de expresarse en el ceremonial litúrgico de la Iglesia Anglicana ortodoxa; y éstas, en las actividades del episcopado. Pero ambas juntas no podían apaciguarse con facilidad. La Iglesia de Inglaterra es una institución práctica, se siente ansiosa por agradar, sin embargo, nunca ha sabido proporcionar un hogar feliz a los egoístas supersticiosos. «¡Qué suerte que mi pobre alma haya escapado a tiempo!», se dice que exclamó Manning cuando, poco tiempo después de su conversión, quedó vacante una mitra. Pero, a decir verdad, la «pobre alma» de Manning había olfateado una presa más noble. Una persona con su temperamento, una vez que estaba claro que podía elegir, ¿cómo iba a dudar entre la dignidad respetable de un obispo inglés, sometido al poder civil, con el juicio de Gorham como bocado entre los dientes, y las pretensiones sin límite del más humilde sacerdote de Roma?

De momento, sin embargo, parecía como si los hados por fin hubiesen ganado en su jueguecito para dejar a Manning a un lado. La carrera espléndida que había construido tan laboriosamente desde aquellos humildes comienzos en la parroquia de Sussex se hizo pedazos; y se hizo pedazos por la operación quirúrgica ineludible en sus propios componentes esenciales. Tenía más de cuarenta años, y se le había vuelto a colocar, una vez más, en el primer peldaño de la escalera: un neófito de mediana edad que, por lo que se veía, carecía de méritos especiales para reclamar la atención de sus nuevos superiores. El ejemplo de Newman, un converso mucho más ilustre, no podía tranquilizarlo: se le había relegado a la oscuridad más completa, en la que permaneció hasta edad muy avanzada. ¿Por qué iba a haber guardado algo mejor para Manning? Sin embargo, sucedió que, en un plazo de catorce años, después de la conversión, Manning era arzobispo de Westminster, la jerarquía suprema de la comunidad católica de Inglaterra. Esta vez, los hados

abandonaron la lucha desigual, desesperados, pagaron la apuesta y se retiraron del juego.

No obstante, se hace difícil creer que la decisión de Manning fuese tan fortuita como se hizo aparecer. Cierto es que no era hombre de quien se pudiera pensar que olvidaría examinar el lugar en el que iba a caer antes de dar un salto; ni que si supiese que había un colchón dispuesto para recibirlo, saltaría con menos convicción. A la luz de los acontecimientos posteriores, uno se alegraría si pudiese saber con exactitud lo que pasó tres años antes de la conversión, en la misteriosa entrevista con el Papa. Es, cuando menos, posible que las autoridades de Roma hubiesen puesto sus ojos en Manning; muy bien pudieron haber pensado que el arcediano de Chichester sería una buena captura. ¿Qué dijo Pío Nono? Es fácil imaginar la persuasiva inocencia de la voz italiana. «Ah, querido *signor* Manning, ¿por qué no viene con nosotros?, ¿es que cree que no nos preocuparíamos por usted?»

En cualquier caso, cuando decidió irse, bien que se preocuparon por Manning, hasta el final. Hubo, en verdad, alguna incomodidad pasajera al comienzo: sólo después de grandes dificultades pudo desprenderse de la fe en la vigencia de las órdenes anglicanas, en las que creía «con una firmeza superior al razonamiento». Estaba convencido de que todavía era un clérigo anglicano. Cuando el Rev. Mr. Tierney, que lo había recibido en la comunión del catolicismo romano, le aseguró que no era así, sintió que lo invadían la aprensión y la mortificación. Tras una discusión de cinco horas, se levantó de un salto, lleno de ira. «Entonces, Mr. Tierney –exclamó–, cree que no soy sincero». Al final pasó el trago amargo, y después todo transcurrió con gran suavidad. Manning se apresuró a ir a Roma y el Papa lo colocó al momento en la muy selecta *Accademia Ecclesiastica*, conocida vulgarmente como el «vivero de cardenales», con la intención de que completase los estudios teológicos. Cuando el curso hubo terminado, por una petición especial del Papa, recibió permiso para residir durante seis meses todos los años en Roma, donde predicaba a los visitantes ingleses; se familiarizó con los personajes importantes de la corte papal, y disfrutó del privilegio de entrevistarse de forma asidua con el Santo Padre. A la vez, supo hacerse útil en Londres, donde el cardenal Wiseman, que había accedido hacía poco tiempo al arzobispado de Westminster, buscaba la forma de revitalizar la comunidad católica. Manning no sólo era muy popular en el púlpito y en el confesionario, no sólo era muy eficiente como recolector de almas –almas que, además, se relacionaban con lo mejor de la sociedad–, sino

que también poseía conocimientos del mundo oficial y de las relaciones con la administración pública que eran muy estimables. Cuando apareció el problema del nombramiento de los capellanes católicos en la guerra de Crimea, Manning se dirigió al ministro, se entrevistó con el jefe de la administración, y finalmente consiguió obtener todo lo que solicitaba. Cuando se propuso la creación de un reformatorio especial para niños católicos, Manning se encargó de la negociación con el Gobierno. Cuando se intentó eliminar a los niños católicos de los asilos, Manning de nuevo fue indispensable. No es extraño que el cardenal Wiseman decidiese muy pronto buscar alguna ocupación de importancia especial para aquel enérgico converso. Durante mucho tiempo había deseado establecer una congregación del clero seglar dedicada de forma especial a su servicio, y la ocasión para el experimento se había presentado con toda claridad. Se fundó en Bayswater la orden de los Oblatos de San Carlos, y se colocó a Manning al frente de ella. Por desgracia no pudo obtenerse ninguna porción del cuerpo de San Carlos para la nueva comunidad, pero se trajeron dos reliquias de su sangre, desde Milán hasta Bayswater. Casi simultáneamente, el Papa hizo público su aprecio por los esfuerzos de Manning nombrándolo preboste del Cabildo de Westminster, un puesto que lo colocaba a la cabeza de los canónigos de la diócesis.

Este doble ascenso fue la señal de partida de una lucha intestina extraordinaria que duró siete años, y que sólo concluyó con el acceso de Manning al arzobispado. En aquellos tiempos, la condición de los católicos de Inglaterra era singular. Por una parte, las antiguas leyes represivas del siglo diecisiete se habían sustituido por una legislación liberal, y, por otra, se había incorporado a la Iglesia de Roma, como resultado del Movimiento de Oxford, un copioso número de conversos muy distinguidos. Era evidente que el catolicismo inglés crecía aprisa; en 1850, Pío Nono así lo reconoció al dividir Inglaterra en diócesis, y al colocar a Wiseman al frente de ellas como arzobispo de Westminster. La encíclica de Wiseman, fechada «a las afueras de la Puerta Flaminia», en la que se hacía pública su partida inminente, se saludó en Inglaterra con una tormenta de indignación pública que culminó con la carta airada y famosa de lord John Russell, a la sazón Primer Ministro, contra la insolencia de la «agresión papal». Aunque el punto concreto contra el que se elevaron los gritos de protesta era de poca importancia: los títulos territoriales ingleses de los nuevos obispos; el instinto de lord John Russell y el de los ingleses estaba bien fundado. El nombramiento de Wiseman era, de

hecho, un nuevo movimiento en el juego papal, era un avance –si es que no era una agresión–, un despertar en Inglaterra de las energías aletargadas de la Iglesia Católica. Esta Iglesia nunca ha tenido la reputación de ser una institución con la que podían gastarse bromas; y en aquellos tiempos, el Papa todavía reinaba como príncipe secular sobre las provincias más ricas de Italia. Seguro que si las imágenes de Guy Fawkes no se hubiesen adornado, en aquel cinco de noviembre, con tiaras, habría sido un cumplido muy pobre hacia Su Santidad.

Pero no sólo los honrados protestantes de Inglaterra tenían razones para temer la llegada del nuevo arzobispo; había un grupo entre los mismos católicos que veía el nombramiento con alarma y disgusto. Las familias en las que la tradición católica se había heredado de forma ininterrumpida desde los días de Isabel, que habían conocido los dolores del exilio y del martirio, que se apoyaban entre sí, un grupo aislado y extraño en medio de la sociedad inglesa, ahora comenzaban a darse cuenta, después de todo, de que no se les tenía en cuenta en las consultas con Roma. Habían trabajado a pleno sol, pero ahora parecía como si la cosecha fuese a recogerla una multitud de conversos, quienes proclamaban por todas partes como algo nuevo y maravilloso las verdades que los católicos viejos, así comenzaron a llamarse, no sólo habían conocido, sino que habían sufrido por ellas durante generaciones. El cardenal Wiseman, a decir verdad, no era un converso, pertenecía a una de las familias católicas más antiguas, pero había pasado la mayor parte de su vida en Roma, y su predilección por Newman y sus seguidores era demasiado evidente. Una de sus primeras decisiones como arzobispo fue la de nombrar al converso W.G. Ward, quien ni siquiera había recibido las órdenes sagradas, como profesor de teología en el Colegio de San Edmundo, el seminario principal para sacerdotes jóvenes en el que las tradiciones antiguas de Douay todavía florecían. Ward era un papista ardiente, y su nombramiento indicaba con claridad que en opinión de Wiseman había muy poco espíritu italiano en la comunidad inglesa. La inquietud de los católicos viejos era grande, pero se sintieron tranquilos cuando Wiseman nombró obispo auxiliar y sucesor suyo a su amigo íntimo, el Dr. Errington, a quien se nombró con este motivo arzobispo de Trebisonda, *in partibus infidelium*[15]. El Dr. Errington no sólo era un católico viejo de la tendencia más ortodoxa, era, además, hombre de energía extraordinaria, cuya influencia sería grande en el futuro. No era

(15) Lat.: «En tierra de herejes».

menos cierto que Wiseman envejecía, de manera que parecía inevitable que antes de que transcurriese mucho tiempo la política de la diócesis estaría en las manos adecuadas. Tal era el estado de los asuntos cuando, dos años después del nombramiento de Errington, Manning se convirtió en la cabeza de los Oblatos de San Carlos, y preboste del Cabildo de Westminster.

Ya hacía algún tiempo que el arzobispo de Trebisonda veía con temor la creciente influencia de Manning, y este ascenso repentino parecía justificar sus peores temores. Pero su alarma se convirtió en furia cuando se enteró de que el Colegio de San Edmundo, en el que acababa de lograr un gran triunfo contra el detestable W.G. Ward, lo había destituido, iba a colocarse bajo el control de los Oblatos de San Carlos. Los Oblatos no se molestaban en ocultar que uno de sus objetivos principales era el de introducir las costumbres del Seminario Romano en Inglaterra. Ante los ojos desfallecientes de los católicos viejos se abría un negro futuro de *espionage* y chismorreo, de hábitos extranjeros y devociones italianas; se determinaron a resistir hasta el final, y fue sobre este problema del control de San Edmundo sobre el que se libró la primera batalla de una prolongada campaña entre Errington y Manning.

El cardenal Wiseman estaba claro que declinaba ya hacia la tumba. Era muy corpulento –*Su Inmensidad*, solía llamarlo respetuosamente un sirviente irlandés–, tenía un temperamento optimista, disposición agradable, variados talentos; parecía haber injertado sobre la robustez de su constitución inglesa las cualidades expansivas, inocentes y sin problemas del sur. Lejos de ser un obispo Blougram (como se rumoreaba) era, de hecho, la propia antítesis de aquel eclesiástico sutil y refinado[16]. En su inocencia, había esperado con ilusión durante toda la vida la reconciliación de Inglaterra con la Sede de San Pedro, y a la postre había llegado a creer que, de la mano de Dios, él era el instrumento destinado a hacer florecer ese fruto milagroso. ¿No era el Movimiento de Oxford, con su inundación de conversos, un signo claro de la voluntad divina? ¿No había sido él quien había escrito aquel artículo tan importante sobre San Agustín y los donatistas?, ¿quien había convencido por fin a Newman de que la Iglesia de Inglaterra era consecuencia de un cisma? Además, ¿no había sido capaz de poner en pie una cruzada de oración por toda la

(16) La «Apología del obispo Blougram» es un poema de Robert Browning en el que el obispo Blougram defiende una idea del catolicismo en la que hay un generoso espacio para la reserva mental; en efecto, el poema tomó como como modelo al cardenal Wiseman.

Europa católica para la conversión de Inglaterra? Esperaba el resultado con impaciente y ansioso interés, y, mientras tanto, se propuso suavizar la hostilidad de sus compatriotas dando cursos de conferencias populares sobre literatura y arqueología. Dedicaba mucho tiempo y atención a los detalles ceremoniales de sus deberes como príncipe. Su conocimiento de la rúbrica y el rito, así como el de las significaciones simbólicas de las vestiduras eclesiásticas, rara vez se ha igualado; y obtenía un placer muy intenso en la preparación y ejecución de complejas procesiones. Durante una de estas funciones hubo una dificultad inesperada: el maestro de ceremonias dio la voz de parar, y, al preguntársele la razón, contestó que se le había mandado por una revelación especial que detuviese la procesión. El Cardenal, sin embargo, no se quedó perplejo. «Haga continuar la procesión –contestó sonriendo–, acabo de obtener permiso, mediante revelación especial, para que siga adelante». Las horas de ocio las pasaba escribiendo novelas edificantes, componiendo acrósticos en versos latinos, y jugando a una especie de *badminton* con sus sobrinitas. Había, es cierto, sólo un aspecto en el que se parecía al obispo Blougram: su amor a la buena mesa. Algunos discípulos de Newman se quedaron asombrados y molestos al saber que durante la cuaresma comía cuatro platos de pescado. «Siento decir –observó uno de ellos después– que el Cardenal siente gran debilidad por la ensalada de langosta».

Fue un destino triste el que ordenó que los últimos años de este inocente anciano, de trato agradable y dado a las comodidades, se perturbasen y amargasen por la furia de los principios opuestos, y el veneno de la animadversión personal. Pero así fue. Había caído en las manos de quien se preocupaba poco por los dulces placeres del reposo. Si hubiese seguido su propia inclinación, Wiseman habría llegado a un compromiso con los católicos viejos y con el Dr. Errington; pero una vez que Manning hubo aparecido en la escena, fue imposible todo compromiso. El otrora arcediano de Chichester, que había entendido tan bien y había practicado con tan cuidadosa habilidad el precepto de la dorada medianía, tan representativo de lo más idiosincrásico de la Iglesia de Inglaterra, ahora, como preboste de Westminster, se arrojó en medio de la pelea con esa intensidad implacable del fervor, esa pasión por lo extremo y lo absoluto que son carne y hueso de la Iglesia de Roma. Incluso el formidable Dr. Errington, bajo, fornido, valiente, con aquella «cara de halcón –como lo describió un contemporáneo–, que te miraba a través de las gafas azules», se supo que había retrocedido en presencia de su antagonista, con su porte airoso y elevada estatura, rasgos ascéticos y

pálidos, labios glaciales, finos, mirada penetrante y tranquila. En cuanto al pobre Cardenal, estaba verdaderamente indefenso. De ahora en adelante no habría más negociaciones con aquel peligroso espíritu de independencia, pues, ¿no era casi galicanismo?, que poseía a las familias de los católicos viejos de Inglaterra. La supremacía del vicario de Cristo debía mantenerse frente a cualesquier azares. Comparados con semejante objetivo, ¿qué eran las demandas de afecto personal y paz doméstica? El Cardenal suplicó en vano, su amistad de toda la vida con el Dr. Errington fue arrancada de raíz, y la armonía de su vida privada se destruyó por completo. Su propio hogar se volvió contra él. Su sobrino favorito, a quien había colocado entre los Oblatos, bajo el cuidado especial de Manning, dejó la congregación, y se unió de forma pública al grupo de Errington. Su secretario lo imitó. Pero el más triste de todos fue el caso de *monsignor* Searle. *Monsignor* Searle, en su condición de hombre de confianza, había dominado sobre el Cardenal en privado durante años, con la fidelidad autocrática de un siervo que ha llegado a ser indispensable. Su devoción, de hecho, parecía haber tomado la forma de la imitación física, pues apenas era menos gigantesco que su señor. Ambos eran inseparables, sus figuras enormes aparecían juntas, como dos montañas; en una ocasión, se encontró en la calle con un caballero que felicitó a Wiseman por «el hijo tan agradable de Su Eminencia». Sin embargo, ahora, incluso esta amistad se rompió. También aquí trajo la espada el implacable preboste. Hubo estallidos de ira y recriminaciones. *Monsignor* Searle, al darse cuenta de que se le escapaba el poder de las manos, hizo escenas y protestas y finalmente fue lo bastante tonto como para acusar a Manning de apropiación indebida de dinero; después de eso, estaba claro que sus días estaban contados, se le obligó a retirarse, gruñendo, a la segunda fila, mientras el Cardenal temblaba, y no pocas veces deseaba haber muerto.

Sin embargo, en conjunto, no se quedaba sin consuelos, Manning se preocupaba de que fuera así. Su penetrante ojo había descubierto el camino escondido que llevaba al interior del corazón del Cardenal, había reconocido el núcleo de fe simple que subyacía a los modales suaves y a la charla fácil. Otros se contentaban con la risa y la conversación mientras ultimaban los negocios. Manning era más artístico. Esperaba la oportunidad, y entonces, cuando se presentaba el momento, pulsaba con dedo experto la cuerda de la conversión de Inglaterra. Había una respuesta inmediata, pulsaba la cuerda de nuevo, y otra vez igual. Se convirtió en el receptáculo de los deseos más íntimos del Cardenal. Sólo él simpatizaba

y era comprensivo. «Si Dios me da fuerzas para afrontar esta pelea enorme contra la infidelidad –escribía Wiseman–, se lo deberé a él».

Pero con lo que se enfrentó en realidad fue con el Dr. Errington. La lucha por el Colegio de San Edmundo se volvió más y más agria. Hubo palabras en el Cabildo, donde *monsignor* Searle dirigió el ataque contra el preboste, y de donde salió una resolución en la que se declaraba que los Oblatos de San Carlos se habían introducido de manera ilegal en el Seminario. El Cardenal anuló las resoluciones del Cabildo, tras lo cual, el Cabildo apeló a Roma. El Dr. Errington, arrebatado por el furor de la controversia, apareció entonces como el enemigo declarado del preboste y del Cardenal. Por su propia mano escribió un documento en el que justificaba la apelación del Cabildo a Roma, basándose en el Derecho Canónico y en los decretos del Concilio de Trento. Wiseman se sintió dolido. «Mi propio obispo auxiliar –exclamó–, actuando como abogado contra mí en un litigio». Hubo una carrera apresurada hacia Roma, donde en los años siguientes, los grupos ingleses hostiles iban a mantener una batalla enconada en las antecámaras del Vaticano. Pero la disputa sobre los Oblatos se hundió en la insignificancia en comparación con el nuevo motivo de discordia que se centraba en un asunto mucho más peligroso: porque el puesto del propio Dr. Errington se hallaba en juego. El Cardenal, a pesar de la enfermedad, la indolencia y los lazos de amistad, se había decidido a dar un paso extraordinario: pedía al Papa nada menos que la anulación de título y traslado del obispo de Trebisonda.

Los detalles exactos de lo que pasó a continuación no son bien conocidos. Sólo puede discernirse con claridad, en la vasta nube de documentos oficiales y correspondencia privada en inglés, italiano y latín, de decretos papales y *scritture* voluminosas, de informes confidenciales sobre susurros episcopales, y de inquietudes secretas de los cardenales, la sombra de Manning, incansable e indomable, vigilando, como el petrel de las tormentas, el océano airado de la discusión. Wiseman, indeciso, poco amigo de los trámites, enfermo, estaba dispuesto a dejar la conducción de los asuntos en sus manos. No pasó mucho tiempo sin que Manning se diese cuenta de dónde estaba la clave de todo el asunto. Como en los viejos tiempos, en Chichester, cuando se había asegurado la buena disposición del obispo Shuttleworth cultivando la amistad del arcediano Hare, así, ahora, en una escala de operaciones más vasta, su sagacidad lo condujo directamente y sin errar hasta una escalerilla de caracol del Vaticano, y por una humilde puerta entró en el despacho de *monsignor* Talbot, el secretario particular del Papa. *Monsignor* Talbot era un sacerdote

que encarnaba de forma singular, si no las más elevadas, al menos las tradiciones más persistentes de la curia Romana. Era un maestro en varias de las artes cuya práctica en todos los tiempos ha llegado a la perfección bajo la sombra protectora de la tiara. Podía mezclar la astucia con la santidad sin ninguna dificultad, podía hacer insinuaciones con tanta naturalidad como cualquier persona haría simplemente afirmaciones sobre hechos objetivos, podía adular de una forma tan generosa que incluso a los príncipes de la Iglesia les parecía satisfactoria, y, cuando se presentaba la ocasión, podía evocar la variedad de la tortura del alma humana con un tacto que reclamaba la admiración universal. Con semejantes prendas, apenas podía esperarse que *monsignor* Talbot fuese notable por su sentido delicado de la conciencia o por el refinamiento extremo de los sentimientos, pero resulta que Manning no buscaba esas cualidades cuando subió por la escalera de caracol. Él buscaba a la persona que pudiese influir en Pío Nono, y la halló al otro lado de la puerta de arco bajo. Entonces puso en juego toda su sagacidad, su éxito fue completo, y dio lugar a una alianza que estaba destinada a tener el efecto más profundo sobre la carrera de *monsignor*, y que sólo se disolvió, muchos años más tarde, cuando *monsignor* Talbot desgraciadamente se vio obligado a cambiar el apartamento en el Vaticano por un manicomio privado en Passy.

Se decidió que la coalición debería ratificarla el fin de Errington. Cuando se vio que se acercaba el momento de la crisis, se llamó a Wiseman a Roma, donde comenzó a redactar una inacabable *scrittura* que contenía su versión del caso. Durante los meses anteriores una tarea análoga había absorbido las formidables energías del arzobispo de Trebisonda. Se apiló folio tras folio, cuando de repente un acontecimiento inesperado amenazó con poner fin a todo el proceso de forma sumaria. El Cardenal cogió una enfermedad virulenta, parecía hallarse ya en el lecho de la muerte. Durante unos momentos, Manning pensó que todo el trabajo había sido en vano, y que todo estaba perdido. Pero el Cardenal se recobró, *monsignor* Talbot utilizó toda su influencia como sólo él sabía hacerlo, y se publicó un decreto papal por el que se «liberaba» al Dr. Errington del obispado auxiliar de Westminster, junto con el derecho de sucesión a la Sede.

Fue un acto supremo de autoridad –un «*colpo di stato di Domineddìo*»[17], como dijo el propio Papa–, y el golpe se acusó con violencia por

(17) Italiano: «Un golpe de Estado de Dios».

los católicos viejos. Se vieron privados, de golpe, de la influencia de su mejor defensor, y de la certeza de llegar al poder a la muerte de Wiseman. Mientras tanto, Manning redoblaba sus energías en Bayswater. Aunque a sus Oblatos se les había cerrado el paso a San Edmundo, todavía quedaba bastante por hacer. Había que mantener misiones, dirigir escuelas, hacer colectas. Se construyeron varias escuelas nuevas, se estableció una orden de monjas muy edificante de la Orden Tercera de San Francisco y se gastaron en tres años trescientas mil libras que habían entregado Manning y sus amigos. «Odio a ese hombre –exclamó uno de los católicos viejos–, es un ambicioso». Estas palabras llegaron a Manning, que se encogió de hombros.

> Pobre hombre –dijo–, ¿de qué estará hecho?, ¿supone en su tontería que, después de veinte años viviendo en medio de la herejía y el cisma, iba a quedarme sentado el resto de mi vida en una mecedora, mano sobre mano, al convertirme en católico?

Pero sus pensamientos íntimos tenían una forma diferente.

> «Soy consciente del deseo –escribía en el diario– de tener una posición como 1) la que tenía en el pasado, 2) como solicitan mis circunstancias actuales, 3) como creen mis amigos que merezco, 4) como la que creo que es aquella a la que tienden mis facultades». Pero, con la ayuda de Dios, no la buscaré ni moviendo un dedo ni pronunciando una palabra.

Así escribía Manning y pensaba y oraba, pero, ¿qué son las palabras y los pensamientos e incluso las oraciones ante los poderes incansables y misteriosos de la circunstancia y el carácter? El cardenal Wiseman agonizaba poco a poco, el timón de la Iglesia se deslizaba de su mano débil, y junto a él estaba Manning, el hombre con energía, habilidad, coraje y convicción para mantener el barco en su rumbo. Más aún, ahí estaba la figura siniestra de un tal Dr. Errington agazapado en las cercanías, dispuesto a apoderarse del timón y a dirigirse –¿quién lo dudaba?– hacia las rocas. En una situación semejante, la voz de la renuncia personal debe hablar menos, y escucharse menos. Pero sin embargo hablaba, pues era una paradoja del alma de Manning que esa voz nunca enmudeció. Fuese lo que fuese, él no era persona sin escrúpulos. Al contrario, sus escrúpulos se hacían más profundos con el deseo, y podía satisfacer las

ambiciones más exorbitantes mientras más se humillaba. Así, ahora podía jurar al cielo que él no *buscaría* nada, no. No, si había que mover un dedo o pronunciar una palabra. Pero, ¿y si le venía algo...? Él había jurado no buscar. No había jurado no aceptar ¿No sería su deber aceptar? ¿No sería voluntad de Dios?

Algo le vino, por supuesto, aunque pareció por un momento que eludiría su mano. Wiseman murió, y a continuación se desató en Roma una crisis de intensidad extraordinaria. «Desde la creación de la jerarquía –escribió *monsignor* Talbot–, es el momento más importante de la Iglesia que yo haya visto». Era deber del Cabildo de Westminster proponer tres candidatos para la vacante del arzobispado; el Cabildo hizo el último esfuerzo, y cometió la temeridad de incluir en la lista, junto con los nombres de dos obispos de los católicos viejos, el del Dr. Errington. Fue una torpeza fatal. Pío Nono se enfureció, el Cabildo había proferido un *«insulto al Papa»*, exclamó golpeando con ira tres veces sobre el pecho. «Fue el Cabildo el que lo hizo», dijo Manning posteriormente; pero incluso después de la falta de tacto del Cabildo, la decisión fatal permaneció en la balanza durante semanas.

> Lo que me produce gran ansiedad –escribía *monsignor* Talbot a Manning– es si se convocará a la Congregación o si el Santo Padre promulgará un decreto pontifical. Incluso él duda. De manera que yo digo misa, y rezo todas las mañanas para que tenga el valor de decidir por sí mismo, en lugar de someter el asunto a la Congregación. Aunque los cardenales están decididos a rechazar a Errington, no obstante, me temo que elegirán a uno de los otros. Usted sabe muy bien que las congregaciones se guían por los documentos que les colocan delante; por esta razón es por la que prefiero que sea el Papa el que actúe.

Pero el propio Santo Padre dudaba. En su indecisión, ordenó un mes de oraciones y misas. La incertidumbre se volvió más y más punzante. Todo parecía estar en contra de Manning. El episcopado inglés en pleno estaba en contra de él, se había peleado con el Cabildo, era un converso con pocos años de antigüedad, incluso los cardenales de la Congregación no se aventuraban a sugerir su nombre. Pero de repente, las dudas del Santo Padre se terminaron. Oyó una voz –una voz interior misteriosa– que le susurraba algo al oído. «*Mettetelo lì! Mettetelo lì!*», repetía la voz, una y otra vez. «*Mettetelo lì!*», fue una inspiración y Pío Nono, dejando a un lado las recomen-

daciones del Cabildo, y las deliberaciones de los cardenales, nombró a Manning, mediante un decreto pontifical, arzobispo de Westminster.

La felicidad de *monsignor* Talbot fue completa; aprovechó la ocasión, al enviar la enhorabuena a su amigo, para hacer algunas reflexiones luminosas acerca del gran acontecimiento.

> Mi política, en todo momento –escribía–, nunca fue la de proponerle a usted *directamente* al Papa, sino la de dejar que otros lo hicieran, así que ambos, usted y yo, siempre podremos decir que yo no fui quien indujo al Santo Padre a nombrarlo, lo cual quitaría mérito a su nombramiento. Lo digo porque muchos han dicho que su nombramiento ha sido obra mía. Yo no digo que el Papa no era consciente de que yo pensaba que usted era la única persona adecuada, porque me tomé la molestia de decirle una y otra vez todo lo que estaba en contra de los otros candidatos, y, en consecuencia, casi fue guiado en su elección. Después de que lo hubo nombrado, el Santo Padre me dijo: «¡Qué diplomático es usted, ha logrado lo que deseaba!»
>
> No obstante –concluía *monsignor* Talbot–, creo que su nombramiento fue guiado de manera singular por el Espíritu Santo.

Claro está que Manning mantenía idéntica opinión.

> Mi querida hija –escribía a una dama penitente–, en estas tres semanas últimas he sentido como si el Señor hubiese pronunciado mi nombre. Todo lo demás se ha borrado de mi mente. La creencia firme que yo he tenido durante largo tiempo de que el Santo Padre es la persona más sobrenatural que he visto jamás, ha hecho que arraigue en mí, aún más, este sentimiento. Me siento como si se me hubiese traído, en contra de la voluntad del hombre, por la divina voluntad, a una relación íntima con Dios nuestro Señor.

Si en verdad –escribía a lady Herbert– fuese la voluntad de nuestro Divino Señor hacerme llevar esta carga pesada, no podría haberlo hecho de forma más reconfortante y consoladora. Recibirla de las manos de Su Vicario, de Pío Nono, tras larga invocación al Espíritu Santo, y no sólo sin influencias de los hombres, sino a pesar de la oposición múltiple y poderosa de ellos, me da fuerzas renovadas para llevar semejante cruz.

VI

El nombramiento de Manning llenó a sus adversarios de temor. Se cernía sobre ellos la ira y la venganza, ¿qué no esperarían de aquel enemigo formidable contra quien habían luchado tanto tiempo, y que ahora estaba entre ellos, armado con poderes arzobispales, e investido con la confianza especial de Roma? Grande fue su sorpresa, grande su satisfacción, cuando comprobaron que el amo odiado no hablaba sino de amabilidad, amor y reconciliación. Averiguaron que no había que expiar los viejos agravios, sino olvidarlos. El nuevo arzobispo derrochaba por todas partes el tacto, la cortesía y la gracia dignificante de la verdadera magnanimidad cristiana. Era imposible resistirse a un tratamiento semejante. Los obispos, que durante años se habían opuesto a él, se convirtieron en simpatizantes devotos; incluso el Cabildo de Westminster olvidó su odio. *Monsignor* Talbot estaba muy sorprendido. «Sus mayores enemigos han cambiado por completo –escribía–, el otro día recibí de Searle un panegírico acerca de usted. Este cambio de sentimientos no puedo atribuirlo nada más que al Espíritu Santo». *Monsignor* Talbot era muy devoto del Espíritu Santo, pero, al menos, en lo que se refiere a Searle había otra explicación. Manning en lugar de relevar a Searle del puesto de *œconomus* doméstico del episcopado, lo había mantenido, e incluso le había aumentado el sueldo; y el pobre, que no había tenido escrúpulos en los días de soberbia de llamar ladrón a Manning, ahora estaba debidamente agradecido.

En cuanto al Dr. Errington, dio un ejemplo de humildad y sumisión retirándose a la oscuridad más completa. Durante años el arzobispo de Trebisonda, el heredero expulsado de la Sede de Westminster, trabajó como párroco rural en la isla de Man. No alimentó ningún resentimiento en su corazón, y después de una vida de paz y silencio, larga y edificante, murió en 1886, a la sazón era profesor de teología en Clifton.

Podría suponerse que Manning creía que su triunfo ya era completo. Su posición era segura, su prestigio crecía a diario. Sin embargo había algo que lo molestaba. Al dirigir sus ojos hacia la comunidad de católicos romanos de Inglaterra, era consciente de una figura que, por virtud de una eminencia peculiar, parecía desafiar la supremacía de la suya. Esa figura era la de Newman.

Desde su conversión, la vida de Newman había consistido en una larga serie de desgracias y decepciones. Cuando se marchó de la Iglesia de Inglaterra, era su miembro más venerable y distinguido; sus palabras, por extrañas que fueran, se escuchaban con profunda atención, y sus opiniones, aunque despertasen poca confianza, se seguían en todas sus fluctuaciones con un respeto ansioso, por no decir trémulo. Se unió a la Iglesia de Roma, y advirtió de repente que era una persona sin importancia. Se le recibió en la corte papal con una cortesía que apenas alcanzaba a ocultar una falta absoluta de interés y comprensión. Su mente delicada, con sus refinamientos, dudas, complejidades –los modales suaves de Oxford, las gafas, la timidez medio afeminada–, tales cosas no estaban pensadas para impresionar a una horda de cardenales y obispos cuyos días transcurrían entre los detalles prácticos de la organización eclesiástica, las complicaciones prolongadas de la diplomacia papal y las deliciosas discusiones de la intriga personal. Cuando, por fin, consiguió que le prestasen atención, no fue mejor, sino peor. Una preocupante sospecha comenzó a tomar cuerpo, las autoridades de Roma comenzaron a darse cuenta de que Newman era un hombre de ideas. ¿Era posible que el Dr. Newman no comprendiese que en Roma las ideas estaban, por decirlo con suavidad, fuera de lugar? Al parecer, no; y no era eso todo, no contento con tener ideas, parecía además ansioso por divulgarlas. Cuando se supo eso, la cortesía en las altas esferas comenzó a disminuir. Su Santidad, que cuando llegó Newman había expresado de forma condescendiente el deseo de verlo «con frecuencia», ahora, al parecer, estaba siempre comprometido. Al principio, Newman supuso que la frialdad creciente era el resultado de la incomprensión, su italiano era defectuoso, en Roma no se hablaba latín, sus escritos habían aparecido solo en traducciones incorrectas. Incluso los ingleses, a veces, tenían dificultad para seguir sus razonamientos, de manera que decidió extremar los cuidados para hacer que sus opiniones fuesen claras. Sus opiniones sobre la probabilidad religiosa, la distinción entre la prueba circunstancial y demostrativa, la teoría del desarrollo de la doctrina, éstos y otros muchos asuntos sobre los que él había escrito tanto, los expondría ahora con el lenguaje más sencillo. Mostraría que no había nada peligroso en lo que él opinaba, que había un pasaje en De Lugo que lo avalaba, que Perrone, al mantener que la Inmaculada Concepción podía definirse, había admitido de forma implícita una de sus ideas principales, y que su lenguaje acerca de la fe se había confundido, cometiendo un grave error, con el fideísmo de M. de Bautain. El cardenal Barnabò,

el cardenal Reisach, el cardenal Antonelli lo miraban con ojos penetrantes, con semblante impasible, mientras él vertía en sus orejas –grandes y no excesivamente limpias, como había observado con desconsuelo– sus complejas disquisiciones. Todo fue en vano, estaba claro que no habían leído a De Lugo ni a Perrone, y en cuanto a M. de Bautain nunca habían oído hablar de él. Newman, desesperado, acudió a Santo Tomás de Aquino, pero observó, con horror, que el propio Santo Tomás tampoco significaba mucho para los cardenales. Con el corazón encogido, por fin, supo la dolorosa verdad: no era la naturaleza de sus opiniones lo que era objetable, era el hecho de que tuviese opiniones. Había tenido la esperanza de poder dedicar el resto de la vida a la enseñanza de la teología, pero, ¿qué clase de teología podía enseñar que fuese aceptable para sus superiores? Se fue de Roma, se estableció en Birmingham a la cabeza de una pequeña comunidad de la Congregación del Oratorio. No se quejó, era la voluntad del Señor, era mejor así. Esperaría y rezaría.

Pero la voluntad de Dios no era tan simple. ¿Estaba bien, después de todo, que un hombre con los dones intelectuales de Newman, su ardor devoto, su fama personal, se hundiese en el retiro oscuro del Oratorio de Birmingham? ¿Cómo podía rehusar, si le viniese la llamada de sacar el talento del pañuelo? La llamada llegó. Se iba a fundar una Universidad Católica en Irlanda, y el Dr. Cullen, arzobispo de Armagh, pidió a Newman que fuese el rector. Al principio lo dudó, pero cuando se enteró de que era deseo del Santo Padre que aceptase el encargo, no lo dudó más, la oferta venía del cielo. Las dificultades ante él eran grandes. No sólo tenía que poner en funcionamiento la Universidad, partiendo de cero, sino que su posición la complicaba la presencia de una institución rival: los Colegios de la Reina, para creyentes de todas las religiones, fundados por Peel unos años antes, con el fin de proporcionar facilidades a los católicos irlandeses para la educación universitaria, en iguales términos que a sus compatriotas. Sin embargo, Newman tenía las esperanzas más elevadas. Soñaba con algo más que una simple universidad irlandesa, soñaba con un centro de enseñanza noble y floreciente para los católicos de Irlanda e Inglaterra. Pero, ¿por qué no podía hacerse realidad este sueño? «En medio de las dificultades –dijo–, tengo una base de esperanza, sólo un punto de apoyo, pero creo que es suficiente, y que me sirve para reemplazar a cualquier otro argumento. Es la decisión de la Santa Sede, San Pedro ha hablado».

Los años siguientes mostraron hasta qué punto era seguro depender de San Pedro. Los obstáculos imprevistos se acumulaban por todas par-

tes. La energía de Newman era inagotable, pero también lo era la inercia de las autoridades irlandesas. Al ser nombrado, escribió al Dr. Cullen preguntándole qué clase de preparativos se harían para recibirlo en Dublín. El Dr. Cullen no contestó. Newman escribió de nuevo, no hubo respuesta. Pasaron semanas, pasaron meses, pasaron años, y no hubo ni una señal ni una palabra por parte del Dr. Cullen. Por fin, después de depender durante más de dos años de las incertidumbres y perplejidades de una situación tan extraña, se llamó a Newman a Dublín. No encontró allí sino desorden y desánimo. Los laicos no tenían interés en el proyecto; al clero, obviamente, le disgustaba: la autoridad de Newman no se respetaba. Apeló al cardenal Wiseman, y al fin amaneció un rayo de esperanza. El cardenal propuso que se le concediese un obispado, para otorgarle una posición social adecuada a la situación; el Dr. Cullen consintió, y Pío IX fue todo complacencia. «*Manderemo a Newman la crocetta*», dijo a Wiseman, deslizando con una sonrisa las manos por cada lado del cuello hasta el pecho, «*lo faremo vescovo di Porfirio, o qualche luogo*»[18]. La noticia se extendió entre los amigos de Newman, y comenzaron a llegar felicitaciones. Pero el nombramiento oficial parecía retrasarse de manera inexplicable, de Roma no llegaba ninguna *crocetta*, y el cardenal Wiseman no volvió a aludir al asunto. A Newman se le dejó que pensase que los representantes ocultos del Dr. Cullen habían logrado un cambio de ideas en las altas esferas. El orgullo no le permitía mayores averiguaciones; pero una de sus damas penitentes, Miss Giberne, fue menos discreta: «Santo Padre –dijo de repente en una audiencia, un día–, ¿por qué no nombra obispo al Padre Newman?» Tras lo cual, el Santo Padre pareció quedarse muy desconcertado, y tomó una buena porción de rapé.

Durante los cinco años siguientes, Newman, sin ayuda ni atención por parte de las autoridades, luchó de forma desesperada, como un hombre en una ciénaga, contra las dificultades inmanejables de su tarea. Su mente, cuyo refugio natural estaba en las fronteras más etéreas de la fantasía y la filosofía, se hallaba ahora sometida a las cadenas del detalle menudo, y se alimentaba con la dieta mezquina del compromiso y la rutina. Se veía obligado a reunir dinero con grandes esfuerzos, a escribir artículos para la *Gazette* de los estudiantes, a hacer planes para los laboratorios médicos, a granjearse el favor del Ayuntamiento; se veía obliga-

(18) It.: «Le mandaremos el pectoral a Newman, lo haremos obispo de Porfirio o de algún otro lugar».

do a pasar el tiempo viajando durante meses por toda Irlanda, en compañía de eclesiásticos sorprendentes, e hidalguillos bárbaros. Era un pura sangre enganchado a un coche de cuatro ruedas. Finalmente se dio cuenta de otra cosa: vio que todo el proyecto de la Universidad Católica se había concebido como un arma eclesiástica y política contra los Colegios de la Reina, y eso era todo. Como instrumento de educación, era simplemente un objeto de burla y a él mismo se le había llamado porque su nombre sería útil en el juego de los partidos. Cuando comprendió esto, presentó la dimisión como rector y regresó al Oratorio.

Pero no habían terminado sus tribulaciones. Parecía que la voluntad de Dios consistía en que tomase parte en una sucesión completa de proyectos que, en no menor medida que el proyecto de la Universidad Irlandesa, iban a terminar en desilusión y fracaso. El cardenal Wiseman lo persuadió para que se hiciese cargo de la dirección de una nueva versión inglesa de las Escrituras, que iba a ser un monumento a la erudición católica, y una gloria permanente para la Madre Iglesia. Hizo preparaciones complejas, reunió suscripciones, comprometió a los colaboradores, compuso unos largos y eruditos *prolegómena* al trabajo. Todo fue inútil, el cardenal Wiseman comenzó a pensar en otras cosas, el proyecto se disolvió de forma imperceptible en el aire, sin dejar huella. Entonces se le sugirió una nueva tarea. El *Rambler*, una revista católica, atravesaba malos momentos, ¿querría Newman salvarlo?, ¿aceptaría la dirección? Esta vez lo dudó más tiempo de lo normal, se había quemado los dedos tantas veces que debía ser particularmente cuidadoso. «Hice cuanto estaba en mi mano para averiguar con certeza la voluntad de Dios», dijo; y llegó a la conclusión de que su deber era aceptar el trabajo. Así lo hizo, y después de que hubiesen aparecido dos números, el Dr. Ullathorne, obispo de Birmingham, lo visitó, y de manera cortés le hizo ver que sería mejor que se apartase del periódico. El tono no había gustado en Roma, contenía un artículo en el que se criticaba a San Pío V, y, lo más grave, la ortodoxia de uno de los ensayos de Newman parecía ofrecer dudas. Dimitió y, con el corazón angustiado, decidió no volver a escribir. Un amigo le preguntó que por qué no publicaba nada. «Los elefantes de Aníbal –contestó–, nunca aprendieron el paso de la oca».

Newman era ya un anciano: tenían sesenta y tres años. ¿Qué podía esperar con ilusión? Unos pocos años últimos de insignificancia y silencio. ¿Qué podía ver en el pasado? Una crónica prolongada de esfuerzos baldíos, esperanzas frustradas, posibilidades desaprovechadas, poderes sin utilizar. Todo su trabajo había terminado al ser acusado en Roma de

carecer de ortodoxia. Ya no pudo contener su indignación por más tiempo y, en una carta a una de sus damas penitentes, aireó toda la amargura de su alma. Cuando hubo quejas por el artículo del *Rambler*, dijo, se había hablado de llamarlo a Roma.

> Llamarme a Roma –estalló–. ¿Qué significa eso? Significa separar a un anciano de su hogar, someterlo a la relación de personas cuya lengua le es extraña, a comidas y costumbres que son casi la inanición por un lado, y que incluyen días y noches sin descanso por otro; significa obligarlo a ser servil ante la Propaganda semana tras semana y mes tras mes; significa la muerte. (Éste fue el castigo del Dr. Baines, 1840-41, mantenerlo a la puerta de la Propaganda durante un año).
>
> Éste es el futuro del que no puedo evitar pensar que es muy real, si se me ocurriese decir cualquier cosa que no le gustase a algún obispo de Inglaterra, y decidiese comunicarlo. A otros han matado antes que a mí. Lucas fue por propio convencimiento; pero cuando llegó allí, ¡ah!, ¿cuánto y cómo sufrió, como hijo leal de la Iglesia y de la Santa Sede que era, porque el Dr. Cullen estaba en contra de él? Caminó perdido (así lo *dijo* Cullen en una carta triunfante que publicó), caminó perdido de iglesia en iglesia, sin un amigo, apenas logró una audiencia con el Papa. Yo también iría de San Felipe a Nuestra Señora y a San Pedro y a San Pablo y a San Lorenzo y a Santa Cecilia, y, si me sucediese como a Lucas, volvería para morir.

Sin embargo, a pesar de todo, a pesar de estas exasperaciones de la carne y de estas agitaciones del espíritu, ¿de qué tenía que quejarse?, ¿no tenía un consuelo misterioso que sobrepujaba a todo dolor? Seguro, seguramente que lo tenía.

Revélate, oh, Señor, y luce sobre nosotros,
En gloria y en gracia,

Exclama en un poema escrito en esta época, titulado «Los Dos Mundos»:

Este mundo brillante se vuelve pálido
Ante la belleza de Tu cara.

Hasta que se te ve a Ti se parece
A una suerte de jardín encantado.
Donde inconstantes soles iluminan el cielo,
Y abundan flores y fruta.

Pero cuando tu rayo más puro e intenso
Brota ante nuestros ojos,
Pierde todo su poder de encantamiento,
Y lo que era día es noche...

Y así, cuando por Ti renunciamos
A sus inciertos objetivos y temores,
A los gratos recuerdos del pasado,
A las esperanzas de los años venideros,

Pobre es nuestro sacrificio, cuyos ojos
Se iluminan desde lo alto;
Ofrece lo que no podemos guardar,
Lo que hemos dejado de amar.

Tales eran los pensamientos de Newman cuando ocurrió algo, un imprevisto que cambió el curso de su vida. Charles Kingsley atacó su buena fe y la buena fe de los católicos en general en un artículo de una revista. Newman protestó, y Kingsley redarguyó mediante un panfleto colérico. La respuesta de Newman fue la *Apología pro Vita Sua*, que escribió en siete semanas, trabajando en ocasiones hasta veintidós horas seguidas, «constantemente bañado en lágrimas, y sollozando constantemente por la angustia». El éxito del libro, con su candor transparente, el brillo de la controversia, la amplitud y la pasión de la retórica, la profundidad de los sentimientos personales, fue inmediato y abrumador: se reconoció al momento como un clásico, no sólo por los católicos, sino por todo el mundo inglés. Recibió por todas partes multitud de expresiones de admiración, gratitud y devoción. Era imposible, para alguien tan sensible como Newman a las opiniones de otras personas, resistirse a la influencia feliz de un triunfo tan completo y tan inesperado. La nube de la melancolía comenzó a levantarse, *et l'espoir malgré lui s'est glissé dans son coeur*[19].

(19) Francés: «A su pesar, la esperanza se deslizó en su corazón».

Era lógico que en un momento así sus pensamientos regresasen a Oxford. Durante los años pasados había habido propuestas para establecer allí una residencia de estudiantes católicos, bajo la dirección de Newman. El proyecto no había recibido el favor de Roma, y se había abandonado; pero ahora se presentó sola una oportunidad nueva: se ofreció en el mercado un terreno en un sitio adecuado. Newman, con el espíritu renovado, pensó que no debía dejar escapar esa oportunidad, compró el terreno. Su intención no era la de construir una residencia, sino una iglesia y poner en pie una Casa del Oratorio. ¿Qué objeción se le podía poner a este proyecto? Comunicó esto al obispo de Birmingham, quien lo aprobó; en la propia Roma no parecía haber signos de hostilidad. Los feligreses estaban entusiasmados, comenzaron a recibirse suscripciones, que llegaron como un torrente. ¿Era posible que todo saliese bien al final? ¿Era concebible que esa peregrinación extraña y fatigosa de tantos años terminase, en la quietud, ya que no en la felicidad, en donde había comenzado?

Sucedió que en este mismo momento fue cuando Manning accedió a la Sede de Westminster. Los destinos de los dos hombres, que habían transcurrido paralelos durante tantos años, iban a converger, de repente, durante unos momentos. Manning, investido hacía poco con los ropajes de la supremacía eclesiástica, se encontró cara a cara con Newman, sobre cuya frente brillaba el laurel reciente de la victoria espiritual: la corona de una vida apostólica. Fue una lucha entre un águila y una paloma. Lo que siguió mostró, con mayor claridad quizá que ningún otro incidente de su carrera, el material del que estaba hecho Manning. Por fin le había llegado el poder, y lo asió con la avidez del déspota congénito, cuyo apetito de dominio absoluto se había estimulado durante los largos años de abstinencia forzada, y por el disimulo odiado de la sumisión. Era el gobernador de los católicos romanos de Inglaterra, y se proponía gobernar. Para él era imposible comprender la naturaleza de la influencia de Newman, pero sabía que era real; durante veinte años había sido incapaz de evitar las renovaciones inoportunas de esa reputación extraña y rival, y ahora estaba en medio de su camino, solo e inexplicable, como un fantasma desafiante. «Es muy interesante –observó con frialdad, cuando alguien le preguntó lo que pensaba de la *Apología*–, es como escuchar una voz de entre los muertos». Y tales voces, con sus ecos sepulcrales, es fácil que lleguen a ser más peligrosas que las de los vivos: atraen demasiada atención, deben silenciarse a cualquier precio. Fue una lucha entre un águila y una paloma, hubo un aleteo, un

descenso en picado, y a continuación el pico veloz y los formidables espolones remataron la faena.

Incluso antes de acceder al arzobispado, Manning había olfateado un peligro peculiar en el proyecto de Oxford de Newman, de manera que, tan pronto como tuvo el poder, decidió en privado que el autor de la *Apología* no debería obtener permiso para regresar a la vieja Universidad. Y no es que faltasen buenas razones para esa decisión. Oxford en esta época era un nido de liberalismo, no era un sitio adecuado para jóvenes católicos; y éstos se sentirían atraídos de forma inevitable por la presencia del padre Newman. Además, ¿no se había criticado la ortodoxia del padre Newman? ¿No se le había oído expresar opiniones de la legitimidad más dudosa sobre el problema del poder temporal? ¿No era un hecho conocido que casi se podía decir de él que mantenía cierta independencia de criterio? ¿Una influencia? Sí, sí que tenía influencia, sin duda. ¡Pero qué suerte fatal de influencia a la que someter a la joven generación de ingleses católicos!

Tales eran las reflexiones que Manning se tomaba el cuidado de dejar caer en el receptivo oído de *monsignor* Talbot. Aquel sacerdote útil, en su atalaya en el Vaticano, era más que nunca el servidor fiel del nuevo arzobispo. Los dos amigos habían creado una asociación ofensiva y defensiva.

> Es probable que tenga bastantes oportunidades para serle útil en Roma –escribía con modestia *monsignor* Talbot–, y no creo que cualquier ayuda sea innecesaria para usted, en especial si tenemos en cuenta el carácter del Papa, y el espíritu que prevalece en la Propaganda, por lo tanto deseo que comprenda que hay un acuerdo entre nosotros dos: si me ayuda, le ayudaré. –Un poco después añadía–: Me alegro de que acepte la alianza. Como ya he hecho durante años, le ayudaré, y tengo cientos de formas para hacerlo. Una palabra dejada caer en el momento oportuno hace maravillas.

Acaso no era imprescindible recordarle eso a su corresponsal.

En lo que se refería a Newman, sucedía que *monsignor* Talbot no necesitaba ningún estímulo. Durante el éxito que provocó la aparición de la *Apología*, se le había ocurrido que sería una buena idea conseguir que Newman fuese el predicador durante la cuaresma para la elegante congregación que asistía a su iglesia en la Piazza del Popolo; de manera que le

envió una carta invitándolo a ir a Roma. La carta desgraciadamente no se caracterizaba por su tacto. Le aseguraba a Newman que se encontraría en la Piazza del Popolo «un público de protestantes con una cultura superior a la que podría ser el caso en Inglaterra». «Creo –añadía a modo de atractivo extra–, que su visita a Roma le acarreará algún beneficio, y, de paso, se dejará ver por las autoridades eclesiásticas». Ante esto, Newman sonrió con ironía, a un amigo le dijo que la carta era «insolente», y no quiso resistirse a la tentación de emplear su pluma afilada.

> Querido *monsignor* Talbot –escribió en la respuesta–, he recibido su carta, invitándome a predicar en su iglesia en Roma ante un público de protestantes con una cultura superior a la que podría ser el caso en Inglaterra. Parece ser que también aquí, en Birmingham, la gente tiene alma, y yo no tengo ni la inclinación ni el talento necesarios para la clase de trabajo que me ha preparado. Le ruego que acepte mi renuncia a su ofrecimiento.
>
> Suyo sinceramente,
> JOHN HENRY NEWMAN

Éstas no son las palabras de la sabiduría. Es fácil imaginar los sentimientos de *monsignor* Talbot. «No hay quien entienda el trabajo de Newman –dijo airado a su amigo–, pobre hombre, al vivir casi siempre, desde que se convirtió al catolicismo, rodeado por un grupo de hombres inferiores que lo idolatran, no creo que haya adquirido los fundamentos del catolicismo». En cuanto a sus opiniones sobre el poder temporal, pues bien, la gente decía que incluso había mandado una subscripción a Garibaldi. Sí, este hombre era incomprensible, herético, peligroso, no era «ni católico ni cristiano». *Monsignor* Talbot temía incluso por el puesto de Manning en Inglaterra.

> Me temo que los católicos de la vieja escuela cerrarán filas en torno a Newman en oposición a usted y a Roma. Resista, no ceda ni un ápice en la línea que ha emprendido. Como le he prometido, estaré a su lado. Tendrá que luchar batallas, porque todos los ingleses son, por naturaleza, anti-romanos. Para un inglés ser romano es un esfuerzo. El Dr. Newman es más inglés que los ingleses. Hay que acabar con su actitud.

¡Hay que acabar con su actitud! Era cierto, acerca de esto no podía haber dudas.

> Lo que escribe sobre el Dr. Newman –contestó Manning– es verdad. Tanto si lo sabe como si no, se ha convertido en el centro de quienes mantienen opiniones mezquinas sobre la Santa Sede, son anti-romanos; acerca del poder temporal, por no mencionar otra cosa, son fríos y silenciosos; son ingleses y nacionalistas; críticos de la devoción católica, y están siempre en el lado equivocado... se preocupará –concluía– de que las cosas se entiendan de forma correcta allí.

Los confederados maduraron los planes. Mientras Newman hacía los preparativos para el Oratorio de Oxford, el cardenal Reisach visitaba Londres. «El cardenal Reisach acaba de irse –escribía Manning a *monsignor* Talbot–: ha visto y *entiende* todo lo que sucede en Inglaterra». Newman no sospechaba nada. Era verdad que habían salido a la luz pública unos rumores insistentes sobre su falta de ortodoxia, y sobre sus inclinaciones anti-romanas, y que estos rumores habían llegado de Roma. Pero, ¿qué eran los rumores? Después, Newman supo también que el cardenal Reisach había estado en Oxford sin su conocimiento, y que había examinado el terreno del Oratorio. Eso parecía extraño, pero todas las dudas desaparecieron con la llegada, procedente de la Propaganda, de una ratificación oficial del proyecto. Lo que quedaba ahora era sencillo y sin dificultades. Newman era casi feliz, lo visitaban visiones radiantes de un futuro maravilloso en Oxford, del crecimiento gradual de los principios católicos, la decadencia del liberalismo, la inauguración de un segundo Movimiento de Oxford, la conversión, ¿quién sabe?, de Mark Pattison[20], el triunfo de la Iglesia... «Ahora no importan los fracasos anteriores –exclamó ante un amigo–, veo que Dios me había reservado para esto».

Justo en ese momento le trajeron a la habitación un sobre largo y azul. Newman lo abrió. «Todo ha terminado –dijo–, no me permiten ir». El sobre contenía una carta del obispo en la que se anunciaba que, junto con el permiso formal para establecer el Oratorio en Oxford, Propaganda había cursado unas instrucciones secretas con el fin de que el propio Newman no residiese allí de ninguna manera. Si mostraba

(20) Mark Pattison, 1813-84, era un antiguo discípulo de Newman que se separó de él cuando éste entró en la Iglesia de Roma.

deseos de hacerlo se le debería impedir con dulzura y suavidad (*blande suaviterque* eran las palabras del documento latino). Y ahora la instrucción secreta se había puesto en funcionamiento: *blande suaviterque* se había acabado con la actitud de Newman.

Los amigos hicieron algunos esfuerzos caballerosos para arreglar las cosas, pero todo fue en vano. El padre St. John se apresuró a ir a Roma; y los indignados laicos de Inglaterra, dirigidos por lord Edward Howard, tutor del joven duque de Norfolk, ante un ataque anónimo contra Newman, particularmente virulento, aprovecharon la oportunidad para enviarle un escrito en el que expresaban su sentimiento de que «cada golpe que le alcanza inflige una herida a la Iglesia Católica de este país». El único resultado fue una explosión de furia redoblada por parte de *monsignor* Talbot. El escrito era un insulto a la Santa Sede. «¿Cuál es la ocupación de los laicos?– interrogaba–, cazar, disparar, entretenerse. De esto es de lo que entienden, pero no tienen ningún derecho a interferir en los asuntos eclesiásticos». Una vez más, advirtió a Manning que tuviese cuidado.

> El Dr. Newman es el hombre más peligroso de Inglaterra, comprobará que utiliza a los laicos contra Su Eminencia. No debe temerlo. Requerirá mucha prudencia, pero debe mantenerse firme. El Santo Padre todavía confía en usted; pero si cede y no lucha en la batalla de la Santa Sede contra el espíritu detestable que se desarrolla en Inglaterra, comenzará a echar de menos al cardenal Wiseman, que sabía mantener a los laicos en orden.

Manning no había pensado en «ceder», pero señaló a su alterado amigo que un conflicto público entre él y Newman sería «un escándalo tamaño para la Iglesia de Inglaterra y una gran victoria, tan grande como la podrían desear los anglicanos». Actuaría en silencio y no habría más dificultades. Los obispos estaban unidos, la Iglesia estaba bien.

Con esto, *monsignor* Talbot se apresuró a ir al alojamiento del padre St. John en Roma para expresar su pena por el malentendido que había surgido, para asombrarse de que pudiera haber ocurrido, y para manifestar la esperanza de que el Dr. Newman diese el consentimiento para ser nombrado protonario apostólico. Ésa fue toda la satisfacción que el padre St. John iba a obtener de su visita a Roma. Unas pocas semanas más tarde, el proyecto del Oratorio de Oxford se cancelaba de manera definitiva.

Cuando todo hubo terminado, Manning pensó que había llegado el momento para la reconciliación. Hizo intentos de aproximación mediante un amigo, ¿qué había hecho –se preguntaba– para ofender al Dr. Newman? Se cruzaron cartas, y, era natural, sirvieron para agrandar las diferencias. Newman no era hombre que se tomase la molestia de ser educado.

> Sólo puedo repetir –escribió finalmente– lo que dije cuando oyó hablar de mí por última vez. No sé si estoy sobre mis pies o sobre mi cabeza cuando mantengo relaciones con usted. A pesar de mis sentimientos de amistad, ése es mi juicio intelectual. Mientras tanto –concluía–, me propongo decir siete misas por su intención en medio de las dificultades e inquietudes de sus deberes eclesiásticos.

Lo único que pudo hacer Manning fue devolver el cumplido.

Aproximadamente en esta época, el cura de Littlemore tuvo una experiencia singular. Al pasar junto a la iglesia observó a un anciano, vestido pobremente con un abrigo viejo, gris, con el cuello levantado, inclinado junto al pórtico, y derramando abundantes lágrimas. Al parecer tenía algún problema grave, y el sombrero le caía sobre los ojos, como si desease esconder sus rasgos. Durante un momento, sin embargo, se volvió hacia el cura, a quien de repente le sorprendió algo en aquella cara. ¿Podría ser...? Una fotografía del hombre que había hecho famoso Littlemore hacía más de veinte años colgaba sobre la repisa de la chimenea, él nunca había visto el original, pero ahora, ¿sería posible...? Miró de nuevo, no hubo dudas. Era el Dr. Newman. Se acercó rápidamente con ofrecimientos de ayuda. ¿Podría serle útil? «¡Ah, no, no! –fue la respuesta–. ¡Ah, no, no!», pero el cura creyó que no debía salir corriendo y dejar a una persona tan eminente en semejante desconsuelo. «¿No era el Dr. Newman a quien tenía el honor de dirigirse?», preguntó con todo respeto y simpatía. «¿Podía hacer algo?» Pero el anciano apenas podía entender lo que se le decía. «¡Ah, no, no! –repitió mientras las lágrimas bajaban en torrente por la cara–, ¡ah, no, no!»

VII

Mientras tanto, un problema notable absorbía la atención de la Iglesia Católica. Una vez más, durante un momento, los ojos de toda la cristiandad estuvieron fijos sobre Roma. El poder temporal del Papa casi había desaparecido; pero mientras sus dominios mundanos disminuían de forma constante, las pretensiones espirituales del Santo Padre aumentaban con no menor constancia. Durante siete siglos la Inmaculada Concepción de la Virgen había sido muy problemática; habló Pío Nono, y la doctrina se convirtió en artículo de fe. Unos pocos años después, la corte de Roma dio otro paso: se publicó un *Syllabus Errorum*, en el que se denunciaban de manera categórica y se abandonaba a quienes las postulaban a la ira divina todas las creencias preferidas del mundo moderno: los derechos de las democracias, las demandas de las ciencias, la santidad de la libertad de expresión, los principios de la tolerancia. No obstante, se observó que el mundo seguía como antes. Parecía que era necesario algo más enérgico, alguna medida audaz y sorprendente que concentrase las fuerzas de los fieles y confundiese a los enemigos. La doctrina terrible de la Infalibilidad Papal, tan querida para todos los buenos católicos, parecía proporcionar justamente la oportunidad que se necesitaba. ¡Que se proclame la doctrina, con el consentimiento de toda la Iglesia, como artículo de fe, y, ante semejante proclamación, que el mundo haga lo peor! De acuerdo con esto, se convocó en el Vaticano un Concilio General –el primero que se celebraba desde que más de trescientos años antes se celebrase el Concilio de Trento–, con la intención de proporcionar «un remedio adecuado para los desórdenes intelectuales y morales de la cristiandad». El programa podría parecer demasiado amplio, incluso para un Concilio General; pero todos sabían lo que quería decir.

No todo el mundo, sin embargo, pensaba de igual forma. Había quienes tenían que examinar sus propias creencias incluso ante los misterios de la Infalibilidad. Era verdad, sin duda, que Nuestro Señor, al decir a San Pedro «tú eres Cefas, que quiere decir piedra», mediante ese acto dotó a ese apóstol de la primacía suprema, y de la preeminencia de la Iglesia Católica Universal; era no menos cierto que Pedro, después,

llegó a ser obispo de Roma, y no podía negarse que el pontífice romano era su sucesor. De ahí se seguía directamente que el pontífice romano era la cabeza, el corazón, la mente y la lengua de la Iglesia Católica; y más aún, quedaba claro que cuando Nuestro Señor oraba para que no flaquease la fe de San Pedro, esa oración implicaba la doctrina de la Infalibilidad Papal. Todas estas cosas eran evidentes, y sin embargo –sin embargo–, la declaración formal de semejantes verdades en el año de gracia de 1870, ¿no sería, por decir lo menos malo, inoportuna? ¿No se interpretaría como una ofensa o incluso como un escándalo por quienes no estaban familiarizados con las sutilezas del dogma católico? Tales eran las intranquilas reflexiones de los eclesiásticos y teólogos eruditos y serios de Inglaterra, Francia y Alemania. Newman estaba más trastornado que de costumbre. *Monsignor* Dupanloup estaba disgustado, y el Dr. Döllinger se preparaba para resistir. Estaba claro que habría una minoría desafecta en el Concilio.

Los apologistas católicos han alegado a menudo que la petición de la Infalibilidad implica nada más que la petición necesaria de un mando supremo que haría todo gobernante y todo gobierno. En Inglaterra, por ejemplo, los Estados Generales ejercen un poder absoluto sobre los asuntos seculares, nadie discute su autoridad, nadie sugiere que es absurda o exorbitante; en otras palabras, por consentimiento general, los Estados Generales son, dentro de su esfera, infalibles. ¿Por qué, por lo tanto, debería negarse al papa dentro de su esfera –la esfera de la Iglesia Católica– una Infalibilidad similar? Si no hay nada monstruoso en una ley del parlamento en la que se establece lo que tienen que hacer los hombres, ¿por qué tendría que haber algo monstruoso en una *Encíclica Papal* en la que se establece lo que los hombres deben creer? La alegación es muy simplista, en realidad es demasiado simplista, porque toma por demostrado el propio objeto de la discusión. ¿No hay una diferencia de índole incompatible entre supremacía e Infalibilidad? ¿Entre el derecho de la tenencia de alcaldía a regular el tráfico y el derecho del vicario de Cristo a decidir sobre los méritos indispensables para obtener la felicidad eterna? En cualquier caso, hay una diferencia muy evidente: las decisiones de una autoridad suprema pueden revocarse, las de una autoridad infalible no. Una junta de distrito puede cambiar las regulaciones del tráfico en la siguiente reunión. Pero el vicario de Cristo, cuando, en ciertas circunstancias y con ciertas precauciones, ha hablado, ha expresado, para siempre, una parte de la verdad eterna, absoluta e inmutable. Esto es lo que hace tan extraordina-

rias y tan enormes las pretensiones papales. Pero es lo que les proporciona encanto. Los apologistas católicos, cuando pretenden rebajar estas pretensiones y explicarlas, olvidan que es en su propia exorbitancia donde yace su fascinación. Si el papa no fuese nada más que un teniente de alcalde con más poder, apenas habríamos oído hablar de él. No es porque satisface a la razón, sino porque la confunde, por lo que los hombres se humillan ante el vicario de Cristo.

Ciertamente la doctrina de la Infalibilidad Papal ofrece a la razón un número suficiente de obstáculos. En el siglo catorce, por ejemplo, se dio el siguiente caso: Juan XXII afirmaba en la bula –*Cum inter nonnullos*– que la doctrina de la pobreza de Cristo era herética. Ahora bien, de acuerdo con la luz de la razón, una de dos cosas debe seguirse de esto: o Juan XXII mismo era hereje, o no era papa. Porque su predecesor, Nicolás III, había afirmado en la bula *Exiit qui seminat* que la doctrina de la pobreza de Cristo era la doctrina verdadera, y era herejía negarla. De modo que si Juan XXII estaba en lo cierto, Nicolás III era hereje; y en ese caso, los nombramientos de cardenales de Nicolás eran nulos; y el cónclave que eligió a Juan era ilegal; así que Juan no fue papa, sus nombramientos de cardenales fueron nulos, y toda la sucesión papal estaba viciada. Por otra parte, si Juan estaba equivocado, pues bien, era hereje, y de ahí nacían idénticos inconvenientes resultados. En cualquiera de los dos casos, ¿qué quedaba de la Infalibilidad Papal?

Pero preguntas vulgares y fundamentales como éstas no iban a perturbar el Concilio. La minoría discordante siguió otra línea. Admitían la Infalibilidad con buena disposición: la Infalibilidad, es decir, de la Iglesia; en lo que no estaban de acuerdo era en que la proclamación de la Infalibilidad se concentrase en el obispo de Roma. No negarían que, en realidad, de forma práctica, así sucedía, pero declarar que era así, convertir una creencia en artículo de fe, ¿qué podría ser –según su expresión– más inoportuno? En realidad, el espíritu galicano sobrevivía en ellos. En el fondo odiaban la autocracia de Roma, la dominación de una organización italiana centralizada sobre el vasto cuerpo de la Iglesia. Todavía deseaban, en esta hora tardía, alguna forma de gobierno constitucional, y sabían que el último y débil vestigio de semejante sueño se desvanecería por completo con la declaración de la Infalibilidad del papa. No se les ocurría, al parecer, que un catolicismo constitucional sería una contradicción en los términos, y que una Iglesia Católica sin el dominio absoluto del papa podría parecerse a la tragedia de Hamlet sin el príncipe de Dinamarca.

Pío Nono no estaba preocupado por las dudas. «Antes de ser Papa –dijo–, creía en la Infalibilidad papal, ahora la siento». En cuanto a Manning, su certeza no era menos completa que la de su superior. Aparte del Espíritu Santo, su nombramiento para la sede de Westminster se debía a la perspicaz apreciación de Pío Nono de que era el único hombre en Inglaterra en cuya fidelidad podía confiar de manera absoluta el Gobierno romano. La voz que estuvo repitiendo «*Mettetelo lì, mettetelo lì*» en el oído de Su Santidad no se sabe si estuvo inspirada por Dios o no, pero desde luego estuvo inspirada por la sagacidad política. Porque ahora Manning iba a demostrar que merecía la confianza que se había depositado en él. Voló a Roma en un torbellino de entusiasmo papal. De camino, en París, se detuvo un momento para entrevistarse con esos dos grandes puntales de la respetabilidad francesa, M. Guizot y M. Thiers. Ambos tuvieron el cuidado de no comprometerse, pero fueron extremadamente corteses. «Espero vuestro Concilio –dijo M. Guizot–, con gran ansiedad. Es el último gran poder moral y puede restablecer la paz en Europa». M. Thiers pronunció una breve arenga en favor de los principios de la Revolución, que, dijo, eran la mismísima médula de los franceses; no obstante, añadió, él siempre había apoyado el poder temporal del papa.

–*Mais, M. Thiêrs* –dijo Manning–, *vous êtes effectivement croyant.*

–*En Dieu* –contestó M. Thiers[21].

La Roma a la que llegó Manning hacia finales de 1869 era todavía la Roma que, durante tantos siglos, había sido la cumbre visible y orgullosa, el corazón palpitante, el santuario sagrado de la mezcla de poderes espirituales y terrenales más extraordinaria que el mundo haya conocido jamás. El Papa, en estos momentos, en verdad, apenas gobernaba sobre algo más que sobre la propia ciudad –el Patrimonio de San Pedro–, y gobernaba menos por la Gracia de Dios, que por la buena voluntad de Napoleón III; pero todavía era un príncipe soberano, y Roma todavía era la capital del Estado Papal, todavía no era la capital de Italia. Casi había sonado la última hora de este extraño dominio. Y como si supiese que había llegado el destino fatal, la Ciudad Eterna se disponía a recibirlo con toda gloria. Todo el mundo parecía haberse reunido dentro de sus murallas. Las calles estaban llenas de cabezas coronadas, y de príncipes de la Iglesia, grandes damas y grandes teólogos, artistas y frailes, diplomáticos y periodistas. Había setecientos obispos, venidos desde

(21) Francés: «Pero, M. Thiêrs –dijo Manning–, usted sí que cree». «En Dios –contestó M. Thiêrs».

todos los rincones de la cristiandad, con toda la variedad de la magnificencia eclesiástica: con bordados y amplia púrpura y velos violeta al viento. Los zuavos permanecían entre las columnas de San Pedro, y las tropas papales estaban en el Quirinal. Los cardenales pasaban, con sus ropajes y capelos, en los enormes coches oficiales, como ídolos pintados y misteriosos. Entonces se oía un siseo repentino: la multitud se agolpaba, y el aire se llenaba de interés profundo. ¡Sí! ¡Era él! ¡Se acercaba! ¡El Santo Padre! Pero antes aparecía, montado sobre una mula blanca, envuelto en una capa de color magenta, un dignatario solemne, enarbolando una cruz de plata. Lo seguía el coche dorado, tirado por seis caballos espléndidamente engalanados, y dentro el sonriente Pío Nono con el pelo blanco, repartiendo bendiciones, mientras la multitud caía de rodillas como un solo hombre. Tales eran los espectáculos diarios de la pompa colorista y de la solemnidad antigua que –mientras el sol brillase, por lo menos– deslumbraban al espectador, haciéndole olvidar felizmente el reverso de la administración papal: la suciedad repugnante de las calles, el ganado encerrado en los palacios de los grandes, y la fiebre dueña de los alojamientos insalubres de los pobres.

El crucero norte de San Pedro se cerró; se habían erigido filas de asientos de madera, cubiertos con cojines de Bruselas; y sobre éstos, cada uno coronado con una mitra blanca, se sentaban los setecientos obispos del Concilio. Aquí, durante todo el día fluían, en latín sonoro, los períodos interminables de la oratoria episcopal; pero no era aquí donde se decidía el resultado del Concilio. Los padres reunidos hablarían hasta que los mismos mármoles de San Pedro se impacientasen por los ecos, pero el destino de la Iglesia se decidía de manera muy diferente: en grupitos de personas muy influyentes que se reunían con tranquilidad por las mañanas en una habitación reservada de una residencia poco conocida, mediante una cita vespertina en los jardines Borghese entre un cardenal y un diplomático, mediante una reunión secreta en un cenador durante la fiesta nocturna de una princesa, rodeados de un mundo alegre y charlatán. Y por supuesto, en ocasiones significativas como ésta, Manning estaba en su elemento. Nadie tenía más experiencia en medio de aquellas dificultades, nadie sabía servirse de la experiencia con mayor prontitud, a la vez servicial y discreta. En toda ocasión, él tenía la palabra correcta o el silencio correcto; su influencia se ramificaba en todas direcciones, desde la cámara de audiencia del Papa, hasta el Gobierno inglés. «*Il Diàvolo del Concilio*», lo llamaban sus enemigos; y ese nombre era un halago para él.

El punto decisivo, fundamental, de los acuerdos no era tanto eclesiástico como diplomático. Llegado el momento, la corte papal, con su enorme mayoría de obispos italianos, podría estar segura de que haría prosperar sus deseos en el Concilio; la que era más dudosa era la actitud de los gobiernos extranjeros, en especial los de Francia e Inglaterra. El Gobierno francés temía un cisma entre sus súbditos católicos, y le disgustaba la perspectiva de un aumento de la influencia del Papa sobre el pueblo, y, puesto que la propia vida del último resto de poder temporal del Papa dependía del ejército francés, podía ejercer una considerable influencia sobre el Vaticano. Los intereses de Inglaterra estaban involucrados menos directamente, pero sucedía que en aquel momento el primer ministro era Mr. Gladstone, y Mr. Gladstone tenía opiniones firmes sobre la Infalibilidad Papal. Sus opiniones sobre el asunto eran en parte el resultado de su amistad con lord Acton, un historiador a quien no se le había otorgado la sabiduría y el juicio en igual proporción, y que, después de años de investigaciones increíbles, y, a decir verdad, casi míticas, había llegado a la conclusión de que el papa podía errar. Mr. Gladstone estaba de acuerdo por completo respecto a este punto, aunque no compartía el resto de las opiniones teológicas de su amigo; porque lord Acton, que tenía dificultades con el mosquito de la Infalibilidad, se había tragado entero el camello de la fe católica romana. «*Que diable allait-il faire dans cette galère?*»[22], no puede uno evitar preguntarse, al observar a este laborioso y honrado erudito, a ese entusiasta perpetuo de la libertad, a ese individuo que denigraba el sacerdocio y la persecución religiosa, mientras arrastraba su sabiduría de manera tan conflictiva por la polvorienta vía romana. Pero hay quienes saben llevar su Roma con elegancia, y lord Acton era uno de ellos.

Ahora se dedicaba a revolotear como una mosca alrededor del Concilio, y a escribir largas cartas a Mr. Gladstone, informándole de la gravedad de la situación, y animándolo a que utilizase su influencia. Si se aceptasen los dogmas, declaró, nadie entre quienes los aceptasen podría considerarse un súbdito leal, los católicos se convertirían en todas partes en los «enemigos irredentos de la libertad religiosa y civil». En estas circunstancias, ¿no era incumbencia plena del Gobierno inglés intervenir, complicado como estaba con las poderosas fuerzas católicas de Irlanda? Mr. Gladstone se dejó convencer, y lord Acton comenzó a confiar en el éxito de sus esfuerzos. Pero había olvidado un elemento de la situación,

(22) Fr.: «¿Qué diablos hacía él en esta compañía?»

no había contado con el arzobispo de Westminster. La afilada nariz de Manning había olfateado toda la intriga. Aunque despreciaba a lord Acton casi tanto como él le disgustaba a lord Acton, «hombres como ése –dijo– son todo vanidad: tienen las pretensiones de los profesores alemanes, y la conversación grosera de los estudiantes», sin embargo se dio cuenta con claridad suficiente del peligro de esta correspondencia con el primer ministro, y acto seguido dio los pasos necesarios para contrarrestarla. Había un agente semi-oficial del Gobierno inglés en Roma, Mr. Odo Russell, y en torno a él, Manning comenzó a trabajar para tejer su tupida y delicada tela de araña diplomática. A las cortesías preliminares, las siguieron largos paseos por el Pincio, y el intercambio gradual de comunicaciones confidenciales, cada vez más importantes. En poco tiempo, el pobre Mr. Russell no era sino una mosca zumbando en un hilo de la tela. Manning tuvo la prudencia de comprobar que al zumbar daba la nota adecuada. En sus despachos al encargado de Asuntos Exteriores, lord Clarendon, Mr. Russell explicaba con detalle la verdadera naturaleza del Concilio, que era simplemente una reunión de unos pocos prelados católicos para discutir sobre algunos asuntos internos de disciplina eclesiástica, que no tenía significación política de ninguna clase, que el asunto de la Infalibilidad, sobre el que había habido tanta conversación sin sentido, era un asunto puramente teológico, y que, cualquiera que fuese la decisión que sobre él se adoptase, la posición de los católicos romanos en todo el mundo permanecería inalterada. Es algo dudoso que el efecto de estas afirmaciones en lord Clarendon fuese tan grande como Manning suponía; pero lo que sí es cierto, en cualquier caso, es que Mr. Gladstone fracasó en su deseo de persuadir al Gobierno; y cuando por fin se hizo la propuesta definitiva: que el Gobierno inglés debería invitar a los gobiernos de Europa a intervenir en el Vaticano, se rechazó. Manning siempre creyó que éste había sido el resultado directo de los despachos de Mr. Russell, que habían actuado como un antídoto contra el veneno de las cartas de lord Acton, y que habían conseguido el éxito. Si fue así –la discreción de los biógrafos no ha levantado por completo el velo de estos procesos–, Manning con seguridad prestó un servicio no pequeño a la causa. Pero su modestia no le permitiría atribuirse un mérito que, después de todo, pertenecía a otros; cuando contaba la historia de aquellos días, añadía, con seriedad superior a la habitual: «La intercesión de la Voluntad Divina hizo que se frustrasen los designios de Sus enemigos».

Mientras tanto, en el crucero norte de San Pedro ya se había

tramitado una buena cantidad de asuntos preliminares. Se habían determinado de forma satisfactoria varios puntos misceláneos de la doctrina cristiana. Entre otros, los padres habían redactado y aprobado los siguientes cánones: «Si alguien no acepta como sagrados y canónicos todos y cada uno de los libros de la Sagrada escritura o niega que se deban a la inspiración divina, sea anatema». «Si alguien dice que los milagros no pueden darse, y que por lo tanto las relaciones de ellos, incluso las de las Sagradas escrituras, deben clasificarse entre las fábulas y los mitos, o que el origen divino de la religión cristiana no puede derivarse correctamente de ellos, sea anatema». «Si alguien dice que las doctrinas de la Iglesia pueden, en algún momento, admitir un sentido de acuerdo con el progreso de la Ciencia, diferente del sentido que la Iglesia ha entendido y todavía entiende, sea anatema». «Si alguien dice que no es posible, mediante la luz natural de la razón humana, adquirir un conocimiento cierto del Dios Uno y Verdadero, sea anatema». En otras palabras, se convirtió en artículo de fe que la fe no era necesaria para adquirir un conocimiento verdadero de Dios. Después de haber decidido sobre estos asuntos menores, los padres se aproximaban al fin al gran tema de la Infalibilidad. Se consideraban, como se vio pronto, dos asuntos principales: la Infalibilidad del Papa se admitía, en público al menos, por todos; lo que quedaba por determinar era 1) si la definición de la Infalibilidad Papal era oportuna; y 2) cuál era la definición de lo que se consideraba Infalibilidad Papal. Se vio muy pronto que el sentimiento del Concilio se inclinaba a la definición 1). Los inoportunistas eran una minoría reducida, perdieron las votaciones, y se vieron obligados a ceder. Sólo quedaba, por lo tanto, llegar a una conclusión sobre el segundo tema: en qué debería consistir la definición final 2). Ahora se convirtió en el objetivo de los inoportunistas limitar el campo de la definición lo más posible, mientras que los infalibilistas no eran menos activos a la hora de ampliarlo. Todo el mundo –casi todo el mundo– estaba dispuesto a limitar la Infalibilidad Papal a las declaraciones *ex cathedra*, es decir, aquellas pronunciadas por el papa en su calidad de doctor universal; pero esto sirvió para suscitar el tema verdaderamente clave: ¿a cuál de las declaraciones del papa se aplicaba la Infalibilidad? Las discusiones que siguieron fueron, era natural, copiosas, complejas y agrias; y en todas ellas Manning desempeñó un papel importante. Los padres deliberaron durante dos meses, durante cincuenta sesiones buscaron la guía del Espíritu Santo. Los asientos de madera, aunque estaban cubiertos con los cojines de Bruselas, eran cada vez más incómodos.

Sin embargo, los conciliares mitrados seguían sentados. El propio Papa comenzaba a impacientarse. Entre otras cosas, dijo, se estaba arruinando por el simple gasto de tener que mantener y cuidar a la multitud de sus partidarios. «*Questi Infallibilisti mi faranno fallire*», dijo Su Santidad. A la larga se vio que los inoportunistas prolongaban los procedimientos con la esperanza de lograr un aplazamiento indefinido. Entonces comenzaron a actuar las autoridades: se hizo callar a un obispo, se comenzó a votar. En este momento, tras largas dudas, el Gobierno francés se decidió a intervenir por fin, y se le informó al cardenal Antonelli de que si se seguía adelante con la Definición, las tropas francesas se retirarían de Roma. Pero el astuto Cardenal creyó que podría despreciar la amenaza sin peligro. Se dio cuenta de que Napoleón III trotaba hacia su caída, y que no se arriesgaría a una ruptura abierta con el Vaticano. En consecuencia, se decidió concluir el proceso mediante una votación final. Los inoportunistas, viendo que el juego había terminado, ya se habían sacudido de los pies el polvo de Roma. El 18 de julio de 1870, el Concilio se reunió por última vez. Al avanzar los primeros padres a depositar el voto, estalló de repente una tormenta de rayos y truenos sobre San Pedro. La votación continuó a lo largo de la mañana, y cada voto se acompañaba de un resplandor y un rugido del cielo. Ambos contendientes, con igual razón, aseguraron que el portento era una manifestación de la opinión divina. Cuando se examinaron los votos, se halló que quinientos treinta y tres estaban a favor de la definición propuesta y dos en contra. Al día siguiente se declaró la guerra entre Francia y Alemania, unas pocas semanas más tarde las tropas francesas se retiraban de Roma. Casi simultáneamente, el sucesor de San Pedro había perdido el poder temporal, pero había ganado la Infalibilidad.

Lo que había hecho el Concilio fue asentir a una definición del dogma de la Infalibilidad del Pontífice Romano que Pío Nono había dado a conocer, *proprio motu*, unos pocos días antes. La definición era tal vez algo menos extrema de lo que podía haberse esperado. El papa, declaraba, posee, cuando habla *ex cathedra*, «esa Infalibilidad con la que el Redentor quiso que Su Iglesia estuviese dotada para definir la doctrina en lo que se refiere a la fe o a la moral». Así, se convirtió en un dogma de fe el que una definición papal en lo referente a la fe o a la moral es infalible; pero más allá de eso, ambos, el Santo Padre y el Concilio, mantenían una juiciosa reserva. Sobre qué otras materias, además de la fe y de la moral, podría o no extenderse la Infalibilidad papal, todavía permanecía en duda. Y aún había otras interrogaciones, no menos graves, a las que no se

dio entonces ni más tarde una respuesta definitiva. ¿Cómo se determinaría, por ejemplo, cuál en concreto de las decisiones papales caía dentro del ámbito de la definición? ¿Quién iba a decidir lo que era o no un asunto de fe o moral? ¿Cuándo hablaba el pontífice romano precisamente *ex cathedra*? ¿Estaba el famoso *Syllabus Errorum*, por ejemplo, promulgado *ex cathedra* o no? Graves teólogos todavía no han sabido contestar. Sin embargo, admitir dudas en asuntos como éstos seguro que es peligroso. «En el deber de nuestro oficio pastoral supremo –proclamó el Pontífice Soberano–, por el amor de Cristo, rogamos con insistencia a todos los fieles creyentes en Cristo, y también lo ordenamos por la autoridad de Dios y la de Nuestro Salvador, que estudien y trabajen para expurgar y eliminar los errores, y para mostrar la luz de la fe más pura». ¡Ya podían los fieles estudiar y trabajar para tales fines! Pues mientras la ofensa permanecía en la ambigüedad, no había ninguna ambigüedad respecto al castigo. El ancho de un cabello fuera del camino desconocido de la verdad, una sombra en la luz misteriosa de la fe, y ahí estaba: ¡Anatema, anatema, anatema! Cuando los autores de semejantes edictos apelaban al amor de Cristo para justificarlos, ¿no habría sido oportuno que hubiesen hecho una pausa, y hubiesen recordado el consejo de otro gobernante soberano, aunque hereje, Oliver Cromwell?: «¡Pensad, pensad en el amor de Cristo, que podéis equivocaros!»

Uno de los resultados secundarios del Concilio fue la excomunión del Dr. Döllinger, y unos pocos más de los inoportunistas más intransigentes. Entre éstos, sin embargo, no se hallaba lord Acton. Nadie averiguó jamás por qué, ¿porque era demasiado importante como para que la Santa Sede tomase medidas contra él, o porque no era lo suficientemente importante?

Otra consecuencia posterior fue la aparición de un panfleto de Mr. Gladstone, titulado, «Vaticanismo», en el que se exponían ante el público británico las horribles implicaciones que involucraba la declaración de la Infalibilidad. ¿Cómo era posible, se preguntaba Mr. Gladstone, con todas las galas de su más florida retórica, confiar en la lealtad civil de los católicos romanos? Las palabras del cardenal Antonelli al embajador austriaco podrían servir como respuesta. «Hay una gran diferencia –dijo su eminencia–, entre la teoría y la práctica. Nadie podrá evitar nunca que la Iglesia proclame los grandes principios sobre los que se basa su edificio divino; pero en lo que se refiere a la *aplicación* de aquellas leyes, la Iglesia, imitando el ejemplo de su fundador divino, se inclina a tomar en consideración las flaquezas naturales de la humanidad». En cualquier

caso, era difícil advertir cómo un sistema de fe que había permitido al Papa Gregorio XIII efectuar, con la ayuda de los irlandeses católicos, toda una serie de intentos de asesinar a la Reina Isabel, se había convertido en una maquinaria de deslealtad más peligrosa mediante la definición de 1870. Pero tales consideraciones no lograron tranquilizar a Mr. Gladstone, ni al público británico, porque se vendieron ciento cuarenta y cinco mil ejemplares del panfleto en menos de dos meses. Aparecieron varias respuestas, y Manning no se quedó atrás. Su participación en la controversia condujo a un curioso encuentro personal.

Su conversión había afectado mucho a Gladstone. Manning no había dicho ni una palabra de la inminencia de la conversión a su viejo amigo íntimo, y cuando éste se enteró, le pareció casi un insulto personal. «Me sentí –dijo Mr. Gladstone– como si Manning hubiese asesinado a mi madre por error». Durante doce años no se vieron, después se vieron en alguna ocasión, y reanudaron la correspondencia. Así estaban las cosas cuando Mr. Gladstone publicó el panfleto. Inmediatamente, Manning escribió una carta al *New York Herald*, contradiciendo las conclusiones, y declarando que aquella publicación había sido «el primer acontecimiento que había empañado una amistad de cuarenta y cinco años». Mr. Gladstone contestó a esta carta con un segundo panfleto. Al final de las razones teológicas, añadió el siguiente pasaje:

> Creo necesario, en la conclusión a esta respuesta, hacer saber que el arzobispo Manning ha caído en la más grave inexactitud, en su carta del diez de noviembre, en la que describe mi panfleto como el primer acontecimiento que ha empañado una amistad de cuarenta y cinco años. Aludo a esto con pena, y sin entrar en detalles.

Manning contestó con otra carta.

> Mi querido Mr. Gladstone –escribió–: dice que me equivoco al afirmar que su panfleto anterior es el primer acontecimiento que ha empañado nuestra amistad.
>
> Si se refiere a lo que hice en 1851, al ingresar en la Iglesia Católica, por lo cual estuvimos separados durante unos doce años, puedo entenderlo.
>
> Si se refiere a cualquier otra cosa, por su parte o la mía, no soy consciente de ella, y desearía saber qué es.

Lo que hice en 1851 puede haber enfriado su amistad hacia mí. No alteró mi amistad hacia usted, como creo han demostrado los últimos años.

Confío en que no piense que pedir esta explicación sea un exceso de hipersensibilidad. Créame afectuosamente suyo,

†H.E.M.

Mi querido arzobispo Manning –respondió Mr. Gladstone–: Me pareció, lo confieso, un error sorprendente el decir en público que nuestra amistad no se había alterado durante cuarenta y cinco años, mientras en su carta declara que se interrumpió durante doce años.

También me sorprende que haya olvidado que durante cuarenta y cinco años me ha acusado de desempeñar el papel del Anticristo respecto del poder temporal del papa...

Nuestras diferencias, mi querido arzobispo, son en verdad profundas. En silencio, las dejamos en manos de un poder superior, supongo... A pesar de todo, en el momento más solemne, me aseguró que me recordaría en sus oraciones. Recibí el ofrecimiento con gratitud, y con un cariño que conservo. Cuando se elevan las oraciones hay un lugar en que se reconcilian quienes aquí abajo están separados por un abismo. Siempre seré afectuosamente suyo,

W. E. GLADSTONE

Al hablar de esta correspondencia, años más tarde, el cardenal Manning dijo: «Por la forma en la que Mr. Gladstone aludió al deterioro de nuestra amistad, la gente podría haber pensado que le había robado la cartera».

VIII

En 1875 los trabajos de Manning se recompensaron por última vez: se le nombró cardenal. Aquella larga y extraña carrera, con sus esperanzas, decepciones, luchas y renuncias, había culminado con el fruto de un principado de la Iglesia.

> Pidamos con fe y confianza perfectas –escribía él mismo en una ocasión–, y Dios nos dará lo que pedimos. Podemos preguntar: «¿Quiere esto decir que Él nos dará exactamente lo que pedimos?» Dios no ha dicho eso. Dios ha dicho que Él dará, sea cual sea la petición; pero la forma en que lo dará, y el momento en que lo dará los decide Él. A veces las oraciones se responden con las cosas que solicitamos; a veces puede ser un castigo o una pérdida o un desastre a los que se opone el corazón, y empezamos a creer que Dios no sólo se ha olvidado de nosotros, sino que nos trata con severidad. Esas cosas son la respuesta a nuestras oraciones. Sabe lo que deseamos, y Él nos da las cosas que pedimos, pero en la forma en la que su propia Sabiduría Divina juzga la mejor.

Había alguien a quien el ascenso de Manning, sin duda, habría producido gran satisfacción: su viejo amigo *monsignor* Talbot. Pero no fue posible. Aquel trabajador diligente por la causa de Roma se había trasladado unos años antes a una residencia aislada, en Passy, cuyas paredes acolchadas eran impermeables a los rumores del mundo exterior. A Pío Nono lo había afligido mucho este desgraciado acontecimiento; no pudo resignarse a la pérdida de su secretario, y dio órdenes para que el apartamento de *monsignor* Talbot en el Vaticano se conservase exactamente como lo había dejado, por si volvía. Pero *monsignor* Talbot nunca regresó. Los sentimientos de Manning en esta ocasión parecen haber sido menos compasivos que los del Papa. En todas sus cartas, papeles, memorias biográficas, no se halla ni una sola palabra de alusión ni a la desgracia ni a la muerte del más leal de sus partidarios. El nombre de *monsignor* Talbot desaparece de repente y para siempre, como una piedra arrojada a las aguas.

Manning ya era un anciano, y su aspecto exterior había asumido la apariencia de un ascetismo austero, que es, acaso, la única cosa que sugiere de forma inmediata su nombre a un inglés. La apariencia digna y el cuerpo delgado; la cabeza, impresionante y descarnada, la nariz prominente, los ojos brillantes y la boca hundida y atenazada por la severidad formidable de la edad, por la mortificación de sí mismo, por la autoridad. Tal es la imagen, palpable y real, como algún recuerdo redivivo de la Edad Media, que solía pasar y volver a pasar, hace menos de una generación, por las calles de Londres. Pues las actividades de esta figura extraordinaria eran muchas y variadas. Gobernaba la diócesis con el celo despótico del administrador nato. Se lanzó al trabajo social de toda clase: organizó la caridad, dio conferencias sobre la templanza. Predicó incontables sermones, escribió una serie inacabable de devocionarios. Y no toleró a ningún igual en las cercanías de su trono. Newman languidecía en Birmingham, incluso los jesuitas temblaban y obedecían.

No sólo en la esfera de su propia comunidad hallaban campo su experiencia y energía. De manera gradual comenzó a desempeñar un papel importante en los asuntos públicos, sobre problemas laborales, de pobreza o educación. Se sentaba en Comisiones Reales, mantenía correspondencia con ministros. En fin, ninguna reunión filantrópica del ayuntamiento de Londres se consideraba completa sin la presencia del cardenal Manning. Se le concedió un puesto especial de precedencia. Aunque el rango de cardenal primado es oficialmente desconocido en Inglaterra, su nombre aparecía en documentos públicos –como muestra, se supone, de consideración especial– por encima de los pares y obispos, e inmediatamente debajo del príncipe de Gales.

Su vida privada era la de un solitario. Las ambigüedades de su posición social, y el deseo de mantener intacta la eminencia peculiar de su oficio se combinaban para mantenerlo alejado de las reuniones habituales de sociedad, aunque en las raras ocasiones en las que aparecía entre la gente de moda y las personas importantes se le admiraba de forma unánime. Frecuentaba de manera preferente el Club Athenæum, donde se sentaba para examinar la prensa, o a hablar del pasado con los amigos de toda la vida. Asimismo era miembro de aquella corporación distinguida, la Sociedad Metafísica, que solía reunirse una vez al mes durante el próspero decenio de mil ochocientos setenta para discutir, en perfecta intimidad, los problemas fundamentales del destino del hombre. Tras una cena agradable en el Hotel Grosvenor, la Sociedad, que contaba

entre sus miembros al profesor Huxley y el profesor Tyndall, Mr. John Morley y sir James Stephen, el duque de Argyll, lord Tennyson y al deán Church, se reunía para oír y discutir una ponencia que leía alguno de los socios sobre problemas tales como: «¿Qué es la muerte?» «¿Puede conocerse a Dios?» o «La naturaleza del principio moral». En ocasiones, sin embargo, las conjeturas de la Sociedad tomaban otro rumbo.

> Creo que la ponencia que más me interesó –dice sir Mountstuart Elphinstone Grant-Duff– fue una sobre «¿En qué consiste la belleza especial de la imperfección y la decadencia?», en la que se preguntaban cosas como: «¿No es cierto y sabido que las ruinas son más hermosas que las obras terminadas? ¿Por qué es así? ¿Debería ser así?»

Desgraciadamente, sin embargo, las respuestas que dio a estas preguntas la Sociedad Metafísica no se han conservado para instrucción de la humanidad.

Manning leyó varias comunicaciones, y el profesor Huxley y Mr. John Morley escucharon con atención mientras él expresaba sus opiniones sobre: «El alma antes y después de la muerte», o explicaba por qué «La autoridad legítima es una manifestación de la verdad». A pesar de todo, Su Eminencia nunca se sintió a gusto en estas reuniones, se sentía mejor entre públicos de otra clase, y debemos investigar en otras direcciones para hallar ejemplos más completos y genuinos de su talento. En una serie de conferencias, por ejemplo, que dio en 1861 –el primer año de la unificación de Italia– sobre: «La crisis actual de la Santa Sede, comprobada en las profecías», cogemos algún reflejo de la clase de problemas con los que su inteligencia congeniaba de forma sincera.

> En las páginas siguientes –decía– he tratado, de manera insuficiente para un problema tan vasto, de mostrar que lo que sucede en nuestros tiempos es el preludio de un período anticristiano en el que se llevará a cabo el destronamiento de la cristiandad, y la restauración en el mundo de una sociedad sin Dios. Mi intención es –continuaba– examinar la relación actual de la Iglesia con los poderes civiles del mundo, a la luz de una profecía recogida por San Pablo.

Esta profecía (2 a los Tesalonicenses 2,3-11) se ocupa de la llegada

del Anticristo, y la mayor parte de la conferencia se dedicaba a examinar en forma minuciosa este tema. No hay ningún pasaje en la Escrituras, señalaba Manning, relacionado con la llegada de Cristo, más explícito y claro que los que predicen el Anticristo; es por lo tanto conveniente que los fieles consideren el asunto con más atención de la que acostumbran. En primer lugar, el Anticristo es una persona. «Negar la encarnación humana del Anticristo es negar el testimonio evidente de la Sagrada Escritura». Y debemos recordar que «es una ley de la Sagrada Escritura que cuando se profetiza la aparición de algunas personas, esas personas aparecen». De nuevo, había muchas razones para creer que el Anticristo, cuando apareciese, resultaría ser judío.

> Tal fue la opinión de San Ireneo, San Jerónimo, y la del autor del trabajo *De Consummatione Mundi,* atribuido a San Hipólito, y la del autor de un Comentario sobre la Epístola a los Tesalonicenses, atribuido a San Ambrosio; y la de muchos otros, que añaden que será de la tribu de Dan: como, por ejemplo, San Gregorio Magno, Teodoro, Aretas de Cesárea y muchos más. Tal es también la opinión de Belarmino, quien confirma esta certeza. Lesio afirma que los Padres, con acuerdo unánime, no ponen en duda en sus enseñanzas, que el Anticristo será judío. Ribera repite igual opinión, y añade que Aretas, San Beda, Haymo, San Anselmo y Ruperto afirman que por esta razón la tribu de Dan no se cuenta entre las que están confirmadas en el libro del *Apocalipsis*... Creo que ahora nadie puede pensar en la dispersión y conservación providencial de los judíos, entre todas las naciones del mundo, y en la vitalidad indestructible de la raza, sin creer que están reservados para alguna acción futura de Su Gracia y Providencia. Todo esto se dice una y otra vez en el Nuevo Testamento.
>
> Nuestro Señor –continuaba Manning, ampliando el campo de las conjeturas– ha dicho de estos tiempos posteriores: «Se levantarán Cristos falsos y profetas falsos, hasta tal extremo que podrán engañar incluso a los elegidos»; es decir, no los engañarán; pero quienes hayan perdido la fe en la Encarnación, tales como los filántropos visionarios, racionalistas y panteístas, pueden engañarse con cualquier persona de enorme poder político y éxito que restituirá a los judíos a su tierra, y poblará de nuevo Jerusalén con los hijos de los Patriarcas. No hay nada en el aspecto político del mundo que haga imposible esa combinación; en

> verdad el estado de Siria y el flujo de la diplomacia europea, con su movimiento constante hacia el este, hacen muy posible semejante acontecimiento.

En este punto Manning hacía una propuesta audaz: «Un médium con éxito –dijo– podría hacerse pasar, mediante sus dotes sobrenaturales, por el Mesías prometido».

Manning continuaba discutiendo el curso de los acontecimientos que conducirían a la catástrofe final. Pero este asunto, confesaba:

> Comprende mediaciones tan trascendentales y misteriosas que todo lo que me aventuraré a hacer será esbozar el contorno de lo que las profecías luminosas y claras, en especial las del libro de Daniel y el Apocalipsis, establecen; sin intentar entrar en detalles nimios, que solo pueden interpretarse por los propios acontecimientos.

Mientras aplaudimos su modestia, no necesitamos seguir a Manning más allá en su comentario sobre estos trabajos luminosos y claros; excepto, tal vez, para observar que la creencia de que «la ciudad de Roma renegará del vicario de Cristo, y será destruida por el Anticristo», era, en su opinión, cierta. No dejaban de asistirlo autoridades en este campo. Pues también la mantenían «Malvenda, quien escribe de forma expresa sobre este tema», y quien además «aserta la opinión de Ribera, Gaspar Melus, Viegas, Suárez, Belarmino y Bosius, según la cual, Roma apostatará de su fe».

IX

La muerte de Pío Nono trajo a Manning el último testimonio agradable de la confianza con la que se le consideraba en la corte de Roma. En una de las consultas privadas, previas al cónclave, un cardenal sugirió que se debería crear papa a Manning. Contestó que no era la persona adecuada para el puesto, porque era esencial para los intereses de la Santa Sede que el próximo papa fuese italiano. Volvieron a insistirle, pero Manning se mantuvo firme. Por un momento, la tiara pareció acercarse al alcance de la mano del otrora arcediano de Chichester, y la mano cauta se abstuvo.

Se eligió a León XIII, y hubo un gran cambio en la política del Vaticano. El liberalismo se puso a la orden del día. Finalmente, parecía que había llegado la oportunidad para hacer algo que en opinión de la mayoría de los ingleses católicos se había retrasado mucho: otorgar alguna prueba de reconocimiento, por parte de la Santa Sede, al padre Newman por sus trabajos y por su santidad. Se pensaba que el capelo de cardenal sería una recompensa adecuada para una vida como la suya, y, de acuerdo con esto, el duque de Norfolk, como representante de los laicos ingleses, visitó a Manning, y sugirió que se elevase una propuesta al Vaticano. Manning se mostró de acuerdo, y a continuación hubo una serie de incidentes curiosos: el último encuentro de las vidas inarmónicas de estos dos hombres. Manning escribió una carta al Papa, en la que incluía la propuesta del duque de Norfolk; pero hubo un retraso inexplicable en el envío de la carta; pasaron los meses, y no terminaba de llegar al Santo Padre. Todo el asunto se habría perdido de vista, quizá, y se habría olvidado, de una forma que ya era habitual en lo que se refiere a los reconocimientos brindados al padre Newman, si el mismo duque de Norfolk, cuando fue la vez siguiente a Roma, no se hubiese aventurado a recomendar a León XIII que se nombrase cardenal a Newman. Su Santidad aceptó gustoso la propuesta, pero, dijo, no podía hacer nada mientras no conociese la opinión del cardenal Manning. Con lo cual, el duque de Norfolk escribió a Manning explicándole lo que había sucedido. Poco después, le llegaba al Papa, después de un retraso de seis meses, la carta de recomendación de Manning e inmediatamente se despachó el ofrecimiento de un cardenalato a Newman.

Pero el asunto aún no había concluido. Se había hecho la oferta, ¿se aceptaría? Otro inconveniente. Newman era ya un hombre de setenta y ocho años, enfermo; y era una regla que todos los cardenales, que no fuesen también obispos diocesanos o arzobispos, residiesen de forma habitual en Roma. Este cambio habría sido imposible para alguien de su edad; y más aún para quien había dedicado toda la vida al Oratorio de Birmingham. Pero, por supuesto, no había nada que impidiese a Su Santidad que hiciese una excepción en el caso de Newman, y le permitiese terminar sus días en Inglaterra. ¿Cómo podría Newman sugerir esto? La oferta del capelo le había llegado como un regalo milagroso de confianza renovada, de reconciliación final. El antiguo extrañamiento amargo y duradero había terminado por fin. «¡El cielo se ha despejado de forma definitiva!», exclamó cuando le llegó la noticia. Sería verdaderamente triste que se le arrebatase con violencia la copa de los labios una vez más, y que se le obligase a rechazar esta señal de reconocimiento. Perplejo, se dirigió al obispo de Birmingham, a quien le expuso la situación. El obispo le aseguró que todo iría bien, que él mismo se pondría en contacto con las autoridades a quienes explicaría el caso. En consecuencia, mientras Newman redactaba una renuncia formal al capelo, sobre la base de su nula intención de abandonar el Oratorio, el obispo escribió dos cartas a Manning, una oficial y otra privada, en las que podían leerse los siguientes pasajes.

> El Dr. Newman tiene un carácter demasiado humilde y delicado como para soñar con decir algo que pudiera parecer como si él quisiera insinuar que desearía llegar a alguna clase de acuerdo con el Pontífice Soberano... Creo, sin embargo, que yo debería expresar mi propia impresión de la clase de disposición que anima al Dr. Newman, y la que se esperaría de mí... Soy plenamente consciente de que ningún obstáculo impide la aceptación más agradecida, exceptuado aquel que me dice que lo apena con más intensidad, es decir, la obligación de dejar el Oratorio en un período crítico de su historia y la imposibilidad de comenzar una vida nueva a su avanzada edad.

En la carta privada, el obispo decía:

> El Dr. Newman es muy anciano, y se ha debilitado con la edad y con las pruebas que ha padecido, en especial con la pérdi-

> da de sus dos hermanos, St. John y Caswell; no es capaz de mencionar estas dos pérdidas sin llorar y sin quedarse callado largo rato. Está muy afectado por la amabilidad del Papa, le agradaría, lo sé, aceptar el gran honor que se le ofrece, pero es consciente de todas las dificultades de un cambio de vida a su edad, o las de dejar el Oratorio, porque estoy seguro de que no podría hacerlo. Si el Santo Padre pensase que se le podría conferir la dignidad dejándolo donde está, yo sé cuán inmensamente gratificado se sentiría, y usted sabe cómo aplaudirían todos la concesión del cardenalato.

Estas dos cartas, junto con la renuncia de Newman, le llegaron a Manning cuando estaba a punto de ir a Roma. Después de que hubiese salido de Inglaterra, apareció la siguiente noticia en *The Times*: «El Papa León XIII ha insinuado su deseo de elevar al Dr. Newman al rango de cardenal, pero el Dr. Newman, con expresiones de profundo respeto hacia la Santa Sede, se ha excusado por no aceptar el purpurado».

Cuando los ojos de Newman se detuvieron en este párrafo, se dio cuenta al momento de que una fuerza poderosa y secreta trabajaba contra él. Tembló, como lo había hecho muchas veces antes; por cierto, no se trataba de un peligro imaginario. En el curso normal de los acontecimientos, ¿cómo podría haberse insertado una noticia semejante sin su autorización? Además, ¿no haría creer a todos no sólo en una renuncia absoluta que él nunca había formulado, sino en un deseo por su parte de hacer notablemente público el rechazo del honor conferido?, ¿no implicaba la noticia que había declinado con ligereza una propuesta por la cual, en realidad, estaba profundamente agradecido? Cuando el fatal párrafo se leyese en Roma, ¿no conduciría a una retención de la oferta del cardenalato?

Muy agitado, apeló al duque de Norfolk.

> En cuanto al anuncio –escribió– de mi renuncia al capelo cardenalicio que aparece en los periódicos, no debe creerlo, por esta razón:
>
> Por supuesto, se dice que se me ha hecho una oferta y que yo he respondido. Ahora bien, siempre he entendido que era asunto de honor y decoro considerar sagradas esas comunicaciones. Este anuncio no proviene de mí. Ni podría venir de Roma, porque se hizo público antes de que mi respuesta llegase a Roma.

> Entonces sólo podría venir de alguien que no solamente leyó mi carta, sino que, en lugar de dejar al Papa que la interprete, se tomó la molestia de interpretarla y dio publicidad a esa interpretación.
>
> Una carta privada, dirigida a las autoridades romanas, se interpreta en el trayecto y se publica en los periódicos ingleses. ¿Cómo es posible que alguien haya podido hacer esto?

La grave acusación señalaba en línea recta hacia Manning. Y era cierto. Manning había cometido ese hecho imposible. Sabiendo lo que hacía, con las dos cartas del obispo de Birmingham en el bolsillo, había hecho público el rechazo de Newman del capelo. Pero había habido un cambio en el espíritu de la Santa Sede. Las cosas no eran como habían sido en otros tiempos: *monsignor* Talbot estaba en Passy, y Pío Nono estaba, ¿dónde? El duque de Norfolk intervino una vez más, Manning se disculpó profusamente por haber interpretado mal las instrucciones de Newman, y rectificó el error ante el Papa con rapidez. Sin dudarlo, el Pontífice Soberano suavizó la norma de la residencia en Roma, y Newman se convirtió en cardenal.

Vivió para disfrutar su gloria durante más de diez años. Puesto que él rara vez dejaba el Oratorio, y como Manning nunca visitó Birmingham, los dos cardenales sólo se vieron una o dos veces. Después de una de estas ocasiones, al regresar al Oratorio, el cardenal Newman dijo: «¿Qué cree que hizo Manning? ¡Me besó!»

Al morir Newman, Manning leyó una oración fúnebre que comenzaba así:

> Hemos perdido al más importante testigo de la fe, y todos nos sentimos más pobres y limitados por la pérdida.
>
> Cuando me enteré de la noticia, mi primer pensamiento fue éste: ¿de qué forma puedo, una vez más, mostrar mi amor y veneración por mi hermano y amigo durante más de sesenta años?

En privado, sin embargo, el tono del Cardenal superviviente era más adecuadamente... directo. «¡Pobre Newman! –exclamó una vez, en un momento de expansión jovial–. ¡Pobre Newman! ¡Cómo odiaba!»

X

En aquel edificio lúgubre y desolado –más parecido a un cuartel que a un palacio episcopal–, la Residencia del Arzobispo, en Westminster, la vida de Manning se prolongó hasta edad muy avanzada. Al aumentar los años, sus actividades, como si eso fuera posible, también aumentaron. Reuniones, delegaciones, conferencias, sermones, artículos, entrevistas, cartas: cosas como éstas cayeron sobre él en cantidad redoblada, y se despachaban con celo infatigable. Pero esto no era todo, con la edad pareció adquirir lo que era casi un nuevo fervor, una libertad de espíritu inesperada, inusual, que lo llenaba de preocupaciones antes desconocidas. «Dicen que soy ambicioso –anotó en el diario– pero, ¿me conformo con la ambición?» No, bien seguro que no se conformaba, sino que ahora trabajaba sin *arrière pensée* para la mayor gloria de Dios. Una especie de frenesí se había apoderado de él. La pobreza, el alcoholismo, los vicios, todos los horrores y terrores de nuestra civilización se apoderaron de su mente, y lo alentaban a seguir hacia nuevos campos de acción y nuevos campos del pensamiento. El temple de su alma adquirió una consistencia casi revolucionaria. «Soy un radical seguidor de Moisés», exclamaba, y, en verdad, en su exaltación de las energías, la incoherencia de las concepciones, la urgencia democrática de sus deseos, combinadas con el aspecto imponente y la edad venerable, en todo ello podían distinguirse las cualidades mezcladas del patriarca, el profeta y el demagogo. Cuando el anciano, con sus vestidos desgastados y manchados, arengaba a las multitudes de Bermondsey o Peckham, y hablaba de las virtudes de la templanza, asegurándoles, con toda la pasión del convencimiento, como argumento final, que la mayoría de los apóstoles eran abstemios absolutos, este príncipe de la Iglesia podría haber pasado por un dirigente del Ejército de Salvación. Su popularidad era inmensa, y alcanzó la altura máxima durante las huelgas portuarias de 1889, cuando, después de que los huelguistas lograsen la victoria, fue capaz, con su elocuencia persuasiva y el peso de su personalidad, de evitar que se cometieran excesos. Después de que otros emisarios de paz –entre los que se contaba el obispo de Londres– hubiesen abandonado, disgustados, el empeño, el octogenario Cardenal siguió trabajando con

resolución infatigable. Finalmente, ya muy avanzada la noche, en las escuelas de la calle Kirby, Bermondsey, se levantó para dirigirse a los huelguistas. Un entusiasta testigo presencial ha descrito la escena:

> Lágrimas desacostumbradas brillaban en los ojos de aquellos toscos oyentes, curtidos por mil trabajos, cuando el Cardenal levantó la mano, y de forma solemne los exhortó a no prolongar ni un momento más, si podían evitarlo, la peligrosa incertidumbre y los sufrimientos de sus esposas e hijos. Justo por encima de su cabeza había una imagen de la Virgen con el Niño; y algunos de los que estaban cerca cuentan que una luz repentina parecía flotar alrededor de ella, cuando el orador intercedía por las mujeres y los niños. Al sentarse, todos los que estaban en la habitación sabían que había ganado, y que, en lo que se refería al comité de huelga, el asunto había terminado.

En aquellos días, llegaban visitantes extraños a la casa del Arzobispo. Clérigos cuidadosos y secretarios celosos se preguntaban adónde se dirigía el mundo cuando veían que dirigentes laboristas como Mr. John Burns y Mr. Ben Tillet y reformistas agrarios como Mr. Henry George, se hacían anunciar y se les conducía ante la presencia de Su Eminencia. Incluso apareció el notable Mr. Stead, y su periódico escandaloso con sus noticias incalificables yacía sobre la mesa del Cardenal. Esto le pareció excesivo a un sirviente tonsurado, que se atrevió a discutir con su superior. Pero no volvió a hacerlo.

Cuando los invitados se iban y la habitación se quedaba vacía, el anciano se acercaba al fuego enorme y revisaba, por milésima vez, la aventura prolongada de su vida. Sacaba diarios y memoriales y reordenaba las notas, volvía de nuevo las páginas amarillentas de ajados epistolarios, y, cogiendo la pluma, dejaba fluir los comentarios y reflexiones, y llenaba, con solicitud extraordinaria, página tras página, con elucidaciones, explicaciones y justificaciones de los incidentes desvanecidos del pasado remoto. Cortaba con las tijeras las páginas de periódicos antiguos, y con delicados dedos eclesiásticos consignaba al fuego ignotos misterios.

En ocasiones se dirigía a los cuatro infolios rojos de recortes de prensa, en los que guardaba la colección de artículos sobre él, que abarcaban un período de más de treinta años. Entonces las mejillas pálidas enrojecían, y los labios contraídos parecían más amenazadores que nunca.

«Malicia terca y estúpida –anotaba–. Mentira pura: planeada, deliberada y consciente». «Mentira tendenciosa. En el fondo de todo esto yace la hostilidad personal». Entonces, de repente, comenzaba a dudar. Después de todo, ¿dónde estaba?, ¿qué había logrado?, ¿había merecido la pena? ¡Si había estado fuera del mundo toda la vida! ¡Fuera del mundo!

> La *Vida y correspondencia* de Crooker, y las *Cartas* de Hayward –anota– están llenas de política, de literatura, de acción, de acontecimientos, de confrontaciones de mentalidades; y todo ello entre multitud de hombres de toda condición, de manera que cuando miro hacia atrás me parece como si mi vida hubiese sido simplemente inútil.

En otro lugar: «El aislamiento completo, y la exclusión de la vida oficial de Inglaterra en los que he vivido me hacen sentirme como si no hubiese hecho nada». Luchaba para consolarse, pensando que todo esto no era sino «el orden natural». «Si el orden natural se gobierna por un orden sobrenatural, entonces puede que haya hecho algo. Cincuenta años como testigo de Dios y su verdad, ésta es mi esperanza, no habrán sido en vano». Pero los pensamientos eran recurrentes. «Cuando leí la vida de Macaulay, tuve una sensación de inquietud al pensar que su vida había sido útil públicamente y la mía una *vita umbratilis*, una vida en la oscuridad». ¡Ah! era la voluntad de Dios. «La mía ha sido una vida de cincuenta años fuera del mundo, mientras que la de Gladstone ha transcurrido dentro de él. La obra de su vida en este mundo es evidente. Espero que la mía lo sea en el otro. Supongo que Nuestro Señor me sacó del mundo porque Él vio que yo perdería mi alma en él». Claro, ésta era la explicación.

No obstante, todavía permanecía en el mundo lo suficiente como para desempeñar con eficacia absoluta el gobierno complejo de la diócesis, casi hasta el último momento de su vida. Aunque la fuerza del cuerpo se consumía de manera gradual, el vigor mental no sufría desmayo. Por fin, sobre unos cojines, continuaba, mediante una correspondencia tomada al dictado, ejerciendo el dominio acostumbrado. Sólo de vez en cuando dejaba a un lado el trabajo para arrojarse a los deberes aún más necesarios de la devoción. Nunca más predicaría, nunca pondría en práctica aquellas sus tres reglas saludables de las que se servía para elegir el tema del sermón: «1) pedir a Dios que guíe la elección; 2) aplicarme el asunto a mí mismo; 3) hacer el signo de la cruz sobre la cabeza, corazón

y labios en honor de la Santa Boca»; pero todavía podía rezar; se dirigió en especial al Espíritu Santo.

> Una persona simple, pero muy devota –escribía en uno de los últimos memoriales– me preguntó que por qué en mi primer volumen de sermones hablé tan poco sobre el Espíritu Santo. No era consciente de ello, pero me di cuenta de que era cierto. Resolví al momento que ofrecería una reparación diaria durante el resto de mi vida al Espíritu Santo. Nunca he dejado de hacerlo hasta el día de hoy. A ello le debo la luz y la fe que me atrajeron al seno de la verdad. Compré todos los libros que pude sobre el Espíritu Santo. Comprendí la verdad de Su personalidad, Su presencia y Su importancia. Esto me hizo comprender el último párrafo del credo de los apóstoles, y me convirtió en católico.

Así, aunque la muerte llegó muy despacio, luchando paso a paso contra aquel espíritu tenaz y atrevido; cuando llegó por fin, el Cardenal estaba preparado. Envuelto en los ropajes arzobispales, con el roquete, la faja, la muceta, la birreta escarlata en la cabeza y la cruz pectoral sobre el pecho, hizo solemne profesión de fe en la Santa Iglesia Romana Católica y Apostólica. Una multitud de dignatarios menores, cada uno con el ropaje correspondiente a su rango, estaba al cargo de la ceremonia. El obispo de Salford llevaba el pontifical, y el obispo de Amycla llevaba la candela en la mano. El preboste de Westminster, arrodillado, leía en voz alta la profesión de fe, rodeado de los canónigos de la diócesis. El agonizante todavía pudo mostrar algunas señales de reconocimiento e incluso, quizá, afecto, hacia quienes se habían reunido en torno a él; sin embargo, parecía que su mayor preocupación, hasta el final, fue la de obedecer las reglas prescritas por la autoridad divina. «Me alegro de haber podido hacer todo correctamente», fueron algunas de sus últimas palabras. «*Si fort qu'on soit*–dice uno de los observadores más profundos del corazón del hombre–, *on peut éprouver le besoin de s'incliner devant quelqu'un ou quelque chose. S'incliner devant Dieu, c'est toujours le moins humiliant*»[23].

Manning murió el 14 de enero de 1892, en el año 85 de su vida. Unos pocos días más tarde, Mr. Gladstone aprovechó la ocasión, en una

(23) Fr.: «Por fuerte que sea uno, es posible que pase por la experiencia de necesitar inclinarse ante algo o ante alguien, inclinarse ante Dios es siempre lo menos humillante».

carta a un amigo, para contar sus relaciones con el difunto Cardenal. La conversión de Manning fue, decía:

> El golpe más fuerte que me haya caído jamás. En una carta posterior, el Cardenal la calificó de discusión, pero yo le contesté que no se había tratado de una discusión sino de una muerte; y era verdad. Muchas vicisitudes han ocurrido desde entonces. Pero tengo la certeza de que sus sentimientos personales no cambiaron ni al final; también creo que mantuvo una promesa que me hizo en 1851, la de recordarme ante Dios en los momentos más solemnes; una promesa que yo valoraba mucho. Todo este asunto es para mí de interés extraordinario pero solicita de mí la mayor discreción posible.
>
> Su resistencia a morir –concluía Mr. Gladstone–, puede explicarse por un deseo intenso de completar un servicio inacabado.

El funeral dio ocasión a una manifestación popular como rara vez se ha presenciado en las calles de Londres. El trayecto de la procesión estaba marcado por multitudes enormes de trabajadores, cuya imaginación colectiva se había despertado de forma instintiva. Muchos que apenas lo habían visto declaraban que con la muerte del cardenal Manning habían perdido a su mejor amigo. ¿Era el vigor magnético del difunto lo que los había conmovido? ¿El valiente desprecio de las costumbres y de aquellas reservas convencionales y etiqueta mezquina con las que acostumbran a rodearse los grandes? ¿Era algo indomable en las miradas o en los gestos? ¿Acaso era el encanto misterioso que lo rodeaba como miembro de la antigua organización de Roma? Cualquiera que fuese la causa, estaban impresionados, y, sin embargo, la impresión fue más intensa que duradera. El recuerdo del Cardenal hoy se ha oscurecido. Quien desciende a la cripta de esa catedral que Manning nunca vivió para ver, observará, en el nicho silencioso del monumento sepulcral, que el polvo se espesa sobre ese objeto casi imposible, incongruente, extraño, con sus trabajos de adornos entrelazados, y que cuelga en la bóveda oscura como un trofeo olvidado y abandonado: el capelo.

Bibliografía

E.S. Purcell, *Life of Cardinal Manning [Cardenal Manning: biografía].*

A.W. Hutton, *Cardinal Manning [El cardenal Manning].*

J.E.C. Bodley, *Cardinal Manning and Other Essays* [*El cardenal Manning y otros ensayos*].

F.W. Cornish, *The English Church in the Nineteenth Century [La Iglesia de Inglaterra en el siglo XIX].*

Dean Church, *The Oxford Movement [El Movimiento de Oxford].*

Sir J.T. Coleridge, *Memoir of the Rev. John Keble [Memorias del reverendo John Keble].*

Hurrell Froude, *Remains [Obra póstuma].*

Cardenal Newman, *Letters and Correspondence in the English Church [Cartas y correspondencia en la Iglesia de Inglaterra].*

—, *Apologia pro Vita Sua.*

Wilfrid Ward, *Life of Cardinal Newman [El cardenal Newman, biografía].*

—, *W.G. Ward and the Oxford Movement [W.G. Ward y el Movimiento de Oxford].*

—, *W.G. Ward and the Catholic Revival [W.G. Ward y el Renacimiento Católico].*

—, *Life of Cardinal Wiseman [El cardenal Wiseman, biografía].*

H.P. Liddon, *Life of E.B. Pusey [E.B. Pusey, biografía].*

Tracts for the Times [Tratados para nuestros tiempos], varios autores de la Universidad de Oxford.

Lord Morley, *Life of Gladstone [Biografía de Gladstone].*

Lives of the Saints [Vidas de santos], colección dirigida por J.H. Newman.

Herbert Paul, *Life of J.A. Froude [Biografía de J.A. Froude].*

Mark Pattison, *Autobiography [Autobiografía].*

T. Mozley, *Letters from Rome on the Occasion of the cumenical Council [Cartas desde Roma con ocasión del Concilio Ecuménico].*

Lord Acton, *Letters [Correspondencia].*

H.L. Smith y V. Nash, *The Story of the Dockers' Strike [Relación de la huelga del puerto].*

Florence Nightingale



Florence Nightingale

I

Todo el mundo conoce la imagen popular de Florence Nightingale. La abnegada, la santa, la delicada doncella de clase alta que despreció los placeres de una vida de comodidad para socorrer a los afligidos; la «dama de la lámpara», que se movía entre los horrores del hospital de Scutari, que santificaba con su bondad radiante el lecho del soldado moribundo; la imagen es harto familiar. Pero la verdad era diferente. La Miss Nightingale de verdad no era como la fantasía poco informada la pintaba. Trabajaba de otra forma, y con otras intenciones, se movía bajo el peso de una fuerza que no es la que pinta la imaginación popular. La poseía un demonio. Ahora bien, los demonios, sean lo que sean, están llenos de interés. Y he aquí que en la Miss Nightingale real había más cosas interesantes que en la de la leyenda; también había cosas que eran menos agradables.

Pertenecía a una familia muy rica que, a su vez, estaba relacionada, mediante matrimonios, con un extenso círculo de otras familias muy ricas. Había una gran casa de campo en Derbyshire; había otra en New Forest; había apartamentos en Mayfair, para la temporada de Londres, con todas sus fiestas elegantes; y había viajes al continente, con un número de óperas italianas superior al normal, y con atisbos de las celebridades de París. Educada en medio de semejantes ventajas, lo más natural era suponer que Florence apreciaría de forma conveniente todo ello, y que cumpliría con su deber en aquel estado de vida al que Dios se hubiera complacido en traerla: en otras palabras, se casaría, después de un número suficiente de bailes y fiestas, con un caballero de mérito, y viviría feliz a partir de ese momento. Su hermana, sus primas, todas las jóvenes con las que se relacionaba se preparaban para casarse, o ya lo habían hecho. Era inconcebible que Florence soñase con ninguna otra cosa; sin embargo, soñar es precisamente lo que hacía. ¡Ah! ¡Cumplir con su deber en aquel estado de vida al que Dios se hubiera complacido en traerla! Seguro que ella no se quedaría atrás en el cumplimiento del deber; pero, ¿a qué estado de vida se había complacido Dios en llamarla? Ése era el problema. Las llamadas de Dios son muchas y son extrañas. ¿A qué estado de vida se había complacido en llamar a Charlotte Corday

o a Isabel de Hungría? Si no era una llamada, ¿qué era aquella extraña voz que escuchaba? ¿Por qué había sentido, desde su más temprana juventud, aquellas misteriosas inclinaciones hacia... apenas sabía hacia qué, pero desde luego hacia algo muy diferente de lo que la rodeaba? ¿Por qué, en su infancia, en el cuarto de los niños, cuando su hermana había mostrado un saludable placer en romper las muñecas en pedazos, ella había mostrado un placer morboso en coserlas y componerlas de nuevo? ¿Por qué se dedicaba a cuidar de los pobres en sus humildes hogares, a cuidar de los enfermos, a poner la pata herida del perro en complicados cabestrillos, como si fuese un ser humano? ¿Por qué se le llenaba la cabeza de extrañas fantasías en las que la casa de campo de Embley se convertía, como por ensalmo, en un hospital, con ella misma de enfermera jefe moviéndose entre las camas? ¿Por qué incluso su visión del cielo se llenaba de pacientes doloridos a quienes ella era útil? Así soñaba, y se hacía preguntas, y, tras sacar el diario, vertía en él todas las inquietudes del alma. Entonces sonaba la campanilla, y llegaba la hora de vestirse para la cena.

Con el paso de los años, comenzó a apoderarse de ella una inquietud. Era desgraciada, y, por fin, se dio cuenta de ello. Mrs. Nightingale, al mismo tiempo, empezaba a pensar que algo iba mal. Era muy extraño, ¿qué podría pasarle a la querida Flo? Mr. Nightingale sugirió que sería aconsejable un marido; pero lo curioso era que ella no parecía tener ningún interés en los maridos. ¡Con sus atractivos y sus cualidades! No había nada en el mundo que pudiese impedir que hiciese un enlace en verdad satisfactorio. ¡Pero no! No pensaba nada más que en satisfacer un apetito singular de hacer algo. Como si, en cualquier caso, no tuviese ya bastante que hacer, de forma habitual, en casa. Había que cuidar de la porcelana, y tenía que leer para su padre después de la cena. Mrs. Nightingale no podía entenderlo; de repente, un día, la perplejidad se convirtió en consternación y preocupación. Florence dio a conocer un deseo perentorio de ir al Hospital de Salisbury durante unos meses, en calidad de enfermera; más aún, confesó un plan visionario de establecer al fin una casa propia en un pueblo cercano y fundar allí «algo parecido a una Hermandad Femenina Protestante, sin votos, para mujeres de sentimientos elevados». Todo el proyecto se desestimó por absurdo; Mrs. Nightingale, después de la primera conmoción de terror, pudo dedicarse con más o menos tranquilidad al bordado. Pero Florence, que ya tenía veinticinco años, y creía que se había deshecho el sueño de su vida, casi llegó a un punto de desesperación.

Por cierto, las dificultades del camino eran grandes. Porque no sólo era casi cosa inimaginable en aquellos tiempos que una mujer con medios de fortuna quisiera abrirse camino en el mundo y vivir con independencia, sino que la profesión concreta a la que Florence estaba destinada, tanto por su instinto como por su capacidad, en aquel tiempo, no gozaba de muy buena reputación. Una «enfermera» en aquellos tiempos era una anciana tosca, de costumbre sucia y siempre ignorante, a menudo brutal; una Mrs. Gamp, envuelta con atavíos sórdidos, aficionada a la botella de brandy o que se complacía en irregularidades peores[1]. Las enfermeras de hospital eran conocidas sobre todo por su conducta inmoral; la sobriedad era casi desconocida entre ellas; apenas se les podía confiar la ejecución de los cuidados médicos más simples. Cierto es que las cosas han cambiado desde entonces; y el hecho de que hayan cambiado se debe, mucho más que a cualquier otro ser humano, a la propia Miss Nightingale. No es extraño que sus padres hubiesen sentido un estremecimiento ante la idea de que su hija iba a dedicar su vida a semejante ocupación. «Era como si –ella misma dijo más tarde– hubiese querido ser pinche de cocina». Sin embargo, el deseo, absurdo e imposible como era, no sólo permaneció inamovible en su corazón, sino que creció en intensidad de día en día. Su infelicidad se convirtió en una melancolía morbosa. Todo alrededor de ella era innoble, y ella misma, estaba claro, para haber merecido tal desgracia, era aún más innoble que lo que la rodeaba. Sí, había pecado, «ante el trono del juicio final de Dios». «Nadie –dijo– ha ofendido tanto al Espíritu Santo»; de eso estaba más que segura. En vano oraba para librarse de la vanidad y de la hipocresía, y no podía soportar sonreír ni estar alegre, «porque detestaba que Dios la oyese reír, porque era como si no se hubiese arrepentido de su pecado».

Una persona más pusilánime se habría sentido abrumada ante el peso de tales desgracias, se habría rendido o habría cedido. Pero esta joven extraordinaria se mantuvo firme, y luchó hasta obtener la victoria. Con una constancia admirable, a lo largo de los ocho años que siguieron al rechazo de su petición de ingreso en el Hospital de Salisbury, luchó, trabajó e hizo planes. Mientras a los ojos de los demás llevaba la vida de una elegante muchacha de la alta sociedad, mientras en su fuero interno era presa de las torturas del arrepentimiento y del remordimiento, sin embargo poseía la energía necesaria para hacer acopio de los conoci-

(1) Sarah Gamp es un personaje de la novela de Charles Dickens *Martin Chuzzlewit.*

mientos, y para someterse a la experiencia que le permitiría hacer lo que ella había decidido que haría. En secreto, devoraba informes de comisiones médicas, panfletos de las autoridades sanitarias, memorias de hospitales y asilos. Los intervalos de la temporada de Londres los pasaba en las escuelas gratuitas para niños pobres, y en las casas de trabajo no remunerado. Cuando iba al extranjero con la familia, solía emplear su tiempo libre tan bien que apenas había algún gran hospital en Europa con el que no estuviese familiarizada, apenas había una gran ciudad cuyos barrios pobres no hubiese recorrido. Consiguió pasar algunos días en una escuela conventual en Roma, y unas semanas como *Soeur de Charité* en París. Luego, mientras su madre y su hermana tomaban las aguas en Carlsbad, consiguió escaparse a una institución de enfermeras en Kaiserswerth, donde permaneció durante más de tres meses. Éste fue el acontecimiento decisivo de su vida. La experiencia que obtuvo como enfermera en Kaiserswerth puso el fundamento de todas sus actividades futuras, y fue la que de forma definitiva afianzó en ella su vocación.

Sin embargo, aún la aguardaba otra prueba: las tentaciones del mundo que había apartado con desdén y desprecio. Había resistido a una tentación sutil que, en su agotamiento, la había rondado en ocasiones: la de dedicar las energías sofocadas hacia el arte o la literatura. La última ordalía tomó la forma de un joven deseable. Hasta entonces, sus pretendientes no habían sido más que una carga añadida y una ocasión de burlas festivas; pero ahora, durante un momento, pareció dudar. Un sentimiento nuevo se apoderó de ella, un sentimiento que no había conocido antes, y que nunca más iba a conocer. Había reclamado sus derechos sobre ella el instinto más poderoso y profundo de la humanidad. Pero ante ella se elevó aquel instinto con la formidable disposición –¿podría haber sido de otro modo?– del atuendo inevitable de un matrimonio victoriano, y tuvo la fuerza necesaria para aplastarlo bajo el pie.

> Tengo una naturaleza intelectual que necesita satisfacción –escribía–, y que la podría hallar en él. Tengo una naturaleza pasional que necesita satisfacción, y que la hallaría en él. Tengo una naturaleza activa y moral que necesita satisfacción, y que no la hallaría en la vida de él. A veces pienso que en cualquier caso mi naturaleza pasional también hallará satisfacción...

Pero, no, sabía en el fondo de su corazón que no podía ser. «Atarme a una prolongación todavía peor de mi vida actual... poner fuera de mi

alcance para siempre la posibilidad de labrarme una vida rica y verdadera». Eso sería un suicidio. Se decidió y rechazó lo que era al menos una felicidad cierta por un bien imaginario que podría no llegar a ser realidad. Reanudó la vida de espera y amargura de siempre.

> Los pensamientos y sentimientos que tengo ahora –escribía– puedo recordarlos desde que tenía seis años. Siempre he sentido que para mí era esencial, y siempre he deseado, una profesión, una tarea, una ocupación necesaria, algo en lo que desarrollar y emplear todas mis facultades. El primer pensamiento que puedo recordar y el último se refieren al trabajo de enfermera; o, en su defecto, un trabajo en la educación, pero un trabajo relacionado con la educación especial, mejor que con la educación infantil... He probado todo, viajes al extranjero, amigos, todo. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?

¿Un joven deseable? ¡Polvo y cenizas! ¿Qué es lo que había de deseable en una cosa como ésa? «A los treinta y un años –anotaba en el diario–, lo único que me parece deseable es la muerte».

Pasaron tres años más, y por fin el paso del tiempo modificó las cosas: su familia pareció darse cuenta de que era lo bastante mayor, y lo suficientemente capaz para valerse por sí misma, y por lo tanto se convirtió en superintendente de un hogar de enfermeras de la caridad en la calle Harley. Había obtenido la independencia, aunque todavía en una esfera limitada, y su madre todavía no se había resignado por completo: seguro que Florence al menos podría pasar el verano en el campo. Algunas veces, es cierto, entre sus amistades íntimas, Mrs. Nightingale casi lloraba. «Somos patos –decía con lágrimas en los ojos–, pero hemos criado un cisne salvaje». La pobre señora se equivocaba: no habían criado un cisne, sino un águila.

II

Miss Nightingale llevaba ya un año en su hospital privado de la calle Harley, cuando los hados llamaron a la puerta. Estalló la Guerra de Crimea, estaba en curso la batalla de Alma, y comenzaba a conocerse en Inglaterra la condición terrible de los hospitales militares de Scutari. A veces sucede que es un poco difícil seguir los planes de la Providencia, pero en esta ocasión estaba todo claro, hubo una coordinación perfecta de los acontecimientos. Porque durante años Miss Nightingale había estado preparándose; por fin estaba preparada, tenía experiencia, era libre, era madura, pero todavía joven, tenía treinta y cuatro años, estaba deseando servir, y tenía experiencia de mando. En ese preciso momento se presentó la necesidad perentoria de una gran nación, y allí estaba ella para satisfacerla. Si la guerra se hubiese declarado unos cuantos años antes, no habría tenido el conocimiento necesario, quizá incluso ni la energía suficiente para ese trabajo; unos pocos años más tarde, sin duda, se habría quedado paralizada en la rutina de algún trabajo absorbente, y, lo que es peor, habría envejecido. No sólo era notable la coincidencia en el tiempo. También coincidía el que Sidney Herbert estuviese en el Ministerio de la Guerra, en el Gobierno; Sidney Herbert era amigo íntimo de Miss Nightingale, y estaba convencido, por experiencia personal en los trabajos de caridad, de la capacidad extraordinaria de ella. Con semejantes premisas, apenas parecerá extraño el dar por hecho que la carta de ella, en la que ofrecía sus servicios para ir a Oriente, y la carta de Herbert Sidney, en la que se los solicitaba, en realidad, se cruzasen en el camino. Así sucedió todo, sin un solo fallo. Se concedió el nombramiento; e incluso Mrs. Nightingale, atónita ante la magnitud de la empresa, dio su aprobación. Un par de amigas fieles se ofrecieron como ayudantes personales. Se reunieron treinta y ocho enfermeras; y antes de que transcurriese una semana del intercambio de cartas, Miss Nightingale, en medio de un gran estallido de entusiasmo popular, partía hacia Constantinopla.

Entre la copiosa correspondencia que recibió al partir, había una carta del Dr. Manning, que en aquellos momentos trabajaba en relativa oscuridad como cura católico en Bayswater. «Dios la protegerá –escribía–,

y mi oración pedirá para usted que su único objeto de adoración, modelo de conducta y fuente de consolación y fuerza, sea el Sagrado Corazón de nuestro Señor Divino».

Hasta qué punto se cumplió la oración del Dr. Manning, debe permanecer como materia de duda; pero hay algo que sí sabemos: que si en alguna ocasión fue necesaria una plegaria, desde luego lo fue para Florence Nightingale en aquellos momentos. Aun siendo oscura la pintura del estado de las cosas en Scutari, tal como se le ofrecía al público inglés en los despachos del corresponsal de *The Times* y en multitud de cartas particulares, la realidad resultó ser todavía más oscura. Lo que había sucedido, en pocas palabras, era la desintegración completa de los servicios médicos en el escenario de la guerra. Los orígenes de este terrible desastre fueron complejos y múltiples; crecían hacia el pasado, a través de largos años de paz y confianza, en Inglaterra; podrían seguirse sus huellas a lo largo de interminables ramificaciones de incapacidad administrativa: desde los defectos inherentes a unos sistemas confusos, hasta las pequeñas torpezas de los funcionarios de menor graduación, y, desde la ignorancia inevitable de los ministros del Gobierno, hasta las funestas obligaciones de las exigencias burocráticas. Posteriores encuestas mostraron con claridad que el mal era, en realidad, el peor de todos los males, es decir, un mal que no se había originado por ninguna razón particular, y por el que no podía culparse a nadie. Toda la organización de la maquinaria de guerra era ineficaz, y estaba anticuada. El anciano Duque había presidido durante el período de una generación la Guardia Montada, y había reprimido las innovaciones con mano de hierro. Había un extraordinario solapamiento de autoridades, un cambio increíble de responsabilidades de un lado para otro. En cuanto a la idea de crear y mantener un servicio médico adecuado para el ejército, en la atmósfera de un caos antiguo, ¿cómo podría haberle entrado a nadie en la cabeza? Antes de la guerra, los indolentes oficiales de Westminster estaban convencidos por naturaleza de que todo estaba bien, o al menos todo lo bien que podía esperarse; cuando alguien, por ejemplo, tenía la iniciativa temeraria de proponer la formación de un cuerpo de enfermeras del ejército caía en el más completo de los ridículos. Cuando la guerra hubo comenzado, los galantes oficiales británicos que controlaban la organización tenían otras cosas en que pensar antes que en los pequeños detalles de la organización médica. ¿Quién se había preocupado por semejantes menudencias en la Península? Seguro que, además, en aquella ocasión, se había hecho bastante bien. De manera que las precaucio-

nes más elementales no se tuvieron en cuenta, y los preparativos más necesarios se aplazaron de forma indefinida. Se ordenó al oficial en jefe del ejército, el Dr. Hall, que estaba en la India, que se presentase al momento, pero no pudo viajar a Inglaterra antes de hacerse cargo de sus deberes en el frente. No fue sino al final de la batalla de Alma, ya la guerra llevaba varios meses de duración, cuando se consiguieron plazas de hospital en Scutari para más de un millar de hombres. Hubo sin duda errores, insensateces y torpezas por parte de algunos individuos; pero, a la hora de hacer el balance global, fueron poco importantes: síntomas insignificantes del mal profundo del cuerpo político, la calamidad enorme del derrumbe administrativo.

Miss Nightingale llegó a Scutari –un suburbio de Constantinopla, en el lado asiático del Bósforo– el 4 de noviembre de 1845, diez días después de la batalla de Balaclava, un día antes de la de Inkerman. La organización de los hospitales, que ya se había resentido bajo el peso de la batalla de Alma, se sometía ahora a la urgencia añadida que implicaban estas dos sangrientas y feroces batallas. Ya se recibían grandes destacamentos de heridos. Los hombres, después de recibir el tratamiento muy sumario que podían ofrecer los hospitales más pequeños en Crimea, se embarcaban al momento en grupos de doscientos a través del Mar Negro hacia Scutari. En tiempos normales, este viaje duraba cuatro días y medio, pero los tiempos no eran normales, y ahora el trayecto duraba a menudo una quincena o tres semanas. Recibía, no sin razón, el nombre de *paso medio*[2]. Bajo cubierta y a veces encima de ella se amontonaban los heridos, los enfermos y los moribundos: hombres que habían sufrido la amputación de alguno de sus miembros, hombres en las garras de la fiebre o de la congelación, hombres en la etapa terminal de la disentería o del cólera; sin camas, a veces sin mantas, a menudo casi sin ropa. El cirujano o el par de cirujanos a bordo hacían lo que podían; pero no había botiquín, y la única forma de enfermería disponible era la que proveían un puñado de soldados inválidos, que de costumbre ellos mismos llegaban postrados al final del viaje. No había ningún otro alimento además de las raciones en salazón de la dieta marina; e incluso el agua estaba guardada de tal forma que quedaba fuera del

(2) El *middle passage*, el "paso medio", era el nombre que recibía una parte del viaje a través del Océano Atlántico, desde la costa oeste de África hasta las Indias Occidentales. El nombre se le daba a la etapa más larga del viaje de los barcos esclavistas que navegaban desde África hacia América o las Indias Occidentales.

alcance de los más débiles. Durante muchos meses, la media de muertes durante estos viajes fue de setenta y cuatro de cada mil; los cadáveres se arrojaban al agua, ¿se diría que eran los más desafortunados? En Scutari, el lugar de desembarco, construido con toda la perversión del ingenio oriental, sólo permitía acercarse con grandes dificultades, si el tiempo era malo, no había manera de desembarcar. Cuando el acercamiento era posible, en primer lugar había que desembarcar a lo que quedaba de los hombres, a continuación había que llevarlos por una cuesta muy pronunciada durante un cuarto de milla hasta el hospital más próximo. Sólo los casos más graves podían llevarse en camillas, porque había muy pocas; el resto se llevaba o se arrastraba colina arriba por los soldados convalecientes que se podían reunir, aquéllos que no estaban tan evidentemente enfermos como para no poder trabajar. Por fin se preparaba el viaje, con lentitud, uno por uno, vivos o moribundos, los heridos se conducían hasta el hospital. Pero en el hospital, ¿qué encontraban?

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate, las puertas del engaño no llevaban esta inscripción, y, no obstante, tras ellas se abría la boca del infierno. Carencias, negligencia, confusión, desgracias de todos los tipos y con todos los grados de intensidad llenaban los pasillos interminables, y los apartamentos enormes del barracón gigantesco, que, sin plan ni preparación, se había dispuesto de forma apresurada como refugio principal para las víctimas de la guerra. El edificio era radicalmente defectuoso. Estaba construido sobre un enorme alcantarillado, y los pozos negros cargados de inmundicia enviaban su veneno a las habitaciones superiores. Los suelos estaban tan podridos que muchos de ellos no podían fregarse; las paredes acumulaban suciedad; multitudes increíbles de insectos pululaban por todas partes. A pesar de que el edificio era enorme, sin embargo resultaba demasiado pequeño. Contenía cuatro mil camas, todas juntas, de manera que sólo quedaba sitio para pasar entre ellas. En medio de tales condiciones, el sistema de ventilación más complicado habría tenido defectos, pero es que no había ventilación. El hedor era indescriptible. «Estoy familiarizada –dijo Miss Nightingale– con las viviendas de los peores barrios de la mayoría de las grandes ciudades europeas, pero nunca había estado en ningún lugar comparable a la atmósfera del Hospital del barracón por la noche». Los defectos estructurales sólo podían compararse con las deficiencias de los objetos más comunes de uso hospitalario. No había suficientes somieres, las sábanas eran de lona, y tan bastas que los heridos se horrorizaban ante ellas, y rogaban que los dejasen sólo con las mantas; no había mobiliario

de habitación de ningún tipo, se utilizaban como candelabros las botellas vacías de cerveza. No había palanganas, toallas, jabón, escobas, bayetas, bandejas ni platos; no había zapatillas, tijeras, cepillos para el calzado ni betún; tampoco había cuchillos, tenedores ni cucharas. El suministro de carbón era por lo general insuficiente. Las disposiciones de la cocina eran inadecuadas hasta el absurdo, la lavandería era una farsa. En cuanto al material puramente médico, las cosas no estaban .mejor. Hacían falta camillas, material para entablillar, y, en fin, también hacían falta las drogas más habituales.

Para proveer a tales necesidades, para luchar contra semejantes dificultades, había un puñado de hombres aplastados bajo el peso de un trabajo incesante, atados por la tradición de la rutina oficial, y debilitados, bien por la avanzada edad, bien por la pura incompetencia. Habían demostrado estar muy por debajo de las exigencias de su tarea. El doctor jefe se hallaba hundido en la imbecilidad del optimismo senil. El desgraciado oficial cuyo cometido era subvenir a las necesidades del hospital se hallaba atado de pies y manos por los formularios de la burocracia. Un puñado de los médicos más jóvenes luchaba con valentía, pero, ¿qué podían hacer?, sin preparación, desorganizados, con la única ayuda que podían hallar entre el desgraciado grupo de soldados que podían reclutar entre los convalecientes para atender a los camaradas enfermos, se enfrentaban con la enfermedad, con las mutilaciones y con la muerte en todas sus aterradoras manifestaciones; todo esto se apilaba ante ellos de forma tumultuosa, era una masa que crecía sin parar. Eran como náufragos que luchaban no por obtener la seguridad, sino, sencillamente, por seguir vivos el momento siguiente; para ganar, con otro esfuerzo todavía más frenético, un breve respiro ante el avance de las aguas de la destrucción.

En estas circunstancias, quienes se habían curtido hacía tiempo en la contemplación del sufrimiento humano –cirujanos con un conocimiento universal del dolor, soldados familiarizados con las carnicerías de los campos de batalla, misioneros con recuerdos de hambres y plagas– pudieron apreciar, no obstante, un matiz del horror que no habían conocido con anterioridad. Había momentos y había lugares en el hospital de los barracones de Scutari en los que temblaba la mano más fuerte, y el ojo más valiente se veía obligado a mirar a otra parte.

Llegó Miss Nightingale, y ella, en cualquier caso, en aquel infierno, no perdió la esperanza. Había una razón: había traído material de socorro. Antes de salir de Londres había consultado al Dr. Andrew Smith,

presidente del Comité Médico del Ejército, le había preguntado si sería útil llevar equipos de algún tipo a Scutari, el Dr. Andrew Smith le había contestado que «no se necesitaba nada». Incluso Sidney Herbert le había dado seguridades en ese sentido. Tal vez, quizá debido a alguna clase de error, podría haber habido algún retraso en la entrega de equipos médicos, que, según dijo él, se habían enviado desde Inglaterra «con profusión», pero «en cuatro días se habría solucionado». Prefirió fiarse de su intuición, y en Marsella compró grandes cantidades de provisiones de toda clase, que fueron de extrema utilidad en Scutari. También llegó con amplias provisiones de dinero: en conjunto, a lo largo de su estancia en Oriente, recibió, procedentes de recursos privados, unas siete mil libras; además pudo obtener otros valiosos recursos. Había llegado a Scutari, al tiempo que ella, Mr. Macdonald, de *The Times*, encargado del deber de administrar las cuantiosas sumas de dinero recogidas a través de la agencia de ese periódico para ayudar a enfermos y a heridos. Mr. Macdonald tuvo la sensatez de darse cuenta de que el mejor uso que podría hacerse de los fondos de *The Times* era ponerlo a disposición de Miss Nightingale.

> No puedo concebir –escribía un testigo presencial–, al mirar con calma hacia el pasado, hacia las tres primeras semanas posteriores a la llegada de los heridos de la batalla de Inkerman, cómo habría sido posible haber evitado un estado de cosas demasiado lamentable para contemplarlo, si Miss Nightingale no hubiese estado allí, con los medios que puso a su disposición Mr. Macdonald.

Pero la opinión oficial era diferente. ¡Cómo!, ¿iba a admitir la administración pública, al aceptar la caridad externa, que era incapaz de cumplir sus propios deberes sin la ayuda de la benevolencia privada e irregular? ¡Eso, nunca! En consecuencia, cuando se le pidió a lord Stratford de Redcliffe, embajador en Constantinopla, que indicase cómo podían emplearse los fondos de *The Times*, él contestó que se les podría buscar un destino muy bueno: erigir una iglesia protestante inglesa en Pera.

Mr. Macdonald no perdió más tiempo con lord Stratford, unió al momento sus fuerzas a las de Miss Nightingale. Pero con semejante disposición mental en las altas esferas, es fácil imaginar la clase de disgusto y alarma que debió de haber invadido al médico y al cirujano normales

ante la irrupción repentina de un grupo de amateurs y mujeres. No podían comprenderlo, ¿qué tenían que hacer las mujeres en la guerra?; aquellos coroneles sin pretensiones de refinamientos aliviaban el aburrimiento contando chistes pesados acerca de «la Niña»; mientras que el pobre Dr. Hall, una especie de tosco terrier con forma de hombre, que había ascendido a la cumbre de su profesión sin dejar de luchar ni un minuto, se quedó sin habla por el asombro, y al fin dijo que el nombramiento de Miss Nightingale era extraordinariamente cómico.

El nombramiento, de hecho, era oficial, pero esto apenas hacía más fáciles las cosas. En los hospitales era deber suyo ofrecer sus servicios y los de sus enfermeras, cuando los solicitaban los médicos, pero no antes. Al principio, a algunos cirujanos ni se les ocurría qué pedirle, y, aunque otros la recibían bien, la mayoría era hostil y recelosa. Poco a poco comenzó a ganar terreno. No podía negarse su buena voluntad, y no podía subestimarse su capacidad. Con tacto consumado y con toda la delicadeza de la fuerza extraordinaria, por fin logró imponer su personalidad sobre el grupo suspicaz de hombres con mando que la rodeaba, y que se hallaba debilitado, desanimado y abrumado por el trabajo. Se mantuvo firme, era como una roca en medio de un océano airado; sólo en ella había seguridad, consuelo, vida. De esta manera amaneció la esperanza en Scutari. El reino del caos y de la noche antigua comenzó a decrecer; el orden apareció en el escenario, acompañado del sentido común y del sentido de la anticipación y la capacidad de decisión; todo ello radiaba desde la pequeña habitación a un lado de la gran galería del hospital militar donde, noche y día, la señora superintendente se sentaba a su tarea. El progreso podría ser lento, pero era seguro. El primer síntoma de un gran cambio llegó con la aparición de algunos de los objetos necesarios de los que el hospital había estado desprovisto durante meses. Los enfermos comenzaron a disfrutar del uso de toallas y jabón, cuchillos y tenedores, peines y cepillos para los dientes. Es probable que el Dr. Hall resoplase cuando oyese hablar de ello, y que preguntase, con un gruñido, que para qué quería un cepillo de dientes un soldado; pero el buen trabajo continuó. Finalmente, todo lo relativo al aprovisionamiento de los hospitales, de hecho, lo llevaba a cabo Miss Nightingale. Al parecer, sólo ella sabía dónde echar mano de lo que se necesitaba, cualquiera que fuese la contingencia; sólo ella sabía administrar las provisiones con prontitud; pero sobre todo, solamente ella poseía el conocimiento del arte de soslayar las influencias perniciosas de las regulaciones oficiales. Éste era su mayor enemigo, y, a veces, incluso

a ella la derrotaba. En una ocasión, llegaron y se desembarcaron veintisiete mil camisas enviadas a petición de ella por el Gobierno del Interior, lo único que faltaba era desempaquetarlas. Pero entonces intervino el «intendente» oficial. «No podía desempaquetarlas –dijo– sin permiso del Comité». Miss Nightingale suplicó en vano, los enfermos y los heridos yacían medio desnudos, tiritando por falta de ropas, pero pasaron tres semanas antes de que el Comité diese salida a las camisas. Un poco después, sin embargo, en una ocasión parecida, Miss Nightingale pensó que podría dar una muestra de su propia autoridad. Ordenó que un envío del Gobierno se abriese a la fuerza, mientras el infeliz «intendente» permanecía al lado, retorciéndose las manos en medio de una agonía burocrática.

Averiguó que en el abismo insondable de la aduana turca yacían enterradas enormes cantidades de valiosas provisiones enviadas desde Inglaterra. Otras mercancías pasaban en barco, enterradas bajo las municiones destinadas a Balaclava, sin que en Scutari se dieran cuenta, y, de esta manera, el material de hospital se transportaba tres veces de un lado a otro del Mar Negro antes de que llegase a su destino. Todo el sistema estaba claramente mal diseñado, y Miss Nightingale propuso a las autoridades inglesas que se estableciese un almacén del Gobierno en Scutari para la recepción y distribución de los envíos. Seis meses después de su llegada, el almacén era una realidad.

Mientras tanto, había reorganizado la cocina y lavandería de los hospitales. Los trozos de carne mal cocinados, servidos de forma pésima a intervalos irregulares, que hasta entonces habían sido la única dieta para los enfermos, se sustituyeron por comidas puntuales, bien preparadas y apetitosas; además, se servían a quienes las necesitaban comidas vigorizantes extra –sopas, vinos y conservas de frutas («lujos absurdos», gruñó el Dr. Hall)–. Hubo una cosa, sin embargo, que no pudo conseguir. La separación de los huesos y la carne no formaba parte de la cocina oficial: la regla decía que el alimento debía dividirse en porciones iguales, y si algunas de las porciones eran sólo hueso, bien, todos los hombres tenían idénticas oportunidades. La regla quizá no era muy buena, pero estaba ahí. «Deshuesar la carne –se le dijo–, requeriría un nuevo Reglamento del Servicio». En cuanto a las disposiciones del lavado hubo una revolución. Hasta la llegada de Miss Nightingale, el número de piezas de ropa interior que habían logrado lavar las autoridades era el de siete. La ropa de cama del hospital se «lavaba» en agua fría. Alquiló una casa turca, hizo instalar calentadores, y empleó a las mujeres de los soldados para el

trabajo de lavandería. Los gastos los proveían sus fondos privados y los de *The Times*, y desde ese momento los enfermos y heridos tuvieron el consuelo de las sábanas limpias.

Después dirigió su atención hacia la ropa de vestido. Debido a las circunstancias de las operaciones militares, el mayor número de los hombres había abandonado el equipo, no tenían macutos; sólo eran dueños de lo que llevaban encima, y en general para lo único que servía aquello era para una destrucción lo más rápida posible. El «intendente», por supuesto, señaló que, de acuerdo con el reglamento, todos los soldados deberían traer con ellos al hospital una provisión adecuada de vestidos, y añadió que no era asunto suyo subvenir a esas deficiencias. Al parecer, sí era asunto de Miss Nightingale. Consiguió calcetines, botas y camisas en cantidades enormes; mandó hacer pantalones y batas. «La realidad –le dijo a Sidney Herbert– es que estoy vistiendo al ejército británico».

De repente, llegó la noticia desde Crimea de que un contingente nuevo y grande de heridos y enfermos se esperaba en breve. ¿Dónde los acogerían? En las salas no había disponible ni una pulgada, el asunto era grave y preocupante, y las autoridades estaban aterrorizadas. Había algunas habitaciones en ruinas en el Hospital del barracón, inadecuadas como vivienda humana, pero Miss Nightingale creía que, si se tomaban medidas a tiempo, podrían habilitarse para que acomodasen varios cientos de camas. Uno de los médicos se mostró de acuerdo con ella, el resto de los oficiales parecía indeciso: sería un trabajo demasiado caro, decían, haría falta edificar, y, además, ¿quién asumiría la responsabilidad? El curso natural consistía en informar al director general de la dirección general médica del ejército, en Londres; luego, el director general haría una solicitud ante la Guardia Montada, la Guardia Montada obligaría a actuar a la Intendencia General, la Intendencia General expondría el asunto ante el Tesoro, y, si el Tesoro daba el consentimiento, el trabajo podía llevarse a cabo, con todos los permisos, varios meses más tarde de que la necesidad que los ocasionó hubiese desaparecido. Miss Nightingale, sin embargo, ya se había decidido, y convenció a lord Stratford –o creyó que lo había convencido– para que aprobara el gasto necesario. Se contrataron con toda rapidez ciento veinticinco hombres, y comenzó el trabajo. Los trabajadores se pusieron en huelga, con lo cual lord Stratford se lavó las manos respecto a todo el asunto. Miss Nightingale contrató otros doscientos hombres bajo su propia responsabilidad, e hizo los pagos con sus propios recursos. Las salas estaban

dispuestas para la fecha en que se necesitaban, se recibieron quinientos hombres enfermos allí, y todo el material, incluidos cuchillos, tenedores, cucharas, vasos y toallas, los proporcionó Miss Nightingale.

Esta mujer notable, en realidad, desempeñaba la función de un jefe de administración. ¿Cómo había sucedido esto? ¿No era su deber simplemente atender a los enfermos? A decir verdad, ¿no era como un ángel de consolación, una gentil «dama de la lámpara», como en realidad había quedado en la imaginación de sus contemporáneos? Sin duda, así era, pero no era menos cierto que, como ella misma dijo, los asuntos específicos de la enfermería fueron «los menos importantes de las funciones a las que la habían obligado las circunstancias». Estaba claro que en el estado de desorganización en el que habían caído los hospitales de Scutari, las necesidades más vitales, más acuciantes, eran algo más que la enfermería; eran necesidades de los elementos imprescindibles de la vida civilizada, de los objetos materiales más comunes, la limpieza más elemental, los hábitos rudimentarios de orden y autoridad. «Oh, Miss Nightingale –dijo una persona de su grupo cuando se acercaban a Constantinopla–, cuando desembarquemos, sin perder el tiempo, ¡vayamos a atender a los pobres muchachos!» «Las más fuertes harán falta en los fregaderos», respondió Miss Nightingale. Y fue en el fregadero, y todo lo que acompañaba al fregadero donde empeñó sus mayores energías. Sin embargo, decir eso quizá sea exagerar. Pues a quienes la vieron trabajar entre los enfermos, moviéndose noche y día de cama en cama, con aquel valor inquebrantable, con una atención sin desmayo, les parecía como si la fuerza concentrada de una devoción sin paralelo e indivisa apenas pudiese ser suficiente sólo para esa parte de su trabajo. En aquellas vastas salas, dondequiera que el sufrimiento fuese mayor, y la necesidad de ayuda fuese más grande, allí estaba, como por arte de magia, Miss Nightingale. En el momento de alguna operación aterradora, su presencia de ánimo sobrehumana daría valor a la víctima para soportarlo, e incluso casi para la esperanza. Su simpatía aliviaba los dolores de los moribundos, y devolvía a quienes todavía vivían algo de los encantos olvidados de la vida. Una vez tras otra sus esfuerzos incansables rescataban a aquéllos a quienes los cirujanos habían abandonado como enfermos incurables. Su simple presencia traía consigo una influencia extraña. Una idolatría apasionada se extendió entre los hombres: besaban su sombra cuando pasaba. Más aún. «Antes de que ella llegase –dijo un soldado– todo eran maldiciones y juramentos, pero después fue todo santo como si aquello fuera una iglesia». El privilegio más

apreciado por el guerrero se abandonó en atención a Miss Nightingale. En aquellos «pozos sin fondo de la tribulación humana», como ella misma dijo, nunca oyó utilizar alguna expresión «que pudiese afligir a una dama».

Era una heroína, y éstos eran los humildes regalos que ofrecían quienes eran de un molde más basto a la más alta calidad. En verdad, era heroica. Pero su heroísmo no era de esa categoría simple, tan grata a los lectores de novelas y de hagiografías: el heroísmo sentimental y romántico con el que la humanidad reviste a los objetos de su predilección, no, estaba hecho de un material más fuerte. Para el soldado herido en su lecho del dolor, ella podría muy bien aparecer con el aspecto de un ángel de misericordia, pero los cirujanos militares, y los ayudantes sanitarios, y sus enfermeras, y el «intendente» y el Dr. Hall e incluso el propio lord Stratford podrían contar una historia diferente. No fue mediante una dulzura cortés y una abnegación femenina como sacó el orden de la oscuridad en los hospitales de Scutari, ni como vistió al ejército inglés, con sus propios recursos, ni como extendió su dominio sobre los poderes adversos y formidables del mundo oficial; sino mediante un método estricto, disciplina rigurosa, atención constante hacia los detalles, trabajo incesante, y mediante la determinación firme de una voluntad inquebrantable. Bajo aquel aspecto calmado y frío se disimulaban fuegos apasionados y vehementes. Al pasar por las salas, con su vestido sencillo, tan tranquila, tan carente de pretensiones, el observador casual la habría tomado de forma inocente por el ejemplo de una dama perfecta; pero el ojo atento habría percibido algo más que eso; habría percibido la serenidad de las deliberaciones de gran responsabilidad bajo aquella frente de aspecto capaz, la señal del poder en la curva dominante de la fina nariz, y las trazas de un temperamento terrible y severo, algo perverso, algo burlón, algo, sin embargo, muy preciso en la delicada boquita. Había humor en aquella cara, pero el observador curioso se preguntaría si era un humor de una clase agradable; se podría preguntar, incluso, al oír las risas y al advertir las bromas con las que alegraba el ánimo de los pacientes, qué clase de diversión sardónica no airearía esta dama en la intimidad de su habitación. En cuanto a su voz, era cierto, incluso en mayor medida que su aspecto, que «había algo en ella que es inevitable denominar autoridad». Aquella voz clara y tranquila no tenía necesidad de más énfasis. «Nunca le oí levantar la voz», dijo una de sus acompañantes. Sólo que cuando ella había dado su opinión parecía como si la inevitable consecuencia natural fuera exclusivamente la obe-

diencia. En una ocasión, cuando ella hubo dado una indicación, un médico se aventuró a observar que no podía hacerse. «Pero debe hacerse», dijo Miss Nightingale. Quien por casualidad escuchó estas palabras no pudo olvidar en toda su vida la autoridad irresistible que había en ellas. Y se dijeron con tranquilidad; de hecho, se dijeron con una gran tranquilidad.

A altas horas de la noche, cuando las muchas millas de camas yacían envueltas en la oscuridad, Miss Nightingale se sentaba a trabajar, en su habitación diminuta, en la correspondencia. Era la más formidable de todas sus tareas. Había que escribir cientos de cartas a los amigos y parientes de los soldados, había que manejar una masa enorme de documentos oficiales, había que responder a su correspondencia personal, y, lo más importante, estaba también la redacción de los largos informes confidenciales que enviaba a Sidney Herbert. De ninguna manera se trataba de comunicaciones oficiales. Su alma, atada durante el día por las restricciones y la reserva de una responsabilidad enorme, se desbordaba en estas cartas con toda su vehemencia natural, como un torrente desbordado lo hace por el aliviadero de una presa. Aquí, por fin, no suavizaba las cosas. Aquí pintaba con los colores más oscuros las escenas repulsivas que la rodeaban, y rasgaba sin remordimientos los últimos velos que todavía ocultaban la verdad abominable. Además, llenaba páginas y páginas con recomendaciones y propuestas, con críticas de los más minúsculos asuntos de organización, con cálculos elaborados de las contingencias, con análisis exhaustivos y afirmaciones estadísticas que se apilaban con ardor indesmayable uno sobre otro. Más aún, su pluma, con fluida virulencia, se apresuraba a discutir los méritos de todos y cada uno, a denunciar al cirujano incompetente, a ridiculizar a la enfermera arrogante. Los sarcasmos también exploraban las filas de los oficiales con la precisión mortal de una ametralladora. Los motes que ponía eran terribles. No respetaba a nadie: lord Stratford, lord Raglan, la señora Stratford, el Dr. Andrew Smith, el comisario-general, el intendente, a todos los criticaba con violencia. La futilidad intolerable de la humanidad la obsesionaba como una pesadilla, y contra ella mostraba su mueca de ira. «Hago bien en estar enfadada», era el estribillo de sus gritos. ¿Cuántos hombres justos había en Scutari? ¿Cuántos se preocupaban por los enfermos o habían hecho algo para aliviarlos? ¿Diez? ¿Cinco? ¿Había uno tan siquiera? No estaba segura.

En una ocasión, durante varias semanas, los denuestos descendieron sobre la cabeza del propio Sidney Herbert. No había interpretado de

forma correcta sus deseos; había tergiversado sus instrucciones precisas, y hasta que no hubo admitido el error, y hubo pedido perdón en los términos más abyectos, no volvió a recuperar su confianza. Mientras este malentendido estaba en el punto crítico, un joven caballero aristocrático llegó a Scutari con una recomendación del Ministro. Había salido de Inglaterra con el deseo romántico de rendir homenaje a la angelical heroína de sus sueños. Había abandonado, dijo, una vida de comodidades y lujo, para dedicarse noche y día al servicio de aquella dama gentil; ejecutaría los oficios más humildes, se «mataría» por ella, sería su siervo, y se sentiría recompensado con una simple sonrisa. En verdad, obtuvo una simple sonrisa, pero no la que esperaba. Miss Nightingale al principio no quiso ver al visitante, cuando lo admitió a su presencia creyó que se trataba de un emisario enviado por Sidney Herbert para hacerla responsable de los errores en la disputa que mantenían, de manera que tomó notas a lo largo de la conversación e insistió en que las firmase al final. El joven caballero regresó a Inglaterra en el barco siguiente.

Esta disputa con Sidney Herbert, sin embargo, fue un incidente excepcional. Siempre la apoyó con firmeza, al igual que lord Panmure, su sucesor; y el hecho de que contase durante toda la estancia en Scutari con el apoyo del ministerio del Interior fue su carta de triunfo a lo largo de su trato con las autoridades de los hospitales. Pero no sólo la apoyaba el Gobierno: la opinión pública en Inglaterra reconoció desde muy pronto la importancia enorme de su misión, y la estimación entusiasta de su trabajo alcanzó muy pronto una altura extraordinaria. La propia Reina se sintió conmovida. Preguntó repetidas veces por la salud de Miss Nightingale; pidió que le dejasen ver las relaciones que ella enviaba sobre los heridos y la convirtió en el intermediario entre la corona y la tropa.

> Haga saber a la señora Herbert –escribió al Ministro de la Guerra– que deseo que Miss Nightingale y las damas que están con ella les digan a aquellos desdichados hombres nobles, heridos y enfermos, que *nadie* siente un interés *más* intenso por sus sufrimientos, o admira su valor y su heroísmo *más* que su Reina. Noche y día piensa en sus amados ejércitos. Al igual que el Príncipe. Ruegue a la señora Herbert que comunique mis palabras a aquellas damas, porque sé que *nuestra* simpatía es muy apreciada por esos nobles muchachos.

El capellán leyó la carta en las salas. «Es una carta muy emocionante», dijeron los hombres.

Así pasaron los meses, y aquel invierno inclemente que había comenzado con Inkerman, y que había durado toda la larga agonía del sitio de Sebastopol, concluyó por fin. En mayo de 1855, después de seis meses de trabajo, Miss Nightingale pudo contemplar con algo parecido a la satisfacción el estado de los hospitales de Scutari. Si lo único que hubiesen hecho hubiera sido sobrevivir a la terrible tensión que se les había impuesto, ya habría sido una razón para felicitarse; pero habían hecho mucho más que eso, habían mejorado de forma maravillosa. La confusión y la urgencia en las salas habían terminado: reinaban en ellas el orden y la limpieza; las provisiones eran abundantes y puntuales; se habían ejecutado importantes obras sanitarias. Una simple comparación de los números era suficiente para revelar lo extraordinario del cambio: la tasa de mortalidad entre los casos tratados había caído de un cuarenta y dos por ciento a un veintidós por mil. Pero la infatigable dama todavía no estaba satisfecha. El problema fundamental se había resuelto: se había proveído de forma adecuada a las necesidades físicas de los hombres; quedaban las necesidades espirituales y mentales. Dispuso y arregló unas salas de lectura y recreo. Comenzaron a impartirse clases, y se dieron conferencias. Los oficiales estaban asombrados al ver que trataba a sus hombres como si fuesen seres humanos y aseguraban que terminaría por «mimar a los brutos». Pero no era ésa la opinión de Miss Nightingale, y estaba justificada. El soldado raso comenzó a beber menos e incluso –aunque pareciera imposible– a ahorrar la paga. Miss Nightingale se convirtió en banquero del ejército, recibía y enviaba a casa grandes sumas de dinero todos los meses. Finalmente, a regañadientes, el Gobierno siguió el ejemplo, y dispuso de un mecanismo propio para la remisión de dinero. Lord Panmure, no obstante, continuó siendo escéptico: «No servirá de nada –dijo–, el soldado británico no es un animal que envíe dinero». Pero, de hecho, durante los seis meses siguientes se mandaron a casa setenta y un mil libras.

En medio de todas estas actividades, Miss Nightingale todavía tuvo tiempo para ocuparse de la inspección de los hospitales en la propia Crimea. El trabajo era muy duro, y las condiciones de vida eran casi intolerables. Se pasaba días enteros sobre una silla de montar, o la llevaban por aquellas alturas rocosas y desoladas en un carro de equipajes. A veces tenía que permanecer durante horas bajo una intensa nevada,

para llegar a un refugio en plena noche, después de caminar durante millas a través de desfiladeros peligrosos. Su capacidad de resistencia era increíble, aunque finalmente parecía exhausta. Le subió la fiebre, y llegó a parecer que estaba muy cerca de la muerte. Pero siguió trabajando, si no podía moverse, al menos podía escribir; y se puso a escribir hasta donde se lo permitía su cabeza; e incluso después seguía escribiendo, en lo que parecía un estado de delirio de la propia agonía. Cuando, después de muchas semanas, tuvo fuerza suficiente para viajar, se le imploró que regresase a Inglaterra, se negó en redondo. No volvería, dijo, hasta que el último de los soldados hubiese abandonado Scutari.

Casi había llegado ese momento feliz, cuando de repente, las hostilidades larvadas entre las autoridades militares se reanimaron con gran virulencia. El trabajo del Dr. Hall se recompensó con una K.C.B. –letras que, según Miss Nightingale dijo a Sidney Herbert, sólo podía suponer que querían decir *Caballero de los Cementerios de Crimea*[3]–, y la distinción se le había subido a la cabeza. Ahora era sir John, y no iba a consentir que se le contradijese. En los últimos tiempos había habido algunas discusiones entre Miss Nightingale y algunas de las enfermeras en los hospitales de Crimea. La situación se había agravado con algunos rumores sobre disputas religiosas; porque, mientras las enfermeras de Crimea eran católicas romanas, muchas de las de Scutari eran sospechosas de abrigar una censurable tendencia hacia las doctrinas del Dr. Pusey. Miss Nightingale no estaba preocupada ni lo más mínimo por estas diferencias sectarias, pero cualquier insinuación que pusiese en duda su autoridad suprema sobre todas las enfermeras del ejército era suficiente para despertar su ira. Al parecer, la señora Bridgeman, la madre reverenda de Crimea, se había aventurado a poner esa autoridad en tela de juicio. Sir John Hall creyó que había llegado su oportunidad, y apoyó con toda su fuerza a Mrs. Bridgeman, o la «reverenda Piedra», como Miss Nightingale prefería llamarla. Hubo una lucha violenta, la ira de Miss Nightingale fue terrible. Dijo que el Dr. Hall estaba haciendo lo posible para «echarla de Crimea». No pensaba soportarlo más tiempo, el ministerio de la Guerra no estaba jugando limpio con ella, sólo se podía hacer una cosa: Sidney Herbert debería promover que se

(3) *K.C.B.* son las iniciales de una distinción honorífica británica: *Knight Commander of the Bath*, con ellas juega Florence Nightingale para convertirlas en *Knight of the Crimean Burial-grounds*, o sea, Caballero de los Cementerios de Crimea.

llevasen los documentos a la Cámara de los Comunes, de manera que el público pudiese juzgar entre ella y sus enemigos. Sidney Herbert la aplacó con grandes dificultades. Se cursaron órdenes de forma inmediata que eliminaban toda duda acerca de su autoridad, y la reverenda Piedra se retiró del escenario. Sir John, sin embargo, era más tenaz. Unas pocas semanas más tarde, Miss Nightingale y sus enfermeras visitaron Crimea por última vez, y a sir John se le ocurrió la brillante idea de que podía deshacerse de ella mediante un expediente muy simple: la privaría de alimento hasta que se sometiese; de hecho dio órdenes de que no se le diesen provisiones de ninguna clase. Ya había ensayado en una ocasión anterior este método con un médico desafortunado, cuya presencia en Crimea había considerado una intromisión. Pero ahora iba a enterarse de que semejantes trucos eran inútiles con Miss Nightingale, porque ésta, con previsión extraordinaria, se hizo llevar grandes cantidades de alimento; e incluso logró reunir más con sus fondos propios y por su propio esfuerzo; de manera que, durante diez días, en aquel país inhóspito, pudo mantenerse ella, y pudo mantener a sus veinticuatro enfermeras. Al fin, las autoridades militares intervinieron a su favor, sir John tuvo que confesar que había perdido.

En julio de 1856 –cuatro meses después de la declaración de paz–, Miss Nightingale salió de Scutari hacia Inglaterra. Su fama era ahora enorme, el pueblo estaba entusiasmado. La aprobación real se expresó mediante el regalo de un broche, acompañado de una carta personal.

> Usted es consciente, lo sé –escribía Su Majestad–, de la estimación tan elevada con la que considero la devoción cristiana que ha demostrado durante esta guerra sangrienta y difícil; y no es necesario que repita cuán afectuosamente agradecida estoy por sus servicios, que son comparables a los de mis queridos y bravos soldados, cuyos sufrimientos usted ha tenido el *privilegio* de aliviar de forma tan misericordiosa. Además estoy ansiosa por hacerle llegar mis sentimientos de una forma que espero que sea agradable para usted, y, por ello, le envío un broche con esta carta, cuya forma y emblemas conmemoran su trabajo bendito y esforzado, y que espero que llevará ¡como símbolo de la alta estima de su Soberana!
>
> Será una gran satisfacción para mí –añadía Su Majestad–, conocer a quien ha proporcionado un ejemplo tan brillante para nuestro sexo.

El broche lo había diseñado el Príncipe consorte, llevaba una cruz de San Jorge en esmalte rojo, y las iniciales reales con diamantes encima. Todo ello estaba inscrito en un círculo en el que se leía: *Bienaventurados los misericordiosos.*

III

El nombre de Florence Nightingale vive en la memoria del mundo en virtud de la aventura heroica y fantástica de Crimea. Si hubiese muerto, como casi estuvo a punto de hacerlo, a su regreso a Inglaterra, su reputación apenas sería diferente; su leyenda nos habría llegado casi como la conocemos: la visión gentil de la virtud femenina que tomó forma, por primera vez, ante los ojos de adoración de los soldados enfermos en Scutari. Sin embargo, de hecho, vivió durante más de medio siglo con posterioridad a la guerra de Crimea. Y durante la mayor parte de ese período prolongado, toda la energía y toda la dedicación de las que era capaz su naturaleza extraordinaria trabajaron con la mayor intensidad. Lo que logró a lo largo de todos esos años de trabajo callado, en verdad, no podía haber sido más glorioso que sus triunfos en Crimea, pero, a decir verdad, fue más importante. La historia verdadera fue considerablemente más extraña que el mito. En opinión de la propia Miss Nightingale, la aventura de Crimea fue un simple incidente, apenas algo más útil que un peldaño en su carrera. Era el fulcro con cuya ayuda pensaba mover el mundo, pero era sólo un fulcro. Durante más de una generación iba a trabajar en secreto, iba a utilizar la palanca; su vida auténtica comenzó en el momento en el que, según la imaginación popular, había terminado.

Había llegado a Inglaterra con la salud muy quebrantada. Las incomodidades y el trabajo incesante de los dos últimos años habían minado su sistema nervioso, se diagnosticó que su corazón se había resentido. Padecía desmayos de forma continua, y también unos ataques terribles que tomaban la forma de una postración física absoluta. Los médicos dijeron que sólo podía salvarla una cosa: un largo período de reposo absoluto. Pero precisamente eso era lo único que no quería oír. Nunca había tenido la costumbre de descansar, ¿por qué iba a empezar ahora? ¿Ahora, cuando por fin había llegado su oportunidad; ahora, cuando el hierro estaba caliente todavía, y era el momento de golpear? No, tenía que hacer un trabajo, y, pasara lo que pasara, lo haría. Los médicos protestaron en vano; en vano se lamentó o imploró su familia; en vano los amigos le hicieron ver la locura de semejante actitud. ¿Locura? Quizá estaba loca o poseída. Se había apoderado de ella un frenesí demoníaco.

Mientras yacía tendida en el sofá, jadeando, devoraba informes, dictaba cartas, y, en los intervalos de sus taquicardias, contaba chistes febriles. En algunas ocasiones no dejaba la cama durante meses. Durante años estuvo expuesta a morir casi a diario. Pero no descansó. De esta manera, le aseguraron los médicos, si no moría, se convertiría en una inválida para el resto de su vida. No podía evitarlo, había que hacer el trabajo, y, en cuanto al descanso, con toda probabilidad podría descansar... cuando hubiese terminado.

Dondequiera que iba, a Londres o al campo, por las colinas de Derbyshire o entre los rododendros de Embly, la perseguía un fantasma. El fantasma de Scutari: el repulsivo espectáculo de la organización de un hospital militar. Tenía que acabar con aquel fantasma, o perecería en el intento. Toda la organización de la dirección general de medicina del ejército, la formación de los oficiales médicos, las regulaciones del trabajo en los hospitales... *¿descansar?* ¿Cómo iba ella a descansar mientras estas cosas estaban así, mientras si hubiera necesidad de ellas de nuevo, se seguirían idénticos resultados? Incluso en paz, en Inglaterra, ¿cuál era el estado de la sanidad del ejército? La mortalidad en los cuarteles era, se enteró, casi el doble que en la vida civil. «También se les podía ocurrir llevar todos los años a mil cien hombres a Salisbury, y fusilarlos», dijo. Después de inspeccionar los hospitales de Chatham, sonrió con ironía. «Sí, éste es un síntoma más del sistema que, en Crimea, llevó a la muerte a dieciséis mil hombres». Scutari le había proporcionado conocimientos, e incluso le había dado poder: la respaldaba su reputación indiscutible, y esa reputación le daba un poder incalculable. Podría haber otros trabajos, otros deberes aguardándola, pero el más urgente, el más evidente de todos, era el de preocuparse por la salud del ejército.

Uno de sus primeros pasos fue aprovecharse de la invitación que la reina Victoria le había enviado a Crimea, junto con el broche conmemorativo. A las pocas semanas de su regreso, visitó Balmoral, y se entrevistó varias veces con la Reina y con el Príncipe consorte. «Nos expuso –escribió el Príncipe en su diario– todos los defectos del actual sistema militar de hospitales, y todas las reformas que se necesitan». Contó «toda la historia» de sus experiencias en Oriente, y, además, se las arregló para mantener algunas largas y confidenciales charlas con Su Alteza Real, sobre metafísica y religión. La impresión que dejó fue excelente. «*Sie gefällt uns sehr* –observó el Príncipe–, *ist sehr bescheiden*»[4]. El

(4) Alemán: «Nos gustó mucho, es muy modesta».

comentario de Su Majestad, la Reina, fue diferente: «¡Qué *cabeza*! Cómo me gustaría que estuviese en el ministerio de la Guerra».

Pero Miss Nightingale no estaba en el ministerio de la Guerra, por una razón muy simple, porque era una mujer. Lord Panmure, sin embargo, sí estaba (aunque la razón por la que él sí estaba no era tan simple de determinar); y era precisamente de lord Panmure de quien dependían en primera instancia los esfuerzos de reforma de Miss Nightingale. Aquel escocés corpulento y noble, a pesar de que lo había intentado de forma denodada, no lo había pasado muy bien al frente de la secretaría de Estado para la Guerra. Su nombramiento se hizo efectivo en medio de la campaña de Sebastopol, y creía estar dotado de forma especial para el puesto, ya que tiempo antes había adquirido un conocimiento interno del ejército, como capitán de húsares. Precisamente este conocimiento interno es el que le había permitido informar a Miss Nightingale con tal autoridad de que «el soldado británico no es un animal que envíe dinero». Y quizá era esta conciencia del dominio del tema la que le había impelido a escribir un despacho a lord Raglan informando, con gran suavidad, al mariscal de campo, de que llevaba sus asuntos con cierta negligencia, e indicándole que, si la próxima vez lo intentase de verdad, podría hacerlo mucho mejor. La respuesta de lord Raglan, que estaba calculada para enterrar de vergüenza a su receptor, en realidad no le produjo ningún efecto a lord Panmure, a quien, fuesen cuales fuesen sus defectos, nunca se le había acusado de ser hipersensible. No obstante, dejó las cosas en ese punto, y, poco más tarde, lord Raglan moría; exhausto, dijeron algunos, por el exceso de trabajo y por la ansiedad. Lo sucedió en el puesto un excelente caballero anciano con la nariz roja, el general Simpson, de quien nadie había oído hablar, y que tomó Sebastopol. Pero las relaciones de lord Panmure con él no fueron más satisfactorias que las relaciones con lord Raglan, pues, mientras lord Raglan había sido demasiado independiente, el pobre general Simpson pecaba en sentido opuesto; pedía consejo de forma constante, padecía de lumbago, dudaba –mientras la nariz se le ponía cada vez más roja– si era la persona adecuada para el puesto, y, en cada envío de correo, enviaba y retiraba la dimisión. Además, en aquellos momentos, el general y el ministro sufrieron de forma intensa a causa de un invento útil y desolador: el telégrafo eléctrico. En una ocasión, el general Simpson se sintió obligado a protestar.

> Creo, señor –escribía– que algunos mensajes telegráficos que nos llegan no se envían bajo una autoridad legítima, quizá inclu-

> so se envían sin su conocimiento, aunque bajo la protección del nombre de su señoría. Por ejemplo, ayer por la noche, se me convocó; un dragón había llegado con urgencia con un mensaje telegráfico que decía lo siguiente, «De lord Panmure al general Simpson: al capitán Jarvis le ha picado un ciempiés, ¿qué tal está?»

El general Simpson habría tolerado esto, aunque le pareció «un asunto no tan importante como para enviar a un dragón en un paseo a caballo de dos millas, en la oscuridad, para que quitase al comandante del ejército algo de la muy escasa cantidad de sueño de que disponía». Pero lo que no pudo tolerar fue el averiguar que «al mandar por la mañana a un dragón a preguntar por el estado del capitán Jarvis, a cuatro millas de distancia, resultó que no lo había picado ningún bicho, sino que tenía un forúnculo del que convalecía aprisa». Pero lord Panmure tenía sus propios problemas. Su sobrino favorito, el capitán Dowbiggin, estaba en el frente, y en uno de los telegramas dirigidos al Comandante Jefe el Ministro había aprovechado la ocasión para añadir la siguiente frase, matizada con todo cuidado: «Cuide de Dowbiggin, desearía que lo tuviera en cuenta, por si hubiese alguna vacante, y si es la persona adecuada». Desgraciadamente, en aquellos momentos iniciales, quedaba a la discreción del telegrafista el cortar los mensajes que pasasen por sus manos, de manera que el resultado fue que la delicada insinuación de lord Panmure llegó a su destino con una redacción más lacónica: «Cuide de Dowb». El personal del cuartel general, al principio se quedó muy extrañado, pero al final le pareció muy divertido. La historia se divulgó, y la frase «Cuide de Dowb» quedó durante muchos años como la fórmula familiar para describir insinuaciones oficiales en favor de sobrinos valiosos[5].

Ahora que todo había terminado; ahora que Sebastopol, de una forma u otra, se había tomado; ahora que, de una forma u otra, se había conseguido la paz; ahora que se podría esperar que por fin hubiesen terminado los problemas de burocracia; ahora resulta que aparecía Miss Nightingale en la escena, con sus ideas acerca del estado de los hospita-

(5) La anécdota que sirve de base a este comentario tiene otra versión: no fue al parecer una decisión del telegrafista lo que interrumpió la transmisión, sino un corte en el fluido eléctrico; el mensaje que llegó fue *Take care of Dowb*, que en inglés podría interpretarse también como: "Cuidado con Dowb", es decir, cuidado con la posición rusa Dowb. Sólo tras las correspondientes averiguaciones se supo quién era Dowb.

les, y la necesidad de una reforma sanitaria. Era de lo más enojoso; y lord Panmure casi comenzó a desear poder dedicarse a alguna ocupación más agradable; quizá, a hablar sobre la constitución de la Iglesia Libre de Escocia, un tema en el que estaba muy interesado. Pero, no, el trabajo era lo más importante. De manera que, con un suspiro de resignación, se dispuso a hacer lo menos posible.

Sus amigos lo llamaban «el Bisonte», y el nombre describía tanto su aspecto físico como su forma de pensamiento. La cabeza grande y baja parecía haberse concebido para embestir, mejor que para cualquier otra cosa. Se quedaba quieto, sólido y amenazador, en el umbral de la reforma; quedaba por ver si aquella masa voluminosa, sobre cuya sólida piel las flechas dentadas del desprecio de lord Raglan no habían dejado huella, se avendría a cooperar con las exigencias de Miss Nightingale. Pero no estaba solo en el umbral. Se agolpaba tras él toda la falange del conservadurismo profesional, los inflexibles defensores del pasado, los adoradores y víctimas de la rutina del ministerio de la Guerra. Era natural que estuviese entre ellos el Dr. Andrew Smith, el jefe de la dirección general de medicina del ejército, el que había asegurado a Miss Nightingale, antes de su marcha de Inglaterra, que «no hacía falta nada en Scutari». Tales eran sus adversarios, pero ella por su parte tampoco estaba sin aliados. Había conseguido influir en la familia real, lo cual era algo; en cualquier momento en que lo desease podía influir en el público, lo cual era mucho; y además de esto estaban sus cualidades personales: conocimientos, tenacidad, tacto; poseía, además, una ventaja que entonces, mucho más que ahora, tenía una gran importancia: pertenecía a los círculos más altos de la sociedad. Se movía con naturalidad entre los pares y los ministros del Gobierno, era de su propia clase, y en aquellos días aquella clase era muy reducida. ¿Qué atención habrían prestado estas personas a una mujer de clase media con la que no tuviesen relación, que poseyese gran experiencia en la enfermería del ejército, y que tuviese opiniones firmes sobre la reforma de los hospitales? La habrían desdeñado con cortesía. Pero era imposible desdeñar a Flo Nightingale. Cuando ella hablaba, se veían obligados a escuchar, y, una vez que habían empezado a escuchar, ¿qué no podría suceder? Era consciente de su poder, y lo utilizaba. Defendía sus mejores argumentos mediante notitas ingeniosas de índole familiar. La cara del Bisonte comenzó a estar cada vez más seria. Podría llegar a ser muy difícil –podría llegar a ser endemoniadamente difícil– poner la cabeza de uno contra la mano blanca de una dama.

De los amigos de Miss Nightingale, el más importante era Sidney Herbert. Se trataba de un hombre sobre quien las hadas buenas parecían haber derramado, cuando estaba en la cuna, todos los más codiciados bienes. Bien nacido, elegante, rico, dueño de Wilton –una de esas casas de campo grandes, revestidas con el encanto de un pasado histórico, que son la gloria peculiar de Inglaterra–, poseía, además de todas estas ventajas, una disposición tan gentil, tan animada y tan encantadora que nadie que se acercase a él podía ser enemigo suyo. Era, en fin, un hombre de quien resultaba difícil no decir que era el perfecto caballero inglés. Porque sus virtudes igualaban a su buena fortuna. Era religioso, muy religioso. «Estoy cada vez más convencido –escribía, después de haber sido durante varios años miembro del Gobierno– de que en política, como en cualquier otra actividad, nada está bien, si no está de acuerdo con el espíritu del Evangelio». Nadie era menos egoísta que él; era caritativo y benévolo hasta un grado notable; y dedicó toda su vida al bien público con una conciencia imperturbable. Con semejante carácter, con semejantes oportunidades, ¡qué esperanzas elevadas deben de haberlo seducido, qué visiones radiantes de deberes cumplidos, de ser cada vez más útil, de ejercer un poder bienhechor, de atesorar la conciencia de un éxito desinteresado! Algunas de estas esperanzas y visiones, de hecho, se hicieron realidad; pero, en definitiva, la carrera de Sidney Herbert pareció mostrar que, a pesar de toda su generosidad, había alguna clase de don –¿cuál era?, se trataba, sin duda, de un don esencial– que las hadas buenas habían retenido, y que incluso las cualidades de un perfecto caballero inglés podían no ser una salvaguardia contra la angustia, la humillación y la derrota.

Su carrera en verdad habría sido muy distinta si no hubiese conocido a Miss Nightingale. La alianza entre los dos había comenzado cuando el nombramiento para el puesto de Scutari, luego se había robustecido mucho más durante la guerra, y a su regreso se había convertido en una de las amistades más extraordinarias. Era la amistad de un hombre y una mujer, unidos, de forma íntima, por su dedicación a una causa pública; el afecto mutuo, por supuesto, tenía un lugar, pero era un lugar fortuito; todo lo que era fundamental en su relación lo constituía la comunidad de trabajo. Tal vez fuera de Inglaterra una intimidad semejante no podría haber existido: una intimidad desprovista por completo, no sólo de pasión, sino de la sospecha de ella. Durante años, Sidney Herbert veía a Miss Nightingale casi a diario, estaban juntos durante largas horas, se enviaban cartas de forma incesante cuando estaban separados;

pero la lengua del escándalo permaneció muda; y una de las admiradoras más devotas de Miss Nightingale fue la esposa de Sidney Herbert. Pero lo que convertía esta relación en algo aún más notable era la distribución de los papeles que desempeñaba cada uno. El hombre que hace cosas, decide y obtiene resultados; la mujer que anima, aplaude y –a distancia– inspira; la combinación es muy común; pero Miss Nightingale no era ni una Aspasia ni una Egeria. En este caso, casi se podría decir sin faltar a la verdad que los papeles se habían invertido. Las cualidades de ductilidad y simpatía le correspondían al varón; las del mando y la iniciativa, a la mujer. Sólo había una cosa que Miss Nightingale no poseía en su equipaje para tener éxito en la administración pública; no tenía –ni habría podido tenerlo nunca– el poder público y la autoridad que son propios de un político con éxito. Sidney Herbert sí tenía ese poder y esa autoridad; el hecho era evidente, y las conclusiones no lo eran menos, era a través de este hombre como haría que su voluntad prevaleciese. Se apoderó de él, lo educó, lo moldeó, lo absorbió y lo dominó por completo. Él no se resistió: no quería resistirse, su inclinación natural lo llevaba por igual camino al que ella traía; sólo que aquella personalidad terrorífica lo arrebataba y empujaba a seguir su propio paso turbulento y con sus propias zancadas incansables. Lo arrebataba ¿adónde? ¡Ah! ¿Por qué habría conocido a Miss Nightingale? Si lord Panmure era un bisonte, sir Herbert era, sin duda, un ciervo: una criatura valiente y atractiva que saltaba por el bosque; pero el bosque es un sitio peligroso. Se advierten de pronto aquellos ojos grandes, fascinados de repente por algo felino, algo fuerte; entonces se hace una pausa; y ya la tigresa tiene las garras en las grupas temblorosas ¡Y entonces...!

Además de Sidney Herbert, tenía otros amigos que, en una esfera más restringida, apenas eran menos esenciales para ella. Porque, si, en sus condiciones de postración física, estaba dispuesta a conseguir lo que había decidido que quería conseguir, era absolutamente indispensable que contase con las atenciones y servicios de otras personas. Debía tener ayudantes y sirvientes; de manera que muy pronto formó un grupito de fieles discípulos en cuyos afectos y energías podía confiar de forma total. En verdad, estos discípulos eran fieles, pero no en el sentido ordinario del término, porque con toda certeza ella no era un capataz negligente, y quien decidía que quería serle útil a Miss Nightingale muy pronto averiguaba, antes de que hubiese ido muy lejos, que, en verdad, se hacía buen uso de él; hasta el límite de su resistencia y de su capacidad. Tal vez, incluso más allá de esos límites, ¿por

qué no?, ¿pedía ella acaso algo más de lo que daba? Al mirarla en el lecho en el que yacía, pálida y sin aliento, ¿podría decirse que se ahorraba algún esfuerzo?, ¿por qué, entonces, tendría que ahorrárselos ella a otros? Y no era por interés propio por lo que hacía estas demandas. ¡Por interés propio, eso sí que no! ¡Todos lo sabían! Era por el interés del propio trabajo. Así que el grupito, unido en cuerpo y alma en aquella extraña esclavitud, trabajaba sin rechistar. Entre los más fieles estaba la «tía Mai», hermana de su padre, quien la había ayudado a escapar de la esclavitud de la vida familiar, quien desde el primer momento había estado junto a ella en Scutari, que ahora casi desempeñaba el papel de madre junto a ella, y quien se preocupaba con infinito cuidado de todos los cambios e incertidumbres que involucraba el estado de su salud. Otro ayudante perenne era su cuñado, sir Harry Verney, muy útil para los asuntos del parlamento. A Arthur Clough, el poeta, también relacionado con ella mediante un matrimonio, lo utilizaba de otra forma. Desde que hubo perdido la fe, en los tiempos del Movimiento de Oxford, Clough había pasado la vida en una inquietud grande, que había aumentado, en lugar de disminuir, mediante la práctica de la poesía. Incapaz de decidir sobre el propósito de una existencia cuyo sentido se había volatilizado junto con su creencia en la resurrección, su espíritu aún se había hundido más a causa de la mala salud, y, dado que sus ingresos no eran todo lo buenos que deberían ser, se había decidido a buscar solución a sus dificultades en los Estados Unidos de América. Pero, incluso allí, la solución no aparecía; y cuando, un poco más tarde, se le ofreció un puesto en algún ministerio en Inglaterra, lo aceptó y se fue a vivir a Londres, y al momento cayó bajo la influencia de Miss Nightingale. Aunque el propósito de la existencia todavía fuese incierto, aquí, en cualquier caso, bajo el cuidado de esta mujer inspirada, había algo real, algo serio; sólo tenía una duda, ¿podría ser útil en algo? Claro que podría. Había un gran número de trabajillos misceláneos para los que no había nadie a mano. Por ejemplo, cuando Miss Nightingale quería viajar, había que comprar billetes para el tren; había que corregir pruebas de imprenta; había que hacer paquetes con papel de embalar, y había que llevarlos al correo. Claro que podía ser útil. Así, en ocupaciones semejantes, Arthur Clough comenzó a trabajar. «Esto no es todo –reflexionaba, a modo de consolación–, lo que hago es muy poco, pero está bien, aunque hay cosas mejores».

Con el paso del tiempo, su «gobierno», como ella lo llamaba, creció. Se insistió a algunos oficiales con los que había tratado, y que simpatiza-

ban con sus opiniones, para que entrasen a su servicio; viejos amigos de los tiempos de Crimea se reunieron en torno a ella a su regreso a Inglaterra. Entre éstos, el más infatigable era el Dr. Sutherland, un experto en sanidad, que desempeñó el papel de secretario privado confidencial durante más de treinta años, y dedicó de forma literal toda su vida a los intereses de ella. Apoyada y asistida de esta forma, y adorada por sus esclavos, se preparó para enfrentarse con el Bisonte.

Pronto tomaron buena cuenta de dos hechos, con los que estaban relacionados todos los que siguieron. Era evidente, en primer lugar, que aquella masa imponente no era inamovible; y, en segundo lugar, que ese movimiento, cuando lo había, era muy lento. El Bisonte no estaba a la altura de la Dama. En vano agachaba la cabeza, y en vano fijaba ambos pies firmemente en el suelo; no podía resistir: la mano blanca le hacía retroceder. Pero el proceso era muy lento. El Dr. Andrew Smith y toda la falange del ministerio de la Guerra estaban tras él, cerrando el paso; el pobre Bisonte gemía en su interior, y echaba una mirada de añoranza hacia los pastos felices de la Iglesia Libre de Escocia; y después, con lentitud, muy en contra de su voluntad, paso a paso, se retiraba, disputando cada pulgada del terreno.

La primera gran medida a la que le fue imposible resistir, porque la apoyaban la Reina, el Gobierno y la opinión unánime del país, fue el nombramiento de una Comisión Real que informase sobre la salud en el ejército. De forma inmediata surgió el problema de la composición de la Comisión; y sobre este asunto fue sobre el que se libró la primera escaramuza, mano a mano, entre lord Panmure y Miss Nightingale. Se reunieron, y Miss Nightingale se alzó con la victoria; se nombró a Sidney Herbert presidente; y al final, el único miembro de la Comisión opuesto a las opiniones de Miss Nightingale era el Dr. Andrew Smith. Durante la entrevista, Miss Nightingale hizo un descubrimiento importante: averiguó que «se podía intimidar al Bisonte»; el cuero era de búfalo mejicano, pero el espíritu era de ternero de Alderney. Por encima de todo, había una cosa que la enorme criatura odiaba: que se invocase a la opinión pública. Ante la alusión más leve a tan terrible contingencia se le derretía el corazón, y se mostraba de acuerdo con cualquier cosa antes de llegar a eso: reduciría sus cacerías de perdices, haría un discurso en la Cámara de los Lores, e incluso haría callar al Dr. Andrew Smith. Miss Nightingale mantenía en reserva la amenaza temible: diría todo lo que sabía, haría pública la verdad ante todo el mundo, y que fuese el mundo el que juzgase entre ellos dos. Con tacto superlativo, mantuvo esta espa-

da de Damocles suspendida sobre la cabeza del Bisonte, y más de una vez, de hecho, estuvo a punto de dejarla caer. Porque cada vez era más recalcitrante. Una vez que se hubo decidido la composición de los miembros de la Comisión, hubo una lucha, que se prolongó durante seis meses, para decidir sobre la naturaleza de sus poderes. ¿Iba a ser un cuerpo eficaz, armado con derechos a la investigación más completa, al más minucioso examen, o por el contrario iba a ser una sutil invención oficial para exonerar al Dr. Andrew Smith? La falange del ministerio de la Guerra cerró filas, luchó con uñas y dientes, pero perdieron la batalla: el Bisonte era intimidable.

> Dentro de tres meses, contados desde el día de hoy –escribió por fin Miss Nightingale–, publicaré mi experiencia de la campaña de Crimea, y mis propuestas para mejorar el servicio; a menos que en este tiempo haya habido una promesa seria, formal y tangible de que se van a llevar a cabo reformas.

¿Quién podría resistir esto?

Llegado el momento, ella sabría hacer buenas sus palabras. Pues había decidido, cualquiera que fuese el destino de la Comisión, redactar su propio informe sobre los temas que se discutían. El trabajo que involucraba era enorme; su salud estaba en un punto casi crítico; pero no se derrumbó, y después de seis meses de industria increíble había reunido y escrito por su propia mano las *Notas sobre la salud, eficacia y administración de los hospitales del ejército británico.* Esta extraordinaria composición, que llenaba más de ochocientas páginas densamente impresas, ponía los vastos principios de una reforma de largo alcance, se discutían los detalles más minúsculos de los temas objeto de controversia, contenía una masa enorme de información de la clase más variada –militar, estadística, sanitaria, arquitectónica–; nunca se puso a disposición del público, porque nunca hubo necesidad de ello, pero formaba la base del informe de la Comisión Real; y hoy es el día en que sigue siendo la autoridad máxima en la administración médica de los ejércitos.

Antes de que se hubiese terminado el informe, la lucha por el poder dentro de la Comisión había concluido con una victoria. Lord Panmure había cedido una vez más, e inmediatamente se apresuró a que la Reina diese el consentimiento; y sólo entonces, cuando las iniciales de Su Majestad se hubieron fijado de manera irrevocable en el documento fatal, se atrevió a decir al Dr. Andrew Smith todo lo que había hecho. Se

reunió la Comisión, y otra carga inmensa cayó sobre los hombros de Miss Nightingale. Hoy en día, por supuesto, ella habría sido uno de los miembros de la Comisión; pero en aquellos tiempos la idea de que una mujer desempeñase una tarea semejante ni tan siquiera se les habría ocurrido; nadie sugirió ni siquiera la posibilidad de que Miss Nightingale lo hiciera. El resultado fue que se vio obligada a permanecer tras el escenario todo el tiempo, a asesorar a Sidney Herbert, en privado, sobre cada uno de los puntos de importancia, y a proporcionarle a él y al resto de los miembros de la Comisión que simpatizaban con ella las vastas reservas de su conocimiento experto –tan esencial en los exámenes de los testigos–, a través de consultas innumerables, cartas y memoranda. Incluso era dudoso si el procedimiento admitiría que ella diese testimonio; por fin, como compromiso, su modestia sólo le permitió hacerlo mediante la forma de respuestas escritas a preguntas escritas. Tras mucho tiempo, la gran tarea terminó. Las conclusiones de la Comisión, que incorporaban casi palabra por palabra las propuestas de Miss Nightingale, las redactó Sidney Herbert. Sólo quedaba por responder una pregunta. ¿Se haría algo, después de todo? ¿O resultaría que la Comisión Real, como muchas otras Comisiones Reales antes y después, no había logrado nada sino cocinar un grueso libro blanco destinado a una estantería de las más altas?

De esta manera comenzó la última y la más comprometida de las batallas contra el Bisonte. Habían pasado seis meses insistiendo para que se otorgasen poderes efectivos a la Comisión; seis meses más se dedicaron al trabajo de la Comisión; y ahora todavía iban a pasar otros seis meses para obligarle a que concediese los medios necesarios a fin de que las recomendaciones de la Comisión pudiesen llevarse a la práctica. Pero, al final, todo se logró. Miss Nightingale parecía, en verdad, durante estos meses, estar al borde de la muerte. Acompañada por la fiel tía Mai, se movía de un lugar a otro –a Hampstead, a Highgate, a Derbyshire, a Malvern–, en lo que parecía un intento desesperado por hallar la salud en algún lugar; pero llevaba consigo algo que hacía imposible la salud. Sus deseos de trabajar apenas podían distinguirse de la obsesión. En un momento dado escribía una «carta de adiós» a Sidney Herbert, al siguiente se ofrecía para ir a la India como enfermera para ayudar a los que padecían por la Rebelión de los Cipayos. Cuando el Dr. Sutherland le escribió implorándole que se tomase unas vacaciones, ella montó en cólera. ¡Descansar!

> Estoy aquí tendida, sin conocimiento, inerme, y todos vienen a molestarme. Es *de rigueur, d'obligation*, decirme lo que se me ha dicho ciento y diez veces al día durante los tres meses últimos es como hablar sin pensar, como cuando me saludan al entrar en la iglesia. Es el *obbligato* del violín, y los doce violines lo practican juntos, como los relojes al dar las doce de la noche en todo Londres, hasta que diga lo que dijo Xavier de Maistre, *Assez, je le sais, je ne le sais que trop*. No soy una penitente, pero es usted como el confesor católico que dice lo que es *de rigueur...*

Su salud mental comenzó a ceder, y no hubo forma de contenerla. Trabajaba como un esclavo en una mina. Comenzó a creer, como había comenzado a creer en Scutari, que ninguno de sus compañeros de trabajo estaba empeñado de verdad en la tarea; si lo estaban, ¿por qué no trabajaban como ella? Sólo veía negligencia y estupidez alrededor. Por supuesto, el Dr. Sutherland tenía una mente grotescamente confusa; Arthur Clough era un vago incurable. Incluso Sidney Herbert... ah, sí, era sencillo y honrado, se daba cuenta de las cosas enseguida, sin duda, pero era un ecléctico, ¿qué podía esperarse de una persona que se iba a pescar a Irlanda justo cuando más se necesitaba intimidar al Bisonte? En cuanto al propio Bisonte, había volado a Escocia, donde pasaba meses enterrado. Todavía no se había tomado decisión alguna respecto de la recomendación vital del informe de la Comisión: nombrar cuatro Subcomisiones encargadas de determinar sobre los aspectos de las reformas propuestas, y de ponerlas en práctica. El Bisonte asentía a todo, pero luego, en una breve visita a Londres, retiró su consentimiento, y regresó con rapidez a Escocia. Durante unas semanas se suspendieron todas las actividades: tenía gota, gota en las manos, de manera que no podía escribir. «Siempre tuvo la gota a mano», dijo Miss Nightingale. Pero, por fin, incluso el Bisonte se dio cuenta de que el juego había terminado, y sobrevino la rendición inevitable.

Hubo, no obstante, un punto sobre el que triunfó contra Miss Nightingale. La construcción del Hospital de Netley había comenzado, bajo sus órdenes, antes de que ella regresase a Inglaterra. Al poco tiempo de su llegada a Inglaterra, examinó los planos, y averiguó que reproducían las peores faltas de un sistema de construcción de hospitales anticuado y pernicioso. Por lo tanto, con toda rapidez indicó que había que reconsiderar todo el asunto; mientras tanto, la construcción se suspendió. Pero

el Bisonte era impermeable; sería demasiado caro, además era muy tarde. Desesperando de su capacidad para impresionarlo, convencida de la importancia extrema del asunto, se decidió a apelar a una autoridad superior. Lord Palmerston era entonces primer ministro, lo conocía desde la infancia, habían sido vecinos en New Forest. Se dirigió a New Forest, armada con los planos del hospital proyectado, y con toda la información relevante; se quedó aquella noche en casa de lord Palmerston, y lo convenció de la necesidad de reconstruir Netley.

> Me parece –escribió lord Palmerston a lord Panmure–, que en Netley todas las consideraciones que más tenderían a la comodidad y pronto restablecimiento de los enfermos se han sacrificado a la vanidad del arquitecto, cuyo único propósito ha sido el de construir un edificio que tuviese el mejor aspecto posible cuando se contemplase desde el río Southampton... Le ruego, por lo tanto, que detenga todo progreso de las obras, hasta que se considere debidamente todo este asunto.

Pero el Bisonte no se iba a dejar convencer por una carta perentoria, incluso si la enviaba el Primer Ministro. Puso en juego todos los poderes de la dilación; lord Palmerston perdió el interés por el asunto, y de esta manera el hospital militar más importante de Inglaterra se completó, de manera triunfal, sobre la base de unos principios insalubres, con habitaciones sin ventilación, con todas las ventanas de los pacientes orientadas hacia el nordeste.

Pero ya había llegado el momento en el que lord Panmure no iba a molestar ni a ser molestado más veces. Una votación en la Cámara de los Comunes trajo consigo la caída del Gobierno de lord Palmerston, lord Panmure recobró la libertad para dedicar el resto de su vida a la Iglesia Libre de Escocia. Tras un breve intervalo, Sidney Herbert se convirtió en ministro de la Guerra. Grande fue el júbilo en el gobierno de Nightingale: por fin había amanecido el día de los logros. Los próximos dos años y medio (1859-61) contemplaron la implantación de todo el sistema de reformas por el que Miss Nightingale había estado abogando de forma tan vehemente: reformas que convierten el período del mandato de Sidney Herbert en el ministerio de la Guerra en una época importante en la historia del ejército británico. Las cuatro Subcomisiones, constituidas de forma estable bajo el control inmediato del Ministro, estimuladas por la perseverancia implacable de Miss Nightingale, se pusieron a

trabajar con una sola voluntad. Se remodelaron cuarteles y hospitales; se ventilaron de forma adecuada, tuvieron calefacción y luz por primera vez; se les proveyó de un suministro de agua que, en efecto, suministraba agua; y hubo cocinas en las que, por extraño que parezca, se podía cocinar. Después, se reguló el importante asunto del intendente –aquel ominoso funcionario cuyos poderes y cuya falta de poderes habían gravitado como una pesadilla en Scutari–, hubo nuevos reglamentos, en los que se definían con precisión responsabilidades y deberes. Una Subcomisión reorganizó las estadísticas médicas del ejército. Otra estableció –a pesar de los últimos esfuerzos convulsos del ministerio– una escuela de medicina militar. Y en fin, la dirección general de medicina del ejército se reorganizó por completo: se redactó un código administrativo, se puso en pie un principio grande y nuevo: que tanto era parte del deber de las autoridades el cuidar de la salud de los soldados, como atenderlos en la enfermedad. Además de esto, por fin se admitió de forma oficial que había un aspecto moral e intelectual en el caso. Se instituyeron cafeterías y salas de lectura, talleres y gimnasios. En verdad, parecía que había comenzado una nueva era. Ya en 1861 la mortalidad en el ejército había disminuido a la mitad desde los días de Crimea. No era de extrañar que comenzasen a abrirse ante Miss Nightingale posibilidades más amplias. Todavía necesitaba una cosa para completar y asegurar los triunfos. La dirección general de medicina del ejército, a decir verdad, se había reorganizado, pero la gran maquinaria central estaba todavía intacta. El propio ministerio de la Guerra... (!) Si pudiese remodelarlo a gusto de sus deseos. ¡Eso sí que sería un verdadero triunfo! Hasta que no se consiguiese aquel acto definitivo, ¿cómo iba a estar segura de que los demás logros no podrían, por algún caprichoso giro de la rueda de la fortuna –un cambio de ministerio, tal vez, que sustituyese a Sidney Herbert por alguna marioneta de la pandilla oficial de siempre– desaparecer en un momento, arrojados al limbo?

Mientras tanto, cada vez con una mayor voracidad por el trabajo, sus actividades se ramificaban en otras direcciones. Reclamaba su atención el ejército de la India. Una comisión de sanidad, nombrada a instancia suya, y que trabajaba bajo sus auspicios, hizo por las tropas allí más de lo que las cuatro Subcomisiones hicieron por las de Inglaterra. De forma simultánea, estos años que vieron cómo se ponían los cimientos de un sistema moderno y completo del trabajo médico en el ejército, vieron también el comienzo del acercamiento de sus conocimientos, su actividad y su influencia, al servicio de todo el país, de la sociedad civil. Sus

Notas sobre hospitales (1859) revolucionaron la teoría de la edificación de hospitales, y de su administración. Al momento se la reconoció como la más importante experta en todas las cuestiones relacionadas con este tema; sus consejos fluían de manera incesante en todas direcciones, de manera que hoy en día no hay gran hospital que no lleve la impronta de sus pensamientos. Y esto no era todo. Con la inauguración de la Escuela Nightingale para la formación de enfermeras, en el hospital de Santo Tomás (1860), se convirtió en la fundadora de la enfermería moderna.

Pero una crisis terrible se aproximaba a gran velocidad. Sidney Herbert se había comprometido a llevar a cabo una reforma total del ministerio de la Guerra. Se había internado en aquella jungla tropical infestada de obstrucciones, llena de irresponsabilidades entrelazadas, prejuicios escondidos, de abusos que la antigüedad había vuelto obstinados e inflexibles, y que todavía durante muchos años estaba destinada a atraer a su destrucción a los ministros reformistas.

> El ministerio de la Guerra –decía Miss Nightingale– es muy lento, es un ministerio enormemente caro, además es un ministerio en el que las intenciones del ministro pueden neutralizarse completamente por cada una de las direcciones generales, y las de éstas, a su vez, pueden neutralizarse entre sí.

Era verdad; y por supuesto, ante el primer rumor de cambios, la veterana falange de la reacción se erizaba desplegando las lanzas habituales. Al frente de él ya no estaba el Dr. Andrew Smith, quien, hacía algún tiempo, había seguido los pasos del Bisonte hacia la oscuridad del exterior, pero una figura todavía más formidable, el propio subsecretario jefe, sir Benjamin Hawes –Ben Hawes, como lo bautizó con irreverencia el gobierno Nightingale– un hombre notable, incluso entre la administración civil, por su destreza para frustrar investigaciones inconvenientes, sus recursos para suscitar discusiones sobre temas inexistentes, y, en pocas palabras, su dominio consumado de todas las artes para evitar de forma oficial la imaginación y la iniciativa. «Nuestro proyecto traerá como resultado probable la dimisión de Ben Hawes –decía Miss Nightingale–, y ésa es otra de sus ventajas». El propio Ben Hawes, sin embargo, no lo veía así. Se dispuso a resistir a los deseos del Ministro por todos los medios a su alcance. La lucha fue larga y difícil y, en el curso de ella, Miss Nightingale se convenció de que algo le sucedía a Sidney Herbert. ¿Qué era ello? Su salud, dijo, que nunca fue muy

robusta, estaba a punto de desfallecer bajo la tensión del trabajo. Pero, después de todo, ¿qué es una enfermedad, cuando hay que reorganizar todo un ministerio de la Guerra? A continuación, empezó a hablar de retirarse por completo de la vida pública. Se consultó a los médicos, y declararon que, por encima de todo, lo que era necesario era un descanso. ¡Descansar! Ahora sí que empezó ella a preocuparse. ¿Sería posible que, en el último momento, se le arrebatase de las manos la corona de la victoria? No iba a dejar que los médicos la dejasen a un lado; estaban diciendo tonterías; lo más necesario no era el descanso, sino la reforma del ministerio de la Guerra; además, ella sabía muy bien, por experiencia propia, lo que tenía que hacerse cuando se estaba al borde de la muerte. Discutió con vehemencia, con pasión, la meta estaba tan cerca, tan cerca ¡No podía darse media vuelta ahora! En cualquier caso, él no podía enfrentarse con Miss Nightingale. Llegaron a un compromiso. Muy en contra de su voluntad, Sidney Herbert sustituyó la agitación de la Cámara de los Comunes por la dignidad de la Cámara de los Lores, y continuó en el ministerio de la Guerra. Ella se mostró encantada. «Sólo una batalla más, la última, la mejor», dijo.

La batalla se prolongó durante varios meses. Pero la tensión era aún mayor de lo que ella podía darse cuenta. Además de la guerra intestina en su propio ministerio, tenía, dentro del Gobierno, que librar una batalla tras otra por el asunto de los presupuestos con Mr. Gladstone: un enemigo aún más formidable que Ben Hawes. Su salud se deterioró cada vez más. Comenzó a tener desmayos, y había días en que la única forma de mantenerse activo era mediante tragos de brandy. Miss Nightingale lo espoleaba con su apoyo y sus reproches, su celo y su ejemplo. Pero por fin su espíritu comenzó a decaer no menos que su cuerpo. Ya no tenía esperanzas, tampoco tenía deseos, era inútil, todo era inútil, era completamente imposible. Había fracasado. Llegó el momento terrible en el que se vio obligado a aceptar la verdad: nunca sería capaz de reformar el ministerio de la Guerra. Pero aún había otro momento todavía más terrible esperándolo, tenía que ir a decirle a Miss Nightingale que era un fracasado, un hombre vencido.

«¡Bienaventurados los misericordiosos!» ¿Qué extraña e irónica premonición había guiado al príncipe Alberto, en su ingenuidad, a elegir esa máxima para el broche de Crimea? Las palabras tienen una doble lectura, y, ¡ay!, cuando a la larga se dio cuenta de lo que había sucedido, y de que no había forma de evitarlo, no tuvo mucha misericordia con él.

¡Vencido! –exclamó–. ¿No se da cuenta de que ha tirado todas las cartas? ¡Y con todos los triunfos en la mano! ¡Un juego tan noble! ¡Sidney Herbert vencido! ¡Vencido por Ben Hawes! Es una tragedia peor... –finalmente estalló dominada por la ira–... una desgracia peor que la de los hospitales de Scutari.

Se retiró arrastras, apenas pudo llegar a Spa, esperando en vano recuperar la salud; después, desesperado, regresó a Inglaterra, a Wilton, a la majestuosa mansión que resplandecía bajo el sol del verano, entre los corpulentos cedros que habían dado sombra a sir Philip Sidney, donde estaban todos aquellos lugares familiares y llenos de belleza a los que volvía siempre, y que amaba, a cada uno de ellos, «como si fuesen personas»; y en Wilton murió. Después de recibir la eucaristía se quedó en calma perfecta, más tarde, casi inconsciente, parecía que se movían los labios. Los que lo rodeaban se inclinaron. «¡Pobre Florence! ¡Pobre Florence! –pudieron oír–... nuestros proyectos... sin concluir... lo intenté...» No oyeron nada más.

Cuando un espíritu poderoso arrastra en su marcha rápida a uno más débil hacia la destrucción, es mejor no demorarse en los lugares comunes del juicio moral. Si Miss Nightingale no hubiese sido tan insensible, Herbert Sidney no habría muerto, pero en ese caso, ella no habría sido Miss Nightingale. La fuerza que creaba era la que, a su vez, destruía. El Demonio es el que era responsable. Cuando le llegó la noticia fatal, la venció el dolor. En medio de la convulsión de los sentimientos, convirtió en una devoción la memoria del muerto; al instrumento complaciente que ella misma había roto con las manos lo llamó a partir de entonces «Maestro». Después, casi al tiempo, recibió otro golpe. Arthur Clough, extenuado por trabajos de muy diferente clase de los de Sidney Herbert, también falleció, ya nunca más le ataría los paquetes. Y aún sobrevino un tercer desastre. La fiel tía Mai, en realidad, no murió, no, pero hizo algo que casi era peor: abandonó a Miss Nightingale. Envejecía y creyó que tenía deberes más imperativos e inmediatos respecto de su propia familia. Su sobrina casi no fue capaz de perdonarla. Vertió, en una de sus cartas enormes, una diatriba apasionada acerca de la infidelidad, la falta de simpatía, la estupidez y la inepcia de las mujeres. Sus doctrinas no habían arraigado entre ellas, nunca había conocido a una mujer que hubiese *appris à apprendre*, no podía ni tener a una mujer de secretaria; «ni tan siquiera saben los nombres de los ministros del

Gobierno, ni saben qué iglesia tiene obispos y cuál no». En cuanto al espíritu de entrega personal, pues bien, Sidney Herbert y Arthur Clough eran hombres, y habían demostrado de forma evidente su devoción, pero ¡las mujeres...! Llevaría tres velos de viuda «como testimonio». Los dos primeros serían por Clough y el Maestro, pero el tercero, «el velo de viuda más grande de todos», sería por tía Mai. Hacía bien en estar enfadada, se había quedado sin nadie cuando más necesarios eran; aunque, después de todo, ¿podía estar segura de que el sexo masculino era tan impecable? Ahí estaba el Dr. Sutherland, perdiendo el tiempo como de costumbre. ¿Es que también él estaría pensando en marcharse cualquier día? Le echó una mirada, y el pobre se echó a temblar como una hoja al viento. ¡No!, sonrió sardónicamente, siempre tendría al Dr. Sutherland. Entonces reflexionó y se dio cuenta de que había otra cosa que también tendría siempre: el trabajo.

IV

La muerte de Sidney Herbert puso fin a los sueños de Miss Nightingale sobre las reformas del ministerio de la Guerra. Por unos momentos, a decir verdad, con los primeros dolores crueles de la decepción, se había agarrado de forma insensata a un clavo ardiendo: había escrito a Mr. Gladstone para pedirle que continuase el trabajo de Sidney Herbert. Mr. Gladstone había contestado con una relación del funeral llena de compasión.

Los siguientes ministros de la Guerra se las arreglaron entre sí para deshacer entre ellos bastante de lo que ya se había logrado, pero no pudieron deshacer todo, todavía durante diez años más (1862-72), Miss Nightingale continuó siendo una influencia poderosa en el ministerio de la Guerra. Después de esa fecha, la vinculación directa con el ejército llegó a su fin, y dirigió sus energías, de una forma más decidida, hacia objetivos más generales. El trabajo en la reforma de los hospitales asumió proporciones enormes; pudo mejorar las condiciones de los dispensarios y de los talleres de trabajo no remunerado; y uno de sus estudios más notables anticipa las recomendaciones de la Comisión de la Ley sobre la Pobreza, de 1909. Su Escuela de Capacitación para Enfermeras, con todo lo que incluía en punto a iniciativa, control, responsabilidad y acción, habría sido suficiente en sí misma para haber absorbido todos los esfuerzos de por lo menos dos vidas de vigor normal. Al tiempo, el trabajo relacionado con la India, que había comenzado con una Comisión de Sanidad del ejército indio, se extendía y ramificaba en multitud de direcciones. Sus tentáculos llegaban hasta el ministerio para la India, y logró instalarse con éxito, de forma estable incluso, en aquellas alturas resbaladizas. Durante muchos años fue *de rigueur* para cualquier virrey, al que se acabase de nombrar, hacer una visita a Miss Nightingale antes de partir hacia la India.

Después de muchas dudas, se había establecido en una casita en la calle South, donde permaneció el resto de la vida. Y fue una vida muy larga; la anciana moribunda vivió hasta los noventa y un años. La mala salud mejoró de forma gradual, las crisis de peligro extremo fueron menos frecuentes, y finalmente cesaron de forma definitiva; continuó

siendo una inválida, pero una inválida con unas características muy curiosas: una inválida que estaba demasiado débil para bajar las escaleras, y que trabajaba más que los ministros del Gobierno. La enfermedad, cualquiera que haya sido, no parece que fuese un inconveniente mayor. Lo único que le imponía era aislamiento; y un aislamiento extraordinario y sin paralelo era, casi podría decirse, el manantial de la vida para Miss Nightingale. Tendida en el sofá en la habitacioncita del piso de arriba de la calle South, combinaba la vitalidad intensa y dominante de una mujer de mundo con la cualidad romántica y misteriosa de un mito. Se convirtió en una leyenda viviente, y lo sabía. Saboreaba los placeres del poder, como aquellos emperadores orientales cuyo gobierno autocrático se fundaba en la invisibilidad, con las satisfacciones mezcladas de la oscuridad y la fama. Halló que la superchería de la enfermedad no era una barrera menos efectiva contra los ojos humanos que el ceremonial de un palacio. Estadistas importantes y generales renombrados se veían obligados a solicitar audiencia; las princesas admirables de países extranjeros averiguaban que tenían que verla cuando ella quería, o no verla; y el mortal común no albergaba esperanzas de ir más allá de la sala de estar del piso inferior, y del Dr. Sutherland. Pues, aquel discípulo infatigable, a decir verdad, nunca desertó de su lado. Podría sentirse impaciente, podría estar inquieto, pero se quedó. Con su «incurable confusión mental», como decía ella, continuó a su servicio hasta el final. Una vez, es cierto, se había aventurado a tomar unas vacaciones; pero se le reclamó y no volvió a repetir el experimento. Se le necesitaba en el piso de abajo. Se sentaba, tramitaba asuntos, respondía cartas, entrevistaba a los visitantes e intercambiaba notas innumerables con el poder invisible del piso superior. A veces llegaba la noticia de que Miss Nightingale estaba lo suficientemente bien como para admitir a un visitante. Se hacía subir al afortunado, se le anunciaba y entraba temblando en la sala en penumbras; por supuesto, nunca en el futuro olvidaría la entrevista. Muy rara vez, la verdad, una o dos veces al año, quizá, pero nadie estaba seguro, en secreto absoluto, Miss Nightingale iba a dar un paseo por el parque. Inadvertida, la leyenda viviente revoloteaba por unos momentos ante la mirada de quien allí estuviese. Las precauciones eran necesarias; hubo ocasiones en las que, en algunas funciones públicas, el rumor de su presencia se extendía hacia la calle; y a algunas damas, confundidas por la multitud con Miss Nightingale, las seguían, las molestaban y les suplicaban con vehemencia: «déjeme que le toque el chal»; «déjeme que le toque el brazo»; tal era la extraña adoración que

había en los corazones de la gente. Aquella inmensa reserva de fortaleza se quedaba allí tras ella; podía usarla, si quisiera. Pero prefería no usarla nunca. En algunas ocasiones podía dar una indicación o amenazar; podía mover de un lado a otro la espada de Damocles sobre la cabeza del Bisonte; podría, mediante una palabra o una mirada, recordar a algún ministro obstinado, a algún virrey terco, sentados en audiencia en la habitacioncita del piso de arriba, que era algo más que una simple mujer enferma, y que sólo tenía que asomarse a la ventana, por así decirlo, y hacer ondear un pañuelo para que... a continuación sucediesen cosas horribles. Pero aquello era suficiente; comprendían; el mito estaba allí: obvio, portentoso, impalpable; y así continuó hasta el final.

Con estadistas y gobernantes dispuestos a obedecer, con un centenar de asuntos entre manos, con provincias inmensas a sus pies, con gobiernos extranjeros ávidos de su consejo, con la construcción de los hospitales, con la escuela de enfermería; ¡y todavía pensaba que no tenía suficiente trabajo! Suspiraba por la conquista de otros mundos. Cada vez más y más. Miró a su alrededor, ¿qué quedaba? ¡Por supuesto! ¡La filosofía! Después del mundo de la acción, el mundo del pensamiento. Después de haber puesto en orden la salud del ejército británico, ahora haría idéntico bien respecto de las convicciones religiosas de la humanidad. Había venido observando, con pena, durante largo tiempo una tendencia creciente hacia el libre pensamiento entre los artesanos. Con pena, pero de ninguna manera con sorpresa: la enseñanza ordinaria del cristianismo era tristemente deficiente; mejor dicho, incluso el propio cristianismo no dejaba de tener sus defectos. Ella rectificaría estos errores, corregiría los errores de las iglesias, indicaría aquellos puntos en los que la Iglesia estaba equivocada, y explicaría a los artesanos cuál era la verdad. Antes de la marcha hacia Crimea, ya había comenzado este trabajo; pero ahora, en los intervalos de otras labores, lo completó. Sus *Sugerencias para pensar, dedicadas a los artesanos de Inglaterra buscadores de la verdad* (1860), resuelven, a lo largo de tres gruesos volúmenes, las dificultades –hasta entonces, cosa curiosa, irresueltas– relacionadas con materias tales como la fe en Dios, el plan de la creación, el origen del mal, la vida futura, la necesidad y la libre voluntad, la ley y, en fin, la naturaleza de la moralidad. El origen del mal, en particular, no dejaba perpleja a Miss Nightingale. «No podemos concebir –dice– que el Bien Omnipotente encontrase alguna satisfacción en la *vida en soledad*». Siendo esto así, la única pregunta que queda por hacer es: «¿Qué seres podríamos concebir que crearía Dios?» Ahora bien, Él no puede crear

seres perfectos, «puesto que, en esencia, la perfección es una»; si lo hiciese, lo único que estaría haciendo sería crear duplicados de sí mismo. De manera que la conclusión es evidente: *debe* crear seres imperfectos. El Bien Omnipotente, enfrentado al intolerable *impasse* de una vida solitaria, se ve obligado, por la propia naturaleza del asunto, a crear los hospitales de Scutari. No hay forma de saber si estos razonamientos parecieron satisfactorios a los artesanos, pues sólo se imprimieron unos pocos ejemplares no venales. Se envió un ejemplar a Mr. Mill, quien, con una carta muy cortés, dio muestra de haberlo recibido. Sin embargo, se sintió obligado a confesar que en conjunto no le había convencido la prueba de la demostración de la existencia de Dios de Miss Nightingale. Miss Nightingale se sorprendió y le mortificó el hecho; cambió de opinión acerca de Mr. Mill, porque con toda seguridad era difícil mejorar su prueba de la existencia de Dios. «Una ley –decía– implica a alguien que la otorga». Pues bien, el universo está lleno de leyes: la ley de la gravitación, el principio del tercero excluido, y muchas otras; de aquí se sigue que el universo contiene a alguien que dispensa las leyes, ¿con qué se sentiría satisfecho Mr. Mill, si no se sentía satisfecho con esto?

Tal vez Mr. Mill podría haberle preguntado que por qué no había desarrollado la línea de razonamiento hasta la conclusión lógica. En realidad, si confiamos en la analogía con las instituciones humanas, debemos recordar que las leyes, de hecho, no las dispensa nadie, sino que se aprueban en sesiones parlamentarias. Miss Nightingale, no obstante, con toda su experiencia de la vida pública, nunca se paró a considerar si Dios no sería más bien un monarca constitucional.

Su concepción de Dios no era, cierto es, ortodoxa. Sentía hacia Él lo que sentiría hacia un experto en sanidad glorificado; y en algunos aspectos, apenas parece distinguir entre la deidad misma y el sistema del alcantarillado. Al pasar estas páginas, uno tiene la impresión de que Miss Nightingale también ha atrapado al Todopoderoso en sus garras, y que, si Él no se anda con cuidado, lo matará mediante un exceso de trabajo.

Después, de repente, en medio de las generalidades y divagaciones de las disquisiciones metafísicas, hay un giro inesperado, y se arroja al lector de repente en medio de algo muy particular, algo personal, algo impregnado de una experiencia intensa: una invectiva virulenta sobre la posición de las mujeres en las clases superiores de la sociedad. Olvidando al tiempo las discusiones elevadas y a los artesanos, aquella criatura amargada se queja, a través de un centenar de páginas de densa tipogra-

fía, de las falsedades de la vida en familia, de los inconvenientes del matrimonio, del vacío de las convenciones, con el espíritu con el que se quejaría un Ibsen o un Samuel Butler. Su pluma ardiente, temblando de ira íntima, pinta con frases incisivas el destino temible de una chica soltera en una casa rica. Es un *cri du coeur;* y después, tan de repente como antes, vuelve una vez más a instruir a los artesanos sobre la naturaleza del Bien Omnipotente.

Su talento estaba, a decir verdad, mejor preparado para examinar los frutos desagradables y concretos de la vida real que para construir un sistema coherente de filosofía abstracta. A pesar de su respeto por la ley, nunca se sintió a gusto con las generalizaciones. Así, aunque el logro fundamental de su vida consistió en el impulso tremendo que dio al tratamiento científico de la enfermedad, la comprensión verdadera del método científico en sí mismo era algo ajeno a su espíritu. Como la mayoría de los grandes hombres de acción, quizá como todos, era sencillamente una empírica. Creía en lo que veía y actuaba en consecuencia, no iba más allá de eso. Había notado en Scutari que el aire fresco y la luz desempeñaban un papel eficaz en la prevención de las enfermedades contra las que tenía que luchar, y eso era suficiente para ella; no necesitaba hacer más averiguaciones; cuáles eran los principios generales que subyacían a ese hecho –o incluso si había siquiera algún principio– era algo que rechazaba considerar. Años después de los descubrimientos de Pasteur y Lister, se reía de lo que ella llamaba el «fetiche de los gérmenes». No existía la «infección», nunca la había visto, por lo tanto no existía. Pero sí había visto el buen efecto del aire fresco, por lo tanto, no podía haber dudas acerca de ello; por lo tanto era capital que las habitaciones de los enfermos estuviesen bien ventiladas. Tal era su doctrina; y en aquellos días de habitaciones cerradas de forma hermética era muy valiosa. Pero era puramente empírica, de manera que condujo a algunos resultados desafortunados. Cuando, por ejemplo, su influencia en la India estaba en su punto más alto, dio órdenes para que todas las ventanas de los hospitales se mantuviesen abiertas de forma invariable. Las autoridades, que sabían lo que significaba una ventana abierta en un clima cálido, protestaron, pero fue en vano. Miss Nightingale no creyó sus palabras. Ella no sabía nada del clima cálido, pero sí que conocía el valor del aire fresco, por experiencia personal; las autoridades decían tonterías, y las ventanas había que mantenerlas abiertas todo el año. Hubo un clamor entre los médicos de la India, pero se mantuvo firme; y por un momento pareció muy posible que sus terribles mandatos tuvie-

sen que ponerse en práctica. Lord Lawrence, sin embargo, que era el virrey, pudo insinuar a Miss Nightingale, con autoridad suficiente, que él mismo había tomado una decisión sobre ese punto, y que esa decisión iba a prevalecer, incluso si se oponía a la de ella. Ante eso, cedió, pero contrariada y muy poco convencida; sólo estaba sorprendida por la inesperada debilidad de lord Lawrence. Sin duda, si hubiese vivido hoy, y si hubiese adquirido experiencia, no entre casos de cólera en Scutari, sino, entre casos de fiebre amarilla en Panamá, habría declarado que el aire fresco era un fetiche, y habría mantenido hasta el día de su muerte que el único medio efectivo para luchar contra la enfermedad era mediante la destrucción de los mosquitos.

Sin embargo, aquella mente, tan positiva, tan realista, tan ultra práctica, no dejaba de tener sus revulsiones, sus modos misteriosos de misticismo y duda. Algunas veces, se quedaba tendida muy temprano, y caía en meditaciones dolorosas, extrañas y prolongadas; después, cogía un lápiz, y consignaba en el papel las confesiones del alma. Los deseos morbosos de los días anteriores a Crimea volvían a asaltarla, llenaba página tras página con exámenes de sí misma, autocríticas, sumisiones. «¡Oh, Padre! –escribía–, me someto, me resigno, acepto con todo el corazón esta prueba a la que me somete tu mano para salvarme... ¡Ah, qué vano es, vanidad de vanidades, vivir en los pensamientos de los hombres, en lugar de vivir en los de Dios!» Se sentía sola y desgraciada. «Tú sabes que durante estos horribles veinte años, me ha mantenido la creencia de que trabajaba contigo y de que tú conducías a todos, incluso a nuestras pobres enfermeras, a la perfección». Después de todo, ¿cuál era el resultado?, ¿no había sido incluso ella una sirviente inútil? Una noche se despertó de repente, y vio a la luz débil de la lamparilla de noche unas sombras tenebrosas sobre la pared. El pasado regresó con rapidez a ella. «¿Soy yo quien estuvo una vez en los altos de Crimea? –se preguntaba de manera frenética–: "La dama de la lámpara resistirá...." La lámpara sólo me muestra mi más completo naufragio».

Buscó consuelo en los escritos de los místicos, y en la correspondencia con Mr. Jowett. Durante muchos años, el director del Balliol fue su director espiritual. Debatió con ella, en una serie de enormes cartas, problemas de religión y filosofía; criticó sus escritos sobre esos temas con la simpatía y el tacto del clérigo que, al tiempo, es un hombre de mundo; incluso en ocasiones se aventuró a intentar impregnar en su naturaleza rebelde algo de su propia suavidad peculiar. «A veces pienso –le dijo–, que debería considerar en serio cómo podría llevar su trabajo,

no con menos energía, sino con un espíritu más en calma. No estoy criticando el pasado... Pero deseo que la paz de Dios prevalezca en el futuro». Le recomendó que no pasase el tiempo en «conflictos con la administración pública», y que emprendiese alguna clase de trabajo literario. La animó a que, en una serie de ensayos para la *Frazer's Magazine*, «elaborase su noción de la perfección divina». Así lo hizo, y se sometió el resultado a Mr. Froude, quien declaró que el segundo ensayo era «aún más significativo que el primero. No puedo ni describir –comentó– cuán bueno, para las inteligencias descarriadas, será el efecto de estos escritos». Mr. Carlyle, a decir verdad, empleó un lenguaje muy diferente, y, desdichadamente, algunas de sus observaciones acerca de una cordera perdida, balando por los montes, al haber sido repetidas ante Miss Nightingale, hicieron necesaria toda la suavidad de Mr. Jowett para mantener la paz. En una carta de catorce páginas, él desvió la atención de ella, de este tema doloroso, y la orientó hacia el quietismo. «No veo por qué –decía el director del Balliol– la vida activa no podría convertirse también en una suerte de vida pasiva». Después añadía, «a veces imagino que hay posibilidades en el carácter humano muy superiores a las que creemos». Pensaba ella que estos sentimientos eran útiles, y los subrayaba con un lapicero azul, y, como recompensa, ayudaba a su amigo con una serie de comentarios complejos sobre los *Diálogos* de Platón, la mayoría de los cuales él incorporó a la segunda edición de su traducción. De manera gradual, su interés comenzó a ser más personal; ella le dijo que no volviese a trabajar después de las doce de la noche, y él obedeció. Después, ella le ayudó a diseñar una forma especial de servicio diario para la capilla del Colegio, con selecciones de los salmos bajo epígrafes como «Dios el Señor, Dios juez, Dios padre y Dios el amigo», sin embargo, este proyecto no pudo ponerse en práctica, pues el obispo de Oxford, en el ejercicio de sus poderes legales y por consejo de sir Travers Twiss, desautorizó el cambio.

Las relaciones se convirtieron en intimidad. «El espíritu del salmo vigésimo tercero y el espíritu del salmo décimo noveno deberían unirse en nuestras vidas», dijo Mr. Jowett. Por fin ella le pidió que le hiciese un favor singular. ¿Podría, sabiendo lo que sabía sobre sus opiniones religiosas, acercarse a Londres a administrarle el sagrado sacramento? No lo dudó; más tarde declaró que consideraría siempre aquella ocasión como un acontecimiento solemne de su vida. Dedicó su vida a ella, pero la naturaleza exacta de sus sentimientos nunca transpiró de forma lo bastante clara. Los sentimientos de ella hacia él eran contradictorios. Al

principio, él era «ese hombre tan bueno», «ese auténtico santo, Mr. Jowett»; pero con el paso del tiempo algo amargo se mezclaba con el bálsamo: la acrimonia de su naturaleza prevalecía. Creía que daba más simpatía de la que recibía; se sentía exhausta, fastidiada por la conversación de él. Un día no pudo evitar que su lengua comenzase a disparar contra él. «Viene aquí y me habla –dijo–, como si fuera una más».

V

Hubo un tiempo en el que casi había decidido terminar su vida en el retiro, como paciente en el Hospital de Santo Tomás. Pero, en parte a causa de la persuasión de Mr. Jowett, cambió de idea. Durante cuarenta y cinco años permaneció en la calle South, y en la calle South murió. Al acercarse la vejez, aunque su influencia en el mundo oficial disminuyó de forma gradual, sus actividades parecían continuar tan intensas y variadas como antes. Cuando había que construir hospitales, cuando había proyectos de reforma de la sanidad en debate, cuando se declaraban guerras, todavía continuaba siendo la consejera de toda Europa. Todavía, con una típica confianza en sus propias ideas, se preocupaba desde su dormitorio en Mayfair del bienestar de la India. Todavía, con entusiasmo infatigable, se entregaba a un trabajo que, tal vez, era el más cercano a su corazón, era más suyo por completo que todos los demás: la formación de las enfermeras. En los momentos de mayor depresión, cuando sus logros más notables parecían perder lustre, pensaba en sus enfermeras y se consolaba. Los caminos de Dios, pudo averiguar, eran en verdad extraños. «Qué ineficaz fui en Crimea –observó–. Pero de aquello, el Señor ha traído la formación de las enfermeras».

En otras ocasiones se sentía más satisfecha. Al mirar hacia atrás, se quedaba sorprendida por el cambio enorme que, desde aquellos primeros tiempos, había sobrevenido en el tratamiento de las enfermedades, y en la concepción general de la salud pública y doméstica. Un cambio en el que, era consciente, había desempeñado un papel importante. Uno de sus admiradores de la India, el agá Jan, llegó de visita. Ella se explayó y habló sobre los avances maravillosos que había alcanzado a ver en cuanto a la administración de los hospitales, el alcantarillado, la ventilación, en trabajos de sanidad de toda especie. Hubo una pausa, y después:

–¿Cree que está mejorando? –preguntó el agá Jan.

Ella se quedó desconcertada.

–¿Qué quiere decir con «mejorando»?

Él contestó:

–Que si cree más en Dios.

Comprendió que él tenía una idea de Dios diferente de la suya. «Un hombre muy interesante –anotó después de la entrevista–, pero nunca sabrá nada de sanidad».

Cuando de verdad llegó la vejez, sucedió algo curioso. El destino, después de haber esperado con gran paciencia, le gastó una extraña broma a Miss Nightingale. La bondad y el espíritu de servicio público de aquella vida prolongada sólo podían compararse a su carácter corrosivo. La virtud había vivido en medio de la dureza, había derramado su utilidad de forma pródiga, pero con una sonrisa de amargura en los labios. Ahora, los años sarcásticos trajeron su castigo a esta mujer orgullosa. No iba a morir como había vivido. Iba a perder el aguijón, se iba a reblandecer, se iba a convertir en alguien obediente y complaciente. El cambio se produjo poco a poco, pero al final era inconfundible. La comandante terrible que había llevado a Sidney Herbert a la muerte y a quien el Sr. Jowett había aplicado las palabras de Homero, ἄμοτον μεμαῦια –ira insaciable–, ahora aceptaba con gratitud atenciones sin importancia, y se entregaba a amistades sentimentales con las jóvenes. La autora de *Notas sobre la enfermería* –aquel compendio clásico de los pecados más comunes de la hermandad femenina, redactado con la acidez minuciosa y el deleite en la venganza de un Swift– se pasaba ahora largas horas componiendo discursos cariñosos para las enfermeras en prácticas, sobre las que lloraba unas veces, y a quienes acariciaba otras. Simultáneamente, apareció una alteración correspondiente en el aspecto físico. La mujer angular y delgada, de mirada arrogante y comentarios cáusticos, había desaparecido, su sitio lo ocupaba la forma voluminosa y redondeada de una anciana gorda, que se pasaba el día sonriendo. Después hubo algo más que hizo su aparición. El cerebro que se había templado en Scútari, de forma literal, se reblandecía poco a poco. Se hizo patente la senilidad. Hacia el final, la propia conciencia se disipó de manera gradual en una niebla rosada, y se disolvió en la nada. Justo entonces, tres años antes de la muerte, cuando tenía ochenta y siete años (1907), las autoridades comenzaron a considerar que había llegado el momento oportuno para otorgar algún honor de carácter público a Florence Nightingale. Se le ofreció el ingreso en la Orden del Mérito. Esa orden, cuyo registro contiene, entre otros nombres distinguidos el de sir Lawrence Alma Tadema y el de sir Edward Elgar, es notable en un aspecto fundamental por el hecho de que, como su propio nombre indica, se otorga sólo porque quien la recibe lo merece, y no por alguna otra razón. Los representantes de Miss Nightingale aceptaron el honor, y su

nombre, después de un lapso de muchos años, apareció una vez más en la prensa. Comenzaron a recibirse felicitaciones de todas partes. Hubo un estallido universal de entusiasmo, la vuelta a la vida por última de vez de un mito antiguo. Entre sus otros admiradores, el emperador alemán aprovechó la oportunidad para expresar sus sentimientos hacia ella. «Su Majestad –escribió el embajador alemán–, habiendo casi terminado una estancia muy agradable, en el hermoso escenario cercano a la antigua residencia de usted, próxima a Romsey, me ha ordenado que le regale unas flores como muestra de su estima». Después, por mandato real, se llevó la Orden del Mérito a la calle South, y hubo una breve ceremonia para entregarle el regalo. Sir Douglas Dawson, después de un breve discurso, se adelantó y entregó la insignia de la orden a Miss Nightingale. Hundida en las almohadas, reconoció oscuramente que se le tributaba alguna clase de reconocimiento. «Cuánta amabilidad, cuánta amabilidad», murmuró; y no lo decía con ironía.

Bibliografía

Sir E. Cook, *Life of Florence Nightingale [Florence Nightingale: biografía].*

A.W. Kinglake, *The Invasion of the Crimea [La invasión de Crimea].*

Lord Sidney Godolphin Osborne, *Scutari and its Hospitals [Hospitales de Scutari].*

S.M. Mitra, *Life of Sir John Hall [Sir John Hall: biografía].*

Lord Stanmore, *Sidney Herbert.*

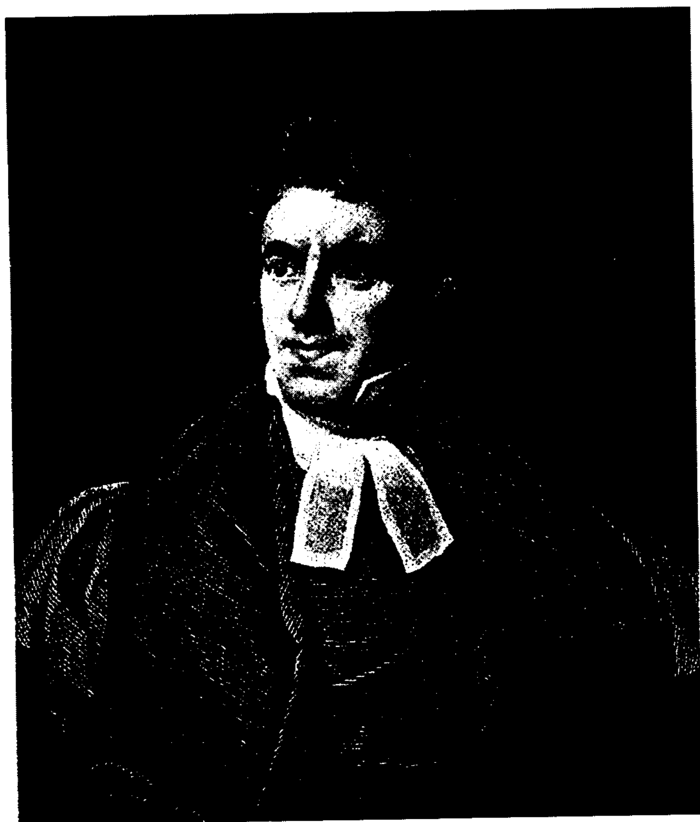
Sir G. Douglas, *The Panmure Papers [Documentos de Panmure].*

Sir H. Maxwell, *Life and Letters of the Fourth Earl of Clarendom [Cuarto conde de Clarendon: biografía y correspondencia].*

E. Abbot y L. Campbell, *Life and Letters of Benjamin Jowett [Benjamin Jowett: biografía y correspondencia].*

A.H. Clough, *Poems and Memoir [Poemas y recuerdos].*

El Dr. Arnold



El Dr. Arnold

En 1827 quedó vacante el puesto de director de la Escuela de Rugby, y los doce miembros del Patronato, nobles y caballeros de Warwickshire, se vieron en la necesidad de nombrar sucesor. La reforma flotaba en el ambiente: política, social, religiosa; incluso en el extranjero había la impresión de que las grandes escuelas públicas no eran todo lo buenas que deberían ser, y de que sería muy deseable algún cambio u otro, nadie sabía precisamente cuál, pero se necesitaba algún cambio en el sistema de administración. De manera que fue lo más natural que cuando los doce nobles y caballeros, que habían decidido que se guiarían de forma exclusiva por los méritos de los candidatos, encontraron entre las recomendaciones que afluían una carta del Dr. Hawkins, director del Oriel, en la que pronosticaba que si elegían a Mr. Thomas Arnold, «cambiaría el aspecto de la educación, en todas las escuelas públicas de Inglaterra», ya no hubo más dudas: obviamente, Mr. Thomas Arnold era el hombre. De manera que se le eligió, recibió, como era de rigor, las órdenes sacerdotales; hizo un doctorado en teología, como asimismo era de rigor, y en agosto de 1828 asumió los deberes del cargo.

Todo lo que se sabía de la vida del Dr. Arnold parecía justificar la predicción del director del Oriel, y la elección de los miembros del Patronato. Era hijo de un respetable recaudador de aduanas, y se había educado en Winchester y Oxford, donde su laboriosidad y piedad le habían procurado un lugar eminente entre los compañeros. Es cierto que, cuando era bachiller, cierta pomposidad en el estilo de las cartas que enviaba a casa anunció, a los más clarividentes entre sus familiares, la posibilidad de que el joven Thomas se convirtiese en un pedante cuando fuese adulto; pero, después de todo ¿qué otra cosa podría esperarse de un niño que a los tres años había recibido de su padre, como recompensa por el aprovechamiento en los estudios, los veinticuatro volúmenes de la *Historia de Inglaterra* de Smollett? La carrera en Oxford había sido brillante, y había concluido con un puesto de profesor en el Oriel. Había llegado el momento de que el progreso satisfactorio y sereno de su vida se interrumpiese por un momento: comenzó a preocuparse por las dudas religiosas. Estas dudas, según sabemos por uno de sus

contemporáneos, Mr. Coleridge, quien después llegó a ser juez del Tribunal Supremo: «No eran vulgares ni de tendencia racionalista, según el sentido malo de ese término; no había mala disposición en él para dejar de creer porque un artículo transcendiera a su razón, sólo dudaba de las pruebas y de la interpretación de los textos que hacían las autoridades». En su tribulación, consultó a Keble, uno de sus mejores amigos en aquellos momentos, profesor también en el mismo colegio de la Universidad. Keble escribió a Coleridge:

> El asunto de estos pensamientos desoladores es ése tan terrible en el que todas las mentes que razonan, las más ávidas de conocimientos, a mi juicio, se hallan más expuestas a las tentaciones, es decir, se trata de la doctrina de la Santísima Trinidad. No se asuste, querido Coleridge, no creo que Arnold haya tenido dificultades graves de comprensión, pero el defecto de su mente consiste en que no puede evitar cierta inclinación hacia las objeciones.

¿Qué se podía hacer? El consejo de Keble fue perentorio. Se le ordenó a Arnold, «que hiciese una pausa en las investigaciones, que rezase con ardor para pedir luz y ayuda desde lo alto, y que se dedicase con fuerza redoblada a las tareas prácticas de una vida de santidad». Así lo hizo, y el resultado fue todo lo bueno que se podía apetecer. Pronto se halló bendecido con una paz mental perfecta y una convicción firme.

Una dificultad más, y sólo una, podemos oír sobre este período de su vida. Su poca afición a madrugar equivalía, se dice, «casi a una enfermedad congénita». También venció esta debilidad, aunque no con tanto éxito como el que tuvo con las dudas sobre la doctrina de la Trinidad. Porque todavía años más tarde, el doctor declaraba a menudo que «lo de madrugar continuaba siendo un esfuerzo diario para él, y que en este caso no hallaba que se hubiese cumplido la regla según la cual la costumbre hace que las cosas sean fáciles».

Se casó joven, y se estableció en un pueblo como tutor particular de los jóvenes que se preparaban para la universidad. Permaneció allí durante diez años: feliz, atareado y bastante próspero. Su ocupación fundamental eran los discípulos a quienes preparaba; sin embargo, dedicó no poca energía a otros intereses más variados. Pronunció una serie de sermones en la iglesia parroquial, y comenzó a escribir una historia de Roma, con la esperanza, dijo, de que su tono fuese tal «que el más estricto del, así llamado, partido evangelista no pusiese objeción

alguna a dejarla en manos de sus hijos». Sus opiniones sobre las condiciones políticas y religiosas del país comenzaron a adquirir una forma definitiva. Estaba inquieto ante la «ausencia de principios cristianos en la literatura de su tiempo», esperaba con ansiedad «la llegada de una lucha entre el bien y el mal aún mayor de las que el mundo había visto»; y después de una conversación transcendental con el Dr. Whately, comenzó a pensar en la necesidad de cambios profundos en la Iglesia como institución. Todos los que lo trataron durante estos años se quedaban muy impresionados por el ardor de sus convicciones y sentimientos religiosos, que, como dijo un observador, «aireaba siempre con violencia». Era imposible no darse cuenta de aquella «conciencia profunda del mundo invisible», y «del sentimiento peculiar de amor y admiración que alimentaba hacia Jesucristo nuestro Señor». Reclamaba una admiración especial «aquella suerte de reverencia respetuosa con la que hablaba de Dios o de las Escrituras». «Nadie que lo conociese, aunque sólo fuese de forma superficial –decía otro amigo–, dejaba de sorprenderse por su lucha sin cuartel contra el mal; de manera que, al igual que San Pablo, parecía luchar contra el Maligno, y a la vez daba la impresión de contar con la ayuda de Dios».

Tal era el hombre que, a la edad de treinta y tres años, se convirtió en director de Rugby. El aspecto externo era un índice del carácter interno. Todo en él denotaba energía, seriedad y las mejores intenciones. Las piernas, tal vez, eran más cortas de lo que deberían haber sido, pero la complexión atlética y saludable, de forma especial cuando iba envuelto (como solía ir) con las amplias ropas de los doctores en teología, estaba llena de un vigor imponente; y la cabeza, colocada de forma resuelta sobre la golilla, el corbatín y el alzacuello de tradición eclesiástica, pertenecía con toda claridad a una persona eminente. Los mechones de cabello oscuros y abundantes, las cejas encrespadas y las patillas rizadas, la nariz recta y la barbilla grande, el labio inferior firme y curvado hacia arriba, todo esto revelaba un temperamento lleno de ardor y determinación. Los ojos eran vivaces y grandes, eran además meridianamente honrados. Y a pesar de todo ¿qué era ello?, ¿era algo en la comisura de la boca?, ¿en el ceño? –era difícil identificarlo, pero algo pasaba–, había algo que tal vez fuera un tanto confuso en la cara del Dr. Arnold.

A decir verdad, si pretendía hacer buena la profecía del director del Oriel, la tarea ante él ofrecía un número suficiente de incertidumbres. Las escuelas públicas en aquellos tiempos eran todavía selvas vírgenes, intocadas por la mano de la reforma. Todavía reinaba Keate en Eton; y

poseemos, a través de los informes de sus alumnos, un retrato de la educación en la escuela pública a comienzos del siglo diecinueve, en su estado más genuino. Era un sistema de anarquía atemperada por el despotismo. Cientos de muchachos –rebaños de ellos se reunían en el internado, en aquel *dormitorio grande*, la mención del cual, años después, haría palidecer a ancianos guerreros y estadistas ancianos; allí eran atormentados y aterrorizados por las incursiones furiosas de un hombrecillo anciano e irascible que llevaba un manojo de ramas de abedul– vivían una vida en que se mezclaba la barbarie (consentida) con el estudio diario, a todas horas, de las delicadezas del verso de Ovidio. Era una vida de libertad y terror, de prosodia y rebeldía, de latigazos y horribles inocentadas. Keate reinaba, sin ninguna ayuda –los ayudantes de los profesores eran pocos y no contaban–, mediante la pura fuerza de su personalidad. Pero había ocasiones en las que incluso aquella voluntad indomable cedía ante el diluvio de transgresiones. Los domingos por la tarde, intentaba leer algún sermón a toda la escuela reunida; y toda la escuela reunida seguía hablando hasta callarlo. Las escenas en la capilla distaban de ser edificantes: mientras algún venerable profesor temblaba en el púlpito, se soltaban unas ratas para que corriesen entre las piernas de los niños incontrolados. Pero a la mañana siguiente la mano de la disciplina se reafirmaba: y el ritual salvaje de los latigazos haría recordar a un puñado de niños lloriqueantes que, aunque los pecados contra el hombre y contra Dios pudieran perdonárseles, un verso mal medido sólo podría expiarse con sangre y lágrimas.

Desde dos puntos de vista diferentes, la opinión pública más despierta de la clase media alta comenzaba a atacar este sistema de educación. Por un lado, estaba el deseo de un repertorio de asignaturas más amplio; por otro, comenzaba a solicitarse un tono moral más elevado. El utilitarismo creciente de aquel tiempo contemplaba con impaciencia una clase de instrucción que excluía todas las ramas del conocimiento excepto la filología clásica; mientras que la respetabilidad que no dejaba de aumentar se horrorizaba ante un espectáculo de desorden y brutalidad como el que proporcionaba el Eton de Keate. «Las escuelas públicas –dijo el Rev. Mr. Bowdler–, son las mismísimas sedes y viveros del vicio».

El Dr. Arnold estaba de acuerdo. Estaba convencido de la necesidad de la reforma. Pero era natural que a una persona de su temperamento y educación le impresionase más el aspecto moral que el intelectual del problema. Sin duda era importante enseñar a los muchachos algo más

que las estériles rigideces de las lenguas antiguas, pero ¡cuánto más importante era imbuir en ellos los ingredientes de la buena reputación y los principios de la buena conducta! Su meta más importante, a lo largo de su carrera en Rugby, fue, como dijo en incontables ocasiones, la de «hacer de la escuela el lugar de una educación verdaderamente cristiana». Introducir «un principio religioso en la educación», era su «más ardiente deseo», escribía a un amigo cuando se convirtió en director; «pero lograr esto sería obtener un éxito superior a mis esperanzas; sería una felicidad tan grande que no creo que el mundo pudiera ofrecerme nada comparable». Imprimía constantemente estos sentimientos en sus discípulos. «Repito algo –les dijo–, que ya he dicho antes con frecuencia: lo que debemos buscar aquí es, primero, un principio moral y religioso; segundo, un comportamiento de caballeros; tercero, destreza intelectual».

No cabe duda de que el punto de vista del Dr. Arnold lo compartía una gran parte de los padres ingleses. Les preocupaba muy poco la erudición clásica, sin duda les habría complacido enterarse de que se instruía a sus hijos en la enseñanza de la historia o de la lengua francesa, pero sus esperanzas y deseos verdaderos eran de una naturaleza muy diferente. «¿Le diré que se esfuerce en el trabajo, y que se le envía a la escuela para que se convierta en un sabio?», así meditaba el bueno del hidalgo Brown, cuando estaba a punto de enviar a Tom por primera vez a Rugby.

> Bien está, pero no se le envía por ese motivo, o en cualquier caso, no es ése el motivo fundamental. Me importan un rábano las partículas griegas o la digamma, al igual que a su madre. ¿Para qué se le envía? ... si se convirtiese en un inglés amante de la verdad, útil, valiente, si se convirtiese en un buen cristiano, eso es lo único que quiero[1].

Eso era todo; y eso era lo que el Dr. Arnold se había propuesto conseguir. Pero, ¿cómo conseguirlo? ¿Iba a mejorar la formación de sus alumnos extendiendo gradualmente alrededor de ellos una atmósfera de cul-

---

(1) El bueno del hidalgo Brown se hace estas consideraciones en el cap. IV de la célebre novela *Días en el colegio de Tom Brown* (1857), de Thomas Hughes, una de las primeras novelas dirigida a un público lector infantil. La escuela en la que ocurre la acción es el Rugby modelado por el propio Thomas Arnold.

tura e inteligencia? ¿Atrayéndolos a un contacto amistoso e íntimo con hombres civilizados e incluso, tal vez, con mujeres civilizadas? ¿Trayendo a la vida escolar tantos elementos progresivos, formativos y civilizadores de la vida de la comunidad como fuera posible? En conjunto, pensaba que no. Tales consideraciones lo dejaban frío, prefería guiarse por las leyes generales de la providencia. Lo único que tenía que hacer era descubrir cuáles eran esas leyes generales. Consultó el Antiguo Testamento, las dudas se acabaron. Aplicaría a los estudiantes, como explicó en uno de sus sermones, «aquel principio que a él le parecía que se había adoptado para educar a la propia raza humana en su infancia». Trataría a los muchachos de Rugby como Yavé había tratado al pueblo elegido. Fundaría una teocracia, e Israel tendría sus jueces.

El sistema, que prevalecía en la mayoría de las escuelas públicas en aquellos momentos, mediante el cual los alumnos mayores recibían la delegación de mantener el orden en las aulas, estaba al alcance de la mano del Dr. Arnold. Halló que el *prefecto* era una mera conveniencia disciplinaria, y lo convirtió en un verdadero instrumento de gobierno. Todos los alumnos en el curso sexto se convirtieron *ipso facto* en prefectos, con poderes que se extendían por todos los apartados de la vida escolar; y el curso sexto, como cuerpo organizado, se erigió en la autoridad responsable, ante el director, y sólo ante él, de toda la organización interna de la Escuela.

Éste era el medio con el cual el Dr. Arnold esperaba convertir Rugby en «centro de una educación realmente cristiana». Los muchachos tenían que trabajar por su propia salvación, como la raza humana. Él mismo, investido de una grandeza sobrecogedora, gobernaba desde la lejanía, a través de sus instrumentos elegidos, desde un cielo inaccesible. Desde la lejanía y, sin embargo, con una fuerza omnipresente. Así como el antiguo israelita sabía que su poderoso dispensador de las leyes podría en cualquier momento amenazarlo con violencia desde un remolino de viento, o aparecer ante sus propios ojos, como la encarnación visible del poder o la ira, de igual manera, el alumno de Rugby caminaba bajo el temor sagrado de alguna manifestación de la toga al viento, el tono majestuoso, la mirada penetrante del Dr. Arnold. Entre los cursos inferiores de la escuela, las apariciones eran raras y fugaces; y sobre estos jovencitos «la mayor impresión –se nos ha dicho–, era de pánico». Los alumnos mayores lo veían con más frecuencia, aunque tampoco con mucha. Con excepción del curso sexto, ninguna otra parte de la escuela llegaba a mantener un contacto íntimo con él; a veces sucedía que un

alumno se marchaba de Rugby sin haber tenido ninguna relación personal con él. Pero el efecto que producía sobre la gran masa de los alumnos era notable. El prestigio de su personalidad impresionante y de la elevación de sus sentimientos eran cosas que era imposible olvidar. En el aula, cada rasgo de su expresión y cada matiz de sus modales se imprimían de forma indeleble en las mentes de los muchachos que se sentaban ante él. Uno de ellos, al escribir mucho después sobre estos acontecimientos, ha descrito, con frases impregnadas todavía con atónita reverencia, los detalles habituales de la escena: «la mirada rápida alrededor en los breves momentos de silencio que precedían a la lección, y que parecía comunicar el sentido de su propia importancia», «la actitud en la que permanecía, volviendo las páginas del léxico de Facciolati o la sinopsis de Pole, con la mirada fija en el muchacho que hacía una pausa antes de dar la respuesta», «la mirada de complacencia y el alegre "gracias", que seguían a una buena traducción», «el cambio de expresión con la severidad acentuada, la elevación autoritaria de las cejas, el repentino "siéntese", que seguían al caso contrario», y «el rigor temido con el que detenía al momento la más leve intención de falta de seriedad».

Recibir una reprimenda del Dr. Arnold, por suave que fuera, era una experiencia singular. Un muchacho nunca pudo olvidar cómo el doctor formuló una distinción entre una «sencilla diversión» y «las de clase similar que de manera subrepticia estorban las tareas del día siguiente», ni el tono de voz con el que el doctor añadió: «y después, se convierten al momento en lo que San Pablo llama *juergas*». Otro recordaría hasta el día de su muerte cómo censuró el doctor la conducta de unos muchachos que se habían portado mal durante las oraciones. «En ningún sitio –dijo el Dr. Arnold–, en ningún momento se manifiesta con mayor evidencia el trabajo de Satanás que cuando se ridiculizan las cosas sagradas». En semejantes ocasiones, según dice otro de sus alumnos, era imposible evitar «una sensación casi equiparable a la solemnidad», de que «cuando su mirada se detenía sobre ti, veía el interior de tu corazón».

Con los muchachos del curso sexto, y sólo con ellos, la formalidad severa de su conducta se relajaba hasta cierto punto. Era su deseo, en las relaciones con los prefectos, permitir que el director se fundiese en ocasiones con el amigo. De vez en cuando, charlaba con ellos con cierta familiaridad; una vez por trimestre los invitaba a cenar; y durante las vacaciones de verano los invitaba, de forma rotativa, a pasar un tiempo con él en Westmorland.

Estaba claro que los métodos primitivos de la disciplina que habían llegado al apogeo bajo el dominio de Keate eran incompatibles, en conjunto, con la opinión del Dr. Arnold acerca de las funciones del director y del correcto gobierno de una escuela pública. También estaba claro que una persona como él no iba a humillarse berreando y dando palmetadas, perdiendo la paciencia a todas horas, y tomándose la venganza mediante flagelaciones indiscriminadas. Había que mantener el orden de otra forma. A los alumnos peores se los expulsaba de forma pública; otros muchos eran expulsados de forma discreta, y cuando el Dr. Arnold consideraba que la flagelación era necesaria, la administraba con solemnidad. Pues no mantenía ninguna objeción de índole teórica contra los castigos físicos. Por el contrario, los defendía, como era su costumbre, apelando a unos principios generales. «Hay –dijo–, una inferioridad esencial en un niño cuando lo comparamos con un hombre»; y por esta razón, como consecuencia natural, «donde no hay igualdad, el ejercicio de la superioridad implica el castigo personal». Le disgustaba en particular la opinión de que «la corrección personal», así la denominaba, era un insulto o una degradación para el muchacho a quien se le infligía; y que acostumbrar a los muchachos a pensar así era «francamente perverso».

> En una edad –escribía– en la que es casi imposible hallar, en un sentido adulto y verdadero, degradación en la culpa o en las faltas, ¿dónde está la sabiduría de estimular un fantástico sentido de la degradación en la corrección personal? ¿Qué puede ser más falso o más contrario a la sencillez, la sobriedad o la humildad intelectual, los mejores ornamentos de la juventud, los que ofrecen la mejor promesa de una noble virilidad?

No había que ir muy lejos, añadía, para encontrar «los frutos de semejante sistema». En París, durante la revolución de 1830, un oficial observó a un muchacho de doce años que insultaba a los soldados:

> Aunque era el momento de mayor acción, simplemente lo golpeó con la parte plana del sable, como justo castigo a su impertinencia juvenil. Pero al muchacho se le había enseñado a considerar sagrada a su persona, y aquel golpe fue un insulto mortal, de manera que siguió al oficial y, después de escoger la oportunidad, apuntó de forma intencionada con una pistola, y lo asesinó.

Éstas eran las preocupantes consecuencias de la insuficiencia de latigazos.

El Dr. Arnold no aplicaba esta doctrina a los prefectos; pero los muchachos en los cursos inferiores de la escuela sintieron sus beneficios con fuerza redoblada. Al curso sexto no sólo se le dispensó de los castigos, sino que se le concedió el derecho a castigar. Los niños más jóvenes, flagelados por el Dr. Arnold y por los niños mayores, tuvieron toda clase de oportunidades para adquirir toda suerte de sencillez, sobriedad y humildad intelectual, los mejores ornamentos de la juventud.

En la esfera auténtica de la enseñanza, las reformas del Dr. Arnold fueron titubeantes y escasas. Introdujo en los programas escolares la historia moderna, las lenguas modernas y las matemáticas, pero los resultados fueron decepcionantes. Dedicaba a la enseñanza de la historia una hora a la semana; y aunque tomaba la precaución de inculcar en estas lecciones un odio profundo contra el mal moral, y de indicar de vez en cuando las señales del gobierno divino del mundo, los alumnos nunca dieron la impresión de hacer grandes progresos en la materia. ¿Podría ser que el tiempo asignado era insuficiente? El Dr. Arnold tenía alguna sospecha de que ésta pudiera ser la razón. Con las lenguas modernas hallaba idéntica dificultad. En este caso, en verdad, sus esperanzas no eran excesivas. «Supongo –escribía– como base de mi opinión sobre este asunto, que los muchachos de una escuela pública nunca aprenderán a pronunciar bien el francés, bajo ninguna circunstancia». Sería suficiente si pudieran «aprenderlo de forma gramatical, como lengua muerta». Pero incluso esto muy rara vez lo conseguían.

> Demasiado bien sé –se vio obligado a confesar– que la mayoría de los muchachos haría un examen muy malo incluso de gramática francesa. Pero así sucede con las matemáticas; y así sucederá con cualquier rama del conocimiento que se imparta con poca frecuencia, y que se piense que está por completo subordinada al estudio principal de los alumnos.

El estudio principal de los alumnos continuaba siendo el de las lenguas muertas de Grecia y Roma. Que los clásicos deberían formar la base de toda enseñanza era un axioma para el Dr. Arnold. «El estudio de la lengua –decía– me parece como si se nos hubiese dado con el propósito de formar la mente del hombre en la juventud; y las lenguas griega y latina parecen los mejores instrumentos para llevarlo a cabo». En ver-

dad, había algo de providencial en ello, desde el punto de vista del profesor no menos que desde el de la enseñanza. Si el griego y el latín no se nos hubiesen *dado* de aquella forma tan adecuada, el Dr. Arnold, que se había pasado la vida aprendiendo esas dos lenguas, podría haber descubierto que las había aprendido en vano. Y de esta manera, podía hacer que sus alumnos perseverasen en el estudio de la sintaxis y la prosodia con la conciencia tranquila. Los versos latinos y las preposiciones griegas se repartían el trabajo de la semana. Con el paso del tiempo, llegó a estar, declaró, «cada vez más persuadido de que no es el propio conocimiento, sino el medio de obtener el conocimiento lo que tengo que enseñar». Las lecturas de la escuela se dedicaban casi por completo a unos pasajes selectos de los prosistas de la Antigüedad. «A los muchachos –observó– no les gusta la poesía». Tal vez su propio gusto poético no era del todo firme; en todo caso, es cierto que consideraba a los trágicos griegos grandemente sobrevalorados, y que clasificaba a Propercio como «un poeta poco importante». En cuanto a Aristófanes, debido a que tenía grandes prevenciones de orden moral contra él, no pudo convencerse de que debería leerlo hasta que tuvo cuarenta años; cuando lo hizo, a decir verdad, *Las nubes* le afectó mucho. Pero el doctor nunca logró convencerse de que debería leer a Juvenal.

La ciencia de la física no se enseñaba en Rugby. Puesto que, en opinión del Dr. Arnold, era «una asignatura demasiado importante para estudiarla ἐν παρέργῳ», era obvio, sólo había dos alternativas: o bien ocupaba el lugar más importante en los programas de la escuela o había que dejarla fuera por completo. Ante semejante elección, el Dr. Arnold no lo dudó ni un momento.

> Antes de que la física ocupe el lugar más importante en los pensamientos de mi hijo –exclamaba en una carta dirigida a un amigo–, preferiría que pensase que el sol gira alrededor de la tierra, y que las estrellas son otras tantas tachuelas colocadas en el brillante firmamento azul. Con toda seguridad, lo único que es de verdad necesario para un cristiano y para un inglés es el estudio de la filosofía política, la filosofía moral y la filosofía cristiana.

¡Cristiano e inglés! Después de todo, no era en el aula ni en el internado donde se impartían los elementos esenciales de la instrucción que le permitirían al neófito juvenil lograr los títulos para merecer esos nombres. La lección fundamental y decisiva sólo se podía aprender en la

capilla del colegio; y en la capilla de la escuela se había fijado de forma inevitable el eje sobre el que giraba todo el sistema educativo del Dr. Arnold. Allí, en efecto, es donde el propio doctor aparecía con toda la gloria de la dignidad y el entusiasmo. Allí, con el sol de la mañana reflejado en las caras recién lavadas de los trescientos alumnos, o bien, en el crepúsculo del día, entre la luz indecisa de las velas, la figura imponente, absorta en la devoción, o vibrando en la exhortación, dominaba la escena. Todas las fases de la adoración pública parecían recibir la expresión más acabada en su voz, en su actitud, en su mirada. Durante el *Te Deum*, su expresión se iluminaba; y leía los salmos con una convicción tal que los muchachos manifestaban a menudo, después de oírlo, que los habían comprendido en ese momento por primera vez. Era de la opinión de que los credos en la adoración pública deberían utilizarse como himnos de triunfo y acción de gracias, y, en consonancia con esta opinión, aunque por desgracia no poseía ningún talento natural para la música, se unía con frecuencia a los cánticos del Credo de Nicea con una animación tan visible, y con un fervor tan singular que era imposible olvidarlos. El sacramento de la comunión lo consideraba como un antídoto especial y directo dirigido contra aquella comunión falsa y aquel compañerismo falso que, como había podido observar, eran una gran fuente de transtornos en la escuela; y se inclinaba con ojos brillantes y voz temblorosa, con miradas de solicitud paternal, mientras se administraba la eucaristía. No eran sólo las diferentes secciones de la liturgia, sino las propias divisiones del año litúrgico las que se reflejaban en su comportamiento; el observador más descuidado, se nos comunica, «no podía dejar de sorprenderse por la exultante jovialidad de sus modales el Domingo de Pascua»; aunque hacía falta un observador más experto para discernir los sutiles cambios de su conducta cuando se aproximaba el adviento, y los pensamientos tan solemnes que respecto del progreso de la raza humana y de la condición de la Iglesia de Inglaterra despertaba esta llegada.

Después de la adoración vespertina, llegaba el momento culminante de la semana: el doctor pronunciaba un sermón. No era sino en ese momento, así lo decían todos los que lo conocieron, sólo después de haberlo visto y oído en el púlpito, cuando podía apreciarse en su significado completo lo que era estar cara a cara ante el Dr. Arnold. El carácter verdadero del individuo –se nos asegura– se revelaba por fin. La congregación se sentaba con toda la atención (con la excepción de los más jóvenes, cuyos pensamientos se extraviaban en ocasiones), mientras

ofrecía a su consideración tanto los principios generales de su propia conducta como los de la del Todopoderoso o indicaba la relación entre algunos incidentes de la historia judía, en el siglo VI a. de C., con la conducta de los escolares ingleses en 1830. Entonces, más que nunca, su concepción profunda del mundo invisible se hacía evidente; entonces, más que nunca, parecía batallar contra el Maligno. Los sermones discurrían sobre los temas eternos de las tinieblas del mal, las artimañas de la tentación, el castigo de las desviaciones morales; y justificaba la insistencia con la que volvía una vez tras otra a estos temas dolorosos mediante la apelación a un principio general: «El espíritu de Elías debe preceder siempre al espíritu de Cristo». La impresión que producía en los muchachos era notable. Se observó que incluso los más inatentos, a veces, en el curso de la semana, casi de manera involuntaria hacían referencia al sermón del domingo anterior, como reproche por lo que estuvieran haciendo. Otros se preguntaban que cómo era que las predicaciones del doctor, a las que atendían con todos los sentidos, parecía que, después de todo, tenían un efecto tan poco importante sobre lo que hacían. Un caballero anciano, recordando aquellas horas ya desvanecidas, intentaba renovar a través de las palabras el estado de su mente cuando se sentaba en la capilla en penumbras, mientras los sermones del Dr. Arnold, con las exhortaciones subidas de tono, los mensajes sombríos y graves de incalculable importancia, vestidos –como el propio cuerpo del Dr. Arnold se vestía con capa y alzacuello de tradición eclesiástica– con la rigidez tradicional de una fraseología formal, reverberaban en sus oídos adolescentes. «Solía –dijo– escuchar aquellos sermones, desde el principio hasta el final, sumido en una suerte de reverencia».

Su fama no se restringía a los alumnos y oyentes más próximos. Los sermones se recogieron en cinco grandes volúmenes; fueron los primeros que hubo de esta clase; y se recibieron con admiración por un círculo amplio de lectores piadosos. Incluso la reina Victoria poseía su ejemplar, en el que varios pasajes se habían señalado con lapicero, por la propia mano real.

La energía del Dr. Arnold de ninguna manera se agotaba con los deberes de Rugby. Se hizo famoso, no sólo como director de escuela, sino como hombre público. Mantenía opiniones sobre un gran número de temas; y las enunciaba –fundadas, como lo estaban, casi siempre, en principios de carácter general– en panfletos, en prefacios y en artículos de revistas, con un aplomo impresionante. Declaraba a todas horas que era

liberal. En su opinión, por la propia constitución de la naturaleza humana, los principios del progreso y de la reforma habían sido los de la sabiduría y de la justicia en todas las épocas del mundo, excepto en una: la que había precedido a la expulsión del hombre del Paraíso. Si hubiese vivido entonces, el Dr. Arnold habría sido un conservador. Pero, tal y como estaban las cosas, su liberalismo se templaba con un «aborrecimiento del espíritu de 1789, de la guerra americana, de los economistas franceses y de los *whigs* ingleses de finales del siglo XVII»; y siempre alimentó un respeto profundo por los pares hereditarios. Casi podría decirse, de hecho, que era un liberal ortodoxo. Creía en la tolerancia, eso sí, dentro de unos límites; es decir, creía en la tolerancia hacia aquellos con los que estaba de acuerdo. «Le daría a James Mill tanto tiempo para defender sus opiniones –dijo–, como pudiera permitirle un viaje a la Bahía de Botany»[2]. Se había convencido del deber de simpatizar con las clases bajas, desde que hizo un estudio serio de la Epístola de Santiago; pero percibía con toda claridad que las clases bajas se dividían en dos clases y que era necesario distinguir entre ellas. Estaban los «pobres buenos», y estaban los demás. «Me alegro de que se haya relacionado con alguno de los pobres buenos», escribía a un estudiante de Cambridge. «Estoy por completo de acuerdo con usted en que es muy instructivo visitarlos». En Rugby, el propio Dr. Arnold los visitaba en ocasiones; y la condescendencia con la que estrechaba las manos de ancianos y ancianas de las clases trabajadoras se recordaba durante largo tiempo en el vecindario. En cuanto a los demás, los consideraba con horror y preocupación.

> Los desórdenes de nuestro estado social –escribía al Chevalier Bunsen en 1834– me parece que continúan imbatidos. Habrá oído, no lo dudo, hablar de los sindicatos; una maquinaria temible de maldad, dispuesta para el altercado o el asesinato; no veo ningún otro poder que pueda contrarrestar esto.

En conjunto, su opinión sobre la situación de Inglaterra era bastante pesimista. A un corresponsal le recomendó que leyese: «Isaías 3;5;22; Jeremías 5;22;30; Amós 4; y Habacuc 2». Y añadía: «Se quedará sorprendido, creo, por el gran parecido que hay entre nuestro estado y el de los judíos antes de la segunda destrucción de Jerusalén».

(2) Se refiere a una prisión que había en Port Jackson, Nueva Gales del Sur, en el siglo XIX; a este sitio se solía desterrar a muchos delincuentes británicos.

Cuando supo que había descendido el don de las lenguas sobre los irvinguitas[3] de Glasgow, no le sorprendió. «Yo lo interpretaría –dijo– como un signo de la llegada del día del Señor». En efecto, estaba convencido de que el día del Señor se aproximaba: «El fin de uno de los αἰῶνες de la raza humana». De eso no le quedaba ninguna duda, dondequiera que miraba no veía sino «calamidades, guerras, tumultos, pestilencias, terremotos, etc., todo ello indica que se trata de una época con todas las condiciones que la hacen apta para recibir un castigo de Dios». Su única duda era si el final de este αἰών resultaría ser el definitivo; pero creía que «ningún ser creado lo sabe ni puede saberlo». En todo caso, «no tenía ni la más pequeña curiosidad por lo que comúnmente se llama milenio». Y su único consuelo es que prefería el Gobierno actual, a pesar de su ineficacia, al de los *tories.*

Había planeado un gran trabajo sobre la Iglesia y el Estado, en el que intentaba poner al descubierto las causas y señalar los remedios de los males que afligían a la sociedad. Su tema iba a ser, no la alianza o la unión, sino la identidad absoluta de la Iglesia y el Estado; y estaba seguro de que sólo con que el público adquiriese plena conciencia de esta verdad fundamental se produciría una gran reforma a continuación. Desgraciadamente, con el paso del tiempo, el público parecía estar cada vez más lejos de alcanzar esa conciencia. A pesar de sus protestas, no sólo se admitió a los judíos en el Parlamento, sino que incluso se nombró a un judío director del Hospital de Cristo; y, además, el estudio de la Escritura ya no era una asignatura obligatoria en la Universidad de Londres.

Había un punto de la teoría que no estaba del todo claro para el Dr. Arnold. Si la Iglesia y el Estado eran por completo idénticos, era muy importante decidir con precisión qué clase de personas había que excluir, debido a sus creencias, de la comunidad. Los judíos, por ejemplo, estaban con toda claridad fuera de los límites de la convención social. Mientras que los disidentes, así razonaba el Dr. Arnold, estaban con toda claridad dentro de ella. Pero ¿cuál era el lugar de los unitarios? ¿Eran o no eran miembros de la Iglesia de Cristo? Esta era una de esas preguntas enrevesadas que profundizaban el ceño en la frente del doc-

(3) *Irvingite* es el miembro de una confesión religiosa de Escocia, fundada en el siglo XIX, y que lleva el nombre de Iglesia Católica Apostólica, aunque es más conocida por el nombre de su fundador E. Irving. Algunos de sus rasgos son el énfasis en el ritualismo, el simbolismo y el misterio.

tor, y que acentuaban la contracción de sus labios. Pensó largo tiempo y con intensidad sobre este tema; escribió cartas elaboradas a varios corresponsales; pero las conclusiones permanecían indefinidas. «Mi gran objeción contra el unitarismo –escribía–, en su forma actual en Inglaterra, es que convierte a Cristo en algo virtualmente muerto». A pesar de ello expresó «una convicción ferviente de que si encontráramos la fórmula para librarnos del Credo de Atanasio, muchos unitarios buenos se unirían con el resto de los cristianos para doblar la rodilla ante Él, que es Señor tanto de los muertos como de los vivos». En medio de estas perplejidades, era inquietante enterarse de que «el unitarismo está adquiriendo gran preponderancia en Boston». Preguntó con gran interés acerca de la «naturaleza» del movimiento de allí, pero no recibió una respuesta clara. Todo el asunto parecía estar envuelto en una penosa oscuridad: creía que había unitarios y unitarios; pero no podía decir nada más.

Mientras tanto, mientras dejaba pendiente la terminación del gran trabajo, se dedicó a hacer varias propuestas de orden práctico. Abogó por la restauración de la orden de los diáconos, la cual, por lo que había visto, «desde un punto de vista práctico, estaba muerta»; pues creía que «algún plan de esta especie sería la punta de lanza, mediante la cual el Anticristo podría reventar en cualquier momento, como el dragón del templo de Bel». Pero la orden de los diáconos no se restauró, y el Dr. Arnold dirigió la atención hacia otros asuntos, e indicó en un panfleto de gran importancia lo deseable que sería autorizar a los oficiales militares, en las congregaciones en las que era imposible lograr la presencia de un clérigo, para que administrasen la eucaristía y también el bautismo. Con el objeto de exponer ideas como éstas ante la opinión pública «para advertirles, con toda claridad –dijo– de cuántos peligros hay, y, si puedo, mostrarles las causas y proponerles remedios» puso en pie, en 1831, una publicación semanal, *The Englishman's Register*. La publicación no fue un éxito, a pesar de que se proponía mejorar a los lectores desde el punto de vista moral, y de que conservaba, en todos y cada uno de sus artículos, un tono a todas luces cristiano. Después de unas pocas semanas, y después de perder doscientas libras, dejó de publicarse.

En conjunto, el proyecto era desalentador hasta un grado extraordinario. Después de todos los esfuerzos, la identidad absoluta de la Iglesia y el Estado permanecía tan falta de reconocimiento como siempre. «Tan profundamente –por fin se vio obligado a confesar– está arraigada la distinción entre la Iglesia y el Estado en las leyes, en la lengua y en nues-

tras propias nociones, que sólo la interposición de la providencia divina podría erradicarla». En vano esperó el Dr. Arnold.

Pero no perdió el tiempo durante la espera. Atacó el problema desde otro ángulo: exploró los escritos de los Padres de la Iglesia, y comenzó a redactar un comentario del Nuevo Testamento. En su opinión, las Escrituras eran un tema tan bueno como otro cualquiera para desarrollar el libre examen y el juicio individual, y con este espíritu se dispuso a interpretarlas. No temía enfrentarse con la dificultad aparente de admitir que había inconsistencias e incluso errores en el texto sagrado. De manera que pudo observar que en «Paralipómenos 11, 20; y 13, 2, hay una evidente diferencia en cuanto a los antepasados de la madre de Abisaí»; «diferencia que –añadía– es curiosa desde cualquier punto de vista que se contemple». En otro momento tuvo dudas graves respecto a la autoría de la Epístola a los Hebreos. Pero pudo, sobre varios puntos problemáticos, proponer soluciones interesantes. Al principio, por ejemplo, no podía sino sorprenderse por la repentina ausencia de milagros en la Iglesia Primitiva; pero, al pensarlo mejor, llegó a la conclusión de que este fenómeno podría «explicarse con certeza mediante la suposición de que a nadie, sino a los apóstoles, se le había concedido poderes milagrosos, y que, por lo tanto, después de una generación, cesaron». Tampoco dejó de cimentar las exégesis, siempre que le fue posible, con una apelación a unos principios de carácter general. Uno de sus admiradores ha explicado que el Dr. Arnold:

> Defendía el mandato de Dios que ordenaba a Abraham matar a su hijo, y el que pedía a los judíos que exterminasen a las naciones de Canaán, explicándolos mediante los principios sobre los que se fundaron estos mandatos y mediante la referencia al estado moral de aquellos a quienes se dirigían; sacando, de esta forma, luz de las tinieblas, desenredando el hilo de la educación religiosa que Dios dio a la raza humana, y mostrando aquellos consejos maravillosos de Dios para la admiración devota, y para meditación del creyente reflexivo.

Había un amigo que, sin embargo, no compartía la admiración hacia los métodos de interpretación de las Escrituras que utilizaba el doctor. W.G. Ward, cuando todavía era estudiante en Oxford, había caído bajo su influencia, y había sido durante una temporada uno de sus discípulos más entusiastas. Pero la estrella de Newman se levantaba en la

universidad; Ward sintió pronto la atracción de aquel poder magnético, y su confianza en el viejo profesor comenzó a flaquear. Era, en especial, el tratamiento que el Dr. Arnold hacía de las Escrituras lo que llenaba, al principio, la mente aficionada a las polémicas de Ward de desconfianza, y, más tarde, de una clara animadversión. Someter la Biblia al libre examen, ejercer sobre ella la crítica del juicio individual ¿adónde no conducirían esos métodos? ¿Quién diría que no podrían acabar en socinianismo?[4] ¿No podrían llevar incluso al propio ateísmo? Si el texto de la Escritura se sometía a las investigaciones de la razón del hombre, ¿cómo iba a dejar de someterse a ese tribunal la cuestión de su inspiración? ¿Y las pruebas de la revelación o incluso la existencia de Dios? ¿Qué facultad humana podía decidir sobre unos temas tan enormes? ¿No sería la conclusión lógica un estado de duda universal? «Haciendo un cálculo muy moderado –alegaba Ward–, cinco veces la vida media de un hombre podría acreditar a una persona, dotada con un talento extraordinario, para tener una noción ligera (aunque incluso esto lo dudamos) de qué sea la verdad».

No es que él tuviese ni la más ligera duda de la ortodoxia del Dr. Arnold –el Dr. Arnold, cuya piedad gozaba de reputación universal, el Dr. Arnold, que había expuesto al ridículo y a la execración la *Leben Jesu* de Strauss sin haberla leído–. De lo que se quejaba Ward era de la falta de lógica del doctor, no de su falta de fe. ¿No se daba cuenta de que, en realidad, si llevaba sus principios hasta su conclusión lógica, se encontraría, precisamente, en los brazos de Strauss? El joven, cuya amistad personal permanecía inalterada, decidió celebrar una entrevista, y se fue a Rugby provisto de axiomas, silogismos y dilemas. Al enterarse de que el director tenía tarea en la escuela, pasó la tarde leyendo novelas en el sofá de la sala de estar. Cuando, por fin, a la caída de la tarde, regresó el doctor, cansado después de un día de trabajo, Ward cayó sobre él con toda su fuerza. La lucha fue larga y furiosa; además se caracterizó por carecer de ninguna clase de conclusiones. Cuando terminó, Ward, sin haber cedido en ninguno de sus brillantes argumentos, y sin haber obtenido respuesta satisfactoria para ninguna de sus preguntas de prueba, regresó a la universidad, para zambullirse de cabeza en el remolino del Movimiento de Oxford; y el Dr. Arnold, preocupado, perplejo y

(4) Socinianismo es una confesión religiosa (S. XVII) que defiende que Cristo no es hijo de Dios, sino un profeta; asimismo no otorgaba valor sobrenatural a los sacramentos. Sus fundadores fueron Lelio Sozzini y Fausto Sozzini.

exhausto, se metió en la cama, donde permaneció durante las treinta y seis horas siguientes.

El comentario del Nuevo Testamento no se terminó nunca, y el gran trabajo sobre la Iglesia y el Estado continuó siendo un fragmento. La activa mente del Dr. Arnold abandonó el pensamiento teológico o político, y se orientó hacia el estudio de la filología y las obras de índole histórica. Su *Historia de Roma*, que consideraba como el «monumento principal de su fama póstuma», se basaba, en parte, en las investigaciones de Niebuhr y, en parte, en su aversión a Gibbon.

> Mi más alta ambición – escribió– es hacer que mi historia sea el reverso exacto de la de Gibbon. En este sentido, mientras el espíritu de su trabajo, conforme con su torpe moralidad, es hostil a la religión, sin hablar de forma directa contra ella; de igual forma, mi mayor deseo sería que mi historia, con su moral elevada y su tono general, fuese de alguna utilidad para la causa, sin necesidad de mencionarla.

Se recompensaron sus esfuerzos, en 1841, en forma de un puesto de catedrático de historia moderna en Oxford. Mientras tanto, se ocupó de aprender sánscrito y eslavo, de preparar una compleja edición de Tucídides, y de mantener una correspondencia copiosa sobre multitud de temas con un amplio círculo de sabios. Al morir, sus obras publicadas, compuestas en aquellos intervalos en los que podía dejar la dirección de una gran escuela pública, comprendían, además de un número crecido de panfletos y artículos, no menos de diecisiete volúmenes. No es extraño que Carlyle, después de una visita a Rugby, describiese al Dr. Arnold como un hombre de «una diligencia incansable y metódica».

Mrs. Arnold, sin duda, también estaría de acuerdo con Carlyle. Durante los primeros ocho años de matrimonio, le dio seis niños, y todavía hubo luego otros cuatro. El Dr. Arnold pasaba sus horas de esparcimiento en este círculo doméstico amplio y creciente. Allí, quienes lo conocían sólo en su aspecto profesional se sorprendían al comprobar que mostraba el cariño y el buen humor de todo un padre. El director severo y digno, en los ratos de ocio, se dedicaba a acunar infantes, y a caracolear a cuatro patas sobre la alfombra del hogar. No obstante, nos dicen que «el sentido de la autoridad paterna nunca desaparecía en medio de las alegrías de la camaradería». En ocasiones más serias, la voz del profesor espiritual se dejaba oír. Un amigo íntimo describió

cómo «al hacerse una comparación en el círculo familiar, que parecía colocar a San Pablo por encima de San Juan», las lágrimas afluyeron a los ojos del doctor, y cómo, repitiendo un verso de San Juan, suplicó que nunca volviera a hacerse aquella comparación. Las vacaciones de verano las pasaba en Westmorland, donde, recorriendo los montes con sus vástagos, recogiendo flores silvestres y señalando las bellezas de la naturaleza, el Dr. Arnold disfrutaba , como él mismo decía, de «una felicidad casi solemne». No le gustaba la música, aunque en ocasiones deseaba que el primogénito, Matthew, le cantase el Himno de la Confirmación del Dr. Hinds, con el que se había encariñado, debido a que se tocaba en la capilla de la Escuela. Pero consideraba que su falta de oído la compensaba con amplitud el amor por las flores: «son mi música», decía. Sin embargo, respecto a ellas, tenía gran cuidado en evitar cualquier exceso de sentimientos, tales como los que, en su opinión, caracterizaban a los versos famosos de Wordsworth:

> A mí, la flor más humilde, de las que mueve el viento, me
> / brinda
> pensamientos que a menudo yacen demasiado profundos
> / para las lágrimas[5].

Encontraba que el sentimiento era morboso. «La vida –decía– no es lo bastante larga como para tomar un interés tan intenso hacia cosas tan mínimas». En cuanto al mundo animal, sus sentimientos hacia él eran de índole muy diferente. «Todo este asunto –decía– de la creación de los seres irracionales es para mí un misterio tan doloroso que no me atrevo a investigarlo». Incluso los unitarios constituían un pensamiento menos desolador.

Una o dos veces encontró tiempo para visitar el Continente, y sus cartas y diarios, que recogen hasta los detalles más insignificantes de sus reflexiones e impresiones de Francia o Italia, nos muestran que el Dr. Arnold conservaba, a pesar de las distracciones de los paisajes y costumbres extranjeras, sus hábitos mentales de siempre. Tenía muy poco interés por las obras de arte, y en ocasiones lo conmovía la belleza de los objetos de la naturaleza; pero su preocupación fundamental continuaba siendo el lado moral de las cosas. Desde este punto de vista, hallaba

(5) Los famosos versos de Wordsworth son los dos últimos de la «Oda: Pensamientos de inmortalidad en los recuerdos de la primera infancia».

mucho que reprender en la conducta de sus propios compatriotas. «Mucho me temo –escribía– que nuestros compatriotas que viven en el extranjero no están en el mejor estado moral posible, por mucho que sepan de la ciencia o la literatura». Esto sí que era una desgracia, porque «un caballero inglés cabal –cristiano, viril e instruido– creo que es más de lo que un Guizot o un Sismondi pueden comprender; es un espécimen de la naturaleza humana más acabado del que, según creo, podría proporcionar ningún país». Y sin embargo, los viajeros ingleses imitaban los usos extranjeros sin discriminación, «como el hábito absurdo ese de no comer el pescado con cuchillo, tomado de los franceses, que lo hacen así porque carecen de cuchillos adecuados». Los lugares, no menos que la gente, despertaban en él reflexiones análogas. Al Dr. Arnold no le impresionó Pompeya de forma especial.

> Lo único que hay aquí –observó– es aquella clase de interés con la que uno contemplaría las ruinas de Sodoma y Gomorra, pero, a decir verdad, aquí hay todavía menos. No se siente uno autorizado a adscribir un carácter tan solemne a la destrucción de Pompeya.

El lago de Como lo conmovió de forma especial. Al contemplar la abrumadora belleza a su alrededor, pensó en el «mal moral», y se quedó horrorizado por el contraste. «¡Deseo que mi sentido del mal moral –rezó– sea siempre tan fuerte en mí como el placer que obtengo de la belleza externa, porque en la comprensión profunda del mal moral, más quizá que en cualquier otra cosa, pervive un conocimiento salvador de Dios!»

Su oración se escuchó: el Dr. Arnold nunca corrió el riesgo de perder su sentido del mal moral. Si los paisajes de Italia sólo le servían para recordárselo, ¿cómo iba a olvidarlo entre los muchachos de la escuela de Rugby? La contemplación diaria de tantas criaturas jóvenes en manos del Maligno lo llenaba de una congoja inquietante.

> Cuando la vivacidad y la actividad de la juventud –escribía– se hallan, en conjunto, sin santificar por algo puro y elevado en lo que se refiere a los deseos, se convierte en un espectáculo tan enloquecedor y casi más desolador desde el punto de vista moral que los gritos y saltos de un grupo de lunáticos.

Le parecía particularmente extraña una cosa: «es sorprendente –dijo– ver tanto pecado combinado con tan poco arrepentimiento». Los muchachos más traviesos parecían ser los que más disfrutaban. Había momentos en los que casi llegaba a perder la fe en todo el sistema educativo, cuando comenzaba a preguntarse si no harían falta algunas reformas más radicales de las que había acometido; sí, aquella multitud de muchachos a su cargo –gritando y saltando y, sin embargo, hundidos todo el tiempo en lo más profundo del mal moral–, se transformaría algún día en un grupo de caballeros cristianos. Pero entonces recordaba los principios generales, la conducta de Yavé con el pueblo elegido, la infancia de la raza humana. No, su destino era convertirse, como uno de sus discípulos lo describió más tarde, con palabras de Bacon, en «pariente espiritual de Dios»; gobernaría la escuela con majestad, desde lo alto. Pronunciaría una serie de sermones en los que analizaría «los seis pecados» mediante los cuales «se corrompían las grandes escuelas, y cambiaban el aspecto de un templo de Dios por el de una cueva de rufianes». Exhortaría, denunciaría, caminaría con rapidez por los pasillos, pasaría las páginas del léxico de Facciolati de manera más impresionante que nunca; y lo demás lo dejaría a los prefectos del curso sexto.

Sobre los muchachos del curso sexto, a decir verdad, parecía haber caído una tarea extraña. El propio Dr. Arnold era perfectamente consciente de ello. «No puedo negar –les dijo en un sermón– que os encargáis de un deber penoso, un deber que algunos podrían suponer que es demasiado pesado para vuestros años»; y cada trimestre les señalaba, en una breve alocución, las responsabilidades de su misión y los impresionaba con «la influencia enorme» que poseían, «para bien o para mal». No obstante, la mayoría de los jóvenes de diecisiete años, a pesar de las advertencias de sus mayores, tiene una habilidad singular para llevar las cargas morales con ligereza. Bien podía el doctor predicar y mostrar una apariencia grave; pero el joven Brooke estaba más que dispuesto a presidir una lucha detrás de la capilla, aunque estaba en sexto, y sabía que las luchas estaban prohibidas por el reglamento. En el mejor de los casos, se podía suponer que los prefectos administraban una suerte de justicia bárbara; pero los casos no eran siempre los mejores, y las páginas de *Días en el colegio de Tom Brown* nos muestran lo que sin duda era la condición de vida normal bajo el Dr. Arnold, cuando los muchachos del curso sexto eran débiles o brutales, y Flashman, el matón, en los intervalos en los que dejaba de atragantarse con ponche de brandy, se divertía, con sus compañeros del alma, escarneciendo a los más jóvenes ante el fuego.

Pero había la clase de niño excepcional, sobre quien las exhortaciones de tono elevado del Dr. Arnold producían un efecto muy diferente. Una minoría de jóvenes serios y sensibles cayó por completo bajo su dominio, respondía como la cera a su influencia, moldeaba sus vidas con reverencia apasionada sobre la enseñanzas del adorado maestro. Entro éstos, quizá Arthur Clough era el más notable. Llegó a Rugby a la edad de diez años, y pronto participaba en todas las actividades de la vida escolar, aunque, nos informan, «una debilidad en los tobillos le impidió desempeñar un papel prominente en los juegos deportivos». A los dieciséis años ya estaba en el sexto curso, y no era un simple prefecto, sino jefe del internado. Nunca tuvo el Dr. Arnold un discípulo más inteligente. Este adolescente serio, con sus tobillos débiles, la cara solemne, vivía sólo para los propósitos más elevados. No pensaba sino en el bien moral, el mal moral, la influencia moral y la responsabilidad moral. Se han conservado algunas de sus primeras cartas y reflejan tanto la intensidad con la que sentía la importancia de su propia posición, como la extraña presión espiritual bajo la que se hallaba. «He permanecido en un estado de excitación continua durante, por lo menos, los tres últimos años –escribía cuando aún no tenía diecisiete años– y ahora llega el momento del agotamiento». Pero no se dio tregua, y unos pocos meses más tarde escribía de esta manera a un compañero:

> En verdad creo que todo mi ser está empapado con el deseo y la esperanza y el esfuerzo de luchar por el bien de la Escuela, o, mejor, por mantenerla donde está y evitar que caiga en este, según creo, tiempo crítico; de manera que mis cuidados, mis afectos y conversaciones, pensamientos, palabras y hechos tienden hacia ello de manera involuntaria. Me temo que te sentirás inclinado a pensar que esto es «palabrería», y soy consciente de que incluso los sentimientos más sinceros de uno, si se exponen con frecuencia ante la luz, tienen un aspecto malo y desagradable; pero, éste, sin embargo, es verdadero, incluso si lo estuviera llevando demasiado lejos, no creo que me haya hecho olvidadizo respecto a mis amigos personales, tales como, en especial, Gell y Burbidge y Walrond y tú mismo, mi querido Simpkinson.

Quizá no fuera tan sorprendente que un joven educado en semejante atmósfera hubiese sido una presa fácil, en Oxford, para el frenesí de la

controversia religiosa: que lo llevaría casi a perder la cabeza enredado en los argumentos de W.G. Ward; a perder la fe; a pasar el resto de la existencia lamentando aquella pérdida, tanto en prosa como en verso; y a sucumbir, por fin, dedicándose de forma consciente a embalar paquetes para Florence Nightingale.

En los primeros años de su dirección, el Dr. Arnold tuvo que enfrentarse con una oposición muy fuerte. Sus opiniones religiosas avanzadas no gustaban, y había muchos padres a quienes su sistema de gobierno escolar no les parecía recomendable. Pero con el tiempo, esta hostilidad se desvaneció. Las generaciones sucesivas de discípulos favoritos comenzaron a extender su fama por las universidades. En Oxford, en particular, estaban profundamente impresionados por las inclinaciones piadosas de los muchachos de Rugby. Era una novedad ver a los estudiantes dirigirse a la capilla con más frecuencia de la que estaban obligados; también lo era que visitasen a los pobres buenos. Su admiración reverente hacia el Dr. Arnold no era menos notable. Cuando quiera que dos de sus antiguos alumnos se encontraban se unían en las alabanzas; y la contemplación de su retrato se supo que había provocado, en uno que ni siquiera había llegado al sexto curso, exclamaciones de arrobo que habían durado durante diez minutos, y que habían llenado de asombro a los jóvenes de otras escuelas que se hallaban presentes. Se convirtió en una celebridad. Por fin era un hombre importante. Rugby prosperó; el número de alumnos aumentó hasta cifras antes desconocidas; y después de trece años como director, el Dr. Arnold comenzaba a creer que su trabajo en la escuela había terminado, y que tal vez debería buscar otros trabajos o, quizá, un retiro digno. Pero no iba a ser así.

Su padre había muerto de repente, a la edad de cincuenta y tres años, de una angina de pecho; y a él mismo lo habían atormentado presagios de una muerte temprana. Partir sin aviso, pasar en un momento de las seducciones de este mundo a la presencia de la eternidad; las acciones más comunes, las observaciones más fortuitas, le servían como recuerdo de aquella horrorosa posibilidad. Cuando uno de sus hijitos dio palmas ante la proximidad de las vacaciones, el doctor lo reconvino con suavidad, y repitió una historia de su propia infancia: cómo su padre le había hecho leer un sermón sobre el texto: «No te envanezcas del mañana», y cómo, aquella semana, su padre había muerto. En la página del título de su volumen manuscrito de sermones siempre tenía el cuidado de escribir la fecha del comienzo, dejando un espacio en blanco para la de terminación. Uno de sus hijos le preguntó el significado de esto. «Es

una de las cosas más solemnes que hago –contestó– escribir el comienzo de aquella oración, y pensar que quizá no viva para terminarla».

Se observó que tales pensamientos, durante la primavera de 1842, parecían ser incluso más frecuentes de lo habitual en él. Tenía tan sólo cuarenta y siete años, pero su atención permanecía, de forma sombría, fija en la fragilidad de la vida humana. Hacia finales de mayo, comenzó a llevar un diario: un memorándum privado de sus comunicaciones íntimas con el Todopoderoso. Aquí, tarde tras tarde, con el lenguaje tradicional de la devoción religiosa, se humillaba ante Dios, rezaba pidiendo ser fuerte y puro, y se abandonaba a la clemencia del Altísimo.

> Otro día y otro mes pasan –escribía el 31 de mayo–. Que Dios mantenga mi mente y mi corazón fijos en Él, y me limpie de todo pecado. Desearía mantener una vigilancia constante de mi lengua, por lo que se refiere a las conversaciones vehementes y a la censura de otros. ... Desearía recordar el fin último al que me estoy aproximando... Que Dios se apiade de mí en la hora de la muerte, mediante Jesucristo; que me guarde de todo temor, y de la arrogancia.

El 2 de junio escribía, «un día más ha concluido, voy a descansar. Señor, protégeme esta noche y dame fuerzas para soportar lo que quieras poner sobre mí, sea dolor, enfermedad, peligro o desconsuelo». El domingo, 5 de junio, la lectura del periódico le despertó pensamientos «dolorosos y solemnes». «Tanto pecado y tanto sufrimiento en el mundo, como aquí se muestra, y nadie parecer capaz de encontrar remedio para ninguna de las dos cosas. Además, el pensar en mi vida privada, tan llena de comodidades, es muy preocupante». Estaba perplejo, pero concluyó con una oración: «¡Que sea humilde y celoso de mis deberes y que Dios me dé la gracia de trabajar en mi tiempo por el bien de mis hermanos y por Su Gloria!»

Se aproximaba el final del trimestre y parecía según todos los indicios que el doctor estaba de excelente humor. El once de junio, después de un duro día de trabajo, pasó la tarde con un amigo hablando de varios temas que solía tocar en sus conversaciones: la comparación del arte de la medicina en tiempos de los bárbaros y en la edad de la civilización, la importancia filológica de los vocabularios provinciales, y el futuro amenazador de la condición moral en los Estados Unidos. Al quedarse solo, volvió al diario.

> Pasado mañana –escribía– es mi cumpleaños, si se me permite vivir para verlo, el cuadragésimo séptimo cumpleaños de mi nacimiento. ¡Qué porción tan grande de mi vida ha pasado ya! Pero ¿qué habrá a continuación de esta vida? Con qué claridad el aspecto externo de mi trabajo se contrae y se ablanda en las labores más gentiles de la vejez. En cierto sentido, ahora casi puedo decir, «*Vixi*». Y le doy gracias a Dios por ello, pues en lo que se refiere a la ambición, está, confío, completamente mortificada; no tengo ningún deseo sino retroceder del lugar que ocupo en el mundo, no elevarme a uno más alto. Pero todavía hay trabajos que, con el permiso de Dios, desearía hacer antes de que la noche caiga.

El Dr. Arnold estaba pensando en su gran trabajo sobre la Iglesia y el Estado.

A la mañana siguiente, temprano, se despertó con un dolor agudo en el pecho. Al aumentar el dolor, se envió por un médico; mientras tanto Mrs. Arnold leyó a su marido el salmo cincuenta y uno. Al entrar uno de sus hijos en la habitación,

> Hijo mío, dale gracias a Dios en mi lugar –dijo el Dr. Arnold; pero como el muchacho no entendió el significado a la primera, añadió–: Agradece a Dios que me haya enviado este dolor; he sufrido tan poco en la vida que creo que esto es muy bueno para mí. Dios me lo ha dado ahora, y yo quiero darle las gracias por ello.

Después, Mrs. Arnold leyó del libro de rezos «La visita del enfermo», su marido escuchaba con una atención profunda y asentía con un enfático «Sí» al final de muchas de las frases. Cuando llegó el médico, percibió al momento la gravedad del caso: era una angina de pecho. Comenzó a preparar un poco de láudano, mientras tanto Mrs. Arnold se fue a traer a los hijos. Al momento, cuando el médico se inclinaba sobre los frascos, hubo un ruido en la cama, a continuación una lucha convulsa; y cuando la infeliz mujer, con los niños y los criados, entraba corriendo en la habitación, el Dr. Arnold de manera irrevocable había dejado atrás todas sus perplejidades.

Pocas dudas puede haber de que lo que había logrado justificaba la

predicción del director del Oriel de que «cambiaría el aspecto de la educación en todas las escuelas públicas de Inglaterra». Es cierto que, en lo concerniente a la maquinaria efectiva de la educación, el Dr. Arnold no sólo no logró efectuar ningún cambio, sino que de forma consciente siguió el sistema antiguo. Las concepciones monásticas y literarias de la educación, que hundían sus raíces en la Edad Media, y que se habían aceptado y fortalecido con el renacimiento de la cultura, fueron las que aceptó sin dudar. Bajo él, la escuela pública continuó siendo, en lo esencial, un establecimiento conventual, dedicado a la enseñanza de las gramáticas latina y griega. Si hubiese puesto en pie reformas encaminadas a cambiar esto, parece probable que se hubiera ganado la simpatía de los padres ingleses. El momento era el adecuado: había un deseo generalizado de cambios en la educación, y la gran reputación del Dr. Arnold no habría encontrado resistencia. Las cosas ocurrieron de otra forma, arrojó todo el peso de su influencia en el platillo de enfrente, y el sistema antiguo se consolidó con más firmeza que nunca.

Los cambios que efectuó fueron de muy distinta naturaleza. Al introducir la moral y la religión en el sistema educativo, alteró toda la atmósfera de la vida de las escuelas públicas. Desde ese momento, la antigua anarquía, típica del régimen de Keate en Eton, fue imposible. Después del Dr. Arnold, ninguna escuela pública podía arriesgarse a desdeñar las virtudes de la respetabilidad. Además, con la introducción del sistema de prefectos, el Dr. Arnold produjo efectos de largo alcance: efectos que él mismo, quizá, habría encontrado sorprendentes. En su tiempo, cuando habían terminado las horas de trabajo escolar, los alumnos tenían la libertad de divertirse como quisieran: bañarse, pescar, pasear durante toda la tarde por los campos, coger huevos, o recoger flores. «La afición de los muchachos en esta época –escribe un antiguo alumno de Rugby que estudió cuando Arnold era director– se inclinaba de forma clara hacia las flores», las palabras suenan un poco raras hoy. El lector moderno de *Días en el colegio de Tom Brown* buscará en vano referencias a juegos obligatorios, colores de la escuela o tanteos de críquet. En aquellos días, cuando los alumnos jugaban lo hacían por placer, pero en aquellos días el sistema de prefectos –ese sistema que entrega la vida de la escuela a una oligarquía de una docena de jóvenes de diecisiete años– todavía estaba en la infancia, y no había dado frutos. Profesores y profetas tienen extraños continuadores, el Dr. Arnold no ha sido una excepción. El entusiasta celoso que luchó para convertir a sus discípulos en caballeros cristianos, y que rigió su escuela de acuerdo con los princi-

pios del Antiguo Testamento, ha resultado ser el fundador de la adoración del atletismo, y de la adoración de las reglas. Sobre esos dos polos han girado durante tanto tiempo las escuelas públicas que casi se ha llegado a creer que tal es su naturaleza esencial, y que un alumno inglés de una escuela pública, hoy, que lleve los vestidos incorrectos, que no se interese por el fútbol es una contradicción en los términos. Sin embargo, no era así antes del Dr. Arnold. ¿Será siempre así después de él? Lo veremos.

Bibliografía

Dean Stanley, *Life and Correspondence of Dr. Arnold [El Dr. Arnold, vida y correspondencia].*
Thomas Hughes, *Tom Brown's Schooldays [Días en el colegio de Tom Brown].*
Sir H. Maxwell-Lyte, *History of Eton College [Historia del colegio de Eton].*
Wilfrid Ward, *W.G. Ward and the Oxford Movement [W.G. Ward y el Movimiento de Oxford].*
A.H. Clough, *Letters [Correspondencia].*
An Old Rugbean, *Recollections of Rugby [Recuerdos de Rugby].*
Thomas Arnold, *Passages in a Wandering Life [Episodios de una vida errante].*

El fin del general Gordon



El general Gordon

Durante el año 1883 se solía ver en las afueras de Jerusalén a un solitario caballero inglés, paseaba con un grueso libro bajo el brazo. Aquella figura de aspecto nada impresionante, baja y menuda, con aquel movimiento entre paso ligero y paso de marcha, tenía un aspecto juvenil que contrastaba de forma extraña, aunque no desagradable, con el toque gris del cabello y patillas. Había idéntico contraste –enigmático y atractivo– entre el semblante de color rojizo, pero no quemado por el sol –el color del viajero experimentado–, y aquellos ojos azules y grandes, con su aspecto de sinceridad casi infantil. Al curioso sabría explicarle, con voz muy clara, agradable, baja, que se ocupaba en elucidar cuatro asuntos llenos de incertidumbres: el lugar de la crucifixión, la línea divisoria entre las tribus de Benjamín y Judá, y la localización de Gabaón y del lugar exacto del Jardín del Edén. También, añadiría, estaba muy interesado en descubrir el lugar donde había tocado tierra el Arca por primera vez tras el reflujo del Diluvio; a decir verdad, creía haber resuelto el problema, como demostraría mediante la referencia a varios pasajes del libro que llevaba.

Esta singular persona era el general Gordon, el libro era la Sagrada Biblia.

En semejante retiro total, del mundo y de los asuntos de los hombres, habría parecido que una vida de incesante actividad había hallado por fin la paz definitiva, largo tiempo anhelada. Porque un mes tras otro, durante un año completo, el general se demoró por las orillas del Jordán. Pero de repente se rompió el encantamiento. Lo reclamaba una aventura más, y se zambulló en el remolino de los asuntos de gran importancia; su destino estaba mezclado con el frenesí del Imperio, y con la desgracia de los pueblos. Tampoco llegó a su fin en paz y reposo, sino entre ruinas y horror.

Las circunstancias de aquella historia trágica, tan famosa, tan agriamente controvertida, descrita tan a menudo y de formas tan discrepantes, continúan llenas de sugerencias para el investigador curioso del pasado. Emerge de aquellos testimonios desgraciados y oscuros un interés no sólo político, sino también humano y trágico. Uno retiene la visión de un puñado de extraños personajes, movidos por impulsos misteriosos, cola-

borando entre sí con extraña complicación, y, en fin, apresurándose –casi lo parece–, como marionetas, hacia una catástrofe predestinada. Los personajes, además, tienen un encanto propio: son curiosamente ingleses. ¿Qué otra nación, sobre la faz de la tierra, habría podido exhibir un Mr. Gladstone, un sir Evelyn Baring, un lord Hartington y un general Gordon? Idénticos en cuanto a fuerza y debilidad, excentricidad y convencionalidad, prosaísmo y romanticismo; estas cuatro figuras parecen encarnar las confusas contradicciones del espíritu inglés. En cuanto a la *mise-en-scène*, es adecuada hasta la perfección. Pero antes echemos un vistazo a las primeras aventuras del héroe de la obra.

Charles George Gordon nació en 1833. Su padre, que descendía de militares y de escoceses, era teniente general; su madre procedía de una familia de comerciantes que se había distinguido por sus viajes marítimos hasta las regiones más remotas del globo. En su infancia, se conocía a Charlie especialmente por su entusiasmo, valor y ganas de enredar. Destinado a la artillería, lo enviaron a la academia de Woolwich, donde afloraron algunas otras características. En una ocasión, se había prohibido a los cadetes que abandonasen el comedor, y el cabo primero permanecía con los brazos abiertos, en el vano de la puerta, para impedir la marcha; Charlie Gordon bajó la cabeza y, embistiéndole en medio del estómago, lo mandó abajo como un proyectil todo un tramo de escaleras, y le hizo atravesar una puerta de cristales que allí había. Por este acto de insubordinación, casi lo expulsaron; el capitán de la compañía predijo que nunca llegaría a ser un buen oficial. Poco después, a los dieciocho años, vino a conocimiento de las autoridades que se había extendido la matonería en la Academia. Se preguntó a los nuevos, uno de ellos dijo que Charlie Gordon le había pegado en la cabeza con un cepillo de la ropa. Había trabajado bien, y su expediente, en conjunto, era bastante bueno; pero las autoridades se tomaron el caso en serio, y retuvieron su despacho durante seis meses. Debido a este retraso, ingresó en los Ingenieros Reales, en lugar de hacerlo en la Artillería Real.

Lo enviaron a Pembroke, a trabajar en la edificación de unas fortificaciones; aquí en Pembroke adquirió aquellas convicciones religiosas que ya no lo abandonarían nunca. Bajo la influencia de su hermana Augusta, y de un «capitán muy religioso, de nombre Drew» comenzó a reflexionar en sus pecados, a rebuscar en los textos y a esperar la salvación. Aunque no había sido confirmado –*nunca* lo fue–, recibía el sacramento todos los domingos; leía con atención y con avidez *El diamante sin precio*, los *Comentarios*, de Scott, y *Escritos póstumos*, del Rev. R. McCheney.

> Ni novelas ni libros mundanos –escribía a su hermana– pueden compararse con los *Comentarios* de Scott. ... Recuerdo muy bien cuando solías conseguírmelos en grandes cantidades, y yo solía reírme de ellos; pero, gracias a Dios, ahora soy diferente. Me siento mucho más feliz y mucho más conforme de lo que solía. No me gustaba Pembroke, pero ahora no echo de menos sitios más bonitos. Tengo un caballo y un calesín, y Drew y yo paseamos por el campo. Espero que mi querido padre y mi querida madre piensen en las cosas eternas. ... Queridísima Augusta, reza por mí, te lo suplico.

Tenía veintiún años cuando estalló la guerra de Crimea; antes de que hubiese terminado el año, se las arregló para que lo trasladasen a Balaclava. Durante el asedio de Sebastopol, mostró un valor notable. Al declararse la paz, lo enviaron a Besarabia para ayudar en los trabajos del trazado de la frontera entre Rusia y Turquía, que se realizaban en cumplimiento del Tratado de París; a esta tarea se dedicó durante dos años. No mucho después de su regreso a casa, en 1860, estalló la guerra en China. Se envió al capitán Gordon al campo de batalla, pero la lucha había terminado cuando llegó allí. Sin embargo iba a quedarse en China durante los cuatro años siguientes, allí pondría los cimientos de una reputación extraordinaria.

Aunque llegó demasiado tarde para participar en la toma de las fortificaciones de Taku, pudo llegar a tiempo para contemplar la destrucción del Palacio de Verano de Pekín. Un acto mediante el cual lord Elgin, en nombre de la civilización europea, se vengó de la barbarie oriental.

La guerra había terminado, pero el ejército británico se quedó en el país hasta que se completase el pago de la indemnización del Gobierno chino. Se levantó un campamento en Tientsin, y Gordon se dedicó a acondicionar barracones para las tropas. Mientras se dedicaba a esto, tuvo un ataque benigno de viruela. «Me alegro de poder decir –le contaba a su hermana– que esta enfermedad me ha devuelto al Salvador, y que confío en que en el futuro seré mejor cristiano de lo que he sido hasta ahora».

Es muy curioso que una circunstancia parecida, más de veinte años antes, produjese una cadena singular de acontecimientos como la que ahora estaba a punto de abrir la puerta a la primera aventura importante

de Gordon. En 1837, un maestro de escuela rural cerca de Cantón se puso enfermo, y, como en el caso de Gordon, a continuación sufrió una conversión religiosa. Hong-siu-tsuen –así se llamaba– tuvo visiones, trances y mantuvo relaciones con la deidad. Poco después tropezó con un misionero metodista americano, quien lo instruyó en la religión cristiana. La nueva doctrina se desarrolló junto con el fermento místico que ya estaba en la mente de Hong, y sus frutos fueron muy notables. Era, según declaró, el profeta de Dios; más aún, era el hijo de Dios; era Tien Wang, el rey Celestial; el hermano menor de Jesús. La época era propicia; pronto reunió un número de prosélitos en torno a él. Como estaba resentido contra el Gobierno, debido a un fracaso en un examen, Hong dio un matiz político a sus enseñanzas, que se convirtieron muy pronto en propaganda rebelde contra el Gobierno de los manchúes y mandarines. Las autoridades se asustaron, intentaron suprimir a Hong por la fuerza, fracasaron. El movimiento se propagó. En 1850 los rebeldes dominaban el poblado y floreciente delta del Yangtse Kiang, se habían convertido en una fuerza temible. En 1853 capturaron Nanking, que se convirtió en su capital. Tien Wang se instaló en un palacio espléndido, y proclamó su nuevo evangelio. Su teogonía incluía a la esposa de Dios o Madre celestial, a la esposa de Jesús o Nuera celestial, y a una hermana de Jesús, a la que casó con uno de sus lugartenientes, quien se convirtió de esta forma en el Yerno celestial; sin embargo, se eliminó al Espíritu Santo. Su misión consistía en expulsar a los demonios y a los manchúes de la faz de la tierra e instituir el Taiping, el reinado de la paz eterna. Mientras tanto, retirado en las profundidades de su palacio, dejó la conducción de los asuntos terrenales a sus lugartenientes, a quienes otorgó el título de *Wangs*, 'reyes', pues él, rodeado por treinta esposas y un centenar de concubinas, dedicó todas sus energías al aspecto espiritual de la misión. La Rebelión de Taiping, así se la conoce, había alcanzado ya su extensión máxima. Los rebeldes ocuparon, durante más de un año, la ciudad medio europea de Shanghai. Pero entonces cambió la marea. Las fuerzas dormidas del Imperio hicieron valer su superioridad de manera gradual. Los rebeldes perdieron terreno, se derrotó a su ejército, en 1859 se sitió la propia Nanking, y el rey Celestial tembló en su palacio. El final parecía estar próximo, pero hubo una vuelta repentina de la rueda de la fortuna. La guerra de 1860, la invasión de China por los ejércitos occidentales, la marcha de éstos al interior, y la ocupación de Pekín no sólo evitaron la destrucción de los rebeldes, sino que les permitió recuperar gran parte de lo que habían perdido. Una vez más se apo-

deraron de las provincias del delta, una vez más amenazaban Shanghai. Estaba claro que el ejército imperial era incompetente, los comerciantes de Shanghai decidieron preparar su propia seguridad lo mejor que pudieran. Puestos de acuerdo, reunieron un cuerpo de tropas, en parte chinas y en parte europeas, bajo las órdenes de oficiales europeos, al que encomendaron la defensa de la ciudad. Esta milicia escasa, que, después de un pocos éxitos preliminares, recibió del Gobierno chino el título del «Ejército invencible», podía resistir a los rebeldes, pero no podía hacer nada más. Durante dos años Shanghai estuvo en peligro continuo. Los Taipings, con un poder que crecía de forma constante, llevaban la destrucción por todas partes. El Ejército invencible era la única fuerza que se les podía enfrentar, y el Ejército invencible cosechaba más derrotas que victorias. Su primer jefe europeo murió; su sucesor se peleó con el gobernador chino, Li Hung Chang, y fue destituido. Finalmente se decidieron a pedir al general jefe del ejército británico de ocupación un oficial en préstamo para mandar el ejército. Los ingleses, que, al principio, se inclinaban a favorecer a los Taipings, por motivos religiosos, después, se convencieron, por motivos prácticos, de la necesidad de acabar con ellos. En estas circunstancias, a comienzos de 1863, le ofrecieron a Gordon el mando del Ejército invencible. Aceptó, recibió de las autoridades chinas el grado de general, y se entregó a su nueva tarea sin dilación. Tenía treinta años.

En dieciocho meses, le dijo a Li Hung Chang, habría terminado todo; cumplió su palabra. Las dificultades que tenía ante sí eran muy grandes. Estaba en posesión de los rebeldes una vasta extensión del país: un área, según las estimaciones más bajas, de catorce mil millas cuadradas, con una población de veinte millones de habitantes. Durante siglos, esta llanura baja del delta del Yangtse, rica en seda y té, fertilizada por regadíos complejos, abundante en ricas ciudades amuralladas, había sido una de las zonas más prósperas de China. Y aunque ahora se hallaba devastada por las depredaciones de los Taipings, su valor estratégico era en efecto enorme. Gordon, sin embargo, con el talento del general innato, advirtió que podría convertir las características del país que, según todas las apariencias, favorecían grandemente su defensa –con su complicado sistema geográfico de carreteras entrelazadas, sus comunicaciones por agua, mediante canales, lagos y ríos– en un medio de guerra ofensiva. El ejército a su disposición era pequeño, pero tenía gran movilidad. Tenía una gran pasión por la cartografía, y ya, en las horas de ocio, había hecho una cuidadosa inspección de los alrededores de Shanghai; de manera que

pudo ejecutar algunas maniobras que resultaron ser funestas para el enemigo. Mediante marchas y contramarchas rápidas, mediante ataques repentinos, por sorpresa, y, por encima de todo, mediante el envío de vapores armados por el laberinto de canales hacia la retaguardia enemiga, pudo hacerlos retroceder de forma gradual, pudo destruirlos en el campo de batalla, y se apoderó de las ciudades más importantes. Pero, aunque estas operaciones eran brillantes, el genio militar de Gordon no dejó de manifestarse de forma notable en otras direcciones. El Ejército invencible, reclutado entre la canalla de Shanghai, era un cuerpo mal organizado, sin disciplina, formado por unos tres mil hombres, siempre a punto de amotinarse, que se financiaba mediante el saqueo, y que, ante el más leve enfrentamiento, se evaporaba en el aire. Gordon, con la única fuerza de su personalidad, adquirió un ascendiente extraordinario entre esta masa informe de rufianes. Los obligó a hacer ejercicios militares con rigor severo, los uniformó, los armó de forma lógica, sustituyó el botín por la paga, y, en fin, hasta pudo introducir algunas normas de índole sanitaria. Hubo algunas escenas terribles, en las cuales, el general, solo, se enfrentó con todo un enfurecido ejército, y lo dominó: escenas de ira, desesperación, valor notable y ejecuciones sumarias. Finalmente, logró un prestigio casi mágico. A la cabeza de sus tropas, caminando, sin otra arma que una frágil caña de bambú en la mano, parecía pasar entre los peligros con la inmune serenidad de un semidiós. Los propios Taipings estaban asombrados, y se conducían con extraña reverencia. Más de una vez, sus dirigentes, en un rapto de miedo y admiración, ordenaban a los tiradores de precisión que no apuntasen a la figura destacada de aquel sonriente inglés.

Es significativo que fuera para Gordon más sencillo ganar batallas, y aplastar a los amotinados, que mantenerse en buenos términos con las autoridades chinas. Tenía que actuar en coordinación con una fuerza indígena muy grande; y era natural que el general al mando de ella estuviese cada vez más celoso y más enfadado porque los éxitos del inglés revelaban cada vez con mayor claridad su propia incompetencia. Al principio, en realidad, Gordon sabía que confiaba en el apoyo del gobernador. La experiencia de Li Hung Chang con los europeos se había limitado a aventureros de clase baja y Gordon había llegado como una revelación.

> Es una bendición directa de los cielos –anotaba en su diario– la llegada del británico éste, Gordon... Es superior en modales y

> conducta a cualquier otro de los extranjeros con los que me haya relacionado, y no hace ostentación de esa vanidad que los convierte en seres repugnantes a mis ojos.

Unos pocos meses más tarde, después de haber acompañado a Gordon en una expedición victoriosa, el entusiasmo del mandarín se desbordaba.

> ¡Qué vista para mis ojos fatigados –escribía–, qué elixir para la melancolía: ver luchar a este inglés!... Si hay algo que admiro casi tanto como la erudición soberbia de Tseng Kuo-fan son las cualidades militares de este oficial distinguido. ¡Es un gran hombre!

Emocionado, Li Hung Chang llamaba hermano a Gordon, declaraba que lo «consideraba tan valioso como para poder llenar el hueco dejado por el hermano ausente. ¿Podría decir más con todas las palabras del mundo?» Después sucedió algo que impresionó y confundió al sensible chino.

> La cara del inglés primero estaba llena de un placer intenso, y después parecía pensar en algo que lo deprimía y entristecía; porque la sonrisa desapareció de su boca, y aparecieron lágrimas en los ojos cuando me dio las gracias por lo que había dicho. ¿Significará esto que tiene o ha tenido algún trastorno grande en su vida, y que lucha con valor para olvidarlo, o es que la muerte no tiene terrores para él?

Pero con el paso del tiempo, la actitud de Li Hung Chang comenzó a cambiar. «El general Gordon –anota en julio– puede dejar su mente en libertad, pero debe controlar la lengua». El inglés lo había acusado de intrigar con el general chino, y de retener el dinero del Ejército invencible. «¿Por que no me cumplimenta con los honores que se me deben como jefe de la autoridad civil y militar aquí?» En septiembre, los entusiasmos anteriores del gobernador los había sustituido una actitud mental más crítica.

> Con sus muchas faltas, su orgullo, su temperamento, sus incesantes peticiones de dinero, Gordon es un hombre noble, y a pesar de todo lo que le he dicho, y de todo lo que he dicho sobre

> él, siempre gozará de mi mayor estimación... Es un hombre honrado, pero de muy difícil trato.

Los desacuerdos de esta clase quizá se habrían sobrellevado hasta que terminase la campaña, pero un incidente desafortunado provocó una pelea más grave. El avance de Gordon había tropezado con una resistencia muy fuerte, a pesar de ello había sido constante; había tomado varias ciudades importantes, en octubre sitió Soochow, antaño una de las más famosas y espléndidas ciudades chinas. En diciembre, cuando la caída era inminente, los dirigentes del Taiping pactaron la rendición, con la condición de que les perdonasen la vida. Gordon tomó parte en el pacto, y puso un énfasis especial en que su presencia, junto a las fuerzas imperiales, era la promesa formal de que el pacto se cumpliría. Sin embargo, tan pronto como la ciudad se rindió, se asesinó a los Wangs. Furioso, se dijo que el general Gordon buscaba a Li Hung Chang por todas partes con una pistola cargada. Estaba convencido de la complicidad del gobernador, quien, por su parte, negó toda responsabilidad en lo sucedido.

> Le pregunté que por qué pensaba que necesitaba conspirar o ir al otro lado de un monte, cuando habría podido conseguir lo que quisiera con cinco movimientos de pluma. No respondió, pero me insultó y dijo que informaría de mi traición, así la llamaba, a Shanghai y a Inglaterra. Que lo haga; ya no puede devolver la vida a los Wangs.

El preocupado mandarín esperaba aplacar a Gordon mediante un gran regalo, y una medalla imperial, pero el plan no tuvo éxito.

> El general Gordon, enfadadísimo –escribe– me llamó. Me repitió los discursos anteriores sobre los Wangs. No intenté discutir con él... Rechazó los diez mil taeles que ya había preparado para él, y, con un juramento, dijo que no quería la medalla del trono. Ésta es una muestra del mayor desprecio.

Gordon presentó la dimisión, y muy en contra de su voluntad se vio obligado, al final, a retirarla. Hubo a continuación una terrible y ardua serie de operaciones; pero tuvo éxito, y en junio de 1864, tras haber cumplido su tarea, se licenció el Ejército invencible. Ahora, las fuerzas

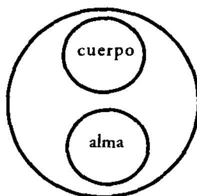
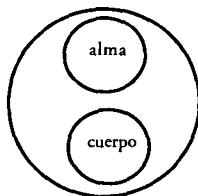
imperiales cercaron Nanking: las últimas esperanzas de Tien Wang se habían desvanecido. En lo más oculto de su serrallo, el Rey Celestial, juzgando que ya había llegado el momento de dar por concluida su misión, tragó panes de oro hasta que ascendió a los cielos. Nanking cayó en el mes de julio, se ejecutó a los jefes que quedaban, la rebelión había terminado. El Gobierno chino concedió a Gordon el rango más alto en la jerarquía militar, lo invistió con la chaqueta amarilla y la pluma de pavo. Rechazó una suma enorme de dinero, pero no pudo rechazar una medalla de oro, acuñada para la ocasión, en su honor, por orden del Emperador. A fin de año regresó a Inglaterra, donde el vencedor de los Taipings se convirtió en Compañero de la Orden de Bath.

Fue típico de la actitud de las autoridades inglesas hacia Gordon, actitud que se mantuvo invariable hasta el final de su carrera, que pensasen que lo más adecuado sería premiar los servicios prestados con una distinción reservada habitualmente a los oficinistas más diligentes. Quizá si hubiese estado dispuesto a sacar partido de la ola de popularidad con la que se encontró al regresar –si hubiese dado publicidad a su fama y, entre los círculos elevados, hubiese desempeñado el papel de Gordon, *El Chino*, de forma adecuada– los resultados habrían sido diferentes. Pero era *farouche* por naturaleza; su alma se rebelaba contra las fiestas nocturnas, contra las camisas almidonadas; y la presencia de las damas –y en especial de las damas a la moda– lo llenaba de inquietud. Tenía, además, un horror arraigado hacia la contaminación mundana. Así que, cuando lo enviaron a Gravesend a supervisar la construcción de un sistema de fortificaciones en el estuario del Támesis, permaneció allí la mar de tranquilo durante seis años, y al final casi cayó en el olvido. Las fortificaciones, que eran bastante caras y bastante inútiles, ocupaban sus horas de trabajo; las horas de ocio las dedicaba a la caridad y a la contemplación religiosa. El barrio era muy pobre, y el amable coronel, con su paso ligero, con sus modales sencillos, fue pronto una figura familiar entre los vecinos; charlaba con los marinos, llevaba provisiones a las familias hambrientas, o visitaba, para encenderle el fuego, a alguna anciana que ya no podía abandonar la cama. Era especialmente aficionado a los niños. Los harapientos pilletes y los rudos hijos de los marinos se agolpaban en torno a él. Les dio derecho a usar su casa y jardín; lo visitaban por las tardes para pedirle lecciones y consejo; los ayudaba, les buscaba empleo, y les escribía cuando se iban por el mundo. Eran, decía, sus Wangs. Sólo mediante una austeridad singular en su vida podía permitirse semejantes gastos en caridades. Los lujos habituales de

su clase y posición no los conocía: su ropa tendía a tener un aspecto desgastado, y sus frugales almuerzos se comían sobre una sencilla mesa, en cuyo cajón se metían con rapidez el pan y el plato si se acercaba alguno de los visitantes pobres. Las ocasiones especiales exigían sacrificios especiales. En un momento, durante la hambruna de Lancashire, se abrió una suscripción pública; al darse cuenta de que no tenía dinero, recordó la medalla china, y, después de borrar la inscripción, la envió como un regalo anónimo.

Excepto por sus muchachos y sus pobres, vivía solo. En la soledad, rumiaba los misterios del universo; y aquellas tendencias religiosas, que ya habían aparecido anteriormente, se convirtieron ahora en un factor dominante y permanente en su vida. Sus lecturas se limitaban casi de manera exclusiva a la Biblia, pero la Biblia la leía con asiduidad indesmayable. Estaba convencido de que allí se hallaba toda la verdad; y asimismo estaba convencido de que él iba a hallarla. Las dudas de los filósofos, las investigaciones de los comentaristas, las sonrisas de los hombres de mundo, los dogmas de las iglesias, tales cosas no tenían ninguna significación para el coronel. Sólo había dos hechos evidentes: estaba la Biblia, y estaba él; lo único que tenía que hacer era descubrir cuáles eran las instrucciones de la Biblia, y actuar en consecuencia. Para hacer este descubrimiento lo único que necesitaba era leer la Biblia una vez tras otra; por lo tanto, durante el resto de su vida, eso es lo que hizo.

La fe que adquirió de esta forma era mística y fatalista; además era muy convencional. Su credo, cuyos cimientos ocupaban el espacio estrecho de la Escritura judía, alimentado frugal y ocasionalmente con algún manual evangelista inglés, era sin embargo lo bastante amplio como para desdeñar todas las diferencias doctrinales, e incluso había ocasiones en las que sabía trascender las fronteras del propio cristianismo. El hombre justo era el que se sometía a la voluntad de Dios, la voluntad de Dios, inescrutable y absoluta, sólo podía adorarse correctamente por quienes volvían la espalda a los deseos terrenales y a las tentaciones temporales, para reposar con toda sinceridad en el espíritu interior. Los seres humanos eran las encarnaciones transitorias de las almas que habían vivido en un pasado indefinido, y que seguirían viviendo en un futuro indefinido. El mundo era vanidad; la carne era polvo y cenizas.

> Un hombre –escribía Gordon a su hermana– que no conoce el secreto, un hombre a quien no se le ha revelado el espíritu interno de Dios, es así:
>
> 
>
>
> Acepta las promesas y las maldiciones dirigidas a él, como el hombre que es, y no oirá que ha habido algún otro nacimiento anterior a su nacimiento natural, ni ninguna otra existencia excepto la del cuerpo en el que está. El hombre a quien se revela el secreto (el espíritu interno de Dios) es así:
>
> 
>
>
> Y aplica las promesas a una y las maldiciones al otro; si éste es desobediente, como debe serlo, a menos que Dios permita al alma que gobierne. Entonces ve que no es de este mundo; porque, cuando habla de sí mismo, desprecia bastante el cuerpo en que el alma vive, el cual es terrenal.

Semejantes concepciones son familiares en la historia del pensamiento religioso: son las del ermitaño y el faquir; y sería razonable esperar que, una vez que hubieran tomado posesión de su mente, Gordon se apartaría muy contento de las actividades de su profesión, se retiraría, y se entregaría a la meditación religiosa. Pero había otros elementos en su naturaleza que lo conducían hacia rumbos muy diferentes. No era tan sólo un quietista. Era un caballero inglés, un oficial, un hombre de acción lleno de energía, un amante del peligro y del valor temerario que derrota al peligro, una criatura apasionada, que se manifestaba con la agresividad de la independencia de criterio, con el temperamento capri-

choso del mando. Fuese lo que fuese lo que hallase en la Biblia de bolsillo, desde luego, perder el tiempo en la oscuridad piadosa no era para personas como él. Pero, muy adecuadamente, tampoco halló nada en aquella Biblia que le indicase que lo hiciera así. Lo que sí halló fue la afirmación de que la voluntad de Dios era inescrutable y absoluta; que era deber del hombre ir a donde lo guiara la mano de Dios; y si la mano de Dios lo guiaba hacia pasiones violentas y vicisitudes extraordinarias, darles la espalda no sólo era fútil, sino que además era impío. El fatalismo ha resultado ser siempre una filosofía de doble filo; porque mientras, por una parte, nos revela los acontecimientos más menudos como el resultado inmutable de una cadena rígida de causas predestinadas desde el infinito, por otra reviste las incoherencias más absurdas de conducta o circunstancia con la santidad de la ley eterna. El fatalismo de Gordon no era una excepción. La doctrina que lo conducía a perder el tiempo con los presagios, a buscar textos proféticos, y a añadir, entre paréntesis, las iniciales apotropaicas D.V. –después de las frases que en sus cartas implicaban la idea de futuro–, también lo inducía a concebir sus estados de ánimo y sus deseos, sus caprichos descabellados pasajeros, sus instintos más arraigados, como las manifestaciones misteriosas de un Dios interno. Él era plenamente consciente de que había un peligro oculto en semejante credo. Las tentaciones más groseras del mundo –el dinero y los atributos vulgares del poder–, en realidad, no lo tentaban; pero había atracciones más insinuantes y sutiles a las que no era tan fácil resistirse. Más de un observador declaró que, en realidad, la ambición era el motor de su vida. Una ambición que no se interesaba por el dinero o los títulos, sino por la fama y la influencia, por el poder sobre las multitudes, por esa clase de vida superior e intensa «donde de verdad se alienta, en las propias bocas de los hombres». ¿Era así? En la intimidad del alma de Gordon había contradicciones entrelazadas, lugares ocultos e intrincados en los que el egoísmo y la renuncia se fundían entre sí, donde la carne se abandonaba en el espíritu, y el espíritu en la carne. ¿Cuál era la voluntad de Dios? La pregunta, que se hizo insistente por primera vez en el retiro en Gravesend nunca lo abandonó ya, casi podría decirse que se pasó el resto de la vida buscando la respuesta. En todas sus odiseas, en todas sus aventuras extrañas y tumultuosas, no pasó ni un día en que dejase de oír la voz de Pablo o Salomón, Jonás o Habacuc. Abría la Biblia, leía, y después anotaba las reflexiones en trozos de papel, que de vez en cuando reunía con una pinza, y enviaba a algún que otro amigo con quien lo relacionaba su interés por la religión, y, en especial,

a su hermana Augusta. Los fragmentos publicados de esta producción voluminosa dejan al desnudo la historia interna del espíritu de Gordon, y nos revelan al visionario piadoso de Gravesend en el incansable héroe de tres continentes.

La reclusión concluyó de forma claramente providencial. En cumplimiento de una cláusula del Tratado de París, se había nombrado una comisión internacional para mejorar la navegabilidad del Danubio; Gordon, que había tomado parte en un órgano similar quince años antes, representó a Gran Bretaña. En Constantinopla, se encontró por casualidad con un ministro egipcio, el bajá Nubar. El gobierno de las provincias ecuatoriales del Sudán iba a quedar vacante; Nubar ofreció el puesto a Gordon, y Gordon aceptó.

> Mediante alguna sabia previsión –escribía a su hermana–, Dios dirige los acontecimientos hacia un lado o hacia otro, si a un hombre le gusta, como si no; al igual que un hombre que conduce un caballo, y lo hace girar a derecha o izquierda, tanto si al caballo le gusta ese camino, como si no. Para ser feliz, un hombre debe ser un caballo obediente, bien domado, preparado para cualquier cosa. Las cosas marcharán como Dios quiera.

Hubo a continuación seis años de ingrato trabajo, desesperante, inacabable, extraordinario. La región de Ecuatoria, insalubre, inexplorada, que se extendía hacia el sur, hasta los Grandes Lagos y las fuentes del Nilo, había sido anexionada a Egipto por el jedive Ismail, quien, mientras despilfarraba millones en las bailarinas de los ballets de París, soñaba extraños sueños de gloria e imperio. Aquellas oscuras extensiones de ciénagas y bosques del África Central iban –así lo decía– a «abrirse», iban a recibir las bendiciones de la civilización, e iban a convertirse en una fuente de honor eterno para él y para Egipto. Iban a acabar con la trata de esclavos que allí florecía; los habitantes salvajes iban a familiarizarse con la libertad, la justicia y la prosperidad. Como por casualidad, iba a establecerse un monopolio estatal del marfil, y el asunto, además, iba a convertirse en un negocio muy lucrativo. Ismail, en deuda de forma irremisible con una horda de acreedores europeos, volvió sus ojos a Europa en busca de ayuda para sus proyectos. Europa, y en particular Inglaterra, con su pasión por la filantropía superflua, no se oponía. Sir Samuel Baker se convirtió en el primer gobernador de Ecuatoria, ahora le tocaba a Gordon continuar el buen trabajo. En semejantes circunstancias era natural

que Gordon se considerase un instrumento especial en manos de Dios. Exhibió un desinterés irreprochable, redujo su salario, que se había fijado en diez mil libras esterlinas, a dos mil. Se hizo cargo de sus nuevos deberes al principio de 1874, y no tardó mucho tiempo en obtener el primer signo de desilusión. Nilo arriba, ya en Jartum, fue recibido oficialmente por el gobernador general de Egipto en el Sudán, su superior inmediato. La recepción concluyó con un largo banquete, seguido por un ballet mixto de soldados y jóvenes completamente desnudas que bailaban en círculo, llevaban el ritmo con los pies, y acompañaban sus gestos con un cloqueo muy extraño. Por fin, el cónsul austriaco, vencido por la alegría de la escena, en pleno frenesí, se arrojó en medio de los bailarines; el gobernador general, gritando de felicidad, parecía a punto de seguir el ejemplo, entonces Gordon abandonó la habitación de manera brusca, la fiesta se suspendió en medio de la confusión.

Quince mil millas más hacia el sur, Gordon llegó a la sede de su gobierno, y la desolación de los trópicos se cerró sobre él: se le reveló de forma plena la naturaleza imposible de la tarea. Porque durante los tres años siguientes se enfrentó con enormes dificultades: con el país horrible y confuso, el clima terrorífico, los insectos enloquecedores, las despiadadas enfermedades, la indiferencia de los subordinados y superiores, el salvajismo de los tratantes de esclavos, el odio de los habitantes. Uno tras otro, el grupito de empleados europeos sucumbió. Con unos pocos cientos de soldados egipcios, tuvo que sofocar insurrecciones, hacer carreteras, establecer puestos fortificados, e imponer por la fuerza el monopolio del marfil. Logró todo esto; e incluso obtuvo dinero para enviar a El Cairo con el fin de pagar los gastos de la expedición. Pero había caído sobre su espíritu un profundo abatimiento. Cuando, después de vencer una serie increíble de obstáculos, se botó un vapor en el inexplorado Albert Nyanza, dio la espalda al lago, dejando la gloria de la exploración a Gessi, un teniente italiano. «Deseo –escribió– dar una prueba práctica de lo que pienso de las alabanzas exageradas que se dan a los exploradores». Sumido en penas y mortificaciones, aborrecía el pensamiento de semejantes honores y recordaba con un gruñido las cortesías de la sociedad inglesa.

> Cuando, D.V., llegue a casa no saldré a cenar. Mis recuerdos de estas tierras no serán mejores que los de China. Lo hecho hecho está. Los hombres piensan que al darte una cena te confieren un honor... ¿Por qué no dan cenas a quienes las necesitan?

¡No! Su corazón era presa de pensamientos muy diferentes.

> A cada cual se le confiere una labor diferente, a cada cual se le destina una meta distinta, a unos se les concede asiento a la derecha del Salvador, a otros a la izquierda. (No era lo Suyo dar; ya estaba dado, Mateo 20, 23. Otra vez, Judas fue a *su propio lugar*, Hechos, 1, 25.) Es difícil que la carne acepte «estás muerto, no tienes nada que hacer en el mundo». ¡Qué difícil es purificarse del mundo, ser indiferente a los placeres, las penas, los consuelos, como un cadáver! En eso consiste saber qué es la resurrección.

Pero la sagrada Biblia no era su único solaz. Pues ahora, bajo el sediento sol africano, entrevemos, por primera vez, cómo la mano de Gordon se acerca a unos estimulantes de una cualidad más material. Durante meses, nos informan, no bebía más que agua pura, pero luego... agua que no era tan pura. En los momentos de melancolía, se encerraba en la tienda, a veces durante días, con un hacha y una bandera en la entrada para indicar que no deberían molestarlo bajo ningún pretexto, hasta que se levantaba la nube, desaparecían las señales, y el gobernador reaparecía animado y contento. Durante uno de estos retiros hubo un peligro grave de que los nativos atacasen el campamento. El coronel Long, el jefe de estado mayor, se aventuró, después de algunas dudas, a entrar en la tienda prohibida. Halló a Gordon sentado a la mesa, sobre la cual había una Biblia abierta, y una botella de brandy abierta. Long explicó las circunstancias, pero no pudo obtener otra respuesta excepto unas palabras descorteses: «Usted está al mando», y le obligó a retirarse, perplejo, para hacerse cargo de la situación como mejor supiese. A la mañana siguiente, Gordon, recién afeitado, con el uniforme de gala de los Ingenieros Reales, entró en la tienda de Long con el paso ligero habitual, al tiempo que exclamaba: «Amigo, espero que no esté enfadado conmigo. Ayer estaba muy deprimido. Tomemos un buen desayuno, un poco de brandy y soda ¿le parece bien?» Con estos estados de ánimo cambiantes, y estos reconstituyentes peligrosos, se produjo una intensificación de los elementos violentos y extraños de su temperamento. Las excentricidades arraigaron en él. Cada vez le parecía más incómodo seguir el orden habitual. La rutina oficial era un dolor permanente. El humor cáustico y satírico se expresaba en un estilo que asombraba a los departamentos gubernamentales. Se mofaba de sus superiores, y sus subordinados aprendieron a temer sus explosiones de

ira. Hubo momentos en los que su temperamento era ingobernable por completo; y el más gentil soldado de Dios, que se había pasado el tiempo citando textos para edificación de su hermana, abofeteaba al edecán árabe en un repentino acceso de furia, o atacaba al criado alsaciano, y le daba patadas hasta que gritaba.

Al cabo de tres años, Gordon dimitió de su puesto en Ecuatoria, y se preparó para regresar a casa. Pero la providencia intervino de nuevo: el jedive le ofreció, para inducirlo a permanecer en Egipto, un puesto de mayor importancia, el gobierno general de todo el Sudán; y, una vez más, Gordon aceptó el puesto. Pasaron otros tres años en los que se peleó con vastas provincias rebeldes, con las iniquidades inerradicables de la trata de esclavos, con todas las complicaciones de la debilidad y la corrupción relacionadas con la administración oriental, prolongada casi hasta extensiones sin fin de territorio salvaje que no se había dominado nunca de forma efectiva. El cuartel general estaba en el palacio de Jartum, pero hubo varios interludios en su gobierno. En una ocasión, cuando las finanzas del jedive estaban particularmente embrolladas, se llamó a Gordon a El Cairo, a presidir una comisión que pusiese las cosas en orden. Gordon aceptó el puesto, pero pronto se dio cuenta de que la situación era insostenible. Estaba entre Escila y Caribdis: entre la astucia sin escrúpulos de los bajaes egipcios y la inconmensurable inmensidad de las deudas a los acreedores europeos del jedive. Los bajaes estaban ansiosos por utilizarlo como tapadera respetable para sus propios negocios turbios; y los representantes de los acreedores europeos, que lo miraban como a un intruso irresponsable, estaban simplemente ansiosos por deshacerse de él, tan pronto como pudieran. Uno de estos representantes era sir Evelyn Baring, con quien, por primera vez, se reunió Gordon. Prendió entre ambos una rivalidad instantánea. Pero la hostilidad no tuvo tiempo para madurar, porque Gordon, atacado por todas partes, abandonado incluso por el propio jedive, regresó precipitadamente al gobierno general. Cualesquiera que fuesen los decretos de la providencia, con toda certeza, ésta no había decidido que fuese financiero.

Sus gustos y talento, a decir verdad, eran de muy diferente índole. En su ausencia había estallado una rebelión en Darfour, una de las provincias vastas y remotas bajo su gobierno, donde un jefe nativo, Zobeir, había levantado, sobre la base de la trata de esclavos, un poder militar peligroso. Al propio Zobeir lo habían atraído a El Cairo, donde lo retenían en un estado de libertad vigilada; pero su hijo, Solimán, gobernaba

en su ausencia, y desafiaba al gobernador general. Gordon se decidió a dar un golpe arriesgado. Se subió a un camello y cabalgó solitario, bajo el sol abrasador, a lo largo de ochenta y cinco millas de desierto, hasta el campamento de Solimán. La aparición repentina dejó boquiabiertos a los rebeldes; su aspecto imperioso los redujo; les indicó que en el plazo de dos días debían entregar las armas, y dispersarse; y el ejército en pleno obedeció. Gordon regresó triunfante a Jartum. Pero todavía oiría hablar de Solimán. Se escapó hacia el sur, desde Darfour, a la provincia cercana de Bahr-el-Ghazal, y el joven estuvo muy pronto a la cabeza de una fuerza formidable. A continuación hubo una campaña llena de dificultades y peligros. Gordon, a quien habían llamado desde El Cairo, se vio obligado a dejar a Gessi la tarea de aplastar la rebelión. Después de una campaña brillante, Gessi obligó a Solimán a rendirse, y a continuación lo fusiló por rebelde. Este hecho iba a ejercer una extraña influencia en el destino de Gordon.

Aunque Solimán había muerto, y su poder se había aniquilado, la trata de esclavos seguía floreciendo en el Sudán. Los esfuerzos de Gordon para suprimirla se parecían a los paliativos de un curandero que tratara los síntomas superficiales de un grave enfermedad congénita. La raíz de la enfermedad estaba en los mercados de esclavos de El Cairo y de Constantinopla: la oferta seguía a la demanda. Gordon, después de años de trabajo, pararía aquí y allí un arroyo, o desviaría un afluente; pero, de una forma u otra, las aguas llegaban al lecho del río. Al final, tuvo que reconocer que así era. «Cuando pueda sacarse la tinta que ha absorbido el papel secante –dijo–, entonces terminará la esclavitud en estas tierras». Y sin embargo continuó luchando de forma desesperada; lo suyo no era murmurar. «Conozco mi propia debilidad, y elevo la mirada a Él, el Todopoderoso, y me entrego a Él, sin preocupación excesiva».

Por fin llegó la alegría. Se depuso al jedive Ismail; y Gordon se creyó en libertad para enviar la dimisión. Antes de abandonar Egipto, sin embargo, iba a participar en otra aventura singular. A petición propia, lo enviaron en una misión diplomática junto al Negus de Abisinia. La misión fue un completo fracaso. El Negus era intratable, y, cuando se rechazaron sus sobornos, se enfureció. Gordon fue despedido de forma ignominiosa; se acumuló sobre él toda clase de insultos; fue arrestado y le obligaron a atravesar las montañas abisinias en pleno invierno, escoltado por una tropa salvaje a caballo. Cuando, después de muchas dificultades y peligros, llegó a El Cairo, halló a todo el mundo oficial en contra de él. Los bajaes habían decidido por fin que ya no había ningún trabajo que

pudieran ofrecer a este peculiar y honrado inglés. Se acordó que se publicase en los periódicos uno de sus despachos confidenciales; por supuesto, contenía indiscreciones; hubo un clamor universal: aquel hombre era un insubordinado, estaba loco. Se marchó bajo una tormenta de críticas. Parecía imposible que pudiera regresar jamás a Egipto.

De camino a casa, se detuvo en París, se entrevistó con el embajador inglés, lord Lyons, al momento disputó con él a propósito de los asuntos de Egipto. A la entrevista le siguió una correspondencia acalorada, que al fin cerró Gordon con una carta que terminaba así:

> Me consuela algo el pensar que en un tiempo de diez o quince años esto no nos importará nada a ninguno de los dos. Una caja negra, de seis pies de longitud por tres de ancho, contendrá entonces todo lo que quede del embajador o ministro del Gobierno, o de su humilde y obediente servidor.

Llegó a Inglaterra a principios de 1880, enfermo, agotado; y se podría suponer que después de las actividades terribles del exilio africano se dispondría a descansar. Pero lo que sucedió fue exactamente lo contrario: los tres años siguientes fueron los más *mouvementés* de su vida. Con gran prisa, con vertiginosa rapidez, pasó de trabajo a trabajo, de proyecto a proyecto, de continente a continente. Aceptó ser secretario particular de lord Ripon, el nuevo virrey de la India, tres días después de su llegada a Bombay, presentó la dimisión. Se dio cuenta de repente de que no había nacido para ser secretario particular, cuando, con ocasión de un discurso, que se había recibido de alguna clase de representantes, le pidieron que dijese que el Virrey lo había leído con sumo interés. «Sabe muy bien –dijo a lord William Beresford– que lord Ripon no lo ha leído, y yo no puedo decir una cosa así, de manera que le presento mi dimisión con carácter irrevocable». Confesó a lord William que el mundo no era suficientemente grande para él, que no había «rey ni país lo suficientemente grandes»; después añadió, golpeándolo en el hombro: «Sí, esto es carne, esto es lo que odio, esto es lo que me hace desear la muerte».

Dos días más tarde se fue a Pekín. «Dirán que estoy loco –fueron sus últimas palabras a lord William Beresford–, pero usted dirá que no». La situación de China era crítica, la guerra contra Rusia parecía ser inminente, y se había llamado a Gordon para que volcase su influencia hacia el lado de la paz. Fue bien recibido por muchos amigos de los viejos

tiempos, entre otros, por Li Hung Chang, cuyas opiniones diplomáticas coincidían con las suyas. El estilo diplomático de Li, sin embargo, era más convencional. Durante una entrevista con los ministros, las expresiones de Gordon fueron tales que el intérprete se estremeció de horror, volcó una taza de té, y finalmente se negó a traducir las palabras más desagradables; al darse cuenta, Gordon agarró un diccionario, y, con el dedo junto a la palabra 'idiotez', lo mostró a los sobresaltados mandarines. Unas semanas más tarde, Li Hung Chang había accedido al poder, la paz se mantuvo. Gordon había pasado dos días y medio en Pekín, después, mientras viajaba como un torbellino por toda China, le llegó un telegrama de las autoridades de Inglaterra, que contemplaban sus evoluciones con inquietud, en el que le ordenaban que regresase al momento. «No me causó ni el más mínimo estremecimiento –escribió a su hermana–, he muerto hace mucho tiempo, no me supondrá ninguna diferencia; estoy preparado para aceptar lo que muestre el pergamino al desenvolverse». El mundo, quizá, no era lo bastante grande para él; pero, con qué claridad reconocía que no era sino «¡un miserable insecto!» «Eso es lo que me dicta el corazón, y yo me alegro».

Cuando regresaba a Inglaterra, telegrafió al Gobierno del Cabo de Buena Esperanza, que se veía envuelto en una guerra con los basutos, y ofreció sus servicios; pero no recibió ninguna respuesta al telegrama. Justo entonces se nombró comandante de los Ingenieros Reales en la isla Mauricio a sir Edward Elphinstone. Era un puesto desagradecido e insignificante, y, antes que aceptarlo, Elphinstone estaba dispuesto a retirarse del ejército; a menos que algún otro oficial, a cambio de ochocientas libras esterlinas, estuviese dispuesto a sustituirlo. Gordon, viejo amigo suyo, aceptó el trabajo con una condición: que no recibiría nada de Elphinstone; en consecuencia pasó todo el año siguiente en aquella isla remota e insalubre, ocupándose de las reparaciones de los barracones, y comprobando el alcantarillado. Mientras se hallaba ocupado en estas tareas, el Gobierno de El Cabo, cuyas dificultades habían ido en aumento, cambió de idea, y, al comienzo de 1882, pidió ayuda a Gordon. Una vez más se veía envuelto en asuntos importantes: ante él se abría un campo de acción nuevo; pero poco más tarde, al momento siguiente, había otro cambio en el calidoscopio, y de nuevo se quedaba en la calle. A las pocas semanas, después de una discusión violenta con las autoridades de El Cabo, la misión había terminado. ¿Qué haría a continuación?, ¿a qué esquina remota o a qué escenario enorme, a qué rutinas de abnegación, o a qué éxitos resonantes lo conduciría ahora la

mano de Dios? Esperaba, en medio de desacostumbradas dudas. Abría la Biblia, pero ni las profecías de Oseas ni las Epístolas a Timoteo le proporcionaron ningún consejo. El rey de Bélgica le preguntó si quería ir al Congo. Precisamente eso es lo que deseaba. Sus servicios, sin embargo, todavía no eran necesarios. En este momento crítico, se fue a Palestina. Sus estudios allí tomaron la forma de una correspondencia con el Rev. Mr. Barnes, que se extendió a lo largo de dos mil páginas manuscritas, y que sólo concluyó cuando por fin llegó la llamada del rey de Bélgica. Volvió con rapidez a Inglaterra; pero no era al Congo adonde lo guiaba la mano de Dios.

La última gran aventura de Gordon, como la primera, la ocasionó una rebelión religiosa. En el momento en el que, al parecer para siempre, se sacudía el polvo de Egipto de los pies, Mahommed Ahmed iniciaba su extraordinaria carrera en el Sudán. El tiempo era propicio para las revoluciones. El decadente Imperio Egipcio se balanceaba al borde del precipicio. Los territorios enormes del Sudán hervían de descontento. La administración de Gordon, con su severidad, había contribuido a precipitar el desastre inevitable. Los ataques al comercio de esclavos, el establecimiento del monopolio del marfil, la hostilidad de los oficiales egipcios, fueron otros tantos golpes que sacudieron hasta los cimientos la debilitada maquinaria. El resultado de sus esfuerzos había servido, por una parte, para llenar de odio hacia el Gobierno a las clases más poderosas de la comunidad –los tratantes de esclavos y marfil–, y por otra, para despertar entre las masas una apreciación nueva de la falta de honradez e incompetencia de los amos egipcios. Cuando, después de la marcha de Gordon, se restableció de nuevo el gobierno de los bajaes, el incendio general era inevitable: la primera chispa lo prendería. Justo entonces, sucedió que Mahommed Ahmed, hijo de un sacerdote insignificante de Dongola, después de pelearse con el jeque de quien recibía la educación religiosa, se estableció como predicador independiente, con sus cuarteles generales en la isla de Abba, en el Nilo, ciento cincuenta millas por encima de Jartum. Al igual que Hong-siu-tsuen, comenzó como reformista religioso, y terminó como rey rebelde. Su misión consistía, declaraba, en limpiar la fe verdadera de su mundanidad y corrupciones, conducir a los seguidores del Profeta por los caminos de la castidad, la sencillez y la santidad; con el celo puritano de un Calvino, denunció diversiones y fiestas, canciones y bailes, la vida licenciosa y las delicias de la carne. Caía en trances, tenía apariciones, veía al Profeta, a

Jesús, y al ángel Izrail, que lo acompañaba y lo vigilaba siempre. Profetizaba, hacía milagros, y su fama se extendió por la tierra.

Hay una tradición antigua en el mundo musulmán que habla de un ser misterioso, el último de una sucesión de doce imanes santos, quien, respetado por la muerte y retirado en lo más oculto de una montaña, estaba destinado, en la hora fijada, a vivir de nuevo entre los hombres. Su título era el Mahdi, 'el Guía'; algunos creían que sería un precursor del Mesías; otros que sería el propio Cristo. Ya habían hecho su aparición varios Mahdíes; varios habían tenido mucho éxito, dos de ellos, en la Edad Media, habían fundado dinastías en Egipto. Pero, ¿quién podía decir que no se trataba de impostores?, ¿no estaría el duodécimo imán esperando todavía, en su encierro místico, dispuesto para salir, en cualquier momento, en cuanto Dios lo ordenase? Había señales por las que se podría reconocer al verdadero Mahdi, señales inconfundibles, con tal de que uno supiese interpretarlas correctamente. Debía ser de la familia del Profeta, debía poseer poderes milagrosos de una clase nada común, y su persona debía desprender una santidad peculiar. Las gentes piadosas que habitaban junto a aquellas aguas distantes, donde los santos varones, por medio de la repetición constante de uno de los noventa y nueve nombres sagrados de Dios, se habían asegurado la protección de los ángeles guardianes, y donde grupos de devotos lograban una beatitud extraordinaria moviendo las cabezas con una violencia que desasentaría la razón de adoradores menos atléticos, escuchaban con admiración al joven predicador, cuya santidad era casi sobrenatural, y cuyos milagros llenaban de asombro las mentes. ¿No era, además, de la familia del Profeta? Él mismo lo había asegurado, y, ¿quién dudaría del santo varón? Cuando aparecía, todas las dudas acababan. Había un esplendor extraño en su presencia, una pasión poderosa en el torrente de sus discursos. ¡Grande era la maldad de las gentes, grande sería su castigo! Con seguridad, sus desgracias no eran más que un signo de la ira del Señor. Habían pecado, y habitaban entre ellos los crueles recaudadores de impuestos, y los gobernadores corruptos, y todas las opresiones de los egipcios. Pero estas cosas también concluirían. El Señor haría que apareciese providencialmente el libertador elegido: los corazones de las gentes se purificarían, y se abatiría a los enemigos. El maldito egipcio desaparecería de aquella tierra. Que los fieles se animen y se preparen. ¿No sonaría pronto la hora hace tanto tiempo anunciada, cuando el duodécimo Imán, el guía, el Mahdi, se revelase al mundo? En esa hora el honrado triunfará, y los culpables serían eternamente humillados. Tales eran las enseñanzas

del Mahdi. Un grupo de discípulos entusiastas se reunió en torno a él, esperando con ansiedad la revelación que coronaría sus esperanzas. Por fin, llegó el momento. Una tarde, en la isla de Abba, se llevó aparte al más distinguido de los seguidores, y el maestro le susurró la noticia portentosa. El Mahdi era Él.

El gobernador general egipcio en Jartum, al oír que se había puesto en marcha un movimiento religioso, se inquietó y envió a un emisario a la isla de Abba para que el impostor compareciese ante él. Se recibió con cortesía al emisario. Mahommed Ahmed, dijo, debe ir al momento a Jartum. «¡Debo!», exclamó el Mahdi, poniéndose en pie de un salto, con una extraña mirada en los ojos. La mirada era tan extraña que el emisario pensó que sería más prudente acortar la visita y regresar a Jartum con las manos vacías. En consecuencia, el gobernador general envió a doscientos soldados a capturar por la fuerza al audaz rebelde. Con un puñado de amigos, el Mahdi cayó sobre estos soldados, y los hizo pedazos. La noticia se extendió por todo el país como un fuego sin control: el Mahdi se había levantado, se había destruido a los egipcios. Pero estaba claro para el grupito de entusiastas de la isla de Abba que su posición allí ya no era sostenible. El Mahdi se inclinó por una segunda Hégira, y se retiró hacia el suroeste, en pleno Kordofán.

La retirada fue una marcha triunfal. El país, que gemía bajo el desgobierno extranjero, y vibraba de excitación religiosa, halló de repente en este profeta rebelde un centro de reagrupación, un héroe, un libertador. Ahora se sumaba un elemento más a las fuerzas de la insurrección. Las tribus de los Baggara del Kordofán, ganaderos y esclavistas, los más guerreros y vigorosos del Sudán, se pusieron de parte del Mahdi. Aquellos poderosos emires, a quienes aún escocían los golpes de Gordon, comprendieron que había llegado el momento de la venganza. Se proclamó una guerra santa contra los descreídos egipcios. Los seguidores del Mahdi, vestidos con el *jibbeh*, como muestra de la nueva austeridad de su vida, o con túnicas blancas de paño basto, adornadas con remiendos de varias formas y colores, se organizaban con rapidez en un ejército formidable. Se repelieron varios ataques desde Jartum; y, por fin, el Mahdi se sintió con fuerzas para avanzar contra el enemigo. Mientras sus lugartenientes mandaban destacamentos hacia las vastas provincias del sur y del oeste –Darfour y Bahr-el-Ghazal–, él en persona se dirigía hacia El Obeid, la capital de Kordofán. En vano se enviaron refuerzos desde Jartum para ayudar a la guarnición: hubo luchas muy enconadas; la ciudad quedó incomunicada, y, después de seis meses de asedio, se rindió. Gran

cantidad de armas y municiones y cien mil libras esterlinas en géneros cayeron en manos del Mahdi. Era el amo de Kordofán: estaba a la cabeza de un ejército poderoso, era rico, lo adoraban. Se abría ante él un futuro brillante. Ninguna posibilidad parecía demasiado descabellada; ninguna fortuna, demasiado magnífica. La visión de un imperio universal se movía ante sus ojos. Alá, cuyo siervo él era, que lo había llevado tan lejos, le haría avanzar más todavía, hasta llegar a una meta gloriosa.

Durante unos meses, permaneció en El Obeid, consolidando el dominio. En una serie de cartas circulares, describía sus coloquios con el Todopoderoso, y ponía las bases del régimen de vida que sus seguidores debían observar. Los fieles, bajo pena de castigos severos, iban a regresar a la sencillez ascética de los tiempos antiguos. Se diseñó un nuevo código penal, en el que se consignaban, con celo bárbaro, ejecuciones, mutilaciones y latigazos. El blasfemo era ahorcado al momento, al adúltero le daban latigazos con un látigo de piel de rinoceronte, al ladrón le cortaban en el mercado la mano derecha y el pie izquierdo. Ya no habría más celebraciones matrimoniales llenas de pompa y acompañadas de fiestas, los jóvenes guerreros tampoco caminarían con el cabello extendido al viento: de ahora en adelante el creyente debería limitar sus banquetes a los dátiles y la leche, y debía cuidar de que su cabeza estuviese siempre afeitada. Las transgresiones menores se castigaban con el embargo de las propiedades o con prisión, grilletes y cadenas. Pero el látigo de rinoceronte era el instrumento favorito de castigo. Se daba latigazos a los hombres por beber un vaso de vino, por fumar; si juraban, recibían ochenta latigazos por cada juramento; y después de ochenta latigazos la muerte sobrevenía con bastante frecuencia. Antes de que pasase mucho tiempo, los latigazos se convirtieron en un incidente tan cotidiano que los jóvenes lo tomaban como un juego, y como prueba de resistencia ante el dolor. Con esta ferocidad espartana se mezclaba la fascinación y el misterio de Oriente. El propio Mahdi, sus cuatro jalifas y los emires principales, dueños de repentinas riquezas, se rodearon de esclavos y mujeres, caravanas de caballos y asnos, y de cuerpos de guardia con armas relucientes. Había rumores sobre depravación en las altas esferas: del Mahdi se decía que, poniendo en olvido sus propias órdenes, tomaba parte en fiestas en lo más oculto de su harén, y bebía con alegría sirope de dátil mezclado con jengibre en los cálices de plata robados en la iglesia de los cristianos. Pero aquella figura impresionante tan sólo tenía que aparecer para que la lengua del escándalo callase. Aquel hombre majestuoso, de hombros anchos, alto, con la cara oscura, barba negra, ojos grandes,

¿quién podría dudar de que era la encarnación del poder sobrehumano? Cada mirada, cada movimiento, tenía su fascinación. Los ojos, pintados con antimonio, brillaban con fuego extraordinario; la exquisita sonrisa revelaba, bajo los labios vigorosos, unos dientes superiores blancos con un espacio en forma de V entre ellos: signo cierto de la buena fortuna. Su turbante estaba enrollado con un arte impecable; el *jibbeh*, inmaculado, estaba perfumado con madera de sándalo, almizcle y esencia de rosas. Era simultáneamente todo cortesía y todo poderío. Lo seguían millares de personas, millares de personas se prosternaban ante él, y millares de personas, cuando elevaba la voz en solemne adoración, sabían que los cielos estaban abiertos, y que estaban cerca de Dios. Al momento, la *onbeia* –la trompeta de colmillo de elefante– sonaba con estruendo. Los *nahas*–los tambores de guerra de bronce– llamaban, con sonido sobrenatural, a las armas a todo el ejército. La bandera verde y la bandera roja y la bandera negra se levantaban sobre la multitud. El gran ejército avanzaba, multicolor, brillante, oscuro, violento, orgulloso, hermoso. La borrachera, la locura de la religión brillaba en las caras; y el Mahdi, inmóvil en su caballo, callado, contemplaba la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

El Obeid cayó en enero de 1883. Mientras tanto, ocurrían en Egipto unos acontecimientos de la mayor importancia. La rebelión de Arabi se había sincronizado con la del Mahdi. Ambos movimientos eran nacionalistas; ambos se dirigían contra gobernantes extranjeros que se habían mostrado incapaces de gobernar. Mientras los sudaneses se sacudían el yugo de Egipto, los egipcios, a su vez, se mostraban cada vez más impacientes con sus propios amos: los bajaes circasianos y turcos que ocupaban con su incompetencia toda la administración superior del Estado. El ejército, guiado por Ahmed Arabi, un coronel de origen *fellah*, se amotinó, el jedive se rindió, y parecía como si estuviese a punto de establecerse un nuevo orden. En verdad sí que había un nuevo orden a punto de aparecer: pero era de una clase con la que no había soñado la filosofía de Arabi. En el momento crítico, intervino el Gobierno inglés. Una flota inglesa bombardeó Alejandría y un ejército inglés, bajo las órdenes de lord Wolseley, desembarcó y derrotó a Arabi y sus partidarios en Tel-el-kebir. De forma nominal, se restauró el Gobierno de los bajaes; pero de aquí en adelante, de hecho, los amos de Egipto fueron los ingleses.

Sin embargo, los ingleses tardaron en reconocer este hecho. Su Gobierno había intervenido en contra de su voluntad; la ocupación del

país era una simple medida temporal; el ejército se retiraría en cuanto hubiese una administración aceptable. Pero una administración aceptable, presidida por los bajaes, parece que tardaría en llegar, y el ejército inglés se quedó. Mientras tanto, el Mahdi había entrado en El Obeid, su dominio se extendía con rapidez por la mayor parte del Sudán.

Entonces ocurrió una terrible catástrofe. Los bajaes, felices de nuevo en El Cairo, manejando las influencias antiguas y engordando con su vida licenciosa de siempre, con las ollas de Egipto, decidieron dar al mundo un testimonio irrefutable de su vigor renovado. No tolerarían durante más tiempo la rebelión en el Sudán; destruirían al Mahdi, someterían a sus partidarios, restablecerían su propio gobierno beneficioso en todo el país. Con este fin reunieron un ejército de diez mil hombres, y lo colocaron bajo el mando del coronel Hicks, un oficial inglés retirado. Le dieron la orden de que avanzase y acabase con la rebelión. El Gobierno inglés no quiso interferir. Sin darse cuenta –o sin querer darse cuenta– de que, mientras hubiese un ejército inglés en Egipto, no podían evitar las responsabilidades del mando supremo, declararon que la política interna del Gobierno egipcio no era asunto suyo. Fue un error funesto, un error cuya comisión ellos mismos, antes de que pasasen muchas semanas, se vieron obligados a admitir por la lógica implacable de los acontecimientos. Los bajaes, a quienes se había dejado que hiciesen lo que quisieran, desorganizaron la expedición de Hicks todo lo que pudieron. Se enviaron a Jartum, en cadenas, las tropas miserables, reclutadas entre las reliquias del diezmado ejército de Arabi. Después de un mes de instrucción se proclamó que estaban preparados para atacar a los fanáticos del Sudán. El coronel Hicks era un valiente; apremiado por las autoridades de El Cairo, cerró los ojos al peligro que tenía enfrente, y salió de Jartum en dirección a El Obeid a comienzos de septiembre de 1883. Abandonadas las comunicaciones, pronto se halló en medio de los eriales desolados de Kordofán. Al avanzar, aumentaron las dificultades; los guías eran traicioneros, las tropas estaban extenuadas, el suministro de agua falló. El coronel continuó, y, por fin, el 5 de noviembre, no lejos de El Obeid, el ejército casi desesperado, debilitado y hostigado, se internó en un bosque enorme de eucaliptos y arbustos de mimosa. Hubo un grito repentino, aterrador: el Mahdi, con cuarenta mil de sus mejores hombres, salió de la emboscada. Rodearon a los egipcios y los vencieron. No fue una derrota, sino una aniquilación. Hicks y sus ayudantes europeos murieron; fue una carnicería; trescientos desgraciados, heridos, reptaron vivos hasta el bosque.

Las consecuencias de este acontecimiento se dejaron sentir en todos los rincones del Sudán. Hacia el oeste, en Darfour, el gobernador, el bajá Slatin, después de una resistencia valerosa y prolongada, se vio obligado a rendirse, y toda la provincia cayó en manos de los rebeldes. Hacia el sur, en Bahr-el-Ghazal, el bey Lupton estaba encerrado en un fuerte remoto, mientras su territorio era devastado. Los triunfos del Mahdi comenzaban a penetrar incluso en las regiones tropicales de Ecuatoria; las tribus se levantaban, el bajá Emin se preparaba para retirarse hacia los Grandes Lagos. En el este, Osman Digna llevó la insurrección justo hasta la orilla del mar Rojo, y puso sitio a Suakin. Antes de que terminase el año, con la excepción de algunas guarniciones aisladas y rodeadas, el Mahdi era señor absoluto de un territorio equivalente a las áreas conjuntas de España, Francia y Alemania; sus ejércitos triunfantes se acercaban con rapidez a Jartum.

Cuando la noticia del desastre de Hicks llegó a El Cairo, los bajaes anunciaron impertérritos que reclutarían un nuevo ejército de diez mil hombres, y que atacarían de nuevo al Mahdi; pero, por fin, el Gobierno inglés se dio cuenta de la gravedad del caso. Veían que se les echaba encima una crisis, y que ya no podrían evitar durante más tiempo las implicaciones de su presencia en Egipto. ¿Qué podían hacer? ¿Iban a permitir que los egipcios se involucrasen cada vez más en una guerra ruinosa, o quizá incluso funesta contra el Mahdi? Y si no, ¿qué pasos tenían que dar? Una minoría poco significativa del partido que entonces estaba en el poder en Inglaterra –el Partido Liberal– deseaba vehementemente retirarse de Egipto, cuanto antes mejor. Por otra parte, otra minoría más influyente, con representantes entre los miembros del Gobierno, estaba a favor de una intervención más decidida en los asuntos egipcios: estaba a favor del uso deliberado de la fuerza de Inglaterra para dotar a Egipto de estabilidad interna y seguridad exterior; estaban dispuestos, si fuese necesario, a iniciar operaciones militares con tropas inglesas. Pero la gran masa del partido y el Gobierno, con Mr. Gladstone a la cabeza, se inclinaban por una solución de compromiso. Aunque se daban cuenta de la imposibilidad de una retirada inmediata, sin embargo, estaban decididos a no permanecer en Egipto ni un minuto más de los que fuesen necesarios; y, mientras tanto, querían interferir lo menos posible en los asuntos egipcios. Se oponían de forma rotunda, en especial, a una campaña en el Sudán dirigida por el ejército inglés. Si, por lo tanto, el ejército inglés no iba a intervenir, y el ejército egipcio no estaba en condiciones de enfrentarse con el Mahdi, la consecuencia lógica era que

debería olvidarse todo intento de reconquistar el Sudán; las tropas egipcias que allí quedaban deberían retirarse, y las operaciones militares en el futuro deberían limitarse a las de índole estrictamente defensiva. La decisión la reforzaban dos consideraciones: en primer lugar, observaron que la rebelión del Mahdi era nacionalista en lo fundamental, y estaba dirigida contra un poder extranjero; en segundo lugar, la política de retirarse del Sudán era también la política de su representante en Egipto, sir Evelyn Baring, a quien se había nombrado hacía poco tiempo cónsul general en El Cairo. Sólo había un obstáculo de importancia en su camino: la actitud de los bajaes al frente del Gobierno egipcio. Aquellos ancianos fatuos estaban convencidos de que la próxima vez tendrían más suerte, de que otro ejército y otro Hicks destruirían al Mahdi, y de que, incluso si el Mahdi volvía a alzarse con la victoria, sin duda aparecería otro ejército más y un Hicks más, y se resolvería el problema, pero si esto último también fallaba... eso sí que no, se negaban a considerar más posibilidades. Ante semejante oposición, el Gobierno inglés, en contra de su voluntad de intervenir, se dio cuenta de que no tenía más remedio que influir en los acontecimientos. De manera que dio instrucciones a sir Evelyn Baring, en el caso de que el Gobierno egipcio se negase a evacuar el Sudán, para que insistiese ante el jedive, y nombrase a otros ministros que no tuviesen inconveniente en hacerlo.

Mientras tanto, no solamente el Gobierno, sino también el público inglés comenzaban a darse cuenta de la naturaleza preocupante de la situación egipcia. Pasó algún tiempo antes de que se conociesen todos los detalles de la expedición de Hicks, pero cuando se conocieron y cuando se comprendió el carácter aterrador de la hecatombe, recorrió todo el país un estremecimiento de horror. Los periódicos se llenaron de artículos acerca del Sudán, de descripciones personales del Mahdi, de cartas nerviosas de coroneles y clérigos que pedían venganza, y de profundas discusiones acerca de la futura política de Egipto. Luego, al comienzo del año nuevo, comenzaron a llegar mensajes preocupantes desde Jartum. El coronel Coetlogon, al mando de las tropas egipcias, informaba acerca de una concentración amenazadora del enemigo. De día en día, de hora en hora, los asuntos empeoraban. Los egipcios estaban en inferioridad numérica: no podían salir al campo; Jartum estaba en peligro, en cualquier momento el bloqueo sería completo. Con Jartum incomunicado por completo con Egipto, ¿qué no podría suceder? El coronel Coetlogon comenzó a calcular cuánto tiempo podría resistir la ciudad. Quizá podría resistir al Mahdi un mes, quizá durante más de

un mes; pero comenzó a hablar de la necesidad de una retirada rápida. El desenlace se aproximaba con toda claridad, y debían tomarse medidas al momento para evitarlo. En consecuencia, sir Evelyn Baring, al recibir las últimas órdenes de Inglaterra, presentó un ultimátum al Gobierno egipcio: el ministerio debía ordenar la evacuación del Sudán o debía dimitir. El ministerio era obstinado, pero el 7 de enero de 1884 dimitió; lo sustituyó un grupo de bajaes más obediente. Aquel día, el general Gordon llegaba a Southampton.

Tenía más de cincuenta años, y era todavía, según los criterios del mundo, un completo desconocido. A pesar de sus logros, a pesar de cierta notoriedad –todavía en algunas ocasiones se hablaba de Gordon, *El Chino*–, no gozaba de ninguna clase de reconocimiento, casi no tenía ni empleo. Se había pasado la vida al servicio de gobiernos extranjeros, alternado con fútiles trabajos rutinarios en su propio país; y ahora, después de un largo período de inactividad, había sido llamado para hacer, ¿qué?, para cuidarle el Congo al rey de Bélgica. A su edad, incluso si sobrevivía al trabajo y al clima, apenas le quedaría alguna esperanza de un destino posterior; regresaría del Congo, viejo y cansado, y acabaría esperando a la muerte en una nada lujosa mansión. Tales eran las esperanzas del general Gordon el 7 de enero de 1884. El 18 de enero su nombre estaba en boca de todos, era el favorito de la nación, se decía que era el único hombre vivo capaz de hacer frente a los peligros del momento, lo habían elegido, con aprobación unánime, para ejecutar una gran tarea, y había salido de Inglaterra con el encargo de una misión que iba a traerle popularidad ilimitada y fama inmortal. Las circunstancias que condujeron a un cambio tan repentino y tan notable se explican con menos facilidad de lo que sería deseable. Se cierne sobre ellas la ambigüedad, una ambigüedad que la discreción de algunas personas eminentes no ha hecho disminuir. Pero algunos de los hechos son bastante elocuentes.

Tan pronto como se tomó la decisión de retirarse del Sudán, fue evidente para todos que se trataba de una operación difícil y arriesgada, y que sería necesario enviar a Jartum a un emisario armado de poderes especiales, y dueño de una habilidad especial para llevarla a cabo. A finales de noviembre, alguien en el ministerio de la Guerra –no está claro quién– había sugerido que ese emisario fuera el general Gordon. Lord Granville, el ministro de Exteriores, en consecuencia, había telegrafiado a sir Evelyn Baring preguntándole si, en su opinión, la presencia del general Gordon sería útil en Egipto; sir Evelyn Baring había con-

testado que el Gobierno egipcio se oponía a esa propuesta, y el asunto se olvidó. No hubo ninguna otra referencia a Gordon en los despachos oficiales hasta después de su regreso a Inglaterra. Ni antes de esa fecha se hizo ninguna alusión a él, en la prensa, como posible remedio para las dificultades del Sudán. La *Pall Mall Gazette*, que se interesaba por los asuntos egipcios más que ningún otro periódico, aludía a Gordon una o dos veces en calidad de experto en temas de geografía; pero, en una enumeración de las autoridades principales en la materia, no aparecía por ninguna parte. Sin embargo, el impulso que lo envolvió en una llamarada de publicidad partió de la *Pall Mall Gazette*. Mr. Stead, su emprendedor director, bajó hasta Southampton un día después de la llegada de Gordon allí, y obtuvo una entrevista. Eso sí, cuando estaba de buen humor –después de un poco de brandy y soda, especialmente–, nadie mejor que Gordon, con su facilidad de palabra, con sus modales sencillos, para ofrecer un buen material con el que redactar un artículo de periódico; Mr. Stead aprovechó la oportunidad a fondo. La entrevista, llena de ideas, incisiva, se publicó al día siguiente en el lugar más destacado del periódico, junto con un editorial en el que se pedía que se enviase con rapidez al general a Jartum con plenos poderes. El resto de la prensa, tanto en Londres como en las provincias, se sumó al momento a la petición. El general Gordon era un militar enérgico y capaz, era un hombre temeroso de Dios y noble, era un bien nacional, era un estadista en el más alto sentido de la palabra; la ocasión era peligrosa, reclamaba una atención inmediata; el general Gordon había sido gobernador general durante cuatro años en el Sudán; el general Gordon era el único que tenía la virtud, el valor y los conocimientos que permitirían resolver la situación; el general Gordon debía ir a Jartum. Así estuvieron los periódicos cantando a coro durante una semana. Pero en las altas esferas se había dado otro paso. La entrevista de Mr. Stead apareció el 9 de enero por la tarde, y el día 10 de enero por la mañana lord Granville telegrafió a sir Evelyn Baring, proponiendo, por segunda vez, que se utilizasen los servicios de Gordon en Egipto. Pero sir Evelyn Baring, por segunda vez, rechazó la propuesta.

Mientras estos mensajes se cruzaban con gran rapidez, Gordon hacía una visita al Rev. Mr. Barnes en la parroquia de Heavitree, cerca de Exeter. La conversación discurrió principalmente sobre asuntos espirituales y bíblicos: acerca de la luz que arrojaba el Antiguo Testamento sobre la geografía de Palestina, y en torno a las relaciones entre el hombre y su Hacedor; pero hubo momentos en los que se suscitaron temas de interés

más mundano. Sucedía que sir Samuel Baker, el predecesor de Gordon en Ecuatoria, vivía en las cercanías. Se acordó celebrar una reunión, y los dos ex-gobernadores, escoltados por Mr. Barnes, se fueron juntos a dar un paseo. En el coche, sir Samuel Baker, haciendo suya la historia de la *Pall Mall Gazette*, se extendió sobre la necesidad de que su amigo regresase al Sudán como gobernador general. Gordon permaneció en silencio; pero Mr. Barnes se dio cuenta de que sus ojos brillaban, mientras que una expresión de ansiedad pasaba por su cara. Ya avanzada la noche, después de que el párroco se hubiera retirado a la cama, éste se sorprendió cuando la puerta se abrió de repente, apareció su huésped, y entró con paso ligero.

–¿Me vio antes? –preguntó de forma brusca, en voz baja.

–¿Quiere decir en el coche? –contestó el sorprendido Mr. Barnes.

–Sí– fue la respuesta–, me vio, era yo mismo; era el *yo* del que quiero desembarazarme.

Hubo un movimiento delicado, se abrió la puerta, y el párroco quedó solo de nuevo.

Estaba claro que a Gordon se le había metido en la cabeza una idea inquietante. Sus pensamientos, que vagaban por África, se le escapaban hacia el Sudán, ya no se quedaban en el Congo. En aquella visita, aprovechó la oportunidad para visitar al Dr. Temple, el obispo de Exeter, para preguntarle si, en su opinión, estrictamente como conjetura, podría permitirse a los conversos sudaneses que continuaran teniendo tres esposas. Su eminencia respondió que eso iría contra los cánones.

Unos pocos días más tarde, se vio que la conversación en el coche en Heavitree había dado fruto. Gordon escribió una carta a sir Samuel Baker en la que elaboraba, aún más, las opiniones sobre el Sudán que ya había expresado en la entrevista con Mr. Stead; la carta estaba pensada claramente con la intención de que se publicase; y se publicó, en *The Times*, el 14 de enero. Ese día, el nombre de Gordon comenzó a zumbar una vez más, con preguntas y respuestas secretas, en los cables hacia y desde las altas esferas.

«¿No sería aconsejable –telegrafiaba Lord Granville a Mr. Gladstone– insistir un poco a Baring para inducirle a que acepte la ayuda del general Gordon?» Mr. Gladstone contestó, también por telegrama, de manera afirmativa, y, el día 15, lord Wolseley telegrafiaba a Gordon para rogarle que fuese a Londres al momento. Lord Wolseley, un antiguo amigo de Gordon, era en aquel momento general jefe del ejército; hubo una entrevista prolongada, y, aunque los detalles de la conversación no trascendie-

ron nunca, se sabe que, a lo largo de ella, lord Wolseley le preguntó a Gordon si estaría dispuesto a ir al Sudán, a lo que Gordon contestó que sólo había un inconveniente: su compromiso previo con el rey de Bélgica. Antes de que anocheciese, lord Granville, en un telegrama particular, «insistió un poco a Baring». «Había oído –decía– indirectamente, que Gordon estaba dispuesto a ir, al momento, al Sudán, bajo unos términos bastante vagos. Su misión consistiría en informar al Gobierno de Su Majestad sobre la situación militar, y regresar sin ningún otro compromiso. Estaría bajo sus órdenes y enviaría la correspondencia a través de usted, bajo sello volante... Podría ser útil –añadía Lord Granville– para informarnos a usted y a nosotros de la situación. Sería muy bien aceptado en Inglaterra, pero puede haber objeciones. Dígame –pues así terminaba la concluyente exhortación de lord Granville–, lo que piensa con toda sinceridad». Era la tercera vez que le hacían la misma pregunta, sir Evelyn Baring no pudo resistirse más.

> Gordon –decía en un telegrama del día 16– sería el mejor hombre, si se comprometiese a ejecutar la política de retirada del Sudán con tanta rapidez como fuese posible, y como fuese conveniente para salvar la vida. Tiene que comprender también que debe aceptar las órdenes a través del representante británico en Egipto... Preferiría que estuviese él a cualquier otro, siempre y cuando hubiese una comprensión perfectamente clara de cuál es su lugar, y de qué línea política tiene que poner en práctica. En caso contrario, no... A quienquiera que vaya debería advertírsele con toda claridad de que se comprometerá a cumplir un servicio de gran dificultad y peligro.

Mientras tanto, Gordon, con el Sudán en la boca, con el Sudán en la imaginación, se había apresurado a ir a Bruselas, para obtener del rey de Bélgica un consentimiento arrancado a contrapelo de la postergación de su misión en el Congo. El día 17 lo reclamaba en Londres un telegrama de lord Wolseley. El día 18 se tomaba la decisión final.

> Al mediodía –le dijo Gordon al Rev. Mr. Barnes– vino a verme Wolseley, y me llevó a donde estaban los ministros. Entró y estuvo hablando con ellos, luego regresó y dijo: «El Gobierno de Su Majestad desea que se encargue de esto. El Gobierno está decidido a evacuar el Sudán, porque no quieren aceptar la res-

> ponsabilidad del gobierno futuro. ¿Está dispuesto a hacerlo?» Yo dije: «Sí». Él dijo: «Entre». Entré y me reuní con ellos. Me dijeron: «¿Le ha dado las órdenes Wolseley?» Dije que sí. Añadí: «No aceptarán la responsabilidad del gobierno futuro del Sudán, y desean que vaya ahora y que evacue». Dijeron: «Sí», eso fue todo.

Esta fue la secuencia de acontecimientos que concluyó en el nombramiento del general Gordon para su última misión. Los motivos exactos de aquellos que tuvieron responsabilidades en las negociaciones son menos fáciles de discernir. Es difícil comprender cuáles serían las razones que movieron al Gobierno, no sólo a desatender las dudas de sir Evelyn Baring, sino a subestimar los obvios y graves peligros que encerraba la decisión de enviar a un hombre como Gordon al Sudán. Toda la historia de su vida, e incluso su personalidad parecían desaconsejarlo para la tarea que le habían encomendado. Más que ninguna otra cosa, era un luchador, un fanático, un aventurero temerario; ahora le habían confiado la dirección de una retirada deshonrosa. Era ajeno por completo a las sutilezas del estadista civilizado, se resistía al control oficial, era incapaz de desenvolverse con delicadeza en situaciones complicadas; y le encomendaban un trabajo de gran complejidad, que exigía al tiempo frialdad de juicio, claridad en la percepción de los acontecimientos, y una decisión inamovible para llevar a cabo una línea política, decidida desde arriba. A decir verdad, había sido gobernador general del Sudán; pero ahora regresaba al escenario de su grandeza como el representante de un poder humillado y derrotado; iba a ser un fugitivo donde había sido gobernador; el éxito de su misión consistiría en dar el triunfo a aquellas fuerzas a las que había pasado años pisoteando. Todo esto deberían haberlo advertido quienes tenían el poder, después de una mínima reflexión. Estaba lo bastante claro para sir Evelyn Baring, aunque, con su laconismo característico, se había abstenido de expresar sus pensamientos. Pero, incluso si una familiaridad general con la vida y personalidad de Gordon no era suficiente para llevar a esas conclusiones, él mismo se había tomado la molestia de desautorizarse. Tanto en la entrevista con Mr. Stead, como en la carta a Sir Samuel Baker, había indicado sin lugar a dudas cuál era su actitud hacia la situación en el Sudán. La política por la que él abogaba, y el estado de ánimo que se revelaba en sus escritos eran diametralmente opuestos a las intenciones explícitas del Gobierno. De ninguna manera estaba a favor de retirarse del Sudán; como podía suponerse, estaba a favor de una acción militar enérgica.

Sería necesario abandonar, por un tiempo, las guarniciones más remotas en Darfour y Ecuatoria, pero Jartum había que conservarlo a toda costa. Dejar que el Mahdi entrase en Jartum no significaría tan sólo el regreso de todo el Sudán a la barbarie, sería una amenaza para el propio Egipto. Intentar proteger Egipto contra el Mahdi mediante fortificaciones a lo largo de la frontera sur era absurdo. «Es como fortificarse contra la fiebre». Arabia, Siria, todo el mundo musulmán se tambalearía ante el avance del Mahdi. «Como defensa propia –dijo Gordon a Mr. Stead–, la política de evacuación no puede justificarse». La política correcta era evidente. Un hombre enérgico –sir Samuel Baker, quizá– debía ir a Jartum, con un buen contingente de tropas turcas e hindúes y con dos millones en dinero. Muy pronto sería superior al Mahdi, cuyo ejército «se vendría abajo él solo». En opinión de Gordon era un «completo error considerar al Mahdi, en cualquier sentido, un dirigente religioso», se derrumbaría tan pronto como se encontrase cara a cara con un general inglés. Después, las regiones alejadas de Darfour y Ecuatoria se ocuparían de nuevo, se restituiría en su puesto a los sultanes legítimos, todo el país se regiría una vez más por el orden civilizado, y finalmente se aboliría la trata de esclavos. Éstas eran las opiniones que Gordon expresaba en público el 9 y el 14 de enero; y la verdad es que parece bien extraño que el 10 y el 14 de enero, lord Granville hubiese propuesto, sin hablar una sola palabra con el propio Gordon, enviarlo a una misión que implicaba no la reconquista, sino el abandono del Sudán. Gordon, en realidad, cuando lord Wolseley habló con él, al parecer, se había mostrado de acuerdo en convertirse en el ejecutor de una política que era el reverso exacto de la suya propia. Sin duda, también es posible para un subordinado prescindir de las convicciones personales, y poner en práctica con lealtad, y a pesar de éstas, las órdenes de sus superiores. Pero, ¡qué poco frecuentes son esas cualidades del dominio de sí, y de conocimiento, que semejante subordinado debe poseer! ¡Qué pocos motivos había para pensar que el general Gordon las poseía!

En realidad, la conducta del Gobierno muestra un aspecto tan singular que ha habido quien ha creído necesario justificarla mediante alguna explicación posterior. Se ha afirmado a menudo que la razón verdadera del nombramiento de Gordon fue el clamor de la prensa. Se dijo –entre otros, por el propio sir Evelyn Baring, quien ha dado algo así como una suerte de sanción oficial a su opinión sobre el caso– que el Gobierno no pudo resistir el clamor de la prensa, ni el sentimiento del país que se expresaba a través de ella; que los ministros, arrastrados por la ola del

«culto a Gordon», se vieron obligados a rendirse ante lo inevitable. Pero esta conjetura apenas resiste el examen de los hechos. Ya a principios de diciembre, muchas semanas antes de que el nombre de Gordon comenzase a aparecer en la prensa, lord Granville había hecho el primer intento para inducir a sir Evelyn Baring a que aceptase los servicios de Gordon. La primera petición de un periódico, en la que se solicitaba que se le diese una misión a Gordon, apareció en la *Pall Mall Gazette* la tarde del 9 de enero; y a la mañana siguiente, lord Granville llevaba a cabo el segundo ataque telegráfico contra sir Evelyn Baring. La opinión de la prensa no llegó a ser general hasta el día 11; y el día 14, lord Granville, en el telegrama a Mr. Gladstone, proponía por tercera vez el nombramiento de Gordon. Está claro que, por parte de lord Granville al menos, no había ningún deseo de resistir a ultranza los deseos de la prensa. De ninguna manera podía decirse que el Gobierno en pleno era incapaz de prescindir de la opinión pública: en muy pocos meses iba a demostrarlo con toda claridad. Es difícil no llegar a la conclusión de que si el Gobierno se hubiese opuesto al nombramiento de Gordon, jamás se le habría nombrado. Tal y como fueron las cosas, los periódicos no se anticiparon al Gobierno, sino que lo siguieron.

¿De qué manera podemos explicar la conducta del Gobierno?, ¿podemos creer que sus miembros, como los miembros del público en general, se vieron arrastrados por la convicción y el entusiasmo repentinos de que habían encontrado a su salvador, de que el general Gordon era el hombre –no sabían por qué, pero no importaba–, el único que podría sacarlos de las dificultades del Sudán –ni sabían cómo, pero tampoco eso importaba–, sólo con enviarlo a Jartum? No hay duda de que incluso los miembros del Gobierno están sometidos a impulsos semejantes; no hay duda de que es posible que aquel Gobierno se dejase llevar, simplemente, por falta de pensamiento, juicio y previsión, por la corriente rápida del entusiasmo popular hacia la catarata inevitable. Quizá haya sido así, pero hay indicios de que había asimismo una influencia más definida. Había un sector dentro del Gobierno que nunca se avino con la idea de retirarse del Sudán. A este sector –al que puede denominarse sector imperialista–, dirigido, dentro del Gobierno, por lord Hartington, y fuera de él por lord Wolseley, la política que le parecía aceptable era la que había señalado Gordon en la entrevista con Mr. Stead, y en la carta a sir Samuel Baker. Pensaban que sería necesario dejar al Mahdi algo de la periferia del Sudán, pero la perspectiva de dejar todo el territorio en manos del Mahdi les era desagradable en grado

sumo; por encima de todo, no les gustaba nada perder Jartum. Pues bien, suponiendo que se enviase al general Gordon, a modo de respuesta a la agitación popular, a Jartum, ¿qué sucedería a continuación? ¿No era, cuando menos, posible, una vez allí, con sus opiniones y su personalidad, que por una razón u otra dejase de poner en práctica la política de retirada pacífica del Sudán? ¿No era posible que, en ese caso, involucrase de tal forma al Gobierno inglés que al final éste se viese obligado, casi de forma insensible, tal vez, a sustituir su política de retirada por una política de avance? ¿No era posible que el general Gordon hallase dificultades? ¿Que quizá lo sitiaran, que se quedase sin comunicaciones con Egipto? Si sucediese eso, ¿cómo podría el Gobierno inglés desentenderse de la obligación de enviar una expedición para rescatarlo? Si una expedición inglesa iba al Sudán, ¿podría concebirse que no haría nada si se tropezaba con el Mahdi? En pocas palabras: ¿no incluiría el envío del general Gordon a Jartum, casi de forma inevitable, la conquista del Sudán por tropas británicas, seguida de una ocupación? Después de todas estas preguntas, todavía se veía otra más amenazadora e importante. La posición de los ingleses en Egipto era todavía bastante ambigua; el futuro era oscuro, en realidad, ¿cuánto tiempo se quedaría el ejército británico en Egipto? ¿No habría, al menos, algo obvio: que si los ingleses estaban dispuestos a conquistar y ocupar el Sudán, la evacuación de Egipto sería imposible?

Con la información que poseemos actualmente, sería temerario afirmar que todas o algunas de estas consideraciones estaban en la mente del sector imperialista del Gobierno. Pero es difícil creer que a un hombre como lord Wolseley, por ejemplo, con su conocimiento de los asuntos y con su conocimiento de Gordon, le hubieran pasado inadvertidas por completo. A decir verdad, lord Hartington quizá no se haya dado cuenta al momento de las implicaciones del nombramiento del general Gordon, porque a lord Hartington le llevaba cierto tiempo el darse cuenta de las implicaciones de cualquier cosa; aunque lord Hartington estaba muy lejos de ser tonto, pues podemos suponer que de forma intuitiva, acaso de forma subconsciente, aprehendió los elementos de una situación que nunca se formuló a sí mismo. Fuese lo que fuese, hay ciertas circunstancias que son significativas. Es significativo que el intermediario que actuó como agente del Gobierno en las negociaciones con Gordon fuese un imperialista: lord Wolseley. Es significativo que los «ministros» con los que al fin se entrevistó Gordon, quienes hicieron ejecutivo su nombramiento, no eran de ninguna forma todo el

Gobierno, sino una pequeña sección de él, presidida por lord Hartington. Es significativo, asimismo, que la misión de Gordon se presentase tanto a sir Evelyn Baring, que se oponía a este nombramiento, como a Mr. Gladstone, que se oponía a una política activa en Sudán, como una misión simplemente «para informar»; mientras que, tan pronto como se hubo decidido que hubiese una misión, ésta comenzó a asumir una configuración muy diferente. En la entrevista final con el «ministro», Gordon, según sabemos (aunque no dijo nada de ello al Rev. Mr. Barnes), propuso que lo nombrasen gobernador general del Sudán. La propuesta, por el momento, no se aceptó; pero está claro que nadie propone que lo nombren gobernador general para hacer un informe.

Estamos en la región de las conjeturas, y queda una que no hace falta ir a buscar. ¿Fue la campaña de prensa, durante la segunda semana de enero, una campaña que expresaba una ola espontánea de popularidad?, ¿o era la causa de aquel sentimiento, en lugar de la consecuencia? Poner en práctica una agitación periodística quizá no fuese una imposibilidad, incluso en aquel tiempo lejano de 1884. A uno le gustaría saber más de lo que es probable que llegue a saberse nunca acerca de las relaciones del sector imperialista del Gobierno con Mr. Stead.

Pero ya es hora de regresar a loshechos incontrovertibles. A las pocas horas de la entrevista con los ministros, Gordon había salido de Inglaterra para siempre. A las ocho de la tarde, hubo una breve reunión de ancianos caballeros en la estación de Victoria. Gordon, acompañado por el coronel Stewart, que iba a ser su lugarteniente, entró a paso ligero en el andén. Lord Granville compró los billetes necesarios, el duque de Cambridge abrió la puerta del vagón. El general entró de un salto en el tren, entonces apareció lord Wolseley, llevaba un monedero en el que había doscientas libras esterlinas en oro, recogidas en el último momento entre los amigos, para las contingencias del viaje. Le entregaron el monedero por la ventana. El tren se puso en marcha. Al hacerlo, Gordon se asomó y susurró una última pregunta a lord Wolseley. Sí, lo había hecho, el propio lord Wolseley se había encargado de ello; a la mañana siguiente, todos los miembros del Gobierno recibirían un ejemplar de *Promesas de las Escrituras*, de Clarke. Eso fue todo. El tren salió de la estación.

Antes de que los viajeros llegasen a El Cairo, se habían dado los pasos que pusieron fin a la teoría –si es que en alguna ocasión se había mantenido en serio– de que el propósito de la misión era tan sólo el de hacer un informe. El día en que Gordon se fue, lord Granville telegrafiaba a sir Evelyn Baring lo que sigue: «Gordon propone que se anuncie en

Egipto que está en camino hacia Jartum para disponer los acuerdos futuros sobre el Sudán que mejor sirvan a sus habitantes». Nada se decía de informar. Unos pocos días más tarde, Gordon telegrafiaba a lord Granville proponiendo su propio nombramiento como gobernador general del Sudán, para «llevar a cabo la evacuación», y para «restituir su independencia a varios sultanes del Sudán». Al momento, lord Granville autorizó a sir Evelyn Baring a hacer, si lo creía conveniente, una declaración en este sentido, en nombre del jedive. De esta manera, la misión «para informar» había crecido hasta convertirse en un gobierno general, con el objeto, no solamente de evacuar el Sudán, sino de reponer a «varios sultanes» para que sustituyesen al Gobierno egipcio.

En El Cairo, a pesar de las hostilidades pasadas, se recibió a Gordon con toda clase de atenciones. Al momento fue proclamado gobernador general del Sudán, con plenos poderes. Estaba a punto de iniciar el viaje en dirección al sur, cuando ocurrió un incidente importante y singular. Zobeir, el jefe rebelde de Darfour, contra cuyas fuerzas había luchado Gordon durante años, y cuyo hijo, Solimán, había sido capturado y ejecutado por Gessi, el teniente de Gordon, estaba retenido todavía en El Cairo. Sucedió que iba a hacer una visita a un ministro al tiempo que el nuevo gobernador general. Los dos hombres se encontraron frente a frente, y, al ver el rostro salvaje de su antiguo enemigo, le vino a Gordon una inspiración repentina. Se apoderó de él, según explicó poco más tarde en un documento oficial, cuyo borrador hizo nada más terminar la reunión, un «sentimiento místico» de que podía confiar en Zobeir. Era verdad que a Zobeir se le consideraba el «mayor tratante de esclavos que haya existido»; también era verdad que alentaba un odio inmitigable contra Gordon, a causa de la ejecución de Solimán; «no es sorprendente, si se trata del padre»; no era menos cierto que, precisamente hacía muy pocos días, durante el trayecto a Egipto, el propio Gordon estuviera tan convencido del carácter peligroso de Zobeir que había recomendado su traslado a Chipre. Pero semejantes consideraciones desaparecieron por completo en el momento único del impacto eléctrico, de la visión personal; a partir de este momento en la mente de Gordon arraigó la convicción de que podía confiar en Zobeir, de que Zobeir debía unirse a él en Jartum, de que la presencia de Zobeir paralizaría al Mahdi, de que Zobeir debería heredar su puesto cuando se evacuase el Sudán. ¿No tuvo sir Evelyn Baring también aquel sentimiento místico? Sir Evelyn Baring confesó que él no lo había tenido. Desconfiaba de los sentimientos místicos. Zobeir, sin duda, tal vez sería útil; pero antes de

tomar una decisión sobre un asunto tan importante era necesario reflexionar y consultar.

Mientras tanto, si fallaba Zobeir, quizá se podría hacer algo con el emir Abdul Shaqur, heredero de los sultanes de Darfour. Al emir, que había estado viviendo en un retiro hogareño en El Cairo, no lo hallaron con facilidad; le dieron dos mil libras esterlinas, un uniforme bordado, junto con la condecoración más grande que se pudo encontrar, y le informaron de que tenía que partir al momento con el general Gordon hacia el Sudán, donde su deber consistiría en ocupar la provincia de Darfour, después de desalojar las fuerzas del Mahdi. El pobre suplicó que le permitiesen aplazar el viaje, pero no lo consiguió. Tuvo que ir corriendo a la estación, con su levita y su fez, francamente embriagado. Hubo que añadir varios vagones extra al tren del gobernador general para sus veintitrés esposas, y para el enorme volumen del equipaje; en el último momento, hubo algún trastorno a causa de la desaparición inexplicable del uniforme bordado. Apareció, pero no habían terminado las dificultades. A bordo del vapor, el general Gordon fue muy grosero con él, y por ello decidió ahogar las penas en ron con agua. Desembarcó en Asuán, y anunció que no iría más lejos. A pesar de ello, llegó al menos hasta Dongola, desde donde, después de una estancia de unos meses, regresó a El Cairo con la familia.

A pesar de este contratiempo menor, Gordon se hallaba con el mejor ánimo. Por fin sus compatriotas habían reconocido su talento, por fin le habían encomendado una tarea lo suficientemente importante como para satisfacer sus deseos. Ya era famoso, pronto sería glorioso. Mirando una vez más hacia el desierto conocido, sentía que las inquietudes de su conciencia se apaciguaban a causa de la certeza manifiesta de que era para esto para lo que lo había reservado la providencia, durante todos estos años de trabajos y penas ¡Para esto! ¡Y el Mahdi quería enfrentársele! Mil proyectos, mil posibilidades surgían a la vida en su cerebro fértil. Se había embriagado con un nuevo licor. *Il faut être toujours ivre. Tout est là: c'est l'unique question.* Qué poco consciente era Gordon de que era discípulo de Baudelaire. *Pour ne pas sentir l'horrible fardeau du Temps qui brise vos épaules et vous penche vers la terre, il faut vous enivrer sans trêve*[1]. Sí, pero, ¡qué inadecuados eran los recursos groseros del infeliz

(1) Fr.: «Es necesario estar siempre embriagado. Es lo que hay, es lo único que importa». «Para no sentir el peso terrible que te rompe las espaldas, que te inclina hacia la tierra, es preciso embriagarse sin tregua».

Abdul Shaqur! ¿Ron?, ¿brandy? ¡Ay!, demasiado bien los conocía, no eran nada. Tiraba un vaso. No eran nada en absoluto. La verdadera borrachera era distinta. Cogía lápiz y papel y escribía con rapidez un telegrama a sir Evelyn Baring. Se le ocurría otra idea, enviaba otro telegrama. Otra idea, nuevo telegrama. Se había decidido, visitaría al Mahdi en persona, y solo. Podría hacer eso, o podría retirarse hacia el ecuador. Definitivamente lo mejor sería retirarse al ecuador, regalarle la provincia de Bahr-el-Ghazal al rey de Bélgica. Desde cada parada, volaba hacia El Cairo un enjambre de telegramas. Sir Evelyn Baring era paciente y discreto, podían confiársele estas confidencias; pero desafortunadamente la extraña exaltación de Gordon hallaba otras salidas. En Berber, en el curso de una alocución a la asamblea de jefes, reveló la intención del Gobierno egipcio de retirarse del Sudán. La noticia se extendió al momento, los resultados fueron funestos. Las tribus, a las que el miedo y el interés habían mantenido leales, comprendieron que ya no debían temer ni castigos ni recompensas de Egipto, y comenzaron a volver los ojos hacia el sol naciente.

No obstante, el futuro tenía, por el momento, un aspecto favorable. Se dio la bienvenida al gobernador general en todas las paradas, y el 6 de febrero entraba de manera triunfal en Jartum. La guarnición debilitada y la población aterrorizada lo saludaron como a un libertador. Seguro que ya no tenían que temer nada, ahora que el gran bajá inglés estaba entre ellos. Sus primeros actos parecían mostrar que había comenzado una nueva era de felicidad. Se cancelaron los impuestos, se destruyeron los bonos de los usureros, se liberó a las víctimas de la injusticia egipcia; y los instrumentos inmemoriales de la tortura: el cepo, el látigo y los hierros de marcar se hicieron pedazos en la plaza pública. Se dio un paso que era incluso más audaz. Se hizo pública una proclama en la que se autorizaba la esclavitud en el Sudán. Gordon, alegando que era incapaz de abolir la institución odiosa, que tan pronto como se efectuase la retirada sería inevitablemente universal, había decidido obtener el beneficio que pudiera del abandono de una política impopular. La proclamación se recibió con entusiasmo en Jartum, pero causó una conmoción considerable en Inglaterra. Al héroe cristiano, que tantos años de su vida había pasado luchando por la supresión de la esclavitud, lo hallábamos ahora utilizando sus poderes absolutos para restablecerla de nuevo. La Asociación anti-esclavista hizo un movimiento amenazador, pero el Gobierno le hizo frente, y la fe popular en la infalibilidad de Gordon ganó la batalla.

Continuaba radiante. Pero, en medio del júbilo y la devoción que lo rodeaban, no olvidaba otras cosas de mayor importancia. En medio de la confusión, dijo a su hermana, siempre tuvo «apoyos». Prescribió que las tropas egipcias celebrasen con regularidad las oraciones de la mañana y la tarde; «adoran a un Dios –dijo–, Yavé». Dio órdenes para que se colocase sobre el sillón del presidente en la sala de la audiencia un texto en árabe: «Dios gobierna en los corazones de los hombres». Con el paso de los días, comenzó a sentirse como en casa en el enorme palacio que tan bien conocía. El resplandor y el calor de la atmósfera del sur, el movimiento de las multitudes en la ciudad, la población de oscuras caras, los soldados y los pedigüeños, la conciencia del poder despierta de nuevo, el encanto y el misterio de este extraño escenario; todas estas cosas se apoderaron de él, lo engulleron y produjeron un nuevo cambio en su corazón embriagado. Inglaterra, con sus complicaciones y sus políticas, se convirtió en una imagen sin sentido para él; sir Evelyn Baring, con sus precauciones y su sagacidad, apenas era otra cosa que un nombre molesto. Él era el bajá Gordon, el gobernador general, el dueño del Sudán. Se hallaba entre su gente, su propia gente, y sólo ante ellos era responsable, ante ellos y ante Dios. ¿Iba a dejarlos caer, sin pelear, en las garras de un impostor sanguinario? ¡Nunca! Ahí estaba él para evitarlo. Los gobiernos lejanos podrían murmurar algo acerca de una «evacuación», pero sus pensamientos estaban en otra parte. Los vertía en los telegramas que sir Evelyn Baring leía con sorpresa y horror. La persona que se había ido de Londres el mes anterior, con instrucciones para «informar acerca del mejor medio para efectuar una evacuación del Sudán», hablaba ahora abiertamente de «hacer pedazos al Mahdi» con la ayuda de tropas hindúes y británicas. Sir Evelyn Baring contaba con los dedos las diferentes etapas de este desarrollo extraordinario de las opiniones del general Gordon. Pero podría haberse ahorrado la molestia, pues, de hecho, no se trataba tanto de un desarrollo como de un regreso. Con la tensión y el nerviosismo de la realidad de su situación en Jartum, la política que Gordon proponía poner en práctica venía a corresponderse, en todos los detalles, con la política por la que había abogado con vigorosa convicción en las páginas de la *Pall Mall Gazette.*

Pero la adopción de esta política por parte del Gobierno inglés tampoco estaba descartada por completo. Pues, mientras tanto, había ocurrido algo en el este del Sudán, en las cercanías del puerto de Suakin, en el mar Rojo; algo que iba a traer consecuencias decisivas para el futuro de Jartum. El general Baker, hermano de sir Samuel Baker, al intentar

ayudar a las guarniciones asediadas de Sinkat y Tokar, había atacado de manera temeraria a las fuerzas de Osman Digna, había sido derrotado, se había visto obligado a retirarse. Sinkat y Tokar a continuación habían caído en manos del general del Mahdi. Hubo un gran clamor en Inglaterra, una ola de sentimientos militaristas barrió el país. Lord Wolseley redactó un borrador al momento en el que abogaba por la anexión del Sudán. En la Cámara de los Comunes incluso los liberales pedían venganza y acciones militares, ante lo cual, el Gobierno envió a Suakin a sir Gerald Graham con un considerable contingente británico. Sir Gerald Graham avanzó, y en las batallas de El Teb y Tamai infligió dos derrotas sangrientas a las fuerzas del Mahdi. Casi parecía como si el Gobierno se estuviese comprometiendo con una política de intervención y conquista; como si por fin el sector imperialista del Gobierno fuese a salirse con la suya. El envío de sir Gerald Graham coincidió con la petición repentina de Gordon de tropas hindúes y británicas con las que «hacer pedazos al Mahdi». Este asunto, le aseguraba a sir Evelyn Baring, en un torrente de telegramas, se podía sacar adelante con gran facilidad. Le ponía enfermo, dijo, verse dominado, y la gente de Sudán tiranizada, por «un puñado de derviches malolientes». Que le enviasen al momento a Zobeir, y todo iría bien. Los sultanes legítimos del país habían resultado ser decepcionantes. Su puesto debería ocuparlo Zobeir. Después de hacer pedazos al Mahdi, Zobeir reinaría en el Sudán como vasallo a sueldo de Inglaterra, en iguales condiciones que el emir de Afganistán. Quizá el plan era plausible, pero era evidentemente incompatible con la política de evacuación del Sudán, tal y como se había proyectado por parte del Gobierno inglés. ¿Deberían cambiar de política? ¿Deberían nombrar a Zobeir, reforzar a sir Gerald Graham, hacer pedazos al Mahdi? No acababan de decidirse. En lo que se refería a Zobeir, había dos razones enfrentadas, por su parte, sir Evelyn Baring decía ahora que estaba a favor del nombramiento, pero, por otra parte, ¿consentiría la opinión inglesa que se le diese apoyo inglés y el control de todo el Sudán a un individuo a quien Gordon había descrito como «el mayor tratante de esclavos que haya existido jamás»? Mientras el Gobierno pensaba en estas cosas, Gordon dio un paso funesto. El retraso era intolerable, una tarde, en un acceso de ira, reveló sus planes respecto de Zobeir al cónsul inglés en Jartum, Mr. Power, privilegiado corresponsal de *The Times*, planes que hasta entonces se habían mantenido como importantísimo secreto oficial. Tal vez calculó que el anuncio público de sus deseos obligaría al Gobierno a rendirse ante ellos; si fue así, se equivocó de medio a

medio, porque el resultado fue exactamente el opuesto. El país, que ya se había sobresaltado por la declaración a favor de la esclavitud, no pudo tragar lo de Zobeir. La Asociación anti-esclavista se puso en marcha, provocó disturbios; la opinión en la Cámara de los Comunes se hizo más inflexible, y el Gobierno, por mayoría abrumadora, decidió que Zobeir debería permanecer en El Cairo. La ola del imperialismo había llegado alto, pero no lo bastante alto; y ahora refluía con rapidez. El próximo acto del Gobierno fue decisivo: sir Gerald Graham y su ejército se retiraron del Sudán.

La quincena crítica durante la cual ocurrieron estos acontecimientos fue la primera de marzo. Al finalizar, la posición de Gordon había experimentado un cambio rápido y profundo. A causa de la decisión del Gobierno, no sólo se vio privado tanto de la ayuda de Zobeir, como de la posibilidad de hacer pedazos al Mahdi con la ayuda de las tropas británicas; asimismo, los movimientos militares en el este del Sudán acarrearon, en ese momento, una consecuencia aún más grave. A los partidarios del Mahdi no los habían aplastado las victorias de sir Gerald Graham, los habían enloquecido. Cuando, inmediatamente después de los combates, los ingleses se retiraron a Suakin, de donde no volvieron a salir, la conclusión parecía clara: habían sido derrotados, su poder había terminado. Las tribus guerreras del norte y del noreste de Jartum habían estado indecisas durante mucho tiempo. Pero dejaron de dudar, se unieron al Mahdi. A partir de ese momento –no había transcurrido un mes desde la llegada de Gordon a Jartum– la situación de la ciudad fue desesperada. Se cortó la línea de comunicaciones. Aunque todavía fuese posible para algunos mensajeros nativos, de vez en cuando, o para unas pocas personas, en un vapor armado, abrirse camino río abajo, hasta Egipto, el traslado de grandes grupos de personas –los habitantes leales, la guarnición egipcia– desde ese momento fue imposible. Se había derrumbado irremisiblemente el proyecto de la misión de Gordon; éste, lejos de haber llevado a buen término la retirada del Sudán, estaba rodeado por el enemigo. «Ahora, el asunto es –le dijo sir Evelyn Baring a lord Granville el 24 de marzo– cómo sacar al general Gordon y al coronel Stewart de Jartum».

El estado real de la ciudad, sin embargo, desde el punto de vista militar, no era tan grave como el coronel Coetlogon había creído, en aquellos primeros momentos de pánico, después del desastre de Hicks. Gordon pensaba que podía resistir un asedio de muchos meses. Con su energía habitual, ya había comenzado a preparar un sistema complicado de

defensas de tierra, minas y alambradas. Había una reserva de alimentos suficiente para seis meses, había gran cantidad de municiones, la guarnición contaba con ocho mil hombres. Había, además, nueve vaporcitos de ruedas que hasta entonces se habían utilizado para las comunicaciones a lo largo del Nilo, y que, armados con cañones y protegidos con planchas de metal, eran de considerable importancia militar. «Estamos bien –le decía Gordon a su hermana el 15 de marzo–. Continuaremos así, D.V., durante meses». Hasta el momento, en cualquier caso, no había razón para desesperarse. La melancolía, la duda, la desilusión, el examen de conciencia se habían abatido de nuevo sobre su víctima.

> O bien debo creer que Él hace todo por misericordia y amor, o por el contrario no puedo creer en su existencia, no hay puntos intermedios en este camino. ¡En qué aprietos no me meteré!, y ¿para qué? Estoy tan confuso. Creo que fue la ambición lo que me trajo esta desgracia.

¿No era esto lo que explicaba todo? «La promesa de Nuestro Señor no es el cumplimiento de los deseos terrenales; de manera que, si aquí decaen las cosas, Él sigue siendo fiel, y continúa ejecutando Su gran trabajo de sabiduría divina». ¿Cómo podía haber olvidado eso? Pero no volvería a cometer ninguna trasgresión. «Todo lo debo a Dios, y nada a mí mismo pues, hablando desde un punto de vista humano, he hecho muchas tonterías. No obstante, si se me humilla, tanto mejor para mí».

La noticia del cambio de circunstancias en Jartum no tardó en llegar a Inglaterra, y comenzó a extenderse un sentimiento de preocupación. Uno de los primeros en darse cuenta de la gravedad de la situación fue la reina Victoria. «Es alarmante –telegrafió a lord Hartington el 25 de marzo–. El general Gordon corre peligro; están obligados a intentar rescatarlo. [...] Han contraído una tremenda responsabilidad». Con instinto infalible, Su Majestad previó y expresó el sentimiento popular. A lo largo del mes de abril, cuando se supo que se había cortado el cable telegráfico entre Jartum y El Cairo, cuando, con el paso del tiempo, se comprobó que no subía ninguna noticia hacia el norte, el malestar creciente se manifestó en cartas a los periódicos, en editoriales y en una inundación de suscripciones para un fondo de ayuda. Al comienzo de mayo, la inquietud pública llegó a la apoteosis. Ahora era evidente, no sólo que el general Gordon corría peligro, sino que el Gobierno no había dado ningún paso para salvarlo. El día 5 hubo una indignada reunión de protesta

en St James's Hall, el día 9 hubo una concentración de masas en Hyde Park, el día 9 hubo una reunión en Manchester. La Baronesa Burdett-Coutts escribió una carta colérica a *The Times* implorando un mayor número de suscripciones. Alguien propuso que se pusiera en funcionamiento un fondo especial con el cual «sobornar a las tribus para conseguir así la seguridad personal del general». Un párroco rural hizo aún otra propuesta. ¿Por qué no se ofrecían oraciones públicas en todas las iglesias del Reino? Él mismo había adoptado esa resolución el último domingo. «¿No es esto –concluía– lo que habría deseado que se hiciera ese hombre devoto, ese verdadero héroe?» De nada sirvió. El general Gordon continuaba en peligro, y el Gobierno seguía paralizado. En fin, se promovió un voto de censura en la Cámara de los Comunes, pero también resultó ser inútil. Era extraño. Aquel Ejecutivo que, dos meses antes, había desplegado las velas alegremente ante los vientos cambiantes de la opinión popular, ahora, a pesar del huracán que se levantaba, se mantenía firme en su curso. Estaba claro, un espíritu nuevo –un espíritu intratable y firme– se había hecho con el control de la situación en el Sudán. ¿Qué espíritu era éste? La explicación era tan simple como ominosa. Había intervenido Mr. Gladstone.

El anciano estadista entraba ahora en el penúltimo período de su dilatada carrera. Quien antaño fuese la esperanza de los autoritarios e inflexibles *tories* se había convertido, por fin, después de toda una vida de transformaciones, en el campeón de la democracia militante. Estaba en la cumbre del poder. Su gran rival había muerto: permanecía solo ante los ojos de la nación; disfrutaba del aplauso, la confianza, la admiración, la adoración incluso, de las multitudes. Sin embargo –tal era el carácter peculiar de este hombre, y tal la intensidad de sentimientos que suscitaba–, en este momento, en la cumbre de la popularidad, se desconfiaba de él, era aborrecido; tomaba fuerzas contra él una aversión sin precedentes. Porque, a decir verdad, había algo en su naturaleza que solicitaba, que exigía las reacciones violentas de los extremos apasionados. Era fácil adorar a Gladstone; contemplar en él al modelo perfecto del hombre honrado –el hombre virtuoso y religioso–, el hombre cuya vida entera se había dedicado por completo a la aplicación de los principios más elevados a los asuntos del Estado; al hombre, también, cuyo sentido de la corrección y la justicia se había reforzado y ennoblecido mediante un corazón entusiasta. También era fácil detestarlo como hipócrita, despreciarlo como demagogo, u odiarlo como al manipulador hábil de hombres y cosas que sólo perseguía gratificar su propia

ambición. Puede suponerse que alguno de estos juicios contradictorios debe de haber sido absurdo de forma meridianamente clara, que nada excepto el prejuicio más grosero o la ceguera intencionada, en un caso u otro, podrían reconciliar semejantes concepciones contradictorias acerca de un simple ser humano. Pero no era así, los «elementos» estaban «tan mezclados» en Mr. Gladstone que sus enemigos más ardientes (y sus enemigos nunca lo eran a medias) y sus amigos más entusiastas (y sus amigos nunca lo eran a medias) podían justificar, con igual posibilidad, sus denuncias o sus alabanzas. Pero, entonces, ¿cuál era la verdad? En el universo físico no hay quimeras. Pero el hombre es más diverso que la naturaleza ¿Era, tal vez, Mr. Gladstone una quimera del espíritu?, ¿se hallaba su propia esencia en la confusión y lo incompatible?, ¿cuál era su propia esencia? Elude la mano que parece cogerla. Se siente uno tan derrotado como sus enemigos políticos de hace cincuenta años. Los anillos suaves de la serpiente se endurecen rápidamente con una fuerza que se desvanece de repente dejando tras sí únicamente perplejidad y vacío. El lenguaje daba vida a su ser, cuando hablaba se revelaba la ambigüedad de las ambigüedades. Aquellas intrincadas oraciones, tortuosas, largas, con su peso enorme de complejas y sutiles matizaciones, oscurecían la mente como las nubes; y como las nubes, igualmente, dejaban caer rayos. ¿No podía decirse de él por lo menos que tenía una personalidad compleja? Pero también en esto había una contradicción. A pesar de las circunvoluciones de su intelecto y de las contorsiones de su espíritu, es imposible no advertir una vena de *naïveté* en Mr. Gladstone. Sostenía algunos principios –el del valor representativo de las instituciones, por ejemplo– con una fe tan literal que era singular. Sus ideas acerca de la religión eran acríticas hasta la vulgaridad, carecía de sentido del humor. Comparado con Disraeli, su actitud hacia la vida parece la de un niño ingenuo. Su egoísmo era simple: por el laberinto de sus pasiones corría un solo hilo. Pero, ¿y el centro del laberinto? ¡Ay!, el hilo acaso llegaría por fin hasta ahí, a través de aquel urbanismo extravagante. Sólo que, al volver la última esquina, al dar el último paso, el explorador advertiría que miraba al fondo de un cráter. De todas partes brotaban llamas, ardientes y brillantes, pero en medio sólo había oscuridad.

Que las razones y ambición de Mr. Gladstone no eran sólo las de quien busca la fama nunca se apreció con más claridad que en ese episodio de su carrera al que, más que ningún otro, tanta importancia han dado sus enemigos: su conducta hacia el general Gordon. Al principio se había opuesto al nombramiento de Gordon, pero luego había con-

sentido, en parte, quizá, porque se había convencido de que la misión no iría más allá de la redacción de un «informe». Una vez que se hubo ido Gordon, los acontecimientos habían seguido su curso; la política del Gobierno comenzaba a deslizarse, de forma insensible, por una pendiente al fondo de la cual se hallaba la conquista del Sudán, y la anexión de Egipto. Las sangrientas victorias de sir Gerald Graham revelaron a Mr. Gladstone la verdadera condición de las cosas; se dio cuenta de en qué dirección caminaba, y de cuál era el destino; pero todavía estaba a tiempo de regresar. Fue él quien insistió en la retirada del ejército inglés del este del Sudán. Los imperialistas se quedaron amargamente decepcionados. Habían pensado que el viejo león dormía, y de repente he aquí que salía rugiendo del cubil. Todas sus esperanzas se concentraron en Jartum. El general Gordon estaba aislado, estaba rodeado, corría peligro, había que ayudarlo. Había que enviar tropas británicas para salvarlo. Pero a Mr. Gladstone no iban a pillarlo durmiendo otra vez. Cuando comenzó la agitación, cuando el sentimiento popular se mostró profundamente conmovido, cuando el país, la prensa, la propia Soberana, proclamaban que el honor nacional estaba en juego juntamente con el destino del general Gordon, Mr. Gladstone permaneció inamovible. Quizá otros pintasen la escena del rescate triunfal del héroe cristiano, prisionero en las garras de los salvajes idólatras; ante sus ojos se desarrollaba la visión de la batalla, los asesinatos, las muertes violentas, los horrores de la derrota y la victoria, las matanzas y la angustia de millares de personas, la violencia de la dominación militar, la esclavitud de las personas. La invasión del Sudán, dijo de repente en la Cámara de los Comunes, sería una guerra de conquista contra gente que luchaba por la libertad. «Sí, esa gente lucha por la libertad, y hace bien en luchar por ella». Mr. Gladstone –ésa era una de sus ingenuidades anticuadas– creía en la libertad. Si, de verdad, resultaba que el general Gordon corría grave peligro, entonces, sin duda, sí que sería necesario enviar una expedición de ayuda a Jartum. Pero no creía que hubiese suficientes razones para creer que fuese así. Es verdad, se habían interrumpido las comunicaciones entre El Cairo y Jartum, pero la ausencia de noticias no era necesariamente una mala noticia, y la poca información que había enviado el general Gordon indicaba que podía continuar así durante meses. Así trabajaba su mente aguda, tejiendo su conocida tela de araña, llena de posibilidades, contingencias y sutiles matizaciones. El general Gordon, Mr. Gladstone estaba persuadido de ello, estaría confinado, pero no rodeado. Con toda seguridad, el deber del Gobierno consistía

no en dar un paso temerario, sino en considerar las posibilidades e informarse, y cuando actuase, hacerlo sobre una convicción razonable. Además quedaba una última pregunta. Si era cierto –él así lo creía– que la carretera de retirada del general Gordon estaba abierta, ¿por qué no la utilizaba? Tal vez no podría retirar la guarnición egipcia, pero no se proponía el envío de una expedición de ayuda por causa de la guarnición egipcia; era simple y únicamente para garantizar la seguridad personal del general. En manos del propio general Gordon estaba el procurarse esa seguridad personal; y se negaba a hacerlo; continuaba de forma deliberada en Jartum, por su propia voluntad, desafiando los deseos evidentes de sus superiores. ¡Ah!, entonces, estaba muy claro qué es lo que quería el general Gordon: intentaba forzar la voluntad del Gobierno inglés. Tenía la esperanza de que si permanecía el tiempo suficiente en Jartum, obligaría al Gobierno inglés a enviar un ejército al Sudán que hiciese pedazos al Mahdi. ¡He ahí, pues, los cálculos del general Gordon! Pues bien, el general Gordon se daría cuenta de que había cometido un error. ¿Quién era él para imaginarse que impondría su voluntad a Mr. Gladstone? Los ojos del anciano echaban chispas. Si se trataba de una lucha entre los dos, ¡ya se vería! Con el paso de las semanas, la extraña situación era cada vez más tensa. Era como algún juego mortal de envites. ¿Quién sabe lo que sucedía en las profundidades oscuras de aquel espíritu terrorífico?, ¿qué mezcla misteriosa de remordimiento, ira y celos?, ¿quién era el mayor responsable de haber enviado al general Gordon a Jartum? Pero y eso ¿qué importancia tenía? ¿Por qué no volvía? Era un héroe cristiano, ¿no? ¿Es que no había más héroes cristianos en el mundo? ¡Un héroe cristiano! ¡Que esperase a que se cerrase en torno a él el cerco del Mahdi, hasta que la lanza del Mahdi estuviese a punto de caer! ¡Esa sí que sería la prueba del heroísmo! Si retrocedía, con el rabo entre las piernas, (!) El mundo juzgaría.

Uno de los últimos telegramas enviados por Gordon antes de que se cortase el cable del telégrafo parecía confirmar con exactitud el diagnóstico que Mr. Gladstone había hecho sobre el caso. Decía a sir Evelyn Baring que, puesto que el Gobierno se negaba a enviar una expedición o a Zobeir, se «consideraba libre para actuar según lo exigiesen las circunstancias». «Al fin y al cabo –dijo–, se verán obligados a hacer pedazos al Mahdi», agregó que si el Gobierno continuaba con esa conducta, quedaría marcado con una «deshonra indeleble». El mensaje se hizo público, y sucedió que Mr. Gladstone lo vio por primera vez en un periódico durante una visita al campo. Otro huésped, que en ese momento estaba

en la habitación, describe así la escena: «Cogió el periódico, su mirada se dirigió sin tardar al telegrama, lo leyó. Palideció mientras leía, la expresión de la cara se endureció. Los ojos echaban llamas, tal y como lo había visto una o dos veces en la Cámara de los Comunes, cuando estaba enfadado; ardían con un fuego intenso, como si fuesen a destruir la hoja en la que estaba impreso el mensaje de Gordon, o como si las palabras de Gordon hubiesen ardido en su alma, que ahora se asomaba a los ojos envuelta en ira y fuego. No dijo una palabra. Durante dos o tres minutos se quedó sentado sin hacer ningún movimiento, con una cara como ésas que describe Milton; como ninguna otra que yo haya visto nunca. Luego se levantó, sin haber dicho ni una palabra; ya no lo vieron en toda la mañana».

Es curioso que Gordon no llegase a comprender el papel que Mr. Gladstone desempeñaba en su destino. Los diarios de Jartum no dejan lugar a dudas. Con la excepción de una o dos referencias, leves y chistosas, acerca de las manías más inofensivas de Mr. Gladstone –la forma de los cuellos de las camisas, su pasión por talar árboles–, Gordon no le presta ninguna atención. Mientras que vierte en abundancia su humor sardónico sobre lord Granville. Pero a decir verdad lord Granville era un don nadie. El error demuestra cómo se le habían oscurecido las realidades de Inglaterra al vigía de Jartum. Cuando miraba hacia su patria, la figura que parecía más grande ante sus ojos –no era extraño que fuese así– era la más próxima. Clavó la atenta mirada en sir Evelyn Baring. Para él, sir Evelyn Baring era la encarnación de Inglaterra, o mejor aún, la encarnación del mando inglés, de la diplomacia inglesa, del Gobierno inglés, con sus dudas, sus insinceridades, sus dobles juegos. Sir Evelyn Baring, llegaba a pensar en algunos momentos, era el autor principal, el único autor, de todo el embrollo del Sudán. Se equivocaba en esto, pues, sir Evelyn Baring, por supuesto, era tan sólo un intermediario, sin responsabilidades últimas o poderes ejecutivos; pero la antipatía profunda de Gordon, su desconfianza intuitiva, no carecían de justificación. Nunca pudo olvidar la primera vez que se vieron en El Cairo, seis años antes, cuando la hostilidad congénita entre los dos hombres había salido a flote. «Cuando el aceite se mezcle con el agua –dijo–, tendremos buenas relaciones». Sir Evelyn Baring pensaba de igual manera; pero él no lo dijo; no era su modo de hacer las cosas. Cuando hablaba no sentía la tentación de decir todo lo que pensaba. En todo lo que hacía era cauto, comedido, impecablemente correcto. Sería difícil imaginar un hombre que fuese una antítesis más acabada respecto a Gordon. Su tempera-

mento, todo monocromo, con un leve tinte de azules fríos y grises indecisos, era fundamentalmente prosaico. Tenía la falta de color del acero, la flexibilidad del acero y la fuerza del acero. Dotado con una capacidad poco común del sentido de la anticipación, estaba dotado también con la poco común capacidad de permanecer, la que permite cosechar los frutos del sentido de la anticipación. Su mirada llegaba más allá que la de cualquiera, y su paciencia llegaba todavía más allá. Progresaba de forma imperceptible, se retiraba de manera constante, practicaba el arte de ceder con el refinamiento de un virtuoso. Pero, aunque el acero retrocedía y retrocedía, al final saltaba hacia adelante. El trabajo de su vida contenía un elemento de paradoja. La había pasado por completo en el Oriente; y el Oriente no significaba nada para él, no le interesaba. Era una cosa de la cual se ocupaba. También era un campo adecuado para el talento de Sir Evelyn Baring. Pero no se debe suponer que era un cínico, quizá no tenía la grandeza suficiente para serlo. Su ilusión consistía en un retiro agradable –algún sitio en el campo– y en algunas distracciones literarias. Había tenido la prudencia de cuidar los clásicos. Su ambición puede enunciarse en una frase sencilla; era convertirse en una institución; y lo logró. Además, sin duda, lo merecía. El poeta más grande, con un talante agrio, ha descrito las características de cierta clase de personas que no le gustaban:

> Los que pueden hacer el mal y no lo harán,
> quienes no hacen lo que dicen querer hacer,
> aquellos que son como la piedra y conmueven a otros,
> inmóviles, fríos, lentos ante la tentación,
> bien está que hereden las gracias del cielo,
> y que procuren no perder las riquezas de la naturaleza;
> son dueños y señores de sus caras...[2]

Estas palabras podían haberse escrito para sir Evelyn Baring.

Aunque, por regla general, hallaba que era fácil despreciar a aquellos con quienes tenía que tratar, no fue capaz de despreciar del todo a Gordon. Si hubiera podido hacerlo, le habría gustado algo más. Había ido todo lo lejos que su precaución le permitía para intentar evitar el nombramiento desastroso, y, cuando fue obvio que el Gobierno insistía, con una reverencia, se había rendido. Por muy poco tiempo, se había imagi-

(2) El «poeta más grande» es Shakespeare; se trata del soneto 94 de la serie *The Sonnets.*

nado que todo podría ir bien aún, que podría imponerse, mediante la importancia de su puesto, la fuerza de su sagacidad, a aquel subordinado terco; creía que podría mantenerlo como con una correa al otro extremo del telégrafo, en Jartum. Muy pronto se dio cuenta del error de cálculo. Con disgusto, observó que el telégrafo, lejos de ser un instrumento de la disciplina oficial, se había convertido, por el inteligente estratega, al otro extremo, en un medio para hacer llegar su propia personalidad a las deliberaciones de El Cairo. Todas las mañanas, sir Evelyn Baring se encontraba sobre la mesa de trabajo un gran montón de telegramas de Jartum, veinte o treinta por lo menos; con el paso del día, el montón iba en aumento. Cuando se acumulaba un buen número los leía todos de corrido, con el mayor cuidado. Allí, sobre la mesa, el alma de Gordon se revelaba ante él: la incoherencia, la excentricidad, los impulsos, el romanticismo, los chistes, el lenguaje vulgar, las apelaciones al profeta Isaías, el torbellino de políticas contradictorias. Sir Evelyn Baring no sabía qué lo exasperaba más. No quería ni pensar si el hombre era un maníaco o hasta qué punto lo era; no, no lo haría. Una sonrisa moderadamente ácida era el único comentario que se permitiría. Su posición, a decir verdad, era en extremo complicada, y le haría falta toda su destreza si quería salir bien librado de ella. A uno de sus lados se hallaba un Gobierno vacilante y tornadizo; al otro, un entusiasta frenético. Su cometido consistía en interpretar para el primero, los deseos o, mejor dicho, las inspiraciones, del segundo; y en hacer llegar al segundo las decisiones o, mejor aún, las indecisiones del primero. Un hombre más débil habría perdido el rumbo de manera inevitable en el flujo y el reflujo de la política errátil del Gobierno; un hombre más temerario se habría arrojado de cabeza a favor de los proyectos de Gordon. No hizo nada de eso; con valor singular, con singular cautela había avanzado por el filo de una cuchilla. Dedicó todo el esfuerzo a la doble tarea de construir una política sensata sobre la base de los ebrios telegramas de Gordon, y de inducir a los ministros discordantes en Inglaterra a dar por bueno lo que había construido. Podría haber tenido éxito, si no hubiese tenido que contar también con otro elemento irreconciliable más: el tiempo era un elemento vital en esta situación, y el tiempo estaba en contra de él. Cuando las tribus de las cercanías de Jartum se sublevaron, se desvaneció la última esperanza de una solución satisfactoria. Fue el primero en darse cuenta del cambio en el estado de las cosas; mucho antes que el Gobierno, mucho antes que el propio Gordon, comprendió que lo único que quedaba por hacer era sacar a los ingleses de Jartum.

Propuso que una fuerza pequeña se desplazase desde Suakin hasta Berber, el punto del Nilo más cercano al mar Rojo, y, desde allí, río arriba hasta llegar a Gordon; pero, después de muchas dudas, las autoridades militares decidieron que no era un plan realizable. Al enterarse, previó, con lucidez perfecta, el curso inevitable de los acontecimientos. Pronto o tarde, sería necesario de forma inexcusable enviar una expedición de ayuda a Jartum; y partiendo de esa premisa, se seguía, sin que cupiese ninguna duda, que el deber del Gobierno era hacerlo al momento. Se dio cuenta de esto con bastante claridad; pero también se dio cuenta de que la actitud del Gobierno había cambiado, que Mr. Gladstone tenía las riendas en las manos. Y que Mr. Gladstone no quería mandar una expedición de ayuda. ¿Qué podía hacer sir Evelyn Baring? ¿Iba a medir sus fuerzas con las de Mr. Gladstone? ¿Iba a amenazar con la dimisión? ¿A apostar su futuro por la suerte del general Gordon? Durante un momento lo dudó; parecía insinuar que a menos que el Gobierno enviase un mensaje a Jartum prometiendo una expedición de ayuda antes de que terminase el año, él no podría considerarse copartícipe en los acontecimientos. El Gobierno no quiso enviar ese mensaje; se dio cuenta, nos dice, de que era «evidentemente inútil seguir manteniendo aquella correspondencia». Después de todo, ¿qué podía hacer? No dejaba de ser una figura secundaria, su dimisión se aceptaría, le darían un gobierno colonial, y Gordon no habría logrado una seguridad mayor. ¿Tenía entonces que quedarse allí, sentado, y presenciar una catástrofe horrible, sin levantar un dedo? De todos los odiosos dilemas con los que lo había enfrentado aquel hombre, éste, pensaba, era el que más odiaba. Se encogió levemente de hombros. No, acaso tuviera el poder de «hacer el mal», pero «no lo haría». Escribió un informe, un informe gris, prudente, equilibrado y extenso, informando al Gobierno de que se «aventuraba a pensar» que «era un asunto digno de consideración, si las autoridades navales y militares no deberían dar los pasos preliminares para preparar barcos, etc., de manera que pudiesen viajar, si se presentase la necesidad». Luego, antes de que hubiese transcurrido una semana, antes de recibir la respuesta del Gobierno, se fue de Egipto. Desde finales de abril hasta principios de septiembre –durante el período más importante de toda la crisis– estuvo ocupado en Londres en un congreso sobre finanzas, mientras que su puesto en El Cairo lo ocupaba un sustituto. Con discreción convenientemente característica, sir Evelyn Baring se había evaporado del escenario.

Mientras tanto, en la lejanía del sur, sobre la tierras extensas regadas

por el Nilo superior y sus afluentes, el poder y la gloria de quien en otro tiempo se había llamado Mahommed Ahmed continuaban creciendo aún. En Bahr-el-Ghazal, los últimos rescoldos de resistencia se sofocaban con la captura del bey Lupton, y a lo largo de toda esa provincia enorme –tres veces mayor que Inglaterra– se borró toda huella del Gobierno egipcio. Todavía más hacia el sur, idéntico destino le llegaba con rapidez a Ecuatoria, donde el bajá Emin, retirándose a las profundidades inexploradas del África Central, se llevó consigo los últimos vestigios del orden antiguo. El Mahdi se demoraba en su cuartel general de El Obeid; pero, al sublevarse las tribus de los alrededores de Jartum, decidió que había llegado el momento de pasar a la ofensiva, y envió un ejército de treinta mil hombres para poner sitio a la ciudad. Simultáneamente, mediante una proclama larga y compleja, en la que probaba, con toda la elegancia de la retórica oriental, tanto la santidad de su misión como la invencibilidad de sus tropas, exhortó a los habitantes a la rendición. Gordon leyó las proclamas a los habitantes de la ciudad; de forma unánime declararon que estaban preparados para resistir. Este Mahdi era falso; Dios defendería al verdadero, tenían confianza en el gobernador general. El jeque más instruido de la ciudad escribió una respuesta teológica, en la que señalaba que el Mahdi no cumplía los requisitos de los antiguos profetas. Porque, ¿se había secado el Eúfrates y había dejado al descubierto una montaña de oro al aparecer él? ¿Habían desaparecido la contradicción y las diferencias en la tierra? Más aún, ¿no sabían todos los fieles que el verdadero Mahdi había nacido en el año 225 de la hégira, de lo que se deducía que ahora debía tener mil cuarenta y seis años? ¿No era evidente que este impostor no tenía ni la décima parte de esa edad? Estos razonamientos sí que tenían fuerza, pero el ejército del Mahdi tenía aún más. Los sitiados hicieron una salida de ataque, y fueron derrotados; la retirada consiguiente fue tan desafortunada que dos de los oficiales al mando fueron ejecutados, acusados de traición, por orden de Gordon. Desde ese momento comenzó el sitio regular de Jartum. Los generales árabes decidieron someter a la ciudad por hambre. Cuando, después de unas pocas semanas de dudas, se hizo evidente que no había salido ninguna fuerza británica desde Suakin para hacer pedazos al Mahdi, y cuando a finales de mayo, Berber, el último punto de unión entre Jartum y el mundo exterior, caía en manos del enemigo, Gordon apretó los dientes, y se sentó a esperar y a mantener la esperanza lo mejor que pudiera. Con energía incesante se dedicó a reforzar las defensas y a organizar los recursos: cavar para hacer trincheras, manu-

facturar municiones, recoger y distribuir el alimento. Todos los días había incursiones y escaramuzas; todos los días los vaporcitos armados movían las ruedas río arriba y río abajo, repartiendo muerte y terror a su paso. Fuese el que fuese el caso imprevisto, él siempre estaba preparado con inventos y remedios adecuados. Cuando aún no habían terminado los trabajos de las trincheras, se procuró unos cientos de yardas de algodón que tiñó del color de la tierra, y los extendió en líneas largas e inclinadas para engañar a los árabes, mientras los trabajos de verdad se llevaban a cabo un poco más atrás. Cuando se comenzó a sentir la falta de dinero, hizo imprimir, y puso en circulación, un papel moneda propio. Para combatir el descontento creciente y la desafección de los ciudadanos, instituyó un sistema de medallas y condecoraciones; y como no olvidó a las mujeres, su popularidad se redobló. El pensamiento de que le sucediese algún accidente al gobernador general producía terror. Tras él iban la admiración y la reverencia; dondequiera que iba lo rodeaba una guardia celosa y vigilante, como si fuese un ídolo precioso, alguna mascota de la victoria. ¿Cómo iba a irse? ¿Cómo iba a abandonar a su gente? Era imposible. La simple consideración de tal posibilidad sería, como exclamaba en uno de los últimos telegramas a sir Evelyn Baring, «el colmo de la mezquindad». Sir Evelyn Baring pensaba de otra forma. En su opinión, el deber evidente de Gordon era irse de Jartum. Quedarse exigía de manera inevitable una expedición de socorro, un gasto enorme del tesoro, y la pérdida de vidas valiosas; irse lo único que significaría es que los habitantes de Jartum serían «prisioneros del Mahdi». Así pensaba sir Evelyn Baring, pero el caso no era tan simple como parecía. Tras la caída de Berber, hubo una masacre que se prolongó durante días: una orgía aterradora de saqueos, lascivia y matanzas; cuando la propia Jartum cayó, lo que siguió fue aún más terrible. Estaba claro que «caer prisionero del Mahdi» no era juego de niños. Gordon sí que estaba allí, entre aquellas gentes, en contacto directo con ellos, era responsable, lo querían. Sí, no cabía duda. ¿Pero era ése, de verdad, el único motivo? En realidad, ¿no estaba deseando quedarse en Jartum?, ¿forzar la voluntad del Gobierno? ¿Obligarlo, tanto si quería como si no, a enviar un ejército para hacer pedazos al Mahdi? ¿Era eso correcto? ¿Era *ése* su deber? Hasta el último aliento, proclamaría que había «intentado cumplir con su deber»; en todo caso, sir Evelyn Baring no estaba de acuerdo.

Pero la voz de sir Evelyn Baring no se oía, y Gordon se preocupaba ahora muy poco por sus opiniones. ¿Es posible que, aunque fuese durante un momento, en aquellas circunstancias extraordinarias, haya

escuchado otra voz muy distinta, una voz de cualidades singulares, una voz que, a uno le gustaría imaginárselo, haya despertado ecos familiares en su corazón? Un día, recibió una carta personal del Mahdi. Un atadillo de vestidos la acompañaba.

> ¡En el nombre de Dios! –escribía el Mahdi– acompañan a esta carta unos vestidos, que consisten en una túnica (*jibbeh*), un abrigo, un turbante, un gorro, un cinto y las cuentas de un rosario. Éstos son los vestidos de quienes han roto con el mundo y sus vanidades, y de quienes anhelan el mundo futuro, la felicidad eterna del Paraíso. Si de verdad quiere acercarse a Dios, y llevar una vida devota, debe ponerse estas ropas al momento, y disponerse a aceptar los bienes eternos.

¿No traían ningún significado estas palabras al místico de Gravesend? Pero era un caballero inglés, un oficial inglés. Arrojó los vestidos al suelo, y los pisoteó en presencia de todos. Después, una vez solo, subió a una terraza del alto palacio, y dirigió el telescopio, una vez más, casi de forma mecánica, hacia el norte.

Nada rompía la inmovilidad de aquel horizonte cruel, y, a decir verdad, ¿cómo sería posible que le llegase ayuda ahora? Parecía estar completamente abandonado. Sir Evelyn Baring había desaparecido en su congreso sobre las finanzas. En Inglaterra, Mr. Gladstone se había mantenido firme, había desafiado a la Cámara de los Comunes, había desdeñado a la prensa. Parecía que había triunfado. Aunque estaba claro que no se hacía ningún preparativo de ninguna clase para socorrer a Gordon, la ansiedad y la inquietud del público, que se habían despertado tan de repente, y habían llegado a tal altura de vehemencia, habían perdido fuerza. La bestia peligrosa se había sometido ante la mirada autoritaria del amo. Otros temas se volvieron más interesantes: el proyecto de la Ley de Reforma, los rusos, la Cámara de los Lores. Gordon, en silencio en Jartum, casi había desaparecido del recuerdo. A pesar de todo, sí que llegó alguna clase de ayuda. Llegó desde donde nadie habría esperado que llegaría. Lord Hartington llevaba algún tiempo convencido de que él era responsable del nombramiento de Gordon; y su conciencia comenzaba a inquietarlo.

La conciencia de Lord Hartington era del mismo material que el resto de su persona. No era, como la de Gladstone, una conciencia salamandra, una criatura peligrosa e intangible que amaba la vida en el

fuego; ni era, como la de Gordon, una conciencia inquieta; ni como la de Sir Evelyn Baring, una conciencia diplomática; era una cosa bastante vulgar. Al propio Hartington le habría disgustado que se hablase de ella. Si se le hubiese obligado, habría aludido a ella de forma distante; habría murmurado que era un fastidio no hacer las cosas bien. Normalmente estaba aburrido, por una razón u otra; pero esta forma concreta de aburrimiento le parecía más intensa que todas las demás. Se tomaría molestias infinitas para evitarla. Por supuesto, todo el asunto era un fastidio, un fastidio evidente; y todo el mundo tenía que opinar acerca de ello como él mismo. Sin embargo, a la gente se le había metido en la cabeza que él tenía alguna clase de talento especial para estos asuntos, que había algo de especial valor en sus juicios sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal. No podía entender por qué era así, pero cada vez que había una discusión de cartas, en algún club, se la explicaban a él para que lo arreglase. Era muy extraño. Pero era cierto. En los asuntos públicos, no menos que en los privados, las decisiones de lord Hartington tenían gran influencia. El sentimiento de sus perezosos amigos de la alta sociedad lo compartía la gran masa del público inglés; aquí había un hombre en quien podían confiar. Porque, a decir verdad, estaba construido siguiendo un modelo que era muy querido para sus compatriotas. No era simplemente honrado: es que su honradez era una honradez inglesa, una honradez que pertenecía de forma natural a uno que, así les parecía, era la imagen viviente de lo que debería ser un inglés. En lord Hartington veían, encarnadas y glorificadas, aquellas cualidades que eran más queridas para sus corazones –imparcialidad, solidez, sentido común–, las cualidades por las que ellos mismos desearían destacar, las que, en sus mejores momentos, creían poseer. Si alguna vez tenían dudas, ahí estaba, pasase lo que pasase, el ejemplo de lord Hartington para animarlos y para guiarlos: lord Hartington, que nunca era interesado, nunca se ponía nervioso, que carecía de imaginación. Todo lo que se sabía acerca de él encajaba en el retrato, y se agregaba a la admiración y respeto que suscitaba. Su afición a los deportes al aire libre les daba sensación de seguridad; la verdad es que no podían esperarse tonterías de un hombre que confesaba tener dos ambiciones: ser primer ministro y ganar el Derby; y que ponía la segunda por encima de la primera. Lo amaban por su descuido, por su inexactitud, por negarse a convertir la vida en un asunto rutinario, por arrugar una comunicación oficial de gran importancia, y meterla en el bolsillo del abrigo, y por encontrarla allí, todavía sin abrir, en Newmarket, unos días más tarde. Lo amaban por su

odio hacia los sentimientos refinados; les encantaba cuando en una reunión social, un orador florido había afirmado que «aquel era el momento de mayor orgullo de toda su vida», y que lord Hartington hubiese gruñido en voz baja «el momento de mayor orgullo de toda mi vida fue cuando mi cerdo ganó el concurso en la feria de Skipton». Por encima de todo, lo amaban porque era aburrido. Ése era el mayor consuelo, con lord Hartington siempre podían estar completamente seguros de que nunca, bajo ninguna circunstancia, sería brillante, sorprendente, apasionado o profundo. Allí sentados, mientras escuchaban sus discursos, en los que las consideraciones de estólida vulgaridad se sucedían unas a otras con perfecta monotonía, sentían, envueltos y arropados por un tedio colosal, que su confianza se reafirmaba. Lo miraban y se llevaban su ración de aquella presencia evidente y vigorosa. Aquel heredero de un espléndido ducado, casi habría podido pasar por un labrador. Casi, pero no del todo. Pues un aire, que era difícil de explicar, de indiscutible autoridad se ocultaba en la sólida figura; y la estirpe señorial de la casa de Cavendish era patente en la cara impasible, barbuda, larga y grande.

Otra característica –consecuencia inevitable o, en realidad, casi podría decirse, expresión esencial de lo demás–, completa el retrato: lord Hartington era lento. Era de movimientos lentos, era lento para comprender, lento para pensar y para comunicar los pensamientos, lento para decidir y lento para actuar. Más de una vez, esta disposición ejerció una influencia profunda sobre su carrera. Un individuo particular, tal vez, puede ser lento con impunidad; pero un estadista lento –sea cual sea la fuerza de su carácter y el peso de sus juicios– apenas podrá evitar sin daño el paso apresurado del carro alado del tiempo, apenas podrá esperar evitar algún grave desastre o algún error irremediable. El destino del general Gordon, tan intrincadamente entretejido con tal masa de circunstancias complejas: las políticas de Inglaterra y Egipto, el fanatismo del Mahdi, el impecable sir Evelyn Baring, las pasiones misteriosas de Mr. Gladstone, se decidió en definitiva por el hecho de que lord Hartington era lento. Si hubiese sido un poco más rápido, si hubiese sido tan sólo dos días más rápido... pero no pudo ser. La maquinaria enorme tardaba tanto en ponerse en marcha, las grandes ruedas y las palancas, una vez que arrancaban, se movían con una deliberación tan dolorosa, tan laboriosa que, por fin, cumplían el último trabajo de manera completa, segura, firme, al modo de la mejor tradición inglesa, y demasiado tarde.

Pueden señalarse siete etapas en la historia de la influencia de lord Hartington sobre el destino del general Gordon. Al final de la primera

etapa, se había convencido de que él era el responsable del nombramiento de Gordon en Jartum. Al final de la segunda, se había dado cuenta de que su conciencia no le permitiría permanecer de brazos cruzados ante el peligro que corría Gordon. Al final de la tercera, había intentado inducir al Gobierno a enviar una expedición para ayudar a Gordon. Al final de la cuarta, se dio cuenta de que el Gobierno había decidido postergar la ayuda a Gordon de forma indefinida. Al final de la quinta, había llegado a la conclusión de que debía influir en alguna medida sobre Mr. Gladstone. Al final de la sexta, había intentado influir en alguna medida sobre Mr. Gladstone, y no había tenido éxito. Al final de la séptima, había tenido éxito en la influencia que había ejercido sobre Mr. Gladstone, se habían dado órdenes para enviar una expedición de ayuda; no podía hacer más. El momento más importante de todo este proceso extraordinario y prolongado se vivió a finales de abril, cuando el Gobierno, al recibir el último comunicado de sir Evelyn Baring, decidió no tomar ninguna medida inmediata para socorrer a Gordon. Desde aquel momento quedaba claro que a lord Hartington sólo le quedaba por hacer una cosa: decir a Mr. Gladstone que dimitiría si no se enviaba una expedición de ayuda. Pero le llevó más de tres meses llegar a esa conclusión. Siempre había tenido grandes dificultades para seguir la marcha de los consejos de ministros. El intercambio de preguntas y respuestas, de propuestas y contrapropuestas, los muchos consejeros, las sutilezas de Mr. Gladstone, las decisiones complicadas e inesperadas, todas estas cosas lo dejaban de forma invariable confuso y perplejo. Después del consejo decisivo a finales de abril, salió en tal estado de incertidumbre respecto a lo que había ocurrido que tuvo que escribir a lord Granville para averiguarlo; cuando eso sucedía, la decisión del Gobierno ya se había telegrafiado a Egipto. Tres semanas más tarde, a mediados de mayo, se hallaba tan inquieto que se sintió obligado a enviar una carta circular a todos los miembros del Gobierno en la que proponía que se comenzasen al momento los preparativos para enviar una expedición de ayuda. Entonces fue cuando comprendió que nada podría hacerse hasta que Mr. Gladstone, de una forma u otra, diese su consentimiento. A continuación hubo un combate singular. El anciano escurridizo eludía constantemente el golpe inexperto de su antagonista. Se demoraba, lo posponía, suscitaba dificultades inacabables, se retrasaba, se quedaba callado, desaparecía. Lord Hartington era intrépido. De manera gradual, pulgada a pulgada, arrinconó al Primer Ministro. Pero mientras tanto habían pasado muchas semanas. El pri-

mero de julio, lord Hartington todavía tenía que reconocer que «en realidad no estaba seguro de saber con certeza lo que pensaba el Gobierno, o qué intenciones tenía respecto a la ayuda al general Gordon». Ese mes se pasó en una serie de esfuerzos obstinados para arrancar a Mr. Gladstone una declaración definitiva sobre el asunto. Fue inútil. El 31 de julio, lord Hartington lo hizo. Aseguró que, a menos que se enviase una expedición de ayuda, presentaría la dimisión. Era, dijo, «asunto de honor personal y buena fe, y no veo cómo puedo soslayarlo». Su conciencia se había ganado por fin el descanso.

Cuando Mr. Gladstone leyó estas palabras se dio cuenta de que el juego había terminado. Después de él, lord Hartington era el hombre más poderoso dentro del Partido Liberal; era el adalid de la rica y poderosa aristocracia *whig*, su influencia en el país era enorme. Y tampoco era una persona que hiciese amenazas vanas de dimisión; había dicho que dimitiría y lo haría: la consecuencia inevitable sería el hundimiento del Gobierno. De manera que, el 5 de agosto, se le pidió al Parlamento que autorizase un gasto de trescientas mil libras, con el fin de «permitir al Gobierno de Su Majestad llevar a cabo las operaciones necesarias para socorrer a Gordon, si fuese necesario». Se aprobó el gasto; e incluso entonces, en aquel momento final, Mr. Gladstone hizo otro truco desesperado, el último. Intentaba salvarse mediante la cláusula restrictiva que había introducido en la resolución, y anunció que todavía no estaba convencido de que las operaciones militares fuesen de verdad necesarias. «Casi –escribía a lord Hartington–, pero no del todo, creo las palabras que me ha dicho hoy Granville. "Está claro, creo, que Gordon tiene nuestras comunicaciones, y que ha decidido no contestarlas"». ¡Casi, pero no del todo! La matización era magistral, pero no sirvió de nada. Esta vez, la criatura sinuosa estaba firmemente aprisionada. El 26 de agosto se nombró a lord Wolseley comandante jefe de la expedición de socorro, el 9 de septiembre llegaba a Egipto.

Se había dado comienzo a la expedición de ayuda; y al tiempo se iniciaba una nueva fase en Jartum. La subida de aguas anual del río Nilo estaba lo bastante avanzada como para permitir a un vaporcito de Gordon que cruzase con seguridad las cataratas hasta Egipto. Decidió aprovechar la oportunidad para exponer, ante las autoridades en El Cairo y en Londres y ante el público inglés en general, una relación exacta de la situación. A bordo del *Abbas* se introdujo un cargamento de documentos, entre los que se incluía el diario del asedio del coronel Stewart, y una petición personal de ayuda dirigida por Gordon a todos los poderes

europeos; otros cuatro vapores iban a acompañar al *Abbas* hasta que cesase el peligro de los ataques de las tropas del Mahdi, después seguiría solo su camino hacia Egipto. El 9 de septiembre por la tarde, justo cuando estaba a punto de salir, el cónsul inglés y el francés pidieron permiso para embarcar. Un permiso que Gordon, que había estado preocupado durante mucho tiempo por la seguridad personal de aquellos, concedió al momento. Después, el coronel Stewart hizo idéntica petición; y Gordon dio de nuevo el permiso con idéntica alacridad. El coronel Stewart era el segundo en el escalafón de mando en Jartum, y parece extraño que hiciera una petición que dejaba a Gordon, en una situación de la mayor gravedad, sin un solo subordinado europeo. Pero sus razones las iba a velar para siempre una trágica oscuridad. Partieron el *Abbas* y su escolta. Desde ahora en adelante, el gobernador general estaba solo. Ahora, definitiva y finalmente, había tomado una decisión. El coronel Stewart y sus compañeros se habían ido, con todo el aspecto de poder regresar indemnes a la civilización. La creencia de Mr. Gladstone estaba justificada; al menos en cuanto se refería a la seguridad personal del general Gordon, todavía habría podido, hasta esta última hora, haberla obtenido. Pero había elegido: se quedaba en Jartum.

Tan pronto como se perdieron de vista los vapores, se sentó a la mesa, y comenzó la tarea diaria de registrar sus circunstancias, sus reflexiones y sus sentimientos, que nos revelan, con una exactitud muy auténtica, el período final de su destino extraordinario. Sus *Diarios*, reunidos varios de cada vez, y enviados río abajo, para esperar la llegada de la expedición de ayuda, y dirigidos, primero, al coronel Stewart, y más tarde al «jefe del estado mayor, fuerza expedicionaria del Sudán», eran documentos oficiales, pensados para la publicación; aunque, como el propio Gordon tuvo el cuidado de anotar en las cubiertas, «necesitarían alguna expurgación» antes de imprimirse. También escribió, en el sobre de la primera parte: «Ningún secreto en lo que a mí se refiere». Jamás se habrá compilado una colección de documentos oficiales más singular. Allí sentado, en la soledad del palacio, acosado por toda suerte de calamidades, lleno de inquietudes por todas partes, con un destino terrible suspendido sobre su cabeza, él cogía la pluma, y hora tras hora se apresuraba a dar forma en un éxtasis de comunicación, a un incansable desahogo del espíritu, en el que los incidentes más triviales del día se mezclaban de manera desordenada con las disquisiciones filosóficas, en el que los chistes y la ira, esperanzas y terrores, complejas justificaciones y confesiones cínicas se agolpaban en temeraria confusión. Aquel hombre

impulsivo y extravertido ya no tenía con quién hablar, así que, a falta de otra cosa, hablaba con la pila de cuartillas de telegramas, que, inútiles ahora para confundir a sir Evelyn Baring, servían muy bien –pues eran grandes y blancos– para guardar los secretos de sus conversaciones. Su tono no era el tono religioso e íntimo que usaba con el Rev. Mr. Barnes o con su hermana Augusta; era el que acaso era habitual en su trato con los viejos amigos o con los compañeros oficiales, cuyas opiniones religiosas eran de una urdimbre más basta que las suyas propias, pero con los que mantenía una relación de mayor confianza. Deseaba exponer su caso ante un público selecto y comprensivo, deseaba convencer a un hombre como lord Wolseley de que lo que había hecho tenía justificación; y fue bastante benévolo en sus alusiones a la providencia, mientras que aquellas dudas misteriosas y aquellas introspecciones penetrantes, que deben de haber sido constantes, las ocultó casi por completo. Se expresaba, por supuesto, con un excéntrico *abandon*, pues habría sido imposible que lo hiciese de otra forma; pero le complacía expresar sus sentimientos más profundos con una sonrisa de desprecio. Sin embargo, a veces –como cualquiera imaginaría que le sucedería en una conversación real– su expresión tomaba la forma aproximada de un soliloquio, la forma de una efusión torrencial dirigida a sí mismo más que a ningún otro, para su propia satisfacción. Hay pasajes en los *Diarios de Jartum* que evocan por un momento la figura de movimientos uniformes y menuda, los ojos azules con el candor de la infancia brillando todavía en ellos; casi puede oírse la voz baja, la articulación singularmente clara, las oraciones persuasivas, auto persuasivas, siguiéndose unas a otras con tanta humildad entre los humos de un cigarrillo.

Había dos inquietudes que ocupaban sus pensamientos cuando se ponía a escribir. Sus reflexiones giraban en torno al pasado inmediato y al futuro inminente. Con insistencia incansable, examinaba, disculpaba, explicaba su participación en los complicados acontecimientos que lo habían llevado a la situación presente. Refutaba las acusaciones de los enemigos imaginarios, ponía al descubierto la ineptitud y falsedad del Gobierno inglés. Vertía sus sátiras sobre oficiales y diplomáticos. Dibujaba en los márgenes caricaturas de sir Evelyn Baring, con frases de horrorizada pomposidad saliendo de su boca. En algunos pasajes de los *Diarios*, que el editor prefirió suprimir, cubría a lord Granville de ridículo, dibujaba al ministro de Asuntos Exteriores, pasando perezosamente la mañana en el castillo de Walmer, abriendo el *Times*, y descubriendo de repente, con horror, que Jartum todavía resistía.

> ¿Cómo, ÉL *dijo con toda claridad* que *sólo* podría resistir *seis meses*, y eso fue en marzo (cuenta los meses). ¡Agosto! ¡Pero, si tenía que haberse rendido! ¿Qué vamos a hacer? Estarán aullando que se les mande una expedición... No es cosa de risa ¡*ese abominable Mahdi*! ¿Por qué no cuidará mejor sus carreteras? ¿*Qué* VAMOS a hacer?

Varias veces, en su amargura, repite la vaga idea de que las autoridades de Inglaterra esperaban en secreto que la caída de Jartum los aliviaría de sus dificultades.

> Qué querrá ese Mahdi –se le hace exclamar a Lord Granville en otro párrafo suprimido–, no puedo averiguarlo. ¿Por qué no pone todos los cañones en el río y se deja de algaradas? ¿Eh?, ¿qué? «¡Tendremos que ir a Jartum!» ¿Enviar a Zobeir? Nuestra conciencia retrocede ante eso, es elástica, pero no tanto, eso es un pacto con el Diablo... ¿No habrá alguna forma de que ÉL caiga, sin mucho escándalo?

Si un muchacho en Eton o Harrow, declaraba, se hubiese comportado como el Gobierno lo había hecho, «Creo que le habrían dado unas patadas, y *estoy seguro* de que serían merecidas». Era víctima de los hipócritas y tramposos. No había «parangón posible en toda la historia con lo que estaba sucediendo, excepto lo de David con Urías, el jeteo»; pero en aquella oportunidad «hubo una Eva por medio», y no tenía la certeza de que el Gobierno tuviese ni tan siquiera ese pretexto.

Del pasado se dirigía al futuro, y examinaba, con visión penetrante y febril, las posibilidades que tenía. Suponiendo que la expedición de ayuda llegase, ¿cuál sería su conducta? Acerca de una cosa había tomado una resolución firme, pasase lo que pasase, no desempeñaría el papel del «cordero rescatado». Afirmaba con vehemencia que el propósito de la expedición no era otro que el de socorrer a las guarniciones del Sudán; era monstruoso imaginar que se había comprometido tan sólo para asegurar su seguridad personal. Se negaba a creerlo. En cualquier caso:

> Afirmo de forma *rotunda* –escribía con subrayados apasionados– *de una vez por todas, que no abandonaré el Sudán hasta que todos aquellos que quieran abandonarlo hayan tenido la opor-*

> *tunidad de hacerlo, a menos* que haya un Gobierno establecido que me exonere de este deber; por lo tanto, si llegan aquí un emisario o una carta ordenándome que me vaya, NO OBEDECERÉ, ME QUEDARÉ AQUÍ, CAERÉ CON LA CIUDAD, CORRERÉ TODOS LOS RIESGOS.

Sin duda, esto era pura insubordinación, pero no podía evitarlo, en su naturaleza no entraba la obediencia. «Sé que si yo fuese el jefe no me daría empleo a *mí mismo*, pues soy incorregible». Decididamente, no temía ser «lo que los miembros de los clubs llaman insubordinado, aunque, de todos los insubordinados, los miembros de los clubs son los peores».

En cuanto al Gobierno que iba a sustituirlo, había varias alternativas: un bajá egipcio podría tomar el cargo de gobernador general o después de todo podría nombrarse a Zobeir, o podía entregarse todo el país al sultán. Su imaginación fértil desarrollaba un proyecto tras otro; y sus visiones acerca de su futuro eran igualmente variadas. Se retiraría al ecuador; le encantaría pasarse las navidades en Bruselas; le gustaría... en cualquier caso nunca volvería a Inglaterra. Eso era seguro.

> Me complazco en la alegría de no volver a ver Gran Bretaña, con sus fiestas vespertinas desagradables y tediosas, con sus miserias. ¡Cómo podemos tolerar esas cosas, eso sobrepasa mi imaginación! Es una esclavitud perfecta... Antes preferiría vivir como un derviche con el Mahdi que salir a cenar todas las noches en Londres. Espero que si mi general inglés llega a Jartum, no me invite a cenar. Por qué los hombres no pueden ser amigos sin traer a cuenta sus desgraciados estómagos, es algo que me sorprende.

Pero, ¿tendría algún general la oportunidad de invitarlo a cenar en Jartum? Había momentos en los que lo asaltaban aprensiones terribles. Reunía con exigencia febril los restos desperdigados de inteligencia que le quedaban; calculaba los tiempos, las distancias, las marchas. El 24 de octubre escribía: «Si no vienen antes del 30 de noviembre, el juego habrá terminado, que sea lo que Gran Bretaña quiera». Le venían a la cabeza premoniciones extrañas. Cuando supo que el Mahdi en persona se aproximaba, parecía como si se fuese a cumplir el destino, porque siempre «había creído que estaban condenados a encontrarse cara a cara». ¿En qué terminaría todo? «Por supuesto, es muy probable –anotó– que Jartum

caiga ante las narices de la expedición de ayuda, que llegará *un poco demasiado tarde*». Los espléndidos halcones que sobrevolaban el palacio le recordaban una cita de la Biblia: «Al que escarnece a su padre y desdeña obedecer a su madre, cuervos del valle le sacarán los ojos y devorarán los aguiluchos». «A menudo me pregunto –escribía– si su destino será que me saquen los ojos, pues me temo que no fui el mejor de los hijos».

Y así, sentado hasta altas horas de la noche, llenaba los papeles de los telegramas con las inquietudes de su espíritu, que se desbordaba cada vez más aprisa, con más furia, con renglones subrayados y letras mayúsculas, con signos de exclamación distribuidos cada vez con más profusión; de manera que los signos de su pasión viviente todavía puede verlos el investigador de hoy en aquellas cuartillas delgadas de papel vulgar, y en aquel torrente de tinta. Pero era un hombre de temperamento voluble; no podía permanecer siempre entre dificultades irresolubles; buscaba, y al momento sabía cómo relajarse con asuntos banales: con digresiones metafísicas, o con efusiones satíricas, o con los pequeños detalles de la vida cotidiana. Le divertía hacerse traer soldados sudaneses para que mostrasen sus «caras de mono negro» ante los espejos del palacio. Observaba con simpatía cínica la impertinencia de un pavo que se paseaba por el patio. Hizo amistad con un ratón que «a juzgar por sus aires de importancia» era ratona, y que salía y comía en su plato. Las grullas volaban a millares por encima de Jartum, sus extrañas notas estridentes le traían a la mente los poemas de Schiller, los pocos que había leído, que admiraba mucho, si bien sólo los conocía a través de la traducción de Bulwer. Divagaba sobre Plutarco, sobre el purgatorio, sobre el miedo a la muerte y sobre el capítulo dieciséis del Corán. Más tarde, el pavo, contoneándose «con todas las plumas desplegadas, con todos los colores del arco iris en el cuello», atraía su atención de nuevo, y el general llenaba varias páginas en las que consignaba sus opiniones sobre la inmortalidad de los animales, después cambiaba de tema, y discutía sobre el lugar del hombre en el universo, y sobre el conocimiento infinito de Dios. Todo estaba claro para él. Y no obstante: «¡Qué contradictoria es la vida! Odio al Gobierno de Su Majestad por abandonar el Sudán, y por haber creado todos estos problemas; sin embargo creo que las leyes de Dios gobiernan el cielo y la tierra, de manera que debería odiarlo a Él también, lo cual, (sinceramente), no hago».

Lo obsesionaba un pensamiento doloroso. Creía que los dos oficiales egipcios, a quienes se había condenado a muerte después de la derrota de marzo, habían sido ejecutados de forma injusta. Se había rendido a

las «influencias exteriores»; lo de los dos bajaes había sido un «asesinato judicial». Una vez tras otra, hacía referencias al incidente, con un remordimiento que no lo dejaba en paz. El *Times*, tal vez consideraría que había tenido razones, pero, ¿qué importaba eso? «Si esto apareciese en el *Times*, alguien podría decir: "entonces ¿por qué actuó así?"; y me temo que yo no sabría qué responder». Decidió reparar lo hecho con los medios que tuviese a su alcance, y en consecuencia envió a las familias de los infortunados bajaes mil libras a cada una.

En otra ocasión parecida, pero menos grave, puso en práctica idéntico principio. Tiró de las orejas a un oficinista de telégrafos negligente: «y como me remordía la conciencia, le di cinco dólares. Él dijo que no le importaba si lo mataba, yo era su padre (un joven de veinte años del color del chocolate)». Su carácter, a decir verdad, se volvía cada vez más inestable, él mismo se daba perfecta cuenta. Observaba con horror que los hombres temblaban cuando estaban ante él, que sus manos se movían de tal forma que no podían ni encender un cigarrillo.

No confiaba en nadie. Al mirar a las caras de los que lo rodeaban, sólo veía los signos mal disimulados de la traición y el odio. De los cuarenta mil habitantes de Jartum calculaba que dos tercios deseaban –quizá incluso ansiaban– convertirse en súbditos del Mahdi. «Estas gentes no se merecen un sacrificio», observaba con amargura. Los oficiales egipcios eran completamente incompetentes; los soldados eran unos cobardes. Toda su admiración la reservaba para los enemigos. El más ruin de los seguidores del Mahdi era, como había podido comprobar, «un guerrero valiente, que podía padecer sed y privaciones, que no se preocupaba por el dolor o por la muerte más de lo que lo haría una piedra». Ésos eran los hombres a los que, si hubiera podido elegir, le habría gustado mandar. No obstante, de forma extraña, subestimaba de forma constante la fuerza del ejército que se le oponía. Un puñado de ingleses –un puñado de turcos– creía, bastarían para derrotar a las huestes del Mahdi, y para acabar con su dominio. Sabía muy poco árabe, y su información dependía de un puñado de subordinados ignorantes que hablaban inglés. Al propio Mahdi lo contemplaba con sentimientos ambiguos. Se burlaba de él como si se tratase de un impostor vulgar; pero se advierte con facilidad, bajo las bromas despectivas, la huella de un intranquilo respeto.

Pasaba horas interminables en la terraza del palacio, mirando sin desviar la vista hacia el norte; pero aquel velo de silencio y misterio permanecía intacto. A pesar de los esfuerzos del comandante Kitchener, el oficial al mando de los servicios de inteligencia egipcios, apenas llega-

ban algunos mensajes a Jartum; y cuando lo hacían, la información que traían era atormentadoramente escasa. El comandante Kitchener no se libró de las atenciones de la pluma de Gordon. Cuando por fin llegaron noticias eran terribles: el coronel Stewart y sus compañeros habían muerto. El *Abbas*, después de pasar sin daños la parte del río dominada por las tropas del Mahdi, había chocado con una roca; el coronel Stewart había desembarcado sin problemas, y, mientras esperaba unos camellos para transportar el destacamento a lo largo del desierto hasta Egipto, había aceptado la hospitalidad de un jeque local. Apenas habían entrado los europeos en la tienda del jeque cuando cayeron sobre ellos y los asesinaron, los sirvientes nativos compartieron su suerte. El jeque traicionero era partidario del Mahdi, y al Mahdi se enviaron todos los papeles del coronel Stewart, llenos de información sobre el estado de las cosas en Jartum. Cuando los primeros rumores del desastre le llegaron a Gordon, se imaginó, con intuición repentina, los detalles concretos del desastre. «Estoy convencido, más o menos –escribía–, de que los capturaron a traición... Stewart no era una persona que sospechase (yo soy todo sospechas). Puedo representarme toda la escena con la imaginación, el jeque invitándolos a desembarcar...después unos árabes enloquecidos corriendo, ¡y todo ha acabado!» «Es muy triste –añadió–, pero si está ordenado, no debemos murmurar». No obstante, creía que la verdadera responsabilidad era suya: era un castigo por sus propios pecados. «Lo contemplo –concluía de forma inesperada– como una Némesis por la muerte de los bajaes».

Los trabajos de su conciencia adquirían formas sorprendentes. De los tres ex-gobernadores de Darfour, Bahr-el-Ghazal y Ecuatoria, el bajá Emin había desaparecido, el bey Lupton había muerto, y el bajá Slatin era prisionero del Mahdi. Católico de religión, austriaco de nacimiento, Slatin, en los últimos peldaños desesperados de la resistencia, había adoptado el expediente de anunciar su conversión al islamismo, para ganarse la confianza de las tropas nativas. Al ser capturado, su conversión le procuró cierto grado de consideración; y aunque en ocasiones sufría los caprichos de sus amos, hasta el momento había escapado al castigo que el Mahdi había proporcionado a algunos otros prisioneros europeos: el de prisión rigurosa en una celda común. Estaba prisionero en uno de los campamentos en las cercanías de Jartum. Se las arregló para esconder una carta y hacerla llegar a Gordon, en ella le pedía ayuda, en caso de que pudiese escaparse. Gordon no contestó a esta carta. Slatin escribió una y otra vez; sus peticiones penosas, expresadas

en un francés no menos penoso, no conmovieron el corazón del gobernador general.

> Excellence! –escribía– J'ai envoyé deux lettres, sans avoir reçu une réponse de votre excellence... Excellence! j'ai me battu *27 fois* pour le gouvernement contre l'ennemi - on m'a feri deux fois, et j'ai rien fait contre l'honneur - rien de chose qui doit empêché votre excellence de m'écrir une réponse que je sais quoi faire... *Je vous prie*, Excellence, de m'honoré avec une réponse... P.S. Si votre Excellence ont peutêtre entendu que j'ai fait quelque chose contre l'honneur d'un officier et cela vous empêche de m'écrir, je vous prie de me donner l'occasion de me defendre, et jugez apres la verité [3].

Demasiado bien comprendía el infortunado Slatin la causa del silencio de Gordon. En vano explicaba los motivos de su conversión, en vano señalaba que le había sido más fácil porque, «*quizá desgraciadamente* no había recibido una educación religiosa estricta en su casa». Gordon se mostró inflexible. Slatin había «negado a su Señor», eso era suficiente. Se descubrieron estas comunicaciones con Jartum, lo encadenaron. Cuando Gordon se enteró de esto, consignó el hecho de forma sombría en el diario, sin comentarios.

A otros europeos que habían caído en las manos del Mahdi les esperaba un destino todavía más desagradable. A Olivier Pain, un aventurero francés que había participado en la *Commune*, y que ahora vagaba, por razones que nunca se averiguaron, por los desiertos del Sudán, lo atraparon los árabes, lo hicieron prisionero, y lo llevaron a toda prisa de un campamento a otro. Tuvo un ataque de fiebre; pero la misericordia no se contaba entre las virtudes de los salvajes soldados que lo tenían en su poder. Lo llevaban por el desierto a lomos de un camello, cuando, vencido por la debilidad, perdió el control, y cayó al suelo. No podía perderse tiempo ni se podían tomar molestias por un infiel. Se dieron órdenes

(3) Fr.: «¡Excelencia! He enviado ya dos cartas, y no he recibido respuesta de Su Excelencia... Excelencia, he luchado veintisiete veces contra el enemigo, en defensa del Gobierno. Me han herido dos veces, y no he cometido ningún acto deshonroso, nada que le impida a Su Excelencia escribirme para que yo sepa qué debo hacer... *le suplico*, Excelencia, que me honre con una respuesta... P.S.: Si acaso Vuestra Excelencia piensa que he hecho algo que deshonra a un oficial, le ruego que me permita defenderme, y que juzgue después de conocer la verdad».

para que lo enterraran al momento; se ejecutaron las órdenes; y en pocos momentos la caravana había dejado un montículo en la lejana distancia. Algunos de los que estuvieron presentes creían que Olivier Pain todavía respiraba cuando su cuerpo se estaba cubriendo con la arena.

Gordon, al oír que el Mahdi había capturado a un francés, se interesó vivamente por ello. Se le ocurrió la idea de que aquel individuo misterioso no era otro que Ernest Renan, «quien –escribía– en su última publicación se despide del mundo, y se dijo que se había ido a África, para no volver más». Había conocido a Renan en las salas de la Real Sociedad de Geografía, se había dado cuenta de que tenía aspecto de aburrimiento –consecuencia, sin duda, de un exceso de admiración– y había intuido que volverían a verse de nuevo. La intuición parecía justificada en estos momentos. Apenas podía haber alguna duda de que *era* Renan, ¿quién, si no, podía ser? «Si llega hasta la línea de combate –decidió–, y es Renan, iré a verlo, pues sea lo que sea lo que uno piense sobre su incredulidad en nuestro Señor, a decir verdad, se atrevió a decir lo que pensaba, y no ha cambiado de credo para salvar la vida». Que el melifluo autor de la *Vie de Jésus* hubiese decidido terminar sus días en medio de África, y que hubiese venido, para hacer buena una intuición, a renovar la relación con el general Gordon en las líneas de combate de Jartum, habría sido una ocurrencia extraña, pero, ¿quién pondrá límites a las posibilidades extrañas que aguardan a los hijos de los hombres? En aquel momento, en la esquina sureste del Sudán, otro francés de eminencia peculiar hallaba un destino más extraordinario que la aventura más disparatada. En la ciudad de Harrar, cerca del mar Rojo, Arthur Rimbaud observaba con impaciencia irritada la tragedia de Jartum.

> C'est justement les Anglais –escribía– avec leur absurde politique, qui minent désormais le commerce de toutes ces côtes. Ils ont voulu tout remanier et ils son arrivés à fair pire que les Egyptiens et les Turcs, ruinés par eux. Leur Gordon est un idiot, leur Wolseley un âne, et toutes leurs enterprises une suite insensée d'absurdités et de déprédations[4].

(4) Fr.: «Son precisamente los ingleses, con su absurda política, los que han destruido el comercio en todas estas costas. Han querido cambiar todo, y han acabado haciéndolo peor que los turcos y los egipcios, a quienes han arruinado. Gordon es un idiota; Wolseley, un asno; y todas sus empresas son una serie inacabable de insensateces y rapiñas».

Así escribía el sorprendente poeta de la *Saison d'Enfer*, en medio de las fútiles preocupaciones del comercio al detalle, en el que, con una deliberación inexplicable, había olvidado los encantos de una adolescencia sin parangón, había olvidado las nieblas de Londres y las calles de Bruselas, había olvidado París, había olvidado las sutilezas y el frenesí de la inspiración, había olvidado los abrazos apasionados de Verlaine.

Cuando se hubo interpretado el contenido de los papeles del coronel Stewart al Mahdi, éste se dio cuenta de la grave situación de Jartum, y decidió que había llegado el momento de poner fin al asedio. A finales de octubre, él mismo, a la cabeza de un ejército de refresco, hizo su aparición en las afueras de la ciudad. Desde aquel momento, el cerco adquirió un aspecto cada vez más amenazador. La carencia de provisiones comenzaba a hacerse sentir por primera vez. El 30 de noviembre, la fecha fijada por Gordon como el último momento posible de resistencia, llegó y se pasó, la expedición de ayuda no había dado señales. El afortunado hallazgo de un almacén de grano, ocultado por algunos comerciantes con fines especulativos, pospuso una vez más la catástrofe. Pero cada día que pasaba, el ejército atacante era más activo, las escaramuzas en las líneas de combate y en el río eran cada vez más dañosas para los sitiados, y los cañones del Mahdi habían comenzado a bombardear el palacio de manera intermitente. El 10 diciembre se calculaba que no quedaban provisiones en la ciudad ni para quince días; «De verdad, estoy quedándome como una sombra con el asunto este del alimento –escribía Gordon–, es una demanda constante». Simultáneamente recibía la funesta noticia de que cinco hombres habían desertado, y se habían pasado al enemigo. Las circunstancias eran terribles, pero calculaba, sobre la base de unos pocos mensajes poco fiables que le habían llegado, que la expedición de ayuda no podía estar muy lejos. En consecuencia, el día 14, decidió enviar uno de los cuatro vapores que le quedaban, el *Bordeen*, a reunirse con ella en Metemmah, para entregar al oficial al mando la última información respecto al estado de la ciudad. El *Bordeen* se llevó la última entrega de los *Diarios*, y los últimos mensajes de Gordon para los amigos. A causa de un malentendido, creía que sir Evelyn Baring acompañaba a la expedición desde Egipto, y algunas de sus últimas y más logradas fantasías jugaban con la imagen del compungido cónsul general colgado durante días sobre la prominencia dolorosa de la joroba de un camello. «Hubo su poco de risa cuando se supo en Jartum que Baring se bamboleaba sobre un camello hacia aquí, menuda Némesis». Pero, cuando sir Evelyn Baring llegase de verdad –en

las condiciones que fuesen–, ¿qué sucedería? Gordon se perdía en una nube de conjeturas. Su propio objetivo era, según dijo, «por supuesto, escaparme». Después, en uno de sus extraños raptos premonitorios, propuso de forma casual, medio en broma, medio en serio, que la mejor solución para todas las dificultades futuras sería el nombrar al comandante Kitchener gobernador general del Sudán. El *Diario* concluía con una nota de amenaza y desdén.

> AHORA FÍJENSE BIEN EN ESTO, si la expedición de ayuda, y no pido más de doscientos hombres, no llega antes de diez días, *quizá caiga la ciudad*; he hecho lo que he podido por el honor de mi país. Adiós. C.G. Gordon.
>
> No me envían información, aunque tienen montones de dinero. C.G.G.

Con su hermana Augusta fue más explícito.

> Me niego a aceptar que la expedición viene a rescatarme; viene para ayudar a las guarniciones, lo que yo no pude lograr. Espero que quedarme aquí, y haber forzado su voluntad, haya encolerizado al Gobierno de Su Majestad en grado sumo.

La confesión es significativa. Después venía el adiós definitivo.

> Puede que esta sea la última carta que recibas de mí, pues estamos exhaustos, debido al retraso de la expedición. No obstante, Dios gobierna todo, y, como Él ordenará todo para Su gloria y nuestro bien, Su voluntad se cumplirá. Me temo que debido a las circunstancias, mis asuntos en el aspecto pecuniario no son demasiado brillantes... tu afectuoso hermano, C.G. Gordon.
>
> P.S. Me siento feliz, gracias a Dios, y, como Lawrence, ya lo creo que he intentado cumplir con mi deber.

El retraso de la expedición fue incluso más grave de lo que Gordon había supuesto. Lord Wolseley había efectuado los preparativos más complejos. Había reunido un ejército de diez mil, seleccionado entre las mejores tropas británicas; había dispuesto un sistema de transporte por río con cuidado infinito. Su intención era la de no correr ningún riesgo, avanzaría con todas las fuerzas Nilo arriba, había decidido que el desti-

no de Gordon no dependiese de los azares peligrosos de la aventura heroica y apresurada de unos pocos. No hay duda –a la vista de la resistencia con la que en realidad se encontró la expedición de ayuda– de que su decisión fue prudente; pero desafortunadamente había calculado mal algunos de los elementos esenciales de la situación. Cuando por fin los preparativos se hubieron completado, se supo que el Nilo había descendido tanto que las flotillas, sobre las que se había volcado toda clase de atenciones, y de las que dependía todo el éxito de la campaña, no podían remontar las cataratas. En ese momento –ya estaban a mediados de noviembre– llegó un mensaje de Gordon en el que indicaba que Jartum se hallaba en graves dificultades. Estaba claro que era necesario un avance inmediato; la ruta del río no podía tenerse en cuenta; después de todo, el único expediente posible era el de confiar en una marcha rápida a través del desierto. Pero no se había hecho ningún preparativo para un transporte por tierra; pasaron semanas antes de que se pudiera reunir el suficiente número de camellos; y aún pasó más para que los que se reunieron se adiestrasen para una marcha militar. No fue sino el 30 de diciembre –más de una quincena después de la última entrada en el *Diario* de Gordon– cuando sir Herbert Stewart, a la cabeza de una tropa de mil cien soldados británicos, pudo salir de Korti en marcha hacia Metemmah, a través de ciento setenta millas de desierto. El avance fue lento, y el ejército del Mahdi disputó el terreno con tenacidad. Hubo un sangriento combate el 17 de enero en los pozos de Abu Klea; se rompió el campo británico; durante un momento la victoria estuvo indecisa, pero se rechazó a los árabes. El día 19 hubo otro combate disputado con ferocidad, en el que murió sir Herbert Stewart. El día 21, la expedición, reducida ahora por doscientas cincuenta bajas, llegó a Metemmah. Pasaron tres días mientras se reconocía el país, y se reforzaba la posición del campamento. El día 24, sir Charles Wilson, que tenía ahora el mando, embarcó en el *Bordeen*, y salió río arriba hacia Jartum. A la tarde siguiente, la embarcación golpeó una roca, originando un nuevo retraso de veinticuatro horas. Por fin, el 28 de enero, sir Charles Wilson, que había llegado a la vista de Jartum bajo un fuego intenso, vio que la bandera egipcia no ondeaba en el palacio de Jartum. Los signos de ruina y destrucción a cada lado mostraban con claridad que la ciudad había caído. La expedición de ayuda había llegado dos días tarde.

Los detalles de lo que sucedió en Jartum durante las últimas semanas del asedio nos son desconocidos. En el diario del bey Bordeini, un comerciante levantino, podemos ver unas breves iluminaciones de las

últimas etapas de la catástrofe: del populacho hambriento, la guarnición exhausta, las indecisiones entre la desesperación y la esperanza, la energía inquebrantable del gobernador general. Todavía continuaba trabajando, infatigablemente, suministrando provisiones, recogiendo munición, consultando con los ciudadanos, animando a los soldados. Su pelo había encanecido bastante de repente. A la caída de la tarde, un día, el bey Bordeini fue a visitarlo al palacio, que estaba bajo bombardeo del cañón del Mahdi. El elevado edificio, iluminado de forma brillante, proporcionaba un blanco excelente. Cuando se oyó un disparo que silbaba por la ventana, el comerciante sugirió que sería aconsejable tapiar las ventanas con cajas llenas de tierra. Al oír esto, el bajá Gordon se enfureció.

> Llamó a la guardia, y dio órdenes de dispararme si me movía, luego trajo un farol muy grande, que podía sujetar veinticuatro velas. Entre los dos colocamos las velas en los portalámparas, colocamos el farol sobre la mesa delante de la ventana, encendimos las velas, nos sentamos a la mesa. El bajá dijo entonces: «Cuando Dios estaba distribuyendo el miedo a las gentes del mundo, por fin me llegó el turno, pero ya no quedaba miedo para darme. Vete y diles a las gentes de Jartum que Gordon no teme nada, porque Dios lo ha creado sin miedo».

El 5 de enero, los árabes tomaron Omdurman, un pueblo en la orilla de enfrente del Nilo, que hasta entonces habían ocupado los sitiados. La ciudad estaba ahora estrechamente cercada, y toda esperanza de obtener suministros nuevos había desaparecido. El hambre era terrible: perros, asnos, pieles, goma, leña de palmera, todo eso devoraban los desesperados habitantes. Los soldados permanecían en las fortificaciones como pedazos de madera. A diario morían a cientos a causa del hambre, los cadáveres llenaban las calles, los supervivientes no tenían fuerzas para enterrar a los muertos. El día 20 llegó a Jartum la noticia de la batalla de Abu Klea. Por fin llegaban los ingleses. Se levantó la esperanza; todas las mañanas el gobernador general aseguraba a los ciudadanos que al día siguiente verían el fin de sus sufrimientos; y noche tras noche se comprobaba que sus palabras no eran ciertas.

El día 23 se extendió el rumor de que había llegado un espía con cartas, y que el ejército inglés estaba a punto de llegar. Un comerciante halló en la calle un trozo de periódico en el que se anunciaba que el

número de las fuerzas de rescate era de quince mil hombres. Durante un momento brilló de nuevo la esperanza. El rumor, las cartas, el papel impreso, todas habían sido artimañas de Gordon para animar a resistir a la guarnición. El día 25 se hizo obvio que los árabes preparaban un ataque, y una delegación de los notables de la ciudad esperaba ser recibida por el gobernador general. Pero no les concedió audiencia, sólo admitió a su presencia al bey Bordeini. Estaba sentado en un diván, y, al entrar el bey Bordeini en la habitación, se quitó el fez de la cabeza y lo arrojó lejos.

> ¿Qué más puedo decir? –exclamó con una voz que el comerciante no había oído anteriormente–. La gente de la ciudad ya no me cree. Les he dicho una y otra vez que la ayuda llegaría, pero no ha llegado, y ahora todos deben de darse cuenta de que les cuento mentiras. Vaya, reúna a todos los que pueda en las líneas de combate, haga una buena defensa. Déjeme fumar estos cigarrillos.

El bey Bordeini en ese momento, nos dice, se dio cuenta de que el bajá Gordon estaba desesperado. Salió de la habitación después de mirar al gobernador general por última vez.

Cuando las fuerzas inglesas llegaron a Metemmah, el Mahdi, que al principio había intentado someter Jartum por hambre, decidió intentar la captura mediante el asalto. El retroceso del Nilo había dejado una porción del perímetro de la ciudad indefenso; al retirarse el río, la defensa exterior se había hecho pedazos, quedaba una amplia extensión de barro entre las murallas y el agua; y los soldados, vencidos por el hambre y por la desgana que ocasiona la desesperanza, confiaban en que la ciénaga los protegería, no se preocuparon por las reparaciones. Al comenzar la mañana del día 26, los árabes cruzaron el río por este punto. El barro, en buena parte seco, no presentó ninguna dificultad; tampoco lo hizo la fortificación en ruinas, débilmente defendida por unas tropas medio moribundas. La resistencia fue inútil y apenas se ofreció: los ejércitos del Mahdi inundaron Jartum. Gordon había pensado muchas veces en cuál sería su actuación en ese momento supremo. «De ninguna forma, (D.V.) –le había dicho a sir Evelyn Baring– me cogerán prisionero». Había llenado de pólvora los sótanos del palacio, de manera que todo el edificio podría, en un momento dado, volar por el aire. Pero comenzaron a asaltarle dudas, ¿no era su deber «mantener la fe y, si fuese necesario, padecer por ella?», ¿seguir viviendo como testigo del Señor,

humillado y torturado en las cadenas del Mahdi? Volar el palacio habría tenido, pensaba, «más o menos el tinte del suicidio», sería, «en cierta forma, quitarle a Dios las cosas de la mano». No se decidía; y, mientras tanto, prevenido ante cualquier contingencia, mantenía en el río siempre dispuesto uno de los barquitos acorazados, con las calderas encendidas noche y día, para transportarlo, si así lo decidía, a lo más oculto de Ecuatoria. La aparición repentina de los árabes y el derrumbe completo de la defensa le evitaron la necesidad de decidirse. Estaba en la terraza, en ropa de casa, cuando comenzó el ataque, sólo había tenido tiempo de ir aprisa a su habitación, y de ponerse un uniforme blanco, coger espada y revólver, antes de que los más avanzados de los asaltantes llegasen al palacio. Cuatro de los más ardientes seguidores del Mahdi conducían a la multitud: derviches altos y morenos, espléndidos con sus *jibbehs* multicolores, con las grandes espadas fuera de las fundas de terciopelo y bronce, las lanzas floreciendo por encima de las cabezas. Gordon se encontró con ellos en lo alto de la escalera. Durante un momento hubo una pausa mortal, mientras él permanecía en silencio, contemplando a los antagonistas. Se dice que en ese momento Taha Shahin, el Dongolawi, gritó: «*¡Mala' oun el yom yomek!*» (¡Ah, maldito, ha llegado tu hora!), y hundió su lanza en el cuerpo del inglés. La única respuesta fue un gesto de desprecio. Otra lanza lo traspasó, cayó, y las espadas de los otros tres derviches lo hicieron pedazos hasta que murió. De esta forma, si hemos de creer a los cronistas oficiales, encontró su fin, con la dignidad de un desdén irresistible, el general Gordon. Pero es lo más justo que los últimos momentos de quien se había pasado la vida en medio de contradicciones se viesen envueltos en el misterio y la duda. Otros testigos han contado otra historia muy diferente. El hombre a quien vieron morir no fue un santo, sino un guerrero. Con audacia, con destreza, con desesperación se arrojó contra los enemigos, se abrió camino casi hasta el pie de la escalera, y, entre un montón de cadáveres, sólo sucumbió al final por la pura fuerza de las multitudes que se le oponían.

Aquella mañana, mientras el bajá Slatin estaba sentado, encadenado, en el campamento de Omdurman, vio a un grupo de árabes que se aproximaba. Uno de ellos llevaba algo envuelto en un trapo. Al pasar el grupo junto a él, paró por un momento, y lo insultaron con burlas salvajes. Después levantaron el trapo, y vio ante él la cabeza de Gordon. Se llevó el trofeo al Mahdi, por fin los dos fanáticos se veían las caras. El Mahdi ordenó que la cabeza se fijase entre las ramas de un árbol en una calle y que todos los que pasasen le arrojasen piedras. Los halcones del

desierto la sobrevolaban y hacían círculos sobre ella, los halcones que aquellos ojos azules habían contemplado con tanta frecuencia.

Cuando la noticia de la catástrofe llegó a Inglaterra se levantó un gran clamor. El dolor público contendía con la indignación pública. La Reina, en una carta a Miss Gordon, expresó al momento sus sentimientos y los de la nación.

> ¡Cómo le escribiré –exclamaba– o cómo intentaré expresar cuánto lo siento! Al *pensar* en su querido, noble y heroico hermano, que sirvió a su país y a Su Reina de forma tan sincera, tan heroica, con una abnegación tan edificante para el mundo, ¡y no lo rescataron! Que no se cumplieran las promesas de ayuda –las que yo solicité tan frecuente y constantemente a quienes lo mandaron allí– es para mí un ¡dolor inexpresable! A decir verdad, me ha hecho enfermar... ¿Sería tan amable de expresar a sus otras hermanas y a su hermano mayor mi más sincera simpatía y lo que siento con tanta intensidad, el baldón que ha quedado en Inglaterra ¡por el destino cruel, aunque heroico, de su hermano!

En contestación, Miss Gordon regaló a la Reina la Biblia de su hermano, que se colocó en uno de los pasillos de Windsor, abierta, sobre un cojín de raso blanco, en una urna de cristal. Mientras tanto, se aclamaba a Gordon en todos los periódicos como si fuera un mártir nacional, se celebraron ceremonias solemnes en su honor en Westminster y en San Pablo; se donaron veinte mil libras para su familia; y se recogió una gran suma de dinero mediante una suscripción para dotar una institución caritativa en su memoria. La ira y la execración cayeron, en particular, sobre la cabeza de Gladstone. Apenas era algo mejor que un asesino, era un traidor, era un villano sin corazón, a quien se había visto en el teatro la noche en la que se hacía pública la noticia de la muerte de Gordon. Pasó la tormenta, pero Mr. Gladstone tuvo que hacer frente muy pronto a un problema aún más grave. Se gritaba por todas partes que el honor nacional se vería manchado de forma irreparable si se permitiese que el Mahdi se quedase disfrutando en paz de la posesión de Jartum, y que se emplease la expedición de ayuda para castigar al falso profeta y conquistar el Sudán. En vano gritaban los imperialistas, en vano lord Wolseley escribía un oficio tras otro, demostrando una y otra vez que dejar al Mahdi indemne conduciría a Egipto a la ruina, en vano fue que por fin lord Hartington averiguase que él también había llegado a esa conclu-

sión. El anciano se mantuvo firme. Justo entonces, sobrevino una crisis con Rusia y la frontera afgana; y Mr. Gladstone señaló que todos los soldados útiles serían necesarios en cualquier momento para una guerra en Europa, y retiró a lord Wolseley y a su ejército de Egipto. La crisis rusa desapareció. El Mahdi continuaba como señor supremo del Sudán.

Pero el futuro no sería del Mahdi. Antes de que hubiesen transcurrido seis meses, en la plenitud del poder, moría, y el jalifa Abdullahi ocupaba su lugar. El futuro sería del comandante Kitchener y de sus cañones Maxim-Nordenfeldt. Trece años más tarde, el imperio del Mahdi había sido abolido para siempre en la hecatombe gigantesca de Omdurman; después de la cual, se pensó que sería adecuado que se celebrase una ceremonia religiosa en honor del general Gordon en el palacio de Jartum. La ceremonia la concelebraron cuatro capellanes –del rito metodista, presbiteriano, anglicano y católico–, y concluyó con una interpretación del himno «Vive conmigo» –el himno favorito del general–, por una compañía selecta de cornetas sudaneses. Todo el mundo estaba de acuerdo: por fin se había vengado al general Gordon. ¿Quién lo dudaría? El general Gordon, posiblemente, pasando con rapidez las hojas de alguna fantasmal Biblia, en algún Nirvana remoto, se habría aventurado a hacer alguna observación satírica. Pero el general Gordon había sido siempre una persona contradictoria; incluso, tal vez, un poco fuera de sus cabales, aunque un héroe; y además, ya no estaba ahí para contradecir... En cualquier caso, todo había terminado en la mayor felicidad: con una matanza gloriosa de veinte mil árabes, una adición enorme al Imperio Británico, y un paso más para que sir Evelyn Baring lograse el título de par.

Bibliografía

General Gordon, *Reflections in Palestine [Pensamientos en Palestina].*

—, *Letters [Correspondencia].*

—, *Khartoum Journals [Diarios de Jartum].*

A.E. Hake, *The Story of Chinese Gordon [Biografía de Gordon, El Chino].*

H.W. Gordon, *Events in the Life of C.G.Gordon [Acontecimientos de la Biografía de C.G. Gordon].*

Sir W. Butler, *General Gordon [El general Gordon].*

Rev. R.H. Barnes and C.E. Brown, *Charles George Gordon: A Sketch [Charles Goerge Gordon: Bosquejo].*

A. Biovès, *Un grand aventurier [Un gran aventurero].*

Li Hung Chang, *Memoirs [Recuerdos]*[5].

Colonel Chaillé-Long, *My Life in Four Continents [Autobiografía en cuatro continentes].*

Lord Cromer, *Modern Egypt [El Egipto moderno].*

Sir R. Wingate, *Mahdiism and the Sudan [El Mahdismo en el Sudán].*

Sir R. Slatin, *Fire and Sword in the Sudan [E fuego y la espada en el Sudán].*

J. Ohrwalder, *Ten Years of the Captivity in the Mahdi's Camp [Diez años de cautiverio en los campamentos del Mahdi].*

C. Neufeld, *A Prisoner of the Khaleefa [Prisionero del jalifa].*

Wilfrid Blunt, *A Secret History of the English Occupation of Egypt [Historia secreta de la ocupación de Egipto].*

—, *Gordon at Khartoum [Gordon en Jartum].*

Winston Churchill, *The River War [La guerra del río].*

F. Power, *Letters from Khartoum [Cartas desde Jartum].*

Lord Morley, *Life of Gladstone [Biografía de Gladstone].*

George W. Smalley, *Mr. Gladstone, Harper's Magazine*, 1898.

B. Holland, *Life of the Eighth Duke of Devonshire [Biografía del octavo duque de Devonshire].*

Lord Fitzmaurice, *Life of the Second Earl Granville [Biografía del segundo conde Granville].*

(5) La Autenticidad del diario que aparece en este libro se ha discutido, singularmente por Mr. J.O.P. Bland en *Li Hung Chang.* (Constable, 1917). (N. del A.)

S. Gwynn and Gertrude Tuckwell, *Life of Sir Charles Dilke [Biografía de sir Charles Dilke].*
Arthur Rimbaud, *Lettres [Correspondencia].*
G.F. Stevens, *With Kitchener to Khartoum [Con Kitchener en Jartum].*

Filmación: Ilustración 10

Fotomecánica: Arcos

Impresión color: Rumagraf

Impresión interiores: Cofás

Encuadernación: Felipe Méndez